

liere. Aun mas; creemos que á no existir los primeros no hubieran levantado vuelo tan atrevido los grandes poetas de la Francia; porque en Calderon, en Moreto, en Lope de Vega bebieron sus genios la inspiracion divina.

Pero arrebatado el elocuente orador de su entusiasmo, queriendo sostener un magnifico sofisma, nos ha dicho: «confesais que hemos tenido grandes poetas, y negais la existencia de profundos escritores. ¿Y por qué? ¿Calderon, Lope de Vega no han dormido bajo el polvo que los cubriera hasta que la Alemania os ha revelado sus nombres, hasta que os ha dicho «admiradlos»? Pues qué! no han permanecido desconocidos á la Europa los grandes é inspirados artistas de nuestra España? ¿Quién pronunciaba en el pasado siglo los nombres de Velazquez y de Herrera, de Murillo y Zurbarán? Os lo repetimos; vosotros no sois jueces competentes, jurados imparciales; porque juzgais segun las opiniones de los críticos del siglo XVIII.»

Ya habeis conocido cuánto ingenio, cuánta imaginacion ha desplegado el elocuente argumentador, ¡cómo el *poeta* se ha dejado arrebatarse de su entusiasmo; pero todo eso no es mas que un deslumbrador sofisma, un esfuerzo de su clarísimo ingenio.

Pues qué, en este siglo crítico y filosófico, en este siglo en que todo se investiga, todo se analiza; en este siglo en el que si hay partidos, pandillas literarias, como siempre, se goza tambien de grande libertad en punto á opiniones; en este siglo en que han sido admirados un Delille, un Chateaubriand y un Biron, un Bentham, un Rousseau y un Rossi, ¿es posible, se comprende tal espíritu de bandería? ¿Dónde se esconden esos grandes políticos, esos escritores filósofos, esos profundos pensadores que no hay una mano que los presente á la pública admiracion; á la admiracion, sí, porque el siglo XIX es demasiado ilustrado para no encomiarlos si en sus obras se veian los destellos del genio?

Y mucho se equivocaria el que creyese que los que juzgan, cual los críticos del siglo XVIII, son hoy todos, son los muchos, son los mas.

Pero nosotros no tanto culpamos á nuestra literatura

por lo que fué, sino por lo que dejó de ser; porque, como dijo muy bien el señor Galiano, el estar parados cuando los otros andan no es solo no adelantar, es quedarse atras. Y en el siglo XVII de la Francia no vemos tanto el siglo de Corneille y de Moliere; vemos, sí, el crepúsculo del siglo XVIII, de esa edad en que han vivido un Rosseau y un Voltaire, genios que acaso fueron mas allá de donde debieran; genios, si bien asaz encomiados un tiempo, no admirados bastante hoy, pero genios de quienes se gloriará siempre la Francia.

Contestando el digno sócio á quien tantas veces hemos aludido á un argumento terrible del señor Galiano, argumento que creemos no tiene contestacion, nos ha dicho: «no seria tan triste, tan desconsolador el estado de nuestra patria en los últimos dias de Carlos II, cuando despues de ese mísero periodo, cuando pasada la desastrosa guerra de sucesion, dias despues apareció la España conquistando su perdido puesto entre los grandes imperios de la Europa.»

Con un argumento semejante contestaremos tambien: ¿Qué quedaba del colosal y magnífico imperio creado por Luis el Grande en los últimos dias de Luis XVI? Una sombra, señores; pues bien; diez años despues ante los prostrados pueblos de la Europa el gran guerrero del siglo XIX, Napoleon decia mostrando la república francesa, «*la voilà.*» Miradla, porque ciego será el que no la vea.

Apropiándonos una reflexion luminosa del digno presidente de esta seccion, nosotros podríamos decir á los Reyes Austriacos: «recibisteis de mano de Isabel la Católica un imperio lleno de vida, de juventud, de fuerza; el cielo os ha dado nuevos mundos, Dios os ha enviado á un Don Juan de Austria y á un Cervantes, á un duque de Alba y á un Calderon, á un marqués de Santa Cruz y á un Lope de Vega, á un Spinola y á un Herrera, á un Hernan Cortés y á un Mariana, á un Solís y á un Moreto. ¿Qué habeis hecho del pueblo que tan grandes genios produjera?»

Porque atribuir al hado, al destino, á la fatalidad la caída de un imperio que venciera en Lepanto el fatalismo ¡oh! eso sería muy triste, muy desconsolador.

No hemos juzgado á los Reyes Austriacos cual muchos otros críticos. Pero si no comprendemos la crítica pobre, mezquina, que nunca vuelve los ojos á lo que fué, para apartarse de los sentimientos, de las pasiones del dia, hemos creido que el juicio de la posteridad sobre las edades que pasaron, que el fallo de los siglos sobre los siglos que ya fueron, si bien debe ser noble, elevado, debe aparecer tambien justo y severo.

DIEGO COELLO Y QUESADA.

DE LA INFLUENCIA

DE LAS COSTUMBRES EN LAS LEYES.



POCAS cuestiones pueden presentarse en el campo de la discusión que ofrezcan mas interés que la que indica el epígrafe de este artículo. Pocas hay en verdad que presten tanto motivo á las meditaciones de los filósofos, á las tareas de los legisladores y al análisis de los historiadores; pocas sin embargo menos estudiadas, y á esta incuria culpable débese en gran parte tanto el atraso de las ciencias morales y políticas como las faltas y errores de los que llamados á regir los destinos de las naciones, á su voluntad, y á su capricho mas bien que á la observacion de los hechos pasados, arreglan su conducta.

No pretendemos escribir un libro, á tanto no alcanzan nuestras fuerzas, escribimos solamente un artículo; y á bien reducidos términos hemos de sujetar la inmensa série de cuestiones que naturalmente se derivan de la influencia recíproca de las leyes y las costumbres.

Y aunque las leyes, como despues diremos, son religiosas, naturales, morales, políticas ó civiles, de estas últimas hablamos solamente, que las leyes de la naturaleza y de la religion, por su origen, por su inmutabilidad y por su carácter especial, son en todo diferentes de las leyes políticas y civiles, que trazadas por la autoridad legítima determinan las relaciones de los ciudadanos entre sí, y las que estos mismos tienen con los poderes del estado.

No en valde han pasado los siglos que la historia cuenta en sus páginas: desde la caída del grande imperio romano y

formacion de las modernas sociedades, apenas hay uno en que no haya aparecido cual meteoro resplandeciente tal ó cual descubrimiento útil y ventajoso en sumo grado á la humanidad. Las miserias que la afligian han desaparecido casi de todo punto: una religion divina que ordenaba á los hombres amarse como hermanos, acabó con la degradante esclavitud de los antiguos que formaba parte de la constitucion democrática de Roma, y de la bulliciosa demagogia de Atenas. Esta misma religion, sujetando á la fuerza material que dominára exclusivamente á la Europa en los siglos medios, modificó un tanto los desastres causados por la tiranía feudal, al mismo tiempo que fundó bajo la base de la caridad y del amor conyugal, y con la institucion del matrimonio, la sociedad doméstica ó la familia, base de la sociedad general. Entonces fue cuando protectora de las ciencias y de las artes, y á la cabeza de la civilizacion, renovó con piadosos sentimientos la antigua guerra del Occidente contra el Oriente; y sin tan gran fin no pudo cumplirse, ni en toda su extension llevarse á cabo, no fue pequeño el triunfo al ver acercarse y unirse entre sí los príncipes de la Europa, que divididos y contrarios hasta entonces, habian vuelto sus armas contra sus vasallos, y despedazado con sus crueldades la tierra encomendada á su cuidado. Ni hay que buscar en aquella edad otra institucion protectora, otro poder que atajase los males que producía el conocimiento de la propia fuerza que no faltaba al individuo, ni la insurreccion armada, que proclamada hoy como derecho sagrado por nuestros hombres de progreso, es preciso retroceder sin embargo hasta los tiempos feudales para hallarlo reconocido en la legislacion é inculcado en las costumbres. La monarquía débil, y á cada paso combatida, la aristocracia ruda y ansiosa de poder, y la libertad comunal aun en mantillas, y agoviada ya con el peso de poderosos contrarios, eran elementos que á un mismo tiempo existian; pero ninguno de ellos con la pujanza necesaria para amoldar la sociedad á su manera; y en aquel caos y confusion, que así puede llamarse la cuna, y el origen de los pueblos que con tan pasmosa prosperidad han llegado hasta nuestros días, no habia otro elemento poderoso, irre-

sistible que mantuviera en lo posible el equilibrio de fuerzas rivales y opuestas, que la iglesia.

Aquel tiempo pasó; y al través de mil guerras y cruentas revoluciones llegó el siglo XV, siglo de centralización, época de progreso, que bien pueden estas palabras andar juntas, y bien merece este nombre un siglo en el cual los portugueses estendieron sus conquistas á lo largo de la costa de Africa: Vasco de Gama dobló el cabo de las tempestades, y dando á la vieja Europa un nuevo mundo Colon, ensanchó el espacio de la especie humana, causando grandes revoluciones en las ciencias, y abriendo un ancho campo á la industria y al comercio. En este siglo tambien Wtemberg regaló á la humanidad el inestimable don de la imprenta.

Aprovecháronse cumplidamente de tan inmensas ventajas los hombres del siglo XVI, y si hasta entonces reinaba la rudeza propia de los tiempos en que la espada y la lanza hacian las veces de la razon, y la pujanza y fuerza material las del derecho, echóse de ver ya mas templanza en las acciones de los poderosos, así como mas seguridad y defensa en la de los desvalidos; al propio tiempo que los sábios y entendidos labraron en la roca viva una áspera senda, pero segura, para llegar al conocimiento de grandes verdades ocultas bajo el velo de la ignorancia, á la vista y consideracion de sus antepasados.

Ocurrió tambien en el siglo XV un acontecimiento memorable, que influyó muy particularmente en el adelanto social é intelectual de la Europa: este fue una de aquellas revoluciones no muy frecuentes en el mundo político, pero que lo hacen instantáneamente variar de faz: tal fue la destruccion completa del imperio griego, cuando las gentes que lo componian, depositarias hasta cierto punto del saber de los antiguos, se derramaron como un aluvion por las tierras de occidente: y no poco ayndó á la grande empresa de la restauracion de las letras, la proteccion que les dispensaron muchos soberanos de entonces, y muy particularmente el papa Leon X y los Medicis. No hicieron, como regularmente acontece, los doctos por el pronto el uso que debieran de los tesoros que fueron hallados despues de mu-

chos años de olvido y sepultura entre las ruinas de la edad media; preciso fue que genios mas atrevidos, hombres muy exigentes, dejando á parte la admiracion por los antiguos, que ya rayaba en idolatría, pensáran sembrar por su cuenta, sirviéndoles tan solo de simiente, los frutos que algunos creyeron ser para siempre la única y mas colmada cosecha. A la cabeza de tan ilustres personajes debemos colocar al canciller de Inglaterra, al ilustre Bacon; el primero que tomó á la naturaleza por guía, y trabajó por su cuenta á costa solamente de la observacion, y empleando los medios del mas riguroso análisis para hallar la verdad. Descartes, aplicando el álgebra á la geometría, idea de las mas fecundas, y concepcion de las mas difíciles del entendimiento humano: Newton en su teoría del mundo, y su cálculo diferencial; Galileo que sentia rodar la tierra bajo sus pies, y otros filósofos no menos célebres que estos, ayudaron á tal punto los progresos del entendimiento humano, que la época que empezára á mediados del siglo XVI fuese notable por la revolucion acaecida en la política, en las costumbres y en las ciencias. ¿Y acaso estas tres cosas pueden andar dispersas? ¿Los acontecimientos que observamos, y que pasan á veces nuestros sentidos, son hijos del acaso ó consecuencia precisa de ciertos hechos que pasan sin apercibirse en la historia de los tiempos? A resolver cuestiones tan importantes está llamada la generacion presente; y ya que á nosotros no nos toque hacerlo cumplidamente, apuntaremos sin embargo algunas ideas, prestando así nuestra pequeña cooperacion con el aumento del fondo comun.

No hablamos en valde de la generacion presente, porque asuntos de esta especie no solo no se han resuelto por nuestros mayores, sino que ni aun han sido tratados: ni hay que admirarse de ello, atendido el atraso considerable con que hemos visto llegar hasta nosotros las ciencias morales y políticas: discordes en sus opiniones los jurisconsultos, ciegos admiradores de sus maestros, pagaban como un tributo á su memoria la identidad de sus opiniones y creencias; y si de vez en cuando las rivalidades y los odios producian un cisma entre los discípulos, la nueva escuela, na-

cida de tan bastardo origen, no daba un paso siquiera en el buen camino, antes bien contribuía á perder al pasajero en un nuevo laberinto mas intrincado y espeso que el anterior. La observacion de los hechos y los distinguidos talentos de los profesores, han traído ya las cosas á punto que el raciocinio se emplea en estas ciencias como en las naturales; y solo de esta manera es como autores célebres y contemporáneos tales como Comte y Matter han podido el uno manifestar los distintos elementos de que las leyes se componen, el otro probar su reciproca influencia.

Mas aunque esta palabra sea de todos conocida, así como las de leyes y costumbres, justo nos parece proponer la cuestion en términos mas claros, manifestando cual es el objeto que nos proponemos.

La palabra ley se toma en distintas acepciones: unas son fundamentales, otras especiales, que aunque muy importantes, se aplican á intereses menos vitales; á las primeras, cuya variacion en las naciones va acompañada de revoluciones y trastornos, se les rinde homenaje y juramento, y se consideran como la religion política que es preciso venerar, y á la cual no se llega sino en circunstancias muy graves. Las segundas se modifican y alteran mas fácilmente, y á pesar de esto siempre conservan relaciones íntimas con las constituciones de las naciones, de las cuales traen su origen. Al lado de unas y otras existen tambien las que tienen por objeto arreglar las relaciones de las naciones entre sí: así, pues, la pauta ó norma que sirve de autoridad, y cuyo fallo es irrevocable, ya se trate del derecho público, ya del derecho privado, ya del derecho de gentes, es la ley: y siendo esto cierto, tambien lo es que puede haber leyes, y de hecho las hay, autorizadas como las que mas, sin que hayan sido discutidas en ningun parlamento ni escritas en ningun código: sirvan de prueba á nuestras razones las naciones en que se veneran profundamente los usos y las costumbres antiguas, y tienen en todas ocasiones el mismo valor que las leyes.

Habiendo fijado á nuestro entender el sentido de la palabra ley, preciso será fijar el de la palabra costumbre. Las hay naturales, religiosas, públicas, privadas; y aun pudie-

ran hacerse otras divisiones; pero baste saber que esta palabra se usa ó en su mas lata significacion, cuando da á entender los usos de una nacion ó de un pueblo, ó en su mas reducida, usando únicamente el grado de moralidad de la sociedad. La influencia de las leyes sobre la moralidad de los pueblos, y la de esta sobre aquellas, es lo que mas importa fijar, sin que se olvide tampoco tomar en cuenta los usos y gustos que la civilizacion produce y modifica, y cuyo estudio da por resultado lecciones convenientes para los pueblos y oportunas á los legisladores.

Ni conviene tampoco dejarnos seducir por las apariencias, ni dejarnos llevar del espiritu de exageracion tan frecuente en nuestros dias, y tan conforme con la debilidad de nuestro entendimiento. Dos hechos pueden existir á un mismo tiempo, y por mas que lo parezcan no ser consecuencia el uno del otro, ni tener entre sí la mas mínima conexion: enantos y cuantos errores se han cometido en este sentido por los filósofos y los historiadores de todos los tiempos: asi con razon un autor moderno dice, que muchos capítulos de los anales del género humano deben hacerse de nuevo, rectificando las muchas equivocaciones en que han incurrido sus autores, guiados por una soñada influencia de ciertos hechos, sobre otros de los que les separaba los accidentes de que venian revestidos, y hasta su misma naturaleza.

«Divide et impera:» precepto es este de Maquiavelo, que si cierto en la política no lo es menos en ciencias de otra clase: «analiza, y comprenderás:» viene á decir lo mismo, y es el mas seguro precepto á nuestro modo de entender para hallar la verdad despues de una prolija y bien meditada observacion. La ley, para serlo en toda la significacion de la palabra, para ser la regla y norma de las acciones humanas, ha de tener tal poder, que acatada y obedida por todos, sea el sosten perenne de la sociedad, y la condicion mas precisa de su existencia; pero á vanas palabras, á huecas declamaciones, ó á pomposas frases quedaria todo esto reducido, si la ley natural y positivamente no tuviera elementos grandes que le prestaran apoyo, y la dieran vida; haciendo que impere con absoluto dominio en

medio á veces de violentos huracanes levantados en contrario. ¿Dónde estan, pues, estos elementos? Tiempo es ya de decirlo: la mayor parte existen en la misma naturaleza del hombre; y, cosa singular, la accion de este poder ejerce su influencia sobre los hombres, puesto que si las cosas á veces son objeto de sus disposiciones, es únicamente en cuanto tienen relacion con los hombres.

Pueden estos considerarse filosóficamente bajo tres aspectos: con relacion á su organizacion física, á sus facultades intelectuales, ó á sus afecciones ó facultades morales: fácilmente se deja entender cuanto queremos decir en la division anterior; que comprendiendo en sus tres extremos al hombre, no es posible encontrar la causa de la accion que una parte del género humano ejerce sobre la otra, á menos de buscarla en las necesidades físicas, en las pasiones, ó en las ideas y juicios formados por el entendimiento. Y en una de estas tres partes tambien se encuentran las causas que obligan á los hombres á ceder, y mostrarse dóciles á la accion que sobre ellos ejercen sus semejantes; y la razon es muy sencilla: nosotros no nos apercebimos de nuestra existencia y de los diversos objetos que nos rodean, sino por lo que pasa dentro de nosotros mismos, ó por las impresiones que nos causan los objetos exteriores, y que nos transmiten los sentidos; pero como la impresion que no produjera una sensacion agradable ó desagradable, ó siquiera una esperanza, seria para nosotros tan indiferente que ni nos obligaria á ejecutar una accion, ni nos impediria que ejecutásemos otra, á la cual estábamos dispuestos: parece, pues, probado que para conocer las causas y los efectos de la accion que los hombres ejercen sobre sus semejantes, es preciso examinar el placer y el dolor, y considerarlos como los elementos en que las leyes cobran su fuerza, y sostienen su brio. El placer y el dolor, grandes móviles de las acciones humanas, pueden ser aplicables no solo á la parte material ó física del hombre, sino á su parte intelectual y moral; pero con tal relacion entre sí, que á veces los padecimientos morales producidos por desgracias que no esperábamos, nos causan males reales y físicos que amargan de todas maneras nues-

tra existencia : nuestros placeres , nuestros dolores , he aquí toda nuestra existencia ; es decir , lo que mas amamos y apetecemos en el mundo ; y he aquí la razon por la cual , cuando nos hallamos en el caso de hacer leyes , hacemos siempre las que mas convienen con nuestro modo de existir , creyendo á veces con muy buena intencion , que son tambien las que mas convienen á la generalidad , en lo cual los legisladores andan á veces desacertados , y pagan caro sus yerros. Sea que los gobernantes hayan sido elegidos por la mayoria de un pueblo , sea que hayan recibido el poder de sus antepasados , se ve siempre en las leyes la expresion de la mayor parte de sus afecciones morales y de sus sentimientos. Si son generosos y confiados , las leyes llevan el sello de la confianza y la generosidad : si son tímidos , airados y sombríos , el miedo , la vil sospecha y la venganza estan escritas en las leyes. Pero aunque esto sea cierto , no por eso se ha de creer que todos los elementos de que las leyes se componen tengan igual fuerza , y sean por consiguiente respetados y acatados indefinidamente. Hay leyes cuyos elementos de fuerza no estan más que en las pasiones , en las preocupaciones , en las necesidades de la parte del pueblo que gobierna , y estas se suspenden ó se derogan tan pronto como acaban los elementos de que se componen ; y esto sucede fácilmente.

En la vecina Francia , en su periodo de revolucion , caian todas esas leyes de poca fuerza en el momento mismo que el Gobierno caia , y era reemplazado por otro para tener igual suerte al cabo de un cierto periodo ; pero en todos ellos los padres alimentaban á los hijos ; las mujeres permanecian unidas á sus maridos ; los hijos obedecian á sus padres ; los trabajadores trabajaban para los amos que los empleaban ; estos pagaban su salario á aquellos ; y todo esto , porque los elementos de fuerza de estas leyes existian en el seno de aquella misma sociedad ; eran la expresion fiel de las necesidades , de las afecciones y de las ideas de la poblacion entera.

De esta suerte se esplican los sucesos , que por no estar al alcance del vulgo , ó por necesitar estudio para ser com-

prendidos, han pasado en los libros de historia por fenómenos raros, y atribuidos á casualidades ó buena fortuna. Los pueblos, á veces trabajados por males sin cuento, por guerras y revueltas, por administraciones corrompidas ó traidoras, han perdido su prosperidad y pujanza; los individuos su bienestar; los elementos de orden y de gobierno han desaparecido; las mercedes y las honras se han vilipendiado prodigándolas; los nombres de virtud y vicio se han visto confundidos; la imágen del caos, en una palabra, retratada en su imágen; entonces ha aparecido á las veces un hombre, á quien los historiadores han llamado grande, que ha reconstruido la sociedad, que ha buscado y hallado los elementos de gobierno, y que con sus órdenes imperiosas y su voluntad soberana ha obligado á todos á cumplir con su deber; y por último, que ha dado su nombre al siglo: ¿y qué, esta empresa inmensa es hija de la casualidad? ¿ó mas bien este papel de gigante tan caro de representar no tiene otro objeto que admirar al mundo, sirviendo de asoladora plaga, ó cuando menos de gravoso lujo? Nada menos que eso. En la persona de un grande hombre hay que considerar: 1.º que comprende mejor que otro las necesidades de su tiempo, las necesidades verdaderas y propias de la época: en una palabra, lo que la sociedad necesita para existir realmente. Lo comprende mejor que otro, y mejor que otro sabe aprovecharse de las fuerzas sociales, y dirigir las á este objeto. De aquí dimanar su poder y su gloria; y por esto es por lo que tan pronto como aparece en la escena del mundo, se hace entender de todos; todos lo aceptan, y todos lo siguen. 2.º Apenas se separa de esta senda; apenas se entrega á sus sueños, y quiere sujetar al porvenir como ha sujetado el tiempo presente, se aperciben bien pronto de ello los que lo siguen; lo hacen con tibieza al principio; se oyen despues quejas y lamentos; se separan al fin; el grande hombre queda solo. Asi aconteció á César, á Carlo Magno, á Napoleon. Cuando este último se apoderó del mando en el vecino reino, habia una necesidad extrema de orden; esto por lo que respecta al interior; y de independenciam por lo que respecta al exterior; esto es, era preciso reconciliar la

Francia con la Europa, y constituir la nacion con alguna regularidad, para que pudiera hallarse el reposo apetecido; en una palabra, independenciam y órden, prendas seguras de un largo y próspero porvenir: este era el pensamiento y el voto de todo el pais. Napoleon comprendió la situacion, y cumplió su propósito en la época feliz del consulado. Despues de esto concibió otros mil proyectos gigantescos, pero muy agenos de las necesidades de la Francia, ni aun de la época: la nacion lo siguió sin embargo, entregándole sumas inmensas y la sangre de sus hijos; pero llegó un dia en el cual no quiso seguirle, y el emperador quedó solo, y el imperio desapareció, y las cosas volvieron á su ser natural, restableciéndose el equilibrio que por algun tiempo se habia perdido.

Despues de todo lo dicho, debe ser ya para nuestros lectores doctrina corriente, que las leyes, para ser tales, necesitan elementos de fuerza para subsistir; que existiendo estos elementos en la naturaleza del hombre mismo, en su existencia, y en cuanto con esta tiene relacion, necesariamente las costumbres, que son la naturaleza misma en accion, tienen una grande influencia en las leyes: tesis que debiamos probar; pero llamemos á la práctica en apoyo de nuestra teoría, y concretemos el caso á las leyes políticas.

La historia de todos los pueblos antiguos y modernos está en apoyo de la opinion que explicamos, hasta el punto de que nos seria fácil conocer las instituciones de una nacion, si conociéramos filosóficamente y á fondo sus costumbres. Veamos, sino, las costumbres de uno de los pueblos mas célebres de la antigüedad, de Atenas. Estúdiense profundamente, y no tan solo llevando por guía, y leyendo como testo los historiadores y los filósofos, que pintando el busto del ciudadano lo retratan solamente en la tribuna, en el foro, ó en los ejércitos; registremos con los autores dramáticos los rincones de su hogar doméstico; y allí hasta en las reuniones de las cortesanas podremos conocer *á priori* las instituciones de Atenas. Al ver este pueblo tan espiritual, tan dotado de imaginacion, de razon, de buen gusto; este pueblo tan delicado, tan elocuente, pero al mismo tiempo tan

inquieto y celoso de su libertad y su gloria, que con el mismo fervor apetecia los sucesos políticos, como las novedades escénicas; al considerar, por último, á este pueblo, al que tanto placian las discusiones, las harengas y cuanto puede hacer brillar el talento, de antemano se adivinan todas sus leyes é instituciones que trasladan á las plazas y á las asambleas públicas, los intereses de los particulares, y los negocios del estado, que conceden á los ciudadanos el derecho de tomar una parte activa en ellos; que les prestan ocasion para erigirse en soberanos de Atenas y amos de la Grecia, tan cerca á veces de ser grandes generales ó semidiceses, como esclavos y parecidos á mujeres.

Pero no solamente las costumbres comunican á las leyes su naturaleza, sino que ellas mismas determinan hasta la forma de gobierno que dirige á los estados; y es cosa de probarlo. En lo que se llaman tiempos primitivos, las costumbres pastorales y patriarcales han producido la monarquía patriarcal; sencilla natural, y el mas legítimo de los gobiernos de un pueblo. Estos á quienes no ha bastado para el aumento de su poblacion el terreno que pisaban, han llegado á ser conquistadores; y sus costumbres guerreras han producido otra monarquía; cuyo modelo puede admirarse en los grandes imperios antiguos del Asia. Las costumbres religiosas, mezclándose con las pastorales y guerreras, son el origen de las instituciones en que se ven á la par imperando y confundidas la monarquía absoluta y la teocracia sacerdotal, sirviendo de base á la una y á la otra los derechos privilegiados de ciertas castas: ejemplos pueden tomarse de la India, la Persia y el Egipto.

Las costumbres industriales y comerciales son á su vez el origen y la fuente de otras leyes y otras instituciones. La industria y el comercio suspiran por la paz, apetecen el orden, y reclaman la justicia. Estas costumbres aficionan al hombre á las cosas materiales y positivas; se muestran poco inclinadas á la gloria, á las ciencias; y enemigas implacables del espíritu guerrero: desprecian las bellas letras y artes; pero en cambio dan al estado las prendas mas seguras de poderío y duracion, porque sobre todos los usos y los

hábitos que crea el comercio, no hay otro que sobresalga mas que la necesidad de una libertad bastante estensa para adquirir, y la seguridad necesaria para conservar.

Necesario es pues á los trabajos de la industria y á las operaciones del comercio, una forma de gobierno por la cual, ni el guerrero, ni el sacerdote, ni el proletario, ni persona alguna privilegiada, tenga suficiente poder para poner trabas á sus justas aspiraciones, así como ni tampoco destruir la confianza de los mercados, ni arruinar el crédito de los particulares ó de los pueblos; tal y tan necesaria es en estos casos la libertad, que para asegurarla completamente es preciso tomar como en rehenes alguna parte de la misma soberanía. Hecho es este que nos presenta la historia de un modo indubitable, ya con ejemplos antiguos, ya con ejemplos modernos: Tiro, Sidon, y Cartago entre los primeros; Venecia y Holanda entre los segundos. Estos pueblos, emporios del comercio algun dia, en épocas distintas, han querido reservarse una parte del poder público, cuya mision principal y primera obligacion, es la de proteger y amparar todos los derechos, y favorecer todos los intereses compatibles con la existencia del Estado.

Ni se crea por esto, segun equivocadamente se ha dicho por algunos, que las costumbres de los pueblos dados al comercio y á la industria, conducen al republicanismo, ya democrático, ya aristocrático. Tiro y Sidon tuvieron reyes; la Holanda un príncipe por Stathonder; la Inglaterra se sometió á una monarquía mas que feudal; y la aristocracia y la inquisicion de Venecia algun tanto mas estrechaban que las formas templadas de la monarquía.

Réstanos que examinar si en el mundo moderno aparece la influencia de las costumbres, en el mismo grado que en el antiguo. Una gran variacion á primera vista se percibe entre una y otra edad, entre unos hombres y otros; y esta diferencia notable es consecuencia de la religion. El cristianismo en los tiempos modernos ha variado de todo punto las costumbres de los hombres: esta religion divina ha proclamado la dignidad del hombre y la igualdad de todos ante Dios: y si es cierto que tan repentino cambio destruyó de

todo punto aquel espíritu exaltado de nacionalidad que distinguía, y aun caracterizaba á las repúblicas antiguas; la compensación fue mas que regular con el valor, la dignidad y la moralidad del individuo, y el gran poderío de la asociación religiosa, que humilló por algun tiempo la fuerza material, hasta entonces en posesion del supremo dominio. Las costumbres feudales importadas en parte de los países del septentrion; y las costumbres religiosas que cobraron gran brio en los siglos medios, fueron los elementos de esas instituciones en las que se encuentran reyes sin poder, sujetos al capricho de los vasallos; y vasallos y reyes dependientes en lo espiritual y temporal del pontífice romano. Las cruzadas que dieron impulso á la emancipación de los pueblos, la dieron igualmente á la emancipación de los reyes. Desde entonces la monarquía encontró su apoyo en los comunes, que llegando á un alto grado de poder, lucharon al principio brazo á brazo contra el sistema feudal, para luchar despues con los monarcas: las escuelas, las universidades, los progresos de las ciencias, la civilización, en una palabra, prepararon y llevaron á cabo la revolución del siglo XVI; pero aunque la explosión de este acaecimiento notable tuvo lugar en esta época, en el siglo XV, fue preparado; y justo será que echemos una rápida ojeada sobre la época mas digna de atención de la historia moderna.

Hasta el siglo XV no hubo en la Europa otras ideas generales conocidas, de verdadero influjo en los hombres, que las ideas religiosas. La iglesia mantuvo por una larga serie de siglos un inmeuso poder, y venció á sus contrarios, que no fueron pocos en número. Pero al fin del siglo XIV y principios del XV estalló el gran cisma de Occidente, efecto de la traslación de la silla pontificia, y la creación de dos papas: en vano el concilio de Pisa quiso poner un término á las desgracias de la cristiandad; en lugar de dos papas hubo tres con el nombramiento de Alejandro V. El concilio de Constanza en 1414, y el de Bale en 1431, se ocuparon de otra cosa ya que de la elección de pontífice; de la reforma de la iglesia: pero el cisma estalló tambien en el concilio, y en 1449 renunció á la idea concebida por no poder vencer los

obstáculos con que tuvo que luchar. Los concilios deseaban por medios hábiles y legales proceder á la reforma que de otra manera presagiaban llegaría á hacerse, ó á lo menos á intentarse con violencia; querian en una palabra, prevenir la revolucion que amenazaba, y cuyos primeros efectos se sintieron en Bohemia bajo la enseña ya de una reforma popular. He aqui en cuanto á las creencias y doctrinas religiosas el estado en que el siglo XV dejó á la Europa; pero no se encerraba ya en tan pequeño recinto la fermentacion del entendimiento humano.

Ya en el siglo anterior los autores italianos de mayor nombradía, como el Dante, el Petrarca, y Bocacio, buscaban con afan los manuscritos griegos, los comentaban, y los publicaban en medio del entusiasmo que producía el menor descubrimiento en este género. La caída del imperio de Oriente y la invasion de los griegos fugitivos en Italia, fueron la causa del aumento considerable del caudal de la literatura, con lo cual se aumentó la admiracion por los antiguos, y el ardor con que se empezára la obra de la moderna civilizacion. Era llegada ya por aquel tiempo la época solemne de la actividad exterior de los hombres, de los largos viages, de los famosos descubrimientos. La pólvora y la brújula cambiaron el arte de la guerra y de la navegacion; el grabado, la pintura, y la imprenta, por último, transmitieron á la posteridad las obras de aquel siglo, al mismo tiempo que facilitaron prodigiosamente los trabajos del entendimiento humano. Si de estos hechos pasamos á los políticos, encontraremos la grande analogía que hay entre unos y otros, advirtiendo como al compas de la marcha que llevaban las nuevas costumbres, se iban arreglando los pueblos y los gobiernos. El gran trabajo que se emprendió entonces por los unos y por los otros, fue el de la centralizacion; y como elementos en que esta se apoyase la organizacion del poder público y el amor á la nacion de que se formaba parte. No hay mas que recorrer rápidamente la historia de los pueblos de Europa en el siglo XV para ver claramente estos grandes hechos políticos. A fines del siglo XIV y principios del XV, tienen lugar en Francia las guerras contra los

ingleses, y empieza la nacion á mostrarse tal, y á sacudir las ya endebles ligaduras del feudalismo. Todas las clases del pueblo concurren á sostener esta lucha, y si otro testimonio faltára no necesitaríamos mas que saber la historia de Juana de Arcos para conocer el carácter popular de la guerra que sostenia la Francia contra la Inglaterra. No es esto decir que la unidad política y nacional fuese conocida hasta el punto que lo es hoy, ni mucho menos; sino que la unidad empezaba á esplicarse por el sentimiento del honor nacional que conmovia los ánimos, por el deseo vivísimo que aquejaba de fundar una monarquía poderosa que rechazára al enemigo que odiaban al par de muerte.

Al fin del reinado de Carlos VII cambiaban de aspecto todas las cosas. El poder público se afirmaba, y trabajaba en escala mas grande. La justicia, los tributos, la fuerza militar vienen en su ayuda, y contribuyen eficazmente á derrocar el poder feudal, que hasta entonces habia dominado. El mismo aspecto presenta la Alemania; á mitad del siglo XV la casa de Austria se apodera del imperio, y con ella adquiere el poder imperial la fuerza que hasta entonces no habia tenido. Maximiliano I al echar los cimientos del lustre y poderío de su casa, introduce en sus estados, copiando los de Francia, los progresos que como nacion mas adelantada habia hecho en la carrera de la civilizacion. La Inglaterra, entretenida con una guerra exterior y devorada por la guerra civil de las rosas, nada adelantó hasta terminar la una y la otra. Henrique VII sube al trono, y desde entonces data en 1485 la era de la centralizacion política, el triunfo completo de la monarquía. Aunque en la Italia, al menos con su propio nombre, no se ve esta en auge, sin embargo, en la misma época las repúblicas se estinguen, y las que subsisten concentran el poder en pocos individuos. El ducado de Milan se forma de las repúblicas lombardas. En Florencia mandan como amos los Médicis; el milanesado absorbe á Génova, y muchas casas soberanas sostienen sus derechos que la pretenden y disputan á la vez soberanos extrajeros.

En España el rey contiene el poder colosal de los grau-

des de Castilla y Aragon: estas dos coronas se unen para no separarse mas. Los maestrazgos de las órdenes militares se incorporan á la Corona: los moros son lanzados de las Andalucías: la monarquía aparece en todo su esplendor; y nuevos é indeslindables mundos se prosternan, le rinden parias, y tributan homenaje. Por todas partes por donde llevemos nuestra vista asistiremos al mismo espectáculo. El sistema primitivo de la Europa cede por do quiera; las viejas libertades, hijas del feudalismo y de las franquicias comunales, no pudieron organizar la sociedad; esta necesitaba gobierno para poder existir; gobierno que prestase seguridad á los individuos y garantizase el progreso de que son susceptibles las sociedades. Las antiguas instituciones no habian podido conseguir ni lo uno ni lo otro; cayeron por sí mismas, como caen todos los sistemas que no encierran en sí los gérmenes fecundos de existencia social, á saber; *orden y progreso*: no el progreso de los demagogos, el progreso espoliador, reaccionario y vengativo que á tanta costa hemos alcanzado; sino el progreso hijo de los adelantos de las ciencias, de la cultura y del entendimiento, que pausado, lento é insensible como el tiempo, todo lo muda ó lo altera, segun lo exigen las circunstancias, acercando las naciones y los individuos á aquel grado de civilizacion que es el fundamento de la felicidad y tranquilidad de los imperios.

ANTONIO BENAVIDES.

SOBRE LA TRASLACION DE LAS CENIZAS DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA AL CEMENTERIO DE LA COFRADIA DE SAN NICOLAS DE BARI.

Los señores mayordomos de la antigua cofradía de San Nicolás de Bari, recelando que se mande echar abajo la iglesia parroquial de San Salvador, denunciada por ruinoso, han tenido el laudable pensamiento de trasladar las cenizas de Don Pedro Calderon de la Barca á otro lugar donde se conserven con el decoro correspondiente al mérito y renombre de este insigne poeta. Hasta aquí son dignos de elogio, y no lo es menos el celo con que procuran llevar á cabo su proyecto, escitando el patriotismo de las corporaciones y habitantes de Madrid, á fin de que contribuyan con sus donativos á tan digna obra. Pero alucinados por la idea de honrar su propio cementerio con la posesion de aquellas ilustres reliquias, no han reflexionado que desterrando los huesos de Calderon del recinto de su patria, y confinándolos á un paraje tan solitario por su destino, como por hallarse en despoblado, y harto distante de la capital, lejos de sacarlos de la oscuridad en que suponen haber estado hasta ahora, los sentencian á otra mayor, y en lugar de concurrir al aumento de su celebridad, los condenan á perpétuo olvido. Una vez al año visita el público los cementerios, no como objetos de curiosidad, sino con el piadoso fin de rogar á Dios cada familia por las almas de sus parientes sepultados en ellos. El resto del año no atraviesan sus puertas sino los difuntos y los enterradores, huyendo las gentes de acercarse á unos muros, que solo infunden ideas melancólicas y aflictivas. En otros países suelen ser los cementerios sitios muy espaciosos, de terreno vario y desigual, poblado de árboles y de verdura, que en gran parte disminu-

yen el horror que inspira naturalmente la mansion de los muertos. No es mi ánimo examinar si conviene con la terrible solemnidad de las tumbas y con las severas lecciones con que desde su lóbrego seno amonestan á los vivos, convertir los cementerios en lugares de recreo y distraccion: solo diré que donde esto pasa, ningun menoscabo padecerá la gloria de un grande hombre que tenga allí su sepulcro; pero aquí no sucede lo mismo, por ser raro, rarísimo, el que tiene la ocurrencia de ir á un cementerio por mero gusto, ó solo por la curiosidad de leer el epitáfio de un sujeto notable.

Los que dieron sepultura á Calderon en la iglesia del Salvador de Madrid, pudieran decir á los señores del proyecto: «Os quejais de nosotros y nos tratais de ingratos porque colocamos el cadáver de este varon insigne en una parroquia de las principales de esta capital, situada en una de las calles mas públicas y concurridas, cubriendo su ataúd con una gran lápida de mármol negro, en la cual grabamos su elogio en letras de oro, y pusimos sobre ella su retrato. ¿Qué mas pudimos hacer? Si os lamentárais del olvido en que yacen los de un Cervantes, de un Lope de Vega y de otros hombres célebres, tendríais razon para ello; mas ninguna teneis para ofender la memoria de los que, sin pedir á nadie un maravedí, dimos un solemne testimonio del aprecio que nos mereció Calderon, y del dolor que nos causó su pérdida. Vosotros hareis mas, no lo dudamos; pero será si desistis del descabellado pensamiento de sacarla de la poblacion para confinarle á una milla de distancia en la lúgubre soledad de un campo santo. ¿Será este el modo de desagraviar á Calderon, y de subsanar el que llamais abandono é ingratitud de sus contemporáneos? ¿Pues qué? ¿No hay en Madrid iglesias en que erigirle un sepulcro, y donde propios y extraños puedan verlo á todas horas? ¿O temeis que los huesos de Calderon, reducidos tal vez á un poco de polvo, inficionen la poblacion de la córte? ¿Quién quereis que vaya á honrarlos al cementerio de la cofradía de San Nicolás de Bari? Si la autoridad consiente, que no es creible, que se lleve á efec-

»to vuestra mal meditada idea, ¿no temeis que el mismo
 »Calderon se levante á reclamar contra ese ostracismo de
 »nueva especie? En Madrid nació; en Madrid pasó la ma-
 »yor parte de su larga vida; en Madrid produjo su ingenio
 »los portentosos frutos que le han hecho célebre en Europa;
 »en Madrid murió, y en Madrid descansan sus cenizas hace
 »doscientos años. ¿Por qué, pues, sacarlas de Madrid?»

Esto dirian, y esto dicen á una voz cuantos paran la atencion en el proyecto á que nos referimos. Todos alaban el pensamiento de los señores mayordomos en orden á preservar del olvido las reliquias de aquel grande ingenio; pero les suplican que lo mediten mejor, y no se dejen fascinar por la pueril vanidad de tenerlas entre los difuntos de su cofradía. Calderon pertenece á España, que ilustró con sus escritos, y estoy por decir que pertenece á todo el mundo civilizado, como Homero, como Virgilio, como Cervantes, como Moliere.

★ ★

NOTA. Despues de impresas las precedentes observaciones hemos visto anunciado en los papeles públicos que la traslacion de los huesos de Calderon á un cementerio es solo temporal é interina. En este caso no nos ocurre otro reparo, que el de que se invierta una suma de alguna consideracion en un monumento provisional y transitorio.

SONETOS.

ROMA.

No hay salvacion. Al último romano
 En el gran Ciceron el hierro amaga;
 Entre las tumbas de los Penos vaga
 La sombra de Caton republicano.

El manto imperatorio alza una mano,
 La hoguera popular con él apaga,
 Y el crimen noble un noble crimen paga,
 Hundiendo en César al mejor tirano.

Sé emperador ¡Triumviro! En Roma hay sólio:
 Venga á la Roma tú, que holló las gentes,
 De la Roma que aborta Catilinas.

Y á otros dioses abierto el Capitolio,
 Lánzense pueblos mil, que alzen sus frentes
 De ese pueblo insensato en las ruinas.

NAPOLEON.

Miradle allí, miradle como alienta!...
 Baten la roca truenos y nublados:
 Su alma, dominadora de los hados,
 En la pasion del mundo se alimenta.

Campo es el mar en que sus huestes cuenta,
 Sus banderas los vientos desplegados,

Las olas sus corceles y soldados,
Y su carro de triunfo la tormenta.

Goza en la tempestad, tú, que la calma
En el mundo á encontrar no eres nacido:
El fuego inmenso que te abrasa el alma,
¡Cuántas vidas no hubiera consumido!
¡Ah! muere, vuela al cielo: allí tu palma.
Napoleon ¿cuántos siglos has vivido?

LA HISTORIA.

Tiranos, pereced. La omnipotencia
No es vuestra ya, que os vence la anarquía:
La frente que á los pueblos desafia,
De los pueblos hundid en la presencia.

Pueblos, callad. Reposa en vuestra esencia
El germen ¡ay! que los tiranos cría:
La humanidad no es mas que tiranía,
Y sus títulos son vuestra existencia.

¡La libertad! ¡La esclavitud! ¡victoria!
gritan á un tiempo pueblos y tiranos:
Y arrollando los títulos de gloria
De ambos á dos los mónstruos soberanos,
Pasando sin mirar, clama la historia:
El combate es la ley de los humanos.

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.

BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

DESDEOSA la empresa de la Revista de llenar los fines de su publicacion y de complacer á sus lectores, se ha propuesto publicar en lo sucesivo, aunque sin periodo determinado, un *Boletin bibliográfico* de las principales obras que se den á luz en la Península, con un ligero extracto de su contenido, un breve juicio de su mérito, y la noticia de su precio y de las librerías en que se espendan.

Los autores ó editores que deseen ver anunciadas sus obras en el Boletin de la Revista, se servirán remitir franco de porte un ejemplar de ellas á la redaccion, juntamente con la nota de su precio y de los puntos en que se venden: lo mismo podrán hacer con los anuncios de suscripcion, prospectos etc.

Estos anuncios del Boletin no impedirán el seguir como hasta aquí, examinando las obras que lo merezcan en artículos separados.

EL PELAYO. POEMA ÉPICO POR DON DOMINGO RUIZ DE LA VEGA. (Madrid, 3 t. 8.º: á 60 rs., librería de Cruz.)=Pocos asuntos ofrece nuestra historia nacional mas á propósito para la epopeya que el elegido por el Sr. Ruiz de la Vega. La gran catástrofe del imperio godo sucumbiendo en una sola batalla; la invasion de los sarracenos con sus costumbres, hábitos y religion tan diversos y diferentes de los de los españoles; el alzamiento en las montañas de Asturias de un trono, cuyo poder habia de ir lentamente creciendo, á la sombra de la cruz, hasta derramarse fuera de España, y llegar á los mas remotos confines de la tierra, son ya sucesos de por sí grandes, sorprendentes, épicos. Pero si á esto se agregan las circunstancias maravillosas y ex-

traordinarias con que estos grandes sucesos han llegado hasta nosotros, y el tinte á la vez religioso y poético que les ha dado la imaginacion ardiente y semi-oriental de nuestro pueblo, tendremos que reconocer, que la epopeya estaba ya de por sí hecha y formada, y que solo le faltaban las formas exteriores de la versificacion y del estilo. Efectivamente en nuestras tradiciones populares y casi históricas los Moros no invadieron la España por los motivos ordinarios de la conquista: una venganza personal, nacida de la afrenta hecha á una dama, fué el agente poderoso de aquel gran suceso; y Rodrigo, la Caba, Don Julian y Don Opas se presentan ya á nuestra fantasia como seres poéticos, con quienes estamos familiarizados desde nuestra niñez, y cuyos nombres y aventuras hemos oido quizas en los cantares y romances con que se nos mecía y arrullaba en la cuna. Vienen despues los amores del árabe Munuza con la hermosa hija de los godos, la bella hermana de Pelayo, con Hormesinda. Se presenta en seguida la gran figura del mismo Pelayo, que al alzarse en los montes venga á la vez su propia injuria, la de su patria y la del cielo. Tras esto se presenta la milagrosa victoria de Covadonga, en que el mismo cielo por medio de prodigios se declara en favor de los cristianos contra los moros, y en que se da principio á la gran lucha de 800 años, entre cuyo estruendo se habia de ir formando aquel pueblo, que habia de contener la invasion del Oriente en el Occidente, poner límites á la extension del Islam, sostener despues la gran unidad católica contra los esfuerzos escéntricos y anárquicos de las sectas reformadoras, llevar su poder, sus armas y su literatura á una gran parte de la Europa, de Asia y de Africa, y descubrir por fin, conquistar y civilizar un Mundo entero. Nada por lo mismo falta al asunto del PELAYO para ser enjuntamente épico: la grandeza, la nacionalidad, las tradiciones poéticas, la diversidad y amenidad de cuadros y caracteres, la facilidad y conveniencia en el empleo de los medios sobrenaturales y maravillosos; todo lo tiene, en todo abunda; y sin embargo cuando oimos por primera vez que se iba á publicar un PELAYO, desconfiamos en extremo de su buen éxito y fortuna. Y no ciertamente por prevencion contra el poeta, nada de eso. La causa era otra: porque creemos que las epopeyas tienen en la vida de las naciones su época señalada, y que fuera de ella no pueden nacer, ni prosperar. La epopeya en nuestro concepto solo puede surgir y crecer en las grandes épocas de transicion, de la sociedad y del

entendimiento humano: cuando hay ya bastante cultura para dar á los asuntos formas poéticas, agradables y correctas, pero bastante virginidad (permitásenos esta palabra) en la imaginacion para que los sucesos se pinten en ella con toda su fuerza y colorido, y sobre todo bastante fé interior en lo que se espresa para que los movimientos y afectos sean naturales y espontáneos, para que partan del corazon y no de la cabeza. — Pero cuando ha pasado ya esta época; cuando ha llegado la de análisis, filosofía y discusion; cuando no hay nada sobre que la crítica no tienda su vara censoria; y cuando en vez de convicciones firmes y robustas que llenen el corazon y el alma, solo se encuentra en ellos el caos y el vacío de la duda y del escepticismo; ni los asuntos épicos pueden hallar al cantor inspirado por la sociedad y por la época en que vive, ni la sociedad ni la época le comprenderian, aunque real y verdaderamente llegara á encontrarse aquel cantor. — Concebimos que se pueda tal vez hacer en la actualidad un poema épico *erudito* de formas agradables y mas ó menos aproximado á los grandes modelos de la antigüedad y del siglo XVI; pero lo que no concebimos, ni creemos que pueda hoy escribirse, es un poema *nacional*, que con nueva y arrebaté la imaginacion de los pueblos, y que abrazando en sí el saber, los afectos y las creencias de sus contemporáneos, les sirva de estudio, de guia y de modelo, como se verificó con los poemas de Homero, con los del Dante, el Tasso y el Camoens. — No hay, pues, en nuestro concepto, que buscar en el *Pelayo* del Sr. R. de la Vega un poema parecido á aquellos; decimos mas, seria hasta una especie de injusticia el exigirlo. El poeta épico no se levanta y vuela sino en las alas de la imaginacion y de las creencias de la sociedad en que vive, y la sociedad actual, crítica, investigadora, incrédula, no solo no tiene fé en los prodijios de Covadonga y Liebana, sino que hasta presenta dudas y dificultades sobre la existencia de los héroes principales de aquellos grandes sucesos. — El *PELAYO* sin embargo pudiera ser ya que no un verdadero poema épico, un poema agradable y de amena y entretenida lectura. Nosotros juzgamos que lo es, y que se leerá con gusto una obra, en que con estilo elevado y correcto, y en un lenguaje puro, aunque á nuestro modo de ver sobrado, lleno de arcaismos, se refieren y mencionan los grandes hechos de nuestra historia y tradiciones nacionales. El Sr. R. de la Vega ha escrito su poema en versos sueltos, sin rima ni asonancia de ninguna clase. En esto nos parece que no anduvo acertado, por mas que haya podido tener

presentes grandes modelos en otras lenguas. El verso suelto engaña por su aparente facilidad: para que se le pueda soportar en nuestra lengua tan rica y fecunda en rimas sonoras, necesita tener mucha armonía y perfección, y esta es casi imposible dársela en un poema de 27 cantos. No aprobamos por lo mismo en general los versos sueltos en composiciones largas, aunque en las cortas no les tenemos la infundada repugnancia que hoy se les manifiesta. Los del señor R. de la Vega son en general fáciles, armoniosos y correctos, pero nos parece que a veces los enlaza demasiado, continuando los periodos por mucho tiempo, y dando por consiguiente á los versos giros y córtés, que no siempre son los mas naturales, ni los mas conformes á la consonancia que debe haber entre la armonía y el sentido.—Las muestras siguientes aclararán mejor que nada lo que acabamos de decir.

Hé aquí el principio del poema.

Las armas canto del Astur ilustre
Que á España restauró; y á la pujanza
Del alárabe fiero con arrojo
Impávido se opuso y fuerte diestra.
Sufrió reveses mil; y en duros trances
Probarle quiso y afligirle el alto
Arbitro del Poder y los destinos:
Hasta que al fin favoreciendo el Cielo
Su constancia y valor; le dió que horticada
La indómita cerviz al férreo yugo,
Quebrautará con fuerza vengadora
Al domador de Egipto y Asia y Libia;
Y el trono alzará de que fausto origen
Tuvo la alta Castilla y glorioso
Nombre y poder que dominó á dos mundos.

¿Quién, dime, ó Musa, pues que á ti la gloria
De los Héroes cantar fue concedido,
Sus claros hechos ensalzando y nombres;
Quién, dime, preparó conflictos tantos
Al hijo de Favila; y tal pujanza
Dió al Agareno audaz? ¿Quién, di, en el polvo
Hundió el gótico solio y su opulencia?

La justicia de Dios: que del excelso
Trono de gloria y luz do inmenso habita
De incomprensible magestad velado,
Tornó los ojos, y miró con saña
La maldad de Vitiza, y de Rodrigo
La torpe liviandad, y de la prole
De Suintilavinto los infames hechos.
Y ardió en furor, y levantó potente
Su dedo á cuyo toque estremecidos
Los vastos cielos, la tendida tierra
Y el bátratro profundo vacilaron.

Y habló: y oyó su voz el formidable
 Angel de su venganza; y vuela y guía
 Veloz hácia Jerez de la agarena
 Bárbara gente muchedumbre braba
 En sed de sangre ardiendo, y de despojos.
 Allí el godo cayó; y allí su imperio
 Cayó con triste fin, mas no sin gloria.
 Que el sol seis veces vió desde su orienta
 Los hierros, allí enbiestos defensores
 Del patrio suelo en desigual combate.
 El árabe venció, etc.

Alhúr, gefe moro, escita al combate á los suyos, fugi-
 tivos en la batalla de Cánica, y esclama:

..... Muslimes fieles,
 Bravos hijos de Adnam: ¿Cómo así os ciega
 El pavor posilánime? ¿La espalda
 Así dais sin rubor á quien vencido,
 Apenas ha un momento, roto huía,
 Y opreso y lacerado, só el tajante
 Acero vengador con que Alá justo
 Armara vuestra diestra? ¿Quién tan torpe
 Cambio pudo aprehender? Tornad bravos
 A las bendas de Dios, y á sus mercedes
 Aspirad en la lid: porque los premios
 Que acopia en sus alcázares, guardados
 Están para el que vence, y solo á filo
 Conquistanse de espada: y en su ayuda
 El bravo tiene á Dios: y Dios es grande,
 Y no hay mas Dios que Alá.....

**OBSERVACIONES SOCIALES, POLÍTICAS Y ECONÓMICAS SOBRE
 LOS BIENES DEL CLERO, POR EL DR. D. JAIME BALMES, PRESBI-
 TERO.** (Vich: 1 t. 8.º de 110 páginas, á 7 rs. Véndese en
 Madrid en la librería de Rodríguez.)—Esta obrita que nos
 ha venido de una provincia cuando se agitaban con ma-
 yor calor en los cuerpos colegisladores las cuestiones re-
 lativas al sostenimiento del culto y del clero, nos ha re-
 velado al mismo tiempo la existencia de un buen escri-
 tor (1) y de un excelente pensador. No es este opúscu-
 lo de aquellos que nacen con las circunstancias para mo-
 rir al dia siguiente con ellas: las observaciones del Señor
 Balmes se leerán con gusto y aprovechamiento, aun des-
 pues de pasada la ocasion que las ha dado vida y origen. Su
 opúsculo en cortas y reducidas páginas, encierra el argu-
 mento de una obra dilatada: y nada sería mas fácil que ha-

(1) A pesar de algunos medismos provinciales que nos disenan mucho
 en Castilla.

cer de él un libro abultado, dando mas desarrollo y estension á sus ideas y descendiendo á mas hechos y á mas particularidades en la parte histórica. No decimos por eso que la obra ganaria: solo decimos que, llena y rebuitida de pensamientos y doctrina, ofrece en sus cortas páginas materia á muchas y muy importantes consideraciones.—Aunque una publicacion de este carácter es muy difícil de reducir y compendiar, siendo ya ella misma un resumen de cuanto se puede decir en la materia, tomándola en la elevacion y en la altura en que la ha tomado el Sr. Balmes, hé aqui una breve reseña de su contenido que servirá de apoyo á lo que acabamos de decir.—El Sr. Balmes, despues de varias consideraciones sobre el carácter que el siglo actual exige en los escritos, prueba históricamente la legitimidad con que la Iglesia adquirió sus bienes, bajo la proteccion de las leyes civiles y la conformidad y aprobacion de las disposiciones canónicas, que jamás creyeron aquella adquisicion contraria á los grandes fines de la Iglesia, ni á la índole de su institucion; demuestra en seguida que la grande y poderosa influencia del catolicismo en los siglos medios, y su ascendiente benéfico y civilizador en medio de pueblos rudos y bárbaros, debieron naturalmente hacer rica á la Iglesia, porque las riquezas son siempre no solo el patrimonio, sino la necesidad de las instituciones y clases que gozan de gran influencia social.—Pero la adquisicion de estos bienes y riquezas, por legitima y natural que fuese, pudiera haber sido perniciosa y fatal á la sociedad, y era menester probar con la historia y con la observacion que no lo habia sido. Es este uno de los trozos mas notables del opúsculo que anunciamos; en él se demuestra que los bienes de la Iglesia adquiridos en gran parte por su mucha influencia, fueron causa de esta misma influencia benéfica: sin ellos la Iglesia no hubiera tenido la necesaria independencia, no hubiera podido constituirse bajo una organizacion fuerte y robusta, no hubiera podido hacer frente á los embates anti-sociales y anti-religiosos, ni imprimir á la Europa su indeleble sello: no hubiera podido tampoco proteger el cultivo de las tierras abandonadas, fundar los establecimientos de instruccion y de beneficencia de que llenó á la Europa cristiana, ni contribuir con el ejemplo de su constitucion, de sus leyes y de sus tribunales á la perfeccion del órden político y social de las naciones modernas.—Con este motivo traza un cuadro del estado infeliz que presentaba la Europa en el terrible periodo de las invasiones bárbaras; describe el origen, progresos y desarrollo del

individualismo brutal, disolvente y enemigo de toda especie de subordinación que los pueblos germánicos llevaban en su seno, hace ver que abandonado asimismo aquel sentimiento, hubiera conducido á los pueblos á la infancia de las sociedades y á la barbarie, y demuestra cumplidamente que la Iglesia fue la que, con su constante y eficaz resistencia á los impetus feroces y anárquicos de los invasores, pudo ir restaurando los principios de la antigua sociedad y de la pasada civilización, utilizar el mismo germen anárquico de independencia individual, combinándole con los demás elementos sociales, y producir por último este espíritu *europocristiano*, si puedo expresarme así, tan enérgico, tan expansivo y tan superior al que la humanidad presenta en todas las demás regiones de la tierra. La Iglesia no hubiera podido producir estos inmensos y provechosos resultados sin su poder, su influencia y sus grandes riquezas. Recomendamos á nuestros lectores la lectura del trozo que acabamos de extractar: él por sí solo eleva ya al Sr. Balmes á una grande altura.—Sigue despues demostrando la influencia de los bienes y riquezas del clero en la decadencia de la aristocracia feudal, en la emancipacion sucesiva de las clases inferiores á quien la Iglesia recordaba constantemente su dignidad, no solo con sus dogmas, sino elevando á sus primeros puestos á los hombres mas distinguidos del pueblo, cuando por ningun otro camino podian salir de su abatida esfera; y finalmente, su participacion innegable en la formacion de la clase media, que llena de inteligencia y de vida abatió las fortalezas feudales y se encaminó ya resuelta hácia su dilatado é inmenso porvenir.—Demostrada ya la legitimidad y la conveniencia de la adquisicion de los bienes del clero, el resto del opúsculo le ha empleado su autor en refutar las doctrinas que han servido de pretesto á las grandes espoliaciones de la iglesia. Lutero y los protestantes fueron los primeros que pusieron á disposicion de los príncipes seculares los bienes eclesiásticos, elevando á doctrina y erigiendo en sistema la violencia y el despojo: siguieron despues el mismo rumbo los políticos del siglo XVII y los economistas y filósofos del siglo XVIII: la Revolucion francesa se encargó de realizar aquellas doctrinas y los resultados, no solo para la Iglesia, sino para las otras clases de propiedad son sabidos y notorios. Los peligros de estos despojos son siempre grandes, aun cuando el Erario se enriqueciese con ellos; pero el Sr. Balmes demuestra que en España el Erario, en vez de ganar con apropiarse los bienes del clero, resultaria gravado, ha-

biendo de atender como es preciso á las obligaciones que con ellos en la actualidad se satisfacen; impugna en seguida las doctrinas económicas que suponen grandes ventajas en que aquellos bienes pasen á ser de propiedad particular, y concluye esponiendo los peligros que en las sociedades modernas, llenas de *proletarios* debe necesariamente acarrear la falta de respeto á cualquier género de propiedad, y el familiarizar á las clases pobres con el espectáculo de los despojos.

Pero para que nuestros lectores formen un juicio mas exacto de este opúsculo, insertaremos á continuacion algunos fragmentos. He aqui como describe el carácter intelectual del presente siglo:

«Si elevándonos algun tanto sobre esta negra pólvareda, que en la actualidad envuelve á nuestra desgraciada patria, extendemos la vista por los demás países civilizados, y fijamos nuestras miradas sobre el curso que han tomado las ideas en el presente siglo, describiremos ciertamente muchos peligros amontonados en el porvenir; pero también brillarán á nuestros ojos algunos rayos de hermosas esperanzas. Dado que en muchas cosas no seamos partidarios del siglo, al menos seamos justos: no puede negarse que adolece todavía de muchos achaques que se le han pegado por la inmediacion del siglo XVIII, y que no está escaso de preocupaciones y manías, resultado muy natural del íntimo y frecuente trato con visionarios y soñadores; pero también es necesario confesar, que no han pasado en vano para él los tiempos; que si predica la tolerancia, también tolera; que si falla á veces con sobrado magisterio, también escucha con atención; y que confiesa y aborrece la injusticia de aquella escuela filosófica, que en no acomodándose al tipo que ella se habia imaginado un objeto cualquiera, ya le arrumbaba como inútil, ó le rechazaba como nocivo: de aquella escuela fanática, cuyas doctrinas aplicadas á la sociedad crearon aquellos espantosos tribunales, que no conocían otro fallo, que el de entregar los bienes al fisco, la cabeza al verdugo. En llegando á cundir en las ciencias la afición al exámen de los hechos, tarde ó temprano la verdad sale vencedora; lo que ella teme son los sistemas y los seños; pero que se iluminen, que se examinen, que se analicen los hechos, eso no lo teme; porque la verdad no es mas que un hecho, y las grandes verdades son grandes hechos. No será la cuestion de los bienes del Clero la que se resista á bajar á semejante arena.....»

El trastorno que sufrieron las antiguas sociedades romanas con la invasion germánica, y la influencia reparadora de la Iglesia que apoyada en todos sus grandes medios trabajó constante y provechosamente en la reorganizacion de las naciones europeas, forma el asunto del párrafo IV de este opúsculo, al que corresponden los siguientes trozos.

«Figuraos ahora á los bravos hijos de las selvas arrojadlos sobre el mediodía, como un leon sobre su presa, precedidos de sus feroces caudillos, reguidos del enjambre de sus mugeres é hijos, llevando consigo sus rebañes y sus gaceras arrears, destrozando de paso numerosas legiones, saltando trincheras, salvando fosos, escalando baluartes y murallas, talando campiñas, arrasando bosques, incendiando populosas ciudades, arrasando grandes

pelotones de esclavos recogidos en el camino, arrollando cuanto se les opone, y llevando delante de sí numerosas bandadas de fugitivas corriendo pavorosas y azoradas por escapar del hierro y del fuego; figuráolos un momento después, engritados con la victoria, ufanos con tantos despojos, encrucecidos con tantos combates, incendios, saqueos y matanzas; trasladados como por encanto á un nuevo clima, bajo otro cielo, nadando en la abundancia, en los placeres, en nuevas gajas de todas clases, con una confusa mezcla de idolatría y de cristianismo, de mentira y de verdad, muertos en los combates los principales caudillos, confundidas con el desorden las familias, mezcladas las castas, alterados y perdidos los antiguos hábitos y costumbres, y desparramados por fin los pueblos en países inmensos, en medio de otros pueblos de diversas lenguas, de otras ideas, de distintos usos y costumbres; figuráolos, si podéis, ese desorden, esa confusión, ese caos, y decidme si no seia quebrantados, hechos mil trozos todos los lazos que formaban la sociedad de esos pueblos, y si no veis desaparecer de repente la sociedad civilizada con la sociedad bárbara; aniquilarse todo lo antiguo antes que pudiera reemplazarlo nada de nuevo. Y entonces ¿le fijáis vuestra vista sobre el adusto hijo del aguilón, al sentir que se relajan de repente todos los vínculos que le unian con su sociedad, que se quebrantan todas las trabas que contenian su fuerza, al encontrarse solo, aislado en posición tan nueva, tan singular y extraordinaria, conservando un obscuro recuerdo de su país, sin haberse aficionado todavía al recién ocupado, sin respeto á una ley, sin temor á un hombre, sin espolgo á una costumbre; ¿no le veis arrastrado de su impetuosa ferocidad arrojarse sin freno donde quiera que le conducen sus hábitos de violencia, de vagancia, de pillage y matanzas; y confiado siempre en su nervudo brazo, en su planta ligera, guiado por las inspiraciones de un corazón lleno de brío y de fuego, y por una fantasía exaltada con la vista de tantos, tan nuevos y variados países por los azares de tantos viajes y combates; ¿no le veis acometer temerario todas las empresas, rechazar toda sujeción, sacudir todo freno, y aborrecerse en los peligros de nuevas luchas y aventuras? ¿Y no encontráis aquí el misterioso individualismo, el sentimiento de independencia personal, con toda su realidad filosófica, y con toda su verdad histórica? Este individualismo brutal, este feroz sentimiento de independencia, que ni podía conciliarse con el bienestar del individuo, ni con su verdadera dignidad; que entrañando un principio de guerra eterna y de vida errante, debía acarrear necesariamente la degradación del hombre, y la completa disolución de la sociedad, tan lejos estaba de encerrar un germen de civilización, que antes bien era la masa á propósito para conducir la Europa al estado salvaje; abogando en su misma cuna toda sociedad, desbaratando todas las tentativas encaminadas á organizarla, y acabando de aniquilar cuantos restos hubiesen quedado en la civilización antigua. Para neutralizar un elemento tan poderoso, para combatirlo y enflaquecerle, para obligarle á que se encerrase en estrechos límites, y no ejerciera sobre la sociedad toda su funesta influencia, necesario era oponerle otro elemento regenerador, organizador, y que en nada cediese á su contrario, ni en extensión ni en fuerza y consistencia. Era menester que el elemento civilizador se hallara en todas partes, porque todo lo había invadido la barbarie, que contase con un gran caudal de resistencia, con honda arraigo, vastas relaciones, para que no alcanzára á disiparle un ímpetu violento, y no se perdieran nunca las esperanzas de su prevalecimiento y completa victoria, aun en medio de parciales derrotas; y bien se echa de ver que era para este fin una combinación muy á propósito la union de los medios morales con los físicos; el hallarse la verdad divina, y las llaves del cielo, en unas manos que dispusieran al propio tiempo de grandes riquezas, que no solo sufragasen para el bienestar é independencia, sino que hasta llevasen consigo la facultad de hacer el bien en abundancia, de alcanzar predominio y poderío, y desplegar en el culto y en todos los edificios, magestad y magnificencia. Así se concilia

como pudo presentar la iglesia una resistencia serda, pero firme, inalterable, universal que sangaba, debilitaba, que arrastraba aquella bárbara impetuosidad que atacaba sin cesar toda clase de propiedades, que acababa de desmoronar y pulverizar todas las instituciones: así se concibe como el cuerpo de los ministros de la Iglesia se convirtió en una asociación organizadora y civilizadora, tan vasta como compaña, que arrojaba sin cesar para el logro de su objeto, dirigida en su espíritu por las inspiraciones de su alto ministerio, y estimulada en su debilidad humana por el acicate de los intereses propios, en donde se vieron más admirablemente enlazados, identificados los intereses de una clase con los grandes intereses de la sociedad y como esas, el respeto á las propiedades, el acatamiento á las leyes, la creación, conservación y engrandecimiento de instituciones benéficas, la organización de un poder patrimonial en una palabra, todas las semillas y garantías de sosiego, de bienestar, de civilización y de cultura.—A no habérsenos favorecido la Providencia con una combinación tan feliz, tan benéfica, tan fecunda, en grandes resultados hubiéranse acabado de borrar las huellas de la civilización antigua, y amalgamados en torpe mezcla los pueblos bárbaros con otros pueblos aferidos y caducos, extendiendo su tóxico y negro velo la más grosera ignorancia, poblado por todas partes la más informe superstición, desarrollándose al propio tiempo la corrupción más espantosa, encervados y enflaquecidos también con el contagio los aílustos invasores, habrían presentado los pueblos de Europa aquella fisonomía innoble y degradada, donde ni se encuentran los sublimes rasgos con que se planta en la frente del hombre civilizado el desarrollo del pensamiento, ni aquella energía y fiero orgullo que hace menos intolerable la faz adusta, y los groseros modales del hombre bárbaro.—Y cuando algún tiempo después la invasión sarracena vino á amenazar á la independencia de Europa, ¿quién la hubiera resistido?

Tan grave era la herida que había recibido la sociedad, que ni aun con tan poderosos medios fue posible evitar grandes males, ni atajar el progreso de la barbarie; y la historia de aquellos tiempos nos ha conservado el recuerdo de una cadena de desastres, señalándonos una época en que parecieron extinguirse todas las luces; sin embargo, penetrando con ojo observador en aquel tenebroso caos, no se descubre una sociedad que se degrada, que se enfielce, que camina á la muerte; nada de esto: lo que se nota es un movimiento, una agitación, una efervescencia, síntoma de calor y de vida, un desasosiego trabajado de una sociedad informe que vivificada, fecundizada por algún elemento muy activo y poderoso, se esfuerza por dar á luz otra sociedad con formas regulares, robustas y hermosas; es el caos, pero el caos que ha oído la palabra creadora.

HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN ESPAÑOLA DESDE LA INVASIÓN DE LOS ÁRABES HASTA LA ÉPOCA PRESENTE, POR DON EUGENIO DE TAPIA, INDIVIDUO DE LA DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS Y DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA. — TOMO I. (Madrid, un t. 8.º á 16 rs.: librerías de Cuesta, Perez y Rius.)—El designio de esta obra (dice el Sr. Tapia en la *Introducción*) es dar á conocer las mejoras que se han hecho sucesivamente en el estado social de la nación española para la común utilidad de sus individuos, y los progresos de estos en el ejercicio de sus facultades morales é intelectuales: dos

«acontecimientos históricos que expresa la palabra *civilización*.» Con este objeto despues de la Introduccion en que habla el autor lijeramente del estado de la sociedad española en los tiempos anteriores á la invasion de los árabes, se ocupa: = Del origen de la monarquía castellana y de su estado social y progresiva civilización hasta principios del siglo XIII: = Del origen del sistema representativo en Europa, y admision de los procuradores de las villas en las Cortes de Castilla: = Del origen y progresos sociales de los reinos de Aragon y Navarra, y del condado de Barcelona: = De las constituciones políticas de Navarra y Aragon, y de su juicio comparativo con la de Castilla: = Del estado social de los dominios musulmanes hasta el siglo XIII, y situacion de los muzárabes y judíos: = Y de los progresos intelectuales de los españoles y árabes desde la invasion hasta el mismo siglo. Contiene ademas tres apéndices: = Sobre el modo de proceder en las Cortes de Castilla segun el cronista *Núñez de Castro*: = Sobre el estado de la cultura Europea en el siglo XIII: = Y sobre el origen del romance castellano, con un análisis del *Poema del Cid*. = De esta obra nos ocuparemos probablemente mas adelante en un artículo especial.

CRÓNICA

MES DE JULIO.

————— ❦ —————

GUERRA CIVIL. = Después de siete años de calamidades y desastres terminó en fin la GUERRA CIVIL: acontecimiento grande y fecundo, y principio de una nueva época, que si ciertamente no se ha inaugurado bajo los mas felices auspicios, todavía creemos que, á través de nuevos peligros y azares, nos ha de conducir á un estado razonable de orden y de libertad, de bienestar y de sosiego. La avenencia de Vergara dió por fin todos sus frutos: ya era á la verdad tiempo; porque reconciliados con el trono legítimo los mas numerosos y aguerridos defensores del Pretendiente; aquietadas y hechas amigas las provincias belicosas que le habian prestado el mas firme y mas decidido apoyo, y obligado él mismo, en fin, á abandonar el campo y acogerse á una tierra extranjera, admiraba que aun despues de un año durase todavía la guerra, y se pusiese en cuestion lo que se habia definitivamente resuelto en los campos de Guipúzcoa. Nuestro ejército llenó su grande y gloriosa empresa; y ha espulsado y rendido á los enemigos que no quisieron someterse á las estipulaciones de Vergara.

En la Crónica anterior dejamos ya á Balmaseda perseguido en Navarra por las tropas, abandonado y hostilizado por los pueblos en que pensó hallar abrigo y apoyo, y obligado á disolver sus fuerzas y á renunciar á sus planes. Una gran parte de su gente habia ya buscado asilo en el vecino

reino de Francia, otros habian caido en poder del paisanage que los perseguia con ardor, y el resto debia tener bien pronto la misma suerte. Así sucedió en efecto, y Balmaseda atravesó la frontera de Francia el 28 de junio con parte de su gente, que, como la demás, fue desarmada por las autoridades francesas y conducida á los depósitos establecidos al efecto. Balmaseda fue arrestado, y conducido primero á París y despues á una fortaleza, donde aquel gobierno amigo se propone al parecer custodiarle, hasta que la tranquilidad se afiance en la Península.

Mientras esto sucedía por la parte de Navarra, el general Espartero se dirigia con gran golpe de tropas sobre Berga. Habia sido hasta allí aquella ciudad el centro de la sedición catalana, y el asiento principal de los gefes que la dirigian. Al efecto la habian fortalecido con grande aparato, y la fama de su fortaleza habia ido creciendo y levantándose casi al igual de la de Morella. Esperábase por lo mismo que los sublevados hiciesen en ella obstinada resistencia, siguiendo el plan que desde el principio de la campaña habian aparentado adoptar, defendiendo con teson increíble las menos importantes fortalezas. Pero no sucedió así. Cabrera vió que habia abortado el arrojado intento que concibiera, cuando al dirigirse á Cataluña envió á Balmaseda á poner en combustión el interior del reino, y á sublevar de nuevo el pais vasco-navarro, pensando darle las manos y unir con él sus movimientos por la falda de los montes del alto Aragon. Pero la mala suerte y andanza de Balmaseda y su gente, y el rápido y sagaz movimiento del general O-Donell sobre Huesca, saliendo al encuentro á Cabrera é impidiéndole seguir adelante, hicieron decaer el ánimo del gefe rebelde, que viéndose acosado por fuerzas tan numerosas, solo pensó en salvarse á sí y á los suyos, acogiéndose sin combatir á la proteccion del territorio francés. Berga, pues, fue abandonada con poca ó ninguna resistencia el cuatro del mes actual, y Cabrera con la mayor parte de sus aragoneses pasaron la frontera el siete. Algunos dias despues siguieron la misma suerte el resto de las facciones catalanas, y quedó

CONCLUIDA LA GUERRA CIVIL.

Las tropas de Cabrera y las catalanas fueron desarmadas por las autoridades francesas; y su jefe, Cabrera, fue conducido á París y de allí á una fortaleza, hasta que la paz se afiance sólidamente entre nosotros.

En algunas provincias continúan partidas de bandidos de corta fuerza, que para dar un barniz menos vergonzoso á sus crímenes y excesos, se proclamau aun defensores de D. Carlos; pero estas cuadrillas de facinerosos, de que nunca se han visto completamente limpios nuestros despoblados y caminos, en nada alteran la nueva situación en que se halla la monarquía; una vez restablecida la paz interior y terminada felizmente la guerra civil.

Política interior. Estamos en medio de una situación embarazosa y complicada; el curso regular de la política interior se ha roto bruscamente por medio de un acontecimiento imprevisto y sorprendente; y es muy difícil calcular cual será el desenlace de la terrible crisis á que tan ciega como gratuitamente se nos ha conducido. Los acontecimientos de Barcelona están juzgados ya por la España y por la Europa, y juzgados de una manera irrevocable; pero ellos han creado un estado de cosas que aun no sabemos á donde podrá conducirnos. El mal puede todavía aumentarse; puede tambien atenuarse y aun remediarse en gran manera; pero jamás se ha necesitado tanto la cordura, la prevision y la firmeza, como en los momentos actuales para que aquellos funestos sucesos no produzcan todos los frutos que naturalmente deben producir. No vacilamos un momento en decirlo, nosotros reprobamos de todo corazon aquellos sucesos, en que en medio de un motin mas ó menos grave, mas ó menos temible, se ha obligado al trono á cambiar las personas y los principios políticos que regian á la monarquía. Estos cambios, tan opuestos á la letra como al espíritu de la Constitución, que tanto mas se proclama cuanto mas se la huella y desgarrá, son fatales para el orden, lo son para la libertad. Cuando la violencia y el motin llegan á ser medios ordinarios de subir al poder, en un país donde por los medios constitucionales es imposible que la voluntad decidida de la nacion no llegue á sobreponerse á todo; este país está

demostrando palpablemente que no está preparado para un régimen de libertad y de orden, para gozar de los beneficios y ventajas del gobierno constitucional. Nada podría hacernos desconfiar tanto del afianzamiento de la libertad, como el verla remplazada por la violencia, como el ver que en siete años escasos que llevamos de régimen representativo, por tres veces se ha acudido ya á la violencia y al motin para cambiar la faz del Estado; y lo que es mas doloroso, que por tres veces lo hayan conseguido los que lo intentaron. Pero por dolorosos, por dignos de reprobacion que sean estos sucesos, ellos han ocurrido y han creado una situacion nueva y de difícil y enmarañada salida: la responsabilidad de esta situacion y la de sus efectos no será ciertamente de los hombres de nuestra opinion; pero pudiera serlo en cierta manera, si por sus gestiones ú omisiones la agravasen. Su deber y conducta en estas circunstancias debe ser la de siempre; no abandonar al Trono á los embates de la anarquía, ni la libertad pública á la confiscacion de los tribunales y de los sediciosos. El retirarse de la palestra, el negarse bajo escrúpulos y pretextos á llenar debidamente el gran encargo confiado á la opinion monárquico-constitucional, sería una verdadera y culpable desercion: sería hacerse cómplice de todos los desmanes y desafueros que se hubieran podido evitar. Nuestra bandera es hermosa y no la han manchado todavía ni el fango de los tumultos, ni la sangre de los asesinatos. LIBERTAD Y ORDEN PÚBLICO es su divisa, y bajo de ella caben todos los hombres honrados que han consagrado su vida y sus esfuerzos á hermanar debidamente aquellos dos grandes elementos sociales, y á aclimatar en nuestra patria el *Régimen representativo*, único que hasta ahora los armoniza y enlaza. Por nuestra parte no abandonaremos el campo, y bajo estos principios seguiremos en la narracion de nuestras Crónicas.

En la anterior hemos indicado ya las inquietudes y zozobras que inspiraba el viaje de Sus Magestades, y los diversos juicios y pronósticos que sobre su objeto y sus resultados circulaban. El partido *conservador* era el que manifestaba mas inquietud y recelos, y esto era natural. El viaje se

había proyectado y decidido, no solo sin anuencia, pero hasta sin conocimiento de los hombres influyentes de este partido en las Cortes y fuera de ellas; se había emprendido, de acuerdo con el general Espartero, adversario suyo declarado había ya tiempo, y hasta el ministerio, que aquel partido toleraba, mas bien que sostenía, había sido enteramente extraño á una resolución de tan grande importancia y trascendencia. La Oposición al contrario, no solo había guardado un profundo y significativo silencio sobre un viaje que en otras circunstancias le hubiera servido de pretexto á duras reconvenciones, sino que cuando el general *Vigo*, uno de sus miembros, que no debía de estar en el secreto, hizo sobre esto una interpelación en el Congreso, la Oposición entera, por órgano del Sr. Olózaga, declaró de una manera inusitada y extraña, que desaprobaba la interpelación, y que ninguna parte había tenido en que se hiciese. A estos antecedentes allegábase las noticias diariamente recibidas acerca del modo con que Sus Magestades eran festejadas en las ciudades y pueblos del tránsito. En todos los cánticos, felicitaciones y festejos se descubría un plan uniforme y de antemano combinado, y en todos se mostraba, bien descortés é inoportunamente por cierto, una pretension política ó de partido. Pretendíase con estas demostraciones que rayaban á veces en insultos, que S. M. negase la sancion á la ley de Ayuntamientos, votada por las Cortes sin reparar que la corona no podía, sin degradarse algun tanto, dejar de sancionar una ley que en *cuatro* ocasiones diferentes y con diversos ministerios había presentado á *tres* diferentes Congresos, y que las Cortes habían últimamente aprobado á propuesta *suya*, aunque haciendo en ella variaciones importantes en sentido mas popular y democrático. Pero la ley de Ayuntamientos era el pretexto: bien sabian los que tal solicitaban que la consecuencia natural de la negativa de la sancion seria la mudanza del ministerio y la disolucion de las Cortes, y esto era lo que por aquel camino pretendian. = La familia real entretanto seguia su viaje á Barcelona, adonde llegó el 30 de junio. Hallábase á la sazón aquella capital en la situacion ambigua en que la había colocado el ministerio al cometer

la imperdonable falta de la separacion del ilustre baron de Meer. La Milicia Nacional, la Diputacion provincial, los Gremios y lo mas selecto y acomodado del vecindario, escarmentados y aleccionados con los desórdenes, tumultos, incendios y asesinatos anteriores, formaban un muro donde constantemente se estrellaban los embates del partido que en otras ocasiones habia atraído sobre Barcelona tantos desastres. Pero el Ayuntamiento elegido, como hemos dicho en la Crónica de octubre, sin participacion de la opinion conservadora, que habiendo ganado antes y después las elecciones de diputados á Córtes, se negó entonces, con poco acuerdo, á concurrir á la de concejales, estaba animado de muy diverso espíritu: y el capitan general Van-Halen secundaba decididamente las miras de aquella corporacion. Al presentarse S. M. volvieron á repetirse los festejos políticos de que hemos hablado, llegando á poner en los transparentes aquellos artículos de la Constitucion que se suponian infringidos en la ley de Ayuntamientos y el juramento que S. M. hizo en el seno de las Córtes á la Constitucion del Estado. El ejemplo de este escándalo ya le habian dado los que en las mismas Córtes habian pedido la lectura de aquel juramento: que es muy cómodo recordar los juramentos que han hecho los demas, al mismo tiempo que rompemos y hollamos los que á nosotros nos ligan. El vecindario de la culta y sensata Barcelona vió con indignacion estos insultos hechos á una señora y á una Reina á quien la España debe el restablecimiento de la libertad, y trató de desagrararla con los vivas, aclamaciones y festejos que le manifestasen su agradecimiento y su amor; pero en medio de estas contrariedades y diferencias crecia la irritacion y el desasosiego de los ánimos, que por momentos veian acercarse una tremenda crisis. Todos los partidos tenian vueltos los ojos al general Espartero, que lleno de triunfos y de verdadera gloria adquirida en los combates, acababa de poner término á la guerra civil y venia á rendir su espada á los pies del trono, augusto representante de la magestad nacional, y heredero de la gloria de cien generaciones de reyes.—El partido político vencido en las últimas elecciones le creia favorable á sus mi-

ras, y apelaba por lo mismo á su espada del fallo pronunciado en los colegios electorales: no debía considerarle tampoco del todo adverso á sus miras el ministerio que tanto le habia colmado de gracias, honores, mandos y distinciones, puesto que para darle la última prueba de adhesion y de confianza, le encomendó, dos dias antes de llegar á Barcelona, la comandancia general de la Guardia Real, poniendo á su disposicion y cuidado no solamente toda la fuerza pública, sino tambien la custodia misma de las augustas personas de nuestras Reinas.—El 11 se le encomendó este importante encargo, y el 13 entró en Barcelona en medio de los festejos que le tributaban á la vez la pública gratitud y el interesado espíritu de partido, de los que ya calculaban hacerle instrumento de su ambicion y sus miras. La crisis se agravaba por momentos y se aproximaba á su desenlace. El general Espartero tuvo diferentes entrevistas con S. M., y parece que exigia en ellas que no sancionase la ley de Ayuntamientos, que mudase el ministerio, y que disolviese las Córtes. No se saben con exactitud los pormenores de estas conferencias, en que el general Espartero pedia que la política entera del gobierno y de las Córtes se regulase y rigiese por su parecer y opinion, ni importa mucho saberlas, porque mientras estas exigencias no traspasasen los límites de la súplica, legítimas eran, aun cuando en nuestro entender fuesen, como lo eran, en extremo funestas y erradas. Las razones en que el general fundaba su peticion no debieron parecer á S. M. bastante poderosas, y el 14 prestó su sancion á la ley de Ayuntamientos.—Ofendido el general de este resultado se retiró á su posada, y desde allí hizo renuncia de todos sus mandos y empleos; pero S. M., teniendo siempre presentes sus anteriores servicios, no tuvo á bien admitirla. Fácil es concebir la agitacion y alarma que estos debates, á que se daba una imprudente y fatal publicidad, debian causar en una poblacion que se hallaba en las circunstancias de Barcelona, aun cuando faltasen, lo que no es creíble que sucediese, agitadores, interesados en irritar los ánimos y en producir un movimiento favorable á sus miras. Asi es que en la noche del 18 al 19 se fraguó y llevó á cabo el

motin, de que resultó el cambio de ministerio y todos los demas sucesos que constituyen la situacion actual. Pero al llegar á esta parte de la narracion preferimos á nuestras palabras las del periódico mas favorable á los hombres y á las ideas que en aquella nocturna sedicion triunfaron. La *narracion* de aquellos sucesos, publicada por el *Constitucional* de Barcelona en los momentos mismos de la agitacion, reimpressa allí mismo en cuatro diferentes ediciones, y reproducida despues por todos los periódicos, es un documento célebre ya y precioso en que vemos la pintura mas favorable que se ha podido hacer de aquellos acontecimientos, en que se traslucen los principales autores y promovedores de la asonada, y en que se descubre el espíritu que la hizo fermentar y estallar. He aquí literalmente esta narracion.

SUCESOS DE BARCELONA EN LA NOCHE DEL 18 AL 19 DE JULIO DE 1840.

Ayer por la mañana, al general disgusto sucedió la mayor alegría con motivo de asegurarse que S. M. no habia aceptado la dimision del duque de la Victoria: que se iba á formar un nuevo ministerio; que serian inmediatamente disueltas las Cortes, y que se iban á poner en planta todos los demas estremos que abrazaba el programa presentado por el duque cuando fue invitado á presidir un nuevo gabinete.

El júbilo que causó esta noticia á los verdaderos patriotas y sinceros amantes de la Constitucion, es solo comparable con el disgusto y la indignacion que se apoderó de los ánimos á las pocas horas, cuando se supo positivamente que si bien no habia sido admitida la dimision del duque, tampoco habian hecho la suya los ministros, y que S. E. salia de Barcelona hoy á las seis de su mañana para ir á establecer el cuartel general en Sans.—El descontento público se iba haciendo cada instante mas pronunziado, hasta que por fin se reveló con demostraciones ostensibles.

A eso de las *nueve y media de la noche* la plaza de las Casas consistoriales se fué llenando de gente en número considerable. Pronto fué ocupada la guardia del *ayuntamiento*,

y empezaron á oírse enérgicas aclamaciones de ¡*Viva la Constitución! Viva el duque de la Victoria! Abajo el ministerio! Abajo el proyecto de ayuntamientos!* La Milicia nacional voluntaria de artillería y zapadores iban también acudiendo á la citada plaza, mientras por otra parte el alcalde convocaba con urgencia al cuerpo municipal.

Las masas reunidas en la plaza se dieron al momento una organizacion y gefes; ocuparon las bocas-calles contiguas, y formaron en ellas *barricadas*. Varias patrullas de mozos de las escuadras, interpoladas como suelen á veces ir con los soldados, fueron arrestadas, y conducidas á la plaza, donde se desarmaba á los mozos, y se dejaba á los soldados libres y con su armamento.

Con el objeto de estar preparados en caso necesario, dispusieron los de plaza consistorial apoderarse de las armas que hubiese en el cuartel de los mozos de las escuadras, en la subinspeccion de M. N. y en el hospital militar. Al efecto fueron destacados tres numerosos pelotones que desempeñaron esta mision sin el menor aroma de violencia ni alboroto. Y aquí debemos consignar el hecho de que habiendo sido hallada en la subinspeccion una caja con dinero, caja que en el bullicio y la agitacion natural de las masas hubiera podido fácilmente desaparecer, si los llamados anarquistas fuesen amantes del robo, como suponen sus contrarios, fué religiosamente entregada intacta al portero del establecimiento.

Mientras estas operaciones, estacionaba también en la plaza de Sta. Ana, frente del alojamiento de S. E. el duque de la Victoria, un inmenso gentío dando los mismos vítores á la Constitución y al duque, sin olvidar á las augustas Reinas y á la independencia nacional, como ni tampoco el *abajo el ministerio!* mil veces repetido, y hasta con furor. El duque hubo de salir al balcon y tranquilizar aquellas masas, asegurarlas que nada habia que temer por la libertad constitucional, y que nunca podia hacer defeccion á la causa liberal quien tantos peligros habia arrostrado para alcanzarla. Terminó rogando al pueblo se retirase, seguro de que nadie, viviendo él, atentaria á la integridad de la Constitu-

cion de 1837. Las palabras de S. E. fueron acogidas con veneracion y aplausos.

Pero todos sabemos cuán difícil es tranquilizar completamente á un pueblo que tantos engaños lleva. Una comision del *ayuntamiento* que ya desde el principio habia anunciado al duque la fermentacion de los ánimos, volvió á la casa de S. E., manifestando que era imposible convencer á las masas de que se retirasen mientras no tuviesen una seguridad plena de que no se les volveria á engañar; y que por lo mismo no se creia con bastante ascéndice para satisfacer las indicaciones de S. E., reiteradamente trasmitidas por sus ayudantes de campo al cuerpo municipal. Realmente, cuando la indignacion iba subiendo de punto por momentos, y cuando los mas impresionables *se preparaban á hacer horrible justicia á los tenaces consejeros de la corona*, era difícil, ó mejor dicho imposible, persuadir á los grupos la retirada inmediata á sus casas. Harto se hacia con moderar los ímpetus de venganza, y evitar á la eulta Barcelona una noche de sangre.

El duque de la Victoria se resolvió por fin (serian las *doce y media*) á salir, y se fué á palacio, adonde le acompañaron entre vítores y aclamaciones algunos millares de personas. A eso de la *una y media* salió de palacio S. E., y desde luego *aseguró al pueblo que quedaban satisfechos sus deseos*; que el ministerio daba su dimision, y que él no se moveria de Barcelona, á pesar de lo que en contrario se hubiese dicho.

El duque, á pie, acompañado de varios generales, entre ellos el Sr. de Van-Halen (recien llegado de Caldas), y de un numeroso estado mayor, pasó en seguida á las casas consistoriales, donde se hallaba reunido el ayuntamiento. Reiteró allí las seguridades que ya desde su salida de Palacio habia dado al pueblo, é interpuso su poderosa voz para que todo el mundo se retirase á sus casas. Las masas agolpadas en la vasta plaza de la ciudad, y fraternizando en sentimientos de constitucionalismo con los gefes, oficiales y soldados, saludaron con efusion al pacificador de España; y teniendo fé en las seguridades que acababa de dar, se retiraron tran-

quilamente á sus casas. Erán las tres de la madrugada.

En cinco horas de terrible efervescencia no ha ocurrido el menor desórden. Solo hay que lamentar la herida que al parecer recibió un mozo de las escuadras por los disparos de los centinelas de las barricadas del Call, con motivo, segun dicen, de querer forzar aquel punto.

Hallándose el Sr. duque de la Victoria en el salon consistorial, se le ha hecho presente el deplorable abandono de la Milicia nacional desde su inícuo desarme por el baron de Meer; se le ha manifestado que las leyes sobre el particular vigentes se hallan escandalosamente infringidas; que es necesario su cumplimiento y pronta observancia; y que la cuestion de Milicia hizo ya regar con sangre las calles de Barcelona, siendo indispensable por lo mismo que se acaten las leyes, á fin de evitar escenas dolorosas. El duque ha prometido formalmente interponer su influencia en esta cuestion, y resolverla cuanto antes en los términos justos y de ley. Así lo esperamos de la rectitud de S. E.

Las armas sacadas del hospital militar, y pertenecientes á los soldados transeuntes enfermos, han sido ó van á ser inmediatamente devueltas.

Tal es la historia de las ocurrencias de esta noche célebre en los fastos de nuestras discordias. Redactada con cierta precipitacion, y en medio de la inquietud de la crisis, adolecerá quizás de algunas ligeras inexactitudes; nos daremos empero prisa á rectificarlas siempre que mejores informaciones convenciesen de error.

Los ánimos siguen hoy un tanto agitados ó inquietos; pero una inquietud nada hostil, hija tan solo de los deseos en que arde el pueblo de ver pronto constituido un gabinete de españoles puros, de liberales sin tacha, de hombres sin conviccion y energia para combatir influjos estraños, y no permitir sea ilusoria la libertad consignada en el Código de 1837.

La sensatez del pueblo, el omnipotente prestigio del conde-duque, y los esfuerzos de ese tan calumniado como patriota ayuntamiento, han librado á Barcelona de una catástrofe. *La caída del ministerio, y con ella la salvacion de la*

libertad constitucional, se deberán seguramente al PUEBLO BARCELONÉS, á su AYUNTAMIENTO y al ILUSTRE CAUDILLO DE NUESTROS DECIDIDOS EJÉRCITOS, quienes todos han merecido bien del pais en esta noche memorable.

Hasta aquí el *Constitucional*.

Pero á pesar de lo que en este último párrafo se dice del PUEBLO BARCELONÉS, parece que no se le puede atribuir con justicia la gloria ó el vituperio que de este hecho pudiera resultarle. El *Guardia Nacional* de Barcelona, periódico moderado, á quien debiéramos acudir para confrontar y rectificar los hechos, no se creyó con bastante libertad para hablar de aquellos sucesos, y su recelo debió de ser harto fundado cuando á los pocos dias fué saqueada y reducida á cenizas su redaccion é imprenta; pero por confesion misma de los periódicos *exaltados* debió ser muy poca la gente que tomó parte en la asonada. "Todo pasó anoche, decia desde Barcelona un corresponsal del *Eco del Comercio*, con tanto orden y calma, en lo que de ello son susceptibles acontecimientos de esta naturaleza, que la mayor parte del vecindario no ha tenido noticias de lo sucedido hasta entrada la mañana de hoy 19, en que fueron circulando de boca en boca los sucesos, que repito cogieron á muchísima gente de sorpresa."

Efectivamente, la mayor parte del vecindario supo al dia siguiente con sorpresa, que por la noche habia habido un tumulto, en que tomando unos pocos el nombre del pueblo barcelonés, y no contenidos por quien tenia deber y obligacion de hacerlo, habian atentado á la vida de los miembros del Gobierno de la Reina, que se vieron precisados para salvarse á huir á bordo de un buque extranjero, y habian obligado á S. M. á acceder á sus demandas, y á nombrar un nuevo ministerio. La indignacion de los que en ello creyeron comprometidos su honor y su lealtad fué inexplicable; y no teniendo otro medio de hacerlo presente á su Reina, la saludaban á la salida de palacio con fervorosos vivas y aclamaciones.—Indignó esto á los sublevados de la noche anterior, y acometiendo á los que reputaban por sus contrarios, se

trabó una pendencia en que hubo desgraciadamente efusion de sangre, muertes y desgracias por uno y otro lado. Pero entonces ya las autoridades recordaron que lo eran, y tomaron disposiciones, que adoptadas en la noche del 18 no estuviéramos hoy siendo la fábula y el escarnio de la Europa culta. Se declaró la ciudad en *estado de sitio*; se prohibió toda clase de vivas y aclamaciones; se prohibió el uso de armas á todos los que no perteneciesen al ejército permanente; se prohibieron los grupos, se ordenó su disolucion á la fuerza, y se creó una comision militar contra los contraventores del *bando*, la cual, sustanciando *breve y sumariamente* las diligencias *absolutamente indispensables* para juzgar el crimen, aplicase las penas señaladas *ó las que crean deben imponerse*, consultando la sentencia con arreglo á ordenanza al general en jefe Espartero. De este modo se consiguió tranquilizar al pueblo barcelonés, y restituir la calma en que continua la corte de nuestros reyes.

Mientras estos graves y trascendentales sucesos ocurrían en Barcelona, la capital de la monarquía se hallaba en un estado alarmante á la vez y extraño. A los ministros que habian quedado en Madrid se les negaba, con cierto aire de fundamento, la facultad para acordar nada de por sí en atencion á no hallarse presente S. M., de cuyo *despacho* eran solo *secretarios*, á pesar de que la Constitucion no los nombraba sino *Ministros*, lo que indica que tienen, ó por lo menos deben tener, autoridad propia y peculiar de su cargo como en otras naciones sucede. Esto ya ponía al *gobierno de Madrid*, si así podemos espresarnos, en una situacion difícil, y le incapacitaba para tomar resoluciones de importancia: susurrábase ademas su pronta caída, y que para acelerarla se emplearía á la vez la influencia del duque de la Victoria, que ya se sospechaba le era contraria, y si era menester la violencia y el motin: todo esto contribuía á privar á los ministros de la fuerza y del prestigio necesario para mantener el órden público en las circunstancias difíciles que se preveía que iban á sobrevenir. La debilidad moral del gobierno, como de ordinario sucede, se comunicaba á sus autoridades y funcionarios, y alentados los discolos con seme-

jante situacion, era de temer que tratasen de alterar la tranquilidad y de entregarse á crímenes y excesos: decíase tambien que los corifeos de cierto partido político, poco escrupuloso en la eleccion de los medios que á sus fines le conducen, fomentaba decididamente una manifestacion ó *pronunciamiento* en la capital, con objeto de auxiliar los planes que en otra parte con grande ardor se promovian: y estos dichos se veian desgraciadamente, y en cierta manera acreditados por el carácter sedicioso que en aquellos dias habia tomado la prensa exaltada, concitando á la rebelion en los términos mas claros y precisos y por las impudentes gestiones de algunas autoridades populares. Sin embargo de todo, habia en Madrid una grande seguridad y garantia de orden que alentaba á los hombres pacíficos y á cuantos desean que los negocios públicos se ventilen y decidan por los medios que la Constitución del Estado previene. Esta seguridad y garantia estrivaba en el conocido buen sentido del vecindario de Madrid, y en la subordinacion y disciplina de su Milicia Nacional.—En medio de tantas adulaciones y de tantas insidiosas alabanzas como diariamente se dirigen á estos cuerpos por los que quieren de este modo atraérselos á sus miras y hacerlos dócil instrumento de su ambicion y caprichos, tal vez podrá parecer que este sincero tributo de alabanza que pagamos ahora á la Milicia de Madrid tiene tambien un objeto interesado: grande equivocacion seria. La Milicia Nacional, segun nosotros, debe limitarse á sostener el orden público y á dar apoyo á las autoridades constituidas, cualquiera que sea por otra parte la opinion particular de sus individuos, cualquiera que sean las autoridades que reclamen su apoyo. Nada pedimos, pues, á la Milicia Nacional, sino que llene debidamente los saludables fines de su institucion, y estamos muy lejos de pedirle, ahora ni nunca, manifestaciones de otra especie. Pero ello es cierto que en Madrid no puede haber un *movimiento sério*, ni una alteracion que pueda dar grave cuidado, si la Milicia no toma parte directa en ello, y como esto no lo esperan conseguir los mismos que mas lo desean y promueven, vienen á estrellarse en su sensatez y cordura cuantos esfuerzos se hacen

para alterar el órden público en la capital de la monarquía.—Sin embargo, pocas veces hemos visto en los agitadores mas decidido empeño de promover una asonada que en la actualidad; y pocas veces hubiera podido serles mas fácil lograrlo á no haber sido por aquel obstáculo. Tuvieron primero una coyuntura y ocasion favorables en extremo, cuando el Ayuntamiento de Madrid se propuso celebrar de un modo desusado el aniversario del 7 de julio de 1812. No se podia dar cosa mas imprudente á la vez y peligrosa que semejante funcion; y era bien extraño en verdad que despues de haber pasado tantos años sin suscitar la memoria de aquel dia, célebre en los fastos de nuestras discordias civiles, se viniera á renovarla ahora que solo debemos pensar en olvidarlas y en cicatrizar las llagas que aun están abiertas y corriendo sangre, ahora que el espíritu que presidió al célebre convenio de Vergara debiera animar todos nuestros actos, todas nuestras gestiones. Chocaba, y con razon, que semejante fiesta de que nadie se habia acordado durante los ministerios progresistas, ni cuando regia la Constitucion de 812, en cuya defensa se habia logrado el triunfo de julio, se viniese ahora por primera vez á celebrar, cuando no regia ya aquella ley fundamental, y cuando muchos que entonces la combatieron, han derramado despues su sangre en defensa de la Constitucion actual, de la de 1837. Teniendo presentes estas circunstancias nadie debió estrañar que la singular celebracion de aquella fiesta se hubiese mirado, como se miró por no pocos, como un acto de oposicion al gobierno y como un medio de suscitarle embarazos: en una palabra, como una gestion de partido. ¡Lástima grande que así se especule con la memoria de los valientes que en aquel dia sucumbieron en defensa de las leyes y de la pública tranquilidad! Porque nosotros que reprobamos estas conmemoraciones que solo pueden contribuir á despertar ódios y rencores apagados ya y muertos, tributamos entonces nuestro débil apoyo, y tributamos ahora nuestra aprobacion y alabanza á los que no vacilaron en sacrificarse en defensa del órden público y de la Constitucion del Estado.—Temíase, pues, y con algun fundamento, que los agitadores tomasen pretexto de esta in-

oportuna funcion para exasperar los ánimos y producir una commocion, tanto mas quanto que se individualizaban los pasos dados ya para conseguirlo. Pero si hubo semejantes proyectos, salieron completamente fallidos; la funcion fue muy poco concurrida, y terminó tranquila y ordenadamente.

Pero no por eso desistieron de su empeño los promovedores de asonadas. A los pocos dias se dió en susurrar que una porcion de gente perdida y de la mas ínfima ralea atacaba por las noches y maltrataba á los que llevaban *boinas* ó gorras semejantes á las que usaban los vascongados en los tiempos de su alzamiento, y creciendo su osadía con la impunidad, no encontrando boinas, atacaban hasta á las mujeres y á los niños que llevaban algun género de vestidos que desagradase á aquellos revoltosos. Fueron creciendo por varios dias estos escesos hasta la mañana del 18, en que á la vez, y en las plazas y puntos mas concurridos de la poblacion, se presentaron grupos algo numerosos y ordenados que se lanzaban frenéticamente sobre las personas de toda edad y sexo que llevaban cierto jénero de vestido ó calzado, y los maltrataban de un modo bárbaro y brutal. Produjo esto, como era de esperar, una exasperacion grandísima en los ánimos, y los agitadores fueron á su vez contenidos y maltratados por los vecinos y milicianos que acorrian en defensa de las personas ofendidas, y muy pronto, acudiendo las autoridades, se contuvieron aquellos escesos, y se arrestó á muchos de sus perpetradores. Hasta aquí no aparecia que semejantes desórdenes tuviesen una tendencia política; pero muy pronto se esparció en todas partes con gran rapidez y con una uniformidad admirable la voz de que aquellos escesos eran pagados por el gobierno y cometidos por *salvaguardias* disfrazados, y se escitaban los ánimos irritados de la poblacion contra los ministros y las autoridades. Pero el pretesto era muy absurdo para que fuese generalmente creído, y esta circunstancia y las patrullas de la Milicia Nacional restituyeron la tranquilidad á Madrid. Pero los ánimos quedaron agitados, y en la sesion de aquel mismo dia se hicieron á los ministros diferentes cargos por aque-

llos atentados: respondió á ellos el Sr. *Armendariz*, rechazando con indignacion, y como no merecedora siquiera de contestacion, la especie absurda de la complicidad del gobierno, mas interesado que nadie en la tranquilidad pública, y sin mas medios para mantenerla que el auxilio de la Milicia Nacional, única fuerza que á la sazón habia en Madrid.

En medio de estas agitaciones y zozobras se aguardaban con ansiedad é inquietud las noticias decisivas que de momento á momento debian llegar de Barcelona. La señal del rumbo político que adaptaría la Córte debia estar en la sancion de la ley de Ayuntamientos ó en su negativa; los partidos se preparaban para obrar en su consecuencia, y el Ayuntamiento tuvo una sesion pública, en que parece fue escitado á resistir á la ley en el caso de que fuese sancionada. En este estado llegó por fin la sancion de la ley, y se publicó en los dos cuerpos que constituyen las Cortes de la Nacion. La prensa progresista puso entonces el grito en el cielo, y concitó sin el menor disfraz á la resistencia contra una ley, decia, *que no era ley, como votada por unos diputados que no eran diputados*; y el Gobierno, antes de promulgarla con las formalidades de estilo, hizo entrar algunas tropas en la Capital. Pero creció la ansiedad y la agitacion, cuando se supo la dimision del general Espartero y la disidencia que se habia suscitado entre él y S. M. Todos ansiaban saber el desenlace de aquella singular situacion, y aunque á ninguno pudo ocurrírsele siquiera que los sucesos tomasen el giro que tomaron, todavía se manifestaban temores vagos é indeterminados de que pudiera tratarse de coartar de alguna manera la augusta voluntad de la Reina, y de sustituir á ella la de otras personas, cuya influencia no es reconocida en la Constitucion del Estado. Pero parecia generalmente imposible que personajes llenos de la verdadera y sólida gloria que se adquiere en los combates, la comprometiesen y empeñasen entregándola á un partido para especular sobre ella, y para levantarse con su apoyo á donde no tenia fuerzas para subir de otra manera.—El 24 llegó por último la noticia de las ocurrencias de la noche del 18 en Barcelona: y su misma gravedad impuso y sor-

prendió á todos los hombres políticos, que veian el alcance y trascendencia de aquellos sucesos. Era notable, en medio de la pública ansiedad, la especie de estupor que se descubria en todos los semblantes, y señaladamente en el de aquellos que mas ganaban en el cambio. Parecia que les pesaba ya un poder conseguido por semejantes medios. Sin embargo, no se descuidaron, á lo menos algunos de ellos, en procurar conservarles; y temiendo que las Córtes en la sesion del dia siguiente se pronunciasen contra lo ocurrido en Barcelona, anunciaron en los periódicos que el Congreso iba á hacer una *protesta*, dando sin el menor fundamento esta falsa é insidiosa noticia, que podia escitar contra los diputados, á los que atentaron contra sus personas en los dias 23 y 24 de febrero. Mas tarde usaron de este mismo ardid para impedir la reunion del Senado. Efectivamente, al abrirse el dia 25 la sesion del Congreso, se vieron todas las tribunas llenas de un gran gentío, y los amigos de los diputados les pasaban frecuentes avisos de que se trataba de atentar á su vida, y de que no podian contar con el amparo ni con la proteccion de nadie. Los diputados no hicieron grande aprecio de estos avisos; á lo que parece ya habian resuelto lo que pensaban hacer.—Dijose que mucho antes de comenzarse la sesion, se habian reunido en el mismo palacio del Congreso muchos de ellos, á conferenciar sobre la conducta que en semejante situacion debian observar; que empezaron leyendo los decretos, en que S. M. noticiaba al Congreso la variacion total del ministerio, y el nombramiento de los que debian reemplazarle, *previo el indispensable requisito del juramento que debian prestar en manos de S. M.*, quedando entre tanto á cargo del Sr. Santillan el despacho interino de los ministerios de Hacienda, Gobernacion, y Gracia y Justicia; que los diputados reunidos discutieron largamente lo que en semejantes circunstancias podian hacer, y que aunque hubo sobre el particular diferentes pareceres, se espuso por los mas que el Congreso no debia añadir complicaciones á la grave situacion en que la Nacion se hallaba; que á los diputados solo les constaba oficialmente el nombramiento que S. M., en uso de sus facultades cons-

titucionales, habia hecho de los nuevos ministros, y que acerca de los demas sucesos no habia quien pudiese contestar á las interpelaciones que sobre ellos pudiesen hacerse, mediante á que no habia en Madrid ningun ministro que pudiese informar al Congreso acerca del estado de la Nacion; que en este grave conflicto no debian los diputados echar sobre sí la responsabilidad de las nuevas complicaciones que de sus estériles discusiones pudiesen sobrevenir, dando lugar á que se les achacasen hasta las consecuencias naturales de los últimos sucesos; pero que no debiendo tampoco dar ocasion á que se creyese que aprobaban ó consentian las ilegalidades que pudiese haber en ellos, ni menos que aceptaban una situacion que pudiera ser contraria á la Constitucion del Estado, debian suspender sus sesiones hasta que hubiese ministros de la Corona, que pudiesen informar al Congreso del estado de los negocios públicos y responder á las preguntas y cargos que pudiesen dirigírseles. Por estas y otras razones se convino en que á propuesta del Presidente, motivada en la falta de ministros de la Corona que asistiesen á las discusiones, suspendiese el Congreso sus sesiones conforme al reglamento, hasta que se presentasen en él los ministros de S. M. Esta especie de acuerdo particular tomado por varios diputados, tuvo cumplido efecto. El Presidente, abierta la sesion y leidos los reales decretos relativos á la variacion del ministerio, dijo: "Por las comunicaciones que se acababan de leer, queda el Congreso enterado del cambio ministerial que ha tenido á bien hacer S. M., y mientras pueda haber algun ministro que asista á las discusiones, tengo el honor de proponer al Congreso que suspenda ó aplaze sus sesiones hasta entonces, quedando yo con el encargo de avisar oportunamente en los domicilios respectivos el dia en que deba haber sesion." El Congreso aprobó la propuesta del Presidente y se levantó la sesion, á la que concurrieron bastantes diputados de la Mayoria y solamente dos ó tres de la Oposicion.

Esta pacífica decision del Congreso no satisfizo á muchos, y entre ellos á los que á toda costa deseaban un pretexto cualquiera para alterar el orden y soltar la rienda á sus pa-

siones y venganzas particulares: así fue que con el motivo de una serenata con que se proyectó obsequiar á los ministros recién nombrados, creyeron poder conseguir su intento y dieron las disposiciones convenientes, á fin de atentar contra varios diputados y personas notables del partido moderado. Circuló por Madrid esta noticia con indignacion, y si bien produjo el efecto de que varias personas de las amenazadas se ausentasen, emigrando, segun se dice, al extranjero, tambien evitó no solo aquellos atentados, sino hasta la serenata de que pensaban tomar ocasion. Al dia siguiente volvieron los agitadores á la carga, y un grupo de ellos, queriendo remedar el atentado cometido en Barcelona con el *Guardia Nacional*, se dirigieron á la redaccion del *Correo Nacional* en busca de sus redactores, y no hallándolos, se llevaron los libros de cuenta y razon y varios números del periódico, de que hicieron una hoguera en la Puerta del Sol, en medio de la burla y del escárnio que de ellos hacian los concurrentes á aquel tan frecuentado sitio de la Capital. Todo esto sucedia, sin que las autoridades déjasen siquiera ver que les preocupaba lo grave y crítico de la situacion: el Gefe Político, no creyendo al parecer que sus servicios pudiesen ser útiles ni eficaces en aquellas circunstancias, hizo dimision de sus funciones; el Intendente, á quien naturalmente iban, se negó á admitirlas; el secretario del gobierno político pidió y obtuvo ser relevado de ellas. El capitán general se limitaba á tener reunida parte de su escasa fuerza en los cuarteles, para cuando las autoridades civiles le pidiesen su auxilio; y preciso es volver á repetir-lo, si en medio de circunstancias tan críticas y de tantas y tantas provocaciones, se mantuvo la tranquilidad y el orden público en Madrid, sin gobierno, y se puede decir sin autoridades, no se debe á otra cosa que al buen sentido y espíritu de su vecindario y Milicia.—Despues de la quema del *Correo Nacional* empezaron ya á verse por las calles patrullas de Milicianos y de tropa que acabaron de afianzar la seguridad de la Capital.

Por fin calmados ya los ánimos, y mas tranquilos y dispuestos á pensar sobre los sucesos públicos, lo que debió llamar primero la atencion fué el carácter del nuevo ministerio. Componiase este de las personas siguientes: GONZÁLEZ (don Antonio) para *Gracia y Justicia* con la Presidencia del Consejo: ONIS para *Estado*: SANCHO para *Gobernacion*: FERRAZ (don José) para *Hacienda*: FERRAZ (don Valentin) para *Guerra*: y ARMERO para *Marina*.—Daremos una breve

idea del carácter político y antecedentes de estos señores, para que se pueda apreciar mejor el espíritu de los acontecimientos que los han elevado al poder, y lo que de su gobierno nos es lícito esperar. El Sr. *Gonzalez*, magistrado del tribunal supremo y diputado, es uno de los miembros mas templados de la Oposicion; moderado en sus discursos, tanto en el fondo como en las formas, es oído con bastante aceptación, á pesar de la falta de nervio de que por lo general adolecen sus peroraciones. De toda la Oposicion actual pocos serian mirados con menos hostilidad por la Mayoría del Congreso. El Sr. *Onís*, senador, goza la fama de tener en política opiniones mas avanzadas que el Sr. *Gonzalez*; como orador no ha sido conocido hasta ahora. El Sr. *Sancho*, brigadier de ingenieros, es uno de nuestros hombres públicos y de parlamento mas distinguidos: era miembro del tribunal especial de Guerra y Marina, y fué separado juntamente con el Sr. *Olózaga* por el ministro *Alaix*, segun se dijo entonces con motivo de una resolucion tomada por el tribunal en la causa contra el malogrado general *Córdoba*. El Sr. *Sancho* no pertenece decididamente, ni por sus opiniones, ni por sus compromisos, á ninguno de los dos partidos que fraccionan nuestras asambleas, aunque frecuentemente se inclina algo mas hácia la Minoría, que por esta razon le suele contar por suyo. El Sr. *Sancho* se ha negado resueltamente á admitir su ministerio, y esto es una fatalidad para sus compañeros, que dificilmente podrán reemplazar sus talentos en el Consejo, y su elocuencia en la tribuna: aun no se sabe quien le habrá de sustituir. El Sr. *Ferraz* (don José), director general del Tesoro, suponemos que habrá sido buscado como una especialidad en el ramo de Hacienda, pues por lo demas en el tiempo que fué diputado votó casi constantemente con la Mayoría moderada de que formaba parte: no es conocido como orador; pero sí como hombre probo y entendido. El Sr. *Ferraz* (don Valentin), teniente general, inspector de caballería y senador, es mucho mas conocido por sus trabajos en la organizacion de nuestra caballería, que por sus opiniones políticas y sus discursos parlamentarios; sin embargo en el Senado vota casi siempre con la Minoría. El Sr. *Armero*, brigadier de Marina, ha sido diputado en las Córtes de 38, y votó constantemente con su Mayoría moderada: habla con bastante facilidad, y goza el concepto de militar entendido y valiente.—Por esta breve reseña del carácter y antecedentes de los ministros nombrados se viene en fácil conocimiento, de que no ha sido el

ánimo, de los que en su nombramiento influyeron, entregar el poder, no ya á la parte exagerada, pero ni aun á la enérgica y resuelta de la Oposicion. El ministerio corresponde indudablemente en su Minoría á la opinion exaltada ó progresista; pero dudamos que en su actual composicion pueda hallar en ella el suficiente apoyo para gobernar. Si el ministerio se decide á conservar las actuales Cortes, como algunos opinan, y como parecen indicar los mismos elementos de que se compone, no puede ser dudoso de que gran parte de la antigua Oposicion le dará su apoyo ostensible contra los inevitables ataques de la *derecha*; pero le importunará constantemente hasta arrancarle el decreto de disolucion, que de todos modos vendrá muy luego á ser inevitable. Porque aunque algunos juzgan que el ministerio podría encontrar una Mayoría en los *centros* de las Cortes y gobernar con ella, á nosotros nos parece esto, sino del todo imposible, á lo menos en estremo espuesto y difícil.— Pero si por no encontrar esta mayoría, ó por no querer buscarla, el ministerio apela á una disolucion, nos parece mucho mas dificultoso aun que la Mayoría que venga le preste su apoyo; si es moderada reclamará, como es natural, el poder para sus gefes; y si es exaltada, seguro es que no se resignará á sostener á un ministerio, que aunque compuesto de personas amigas, está muy lejos de representar los principios y las inclinaciones del partido progresista de España. Tal vez se dirá que podrán venir unas Cortes intermedias entre las dos opiniones, en que reflejándose el espíritu ministerial halle el Gobierno su natural apoyo. Nosotros por ahora no creemos en este resultado: los sucesos de Barcelona han debido alejar su posibilidad, aunque por otra parte hubiera estado ya próxima. Si ha de gobernar con Cortes damos por lo mismo muy corta vida á este ministerio. Sin ellas podría gobernar tal vez algun tiempo mas; pero tenemos demasiada confianza en la probidad política de los ministros nombrados, y en su amor á la Constitucion y á la libertad del Estado, para temer que ensayen siquiera semejante medio.

— Pero la combinacion ministerial puede aun sufrir grandes modificaciones: los ministros aun no han podido ponerse todos de acuerdo entre sí, ni menos con la corona y con las demas personas que han influido en el cambio, y cuya influencia nada nos dice que no siga aun vigorosa y entera. A estas horas van todavía camino de Barcelona, y aun tardaremos bastante en tener ministerio cuanto mas Gobierno.

¡Quiera Dios que de un modo ú otro se organice luego, y se disponga á contener los males que va necesariamente á producir en las provincias el rechazo de los sucesos de Barcelona!

31 de julio de 1840.

NOTA.

En la *Cronica* del mes pasado, por un error de original en la imprenta, se han dejado de incluir algunos párrafos, cuya falta produce un manifiesto contrasentido.—Después de dar las noticias relativas al estado de la GUERRA CIVIL, seguía la sección de POLITICA INTERIOR, que comenzaba por varias reflexiones que fueron precisamente las que se omitieron, y las que se mencionan en el párrafo 1.º de la página 175. Reducíase á decir, que estábamos en una época de transición; que la paz tan deseada debía necesariamente dar nueva dirección á las grandes fuerzas sociales empleadas hasta ahora en la guerra, y que al variar de dirección estas fuerzas podían dar lugar á un choque violento, que hiciese pedazos nuestra no muy robusta máquina política.—Que por esta y otras razones creíamos que nunca como ahora debieran ser previsores y cautos los partidos políticos, que pugnan por aclimatar entre nosotros la libertad y el régimen representativo, y que jamás debieron mirarse tanto para sacrificar á ventajas transitorias é intereses del momento los grandes principios en que estriva y se afianza la pública libertad. Censurábamos por lo mismo el empeño que el partido vencido en las últimas elecciones manifestaba por traer al ejército al campo de la política, y por hacerse de él un apoyo para subir al poder y vencer á sus adversarios: nos lijoseábamos de que el ejército no accedería á sugestiones tan interesadas, y recordábamos al partido en cuestión la fábula del caballo que buscó el apoyo del hombre para vengarse de su enemigo: el inconsiderado animal consiguió ciertamente su objeto, y se vengó; pero quedó para siempre sujeto al freno y á la silla.—Y continuábamos.—Hemos creído necesario adelantar estas reflexiones, etc.

REVISTA DE MADRID.

BIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA.

LAFAYETTE (*Gilberto-Moitié*, marqués de)

Nació en Chavagnac, cerca de Brioude en Overña, departamento del alto Loira en 1.º de setiembre de 1757. Desde muy niño había perdido á todos sus parientes, y á la edad de 16 años se casó con Mlle. de Noailles, hija del duque de Ayen. Aquel enlace con una familia diestra en adquirir y conservar favor, ofreció á Lafayette el mas bello porvenir: Pudo presentarse en la corte de Luis XVI y de María Antonieta, y llegar á ser uno de los brillantes favoritos de la época: pero no quiso seguir aquel camino. Sin preveer su porvenir, que debía enlazarse con dos sucesos del mundo, la libertad de los Estados-Unidos y la revolucion de Francia, tenia la ambicion y presentimiento de una fama de que estaba sediento. Estalló la insurreccion de América; Lafayette simpatizó al momento con tan noble causa, y contrajo amistad con Francklin; con el sabio á quien hemos visto vestido sencillamente y con un aspecto venerable, en Versailles; en el palacio de los reyes, donde abogaba por la causa de un

pueblo sublevado contra la opresion. Llegó sin embargo á Francia la noticia de los desastres de los insurreccionados, y se supo que su ejército vencido por 30,000 ingleses, quedaba reducido á 2,000 hombres; negóseles desde entonces toda clase de crédito, y sus comisionados en Europa ni pudieron conseguir siquiera el aprestar un buque para llevar sus despachos. Lafayette habia resuelto ir á pelear con Washington, los comisionados intentaron en vano distraerle de tan arriesgada empresa; y los mismos peligros sirvieron solo para inflamar con nuevo ardor al defensor generoso de una causa tan hermosa como desdichada. Sordo á cuantas observaciones se le hacian, y sin atender á los obstáculos que le oponian la Francia y la Inglaterra, tripuló á sus espensas una fragata, y partió para Georges-Town, donde desembarcó en abril de 1777. Feliz con pisar una tierra libre, pasó á Filadelfia, y pidió entrar en el servicio como voluntario y sin sueldo. No tardó en recibir del congreso el grado de general mayor, peleando sin embargo como voluntario en la batalla de Brandywine en 11 de setiembre de 1777, donde fue herido de gravedad, y recibió lo que llaman los soldados franceses el *bautismo de sangre*. No bien cicatrizada aun su herida, veíasele correr á nuevos peligros. Gefe de un destacamento de milicias, batió á un cuerpo de ingleses y hesseses, que tenian sobre sus visonñas tropas la ventaja del número y de la esperiencia. A poco tiempo, votó el congreso una accion de gracias en favor suyo, por no haberse dejado seducir por el brillo de una victoria inútil, y obtuvo entonces el mando de una division. Mas adelante fue promovido al grado de general en gefe del Norte; pero no quiso aceptar aquel nuevo honor, sino con la condicion de seguir bajo las órdenes de Washington. Véase por este ejemplo, que Lafayette se guiaba en la guerra por los principios y con la moderacion de un ciudadano que no ambiciona mas que el interés general. Despues de haber descendido con un puñado de gente un país estenso, salvó á 2,000 sublevados cercados por el ejército inglés; se distinguió en la batalla de Monmouth ganada por los americanos el 27 de junio de 1778, y marchó en seguida con su division á cubrir la re-

tirada de Sullivan, que se veia precisado á abandonar Rhode-Island. La importancia de semejante servicio, valió á Lafayette las gracias del congreso, y una espada adornada con figuras alegóricas, que le envió Francklin á París, á donde habia ido en 1779, despues de reconocida por la Francia la independencia de América. Solo permaneció en su patria el tiempo necesario para proporcionarse socorros de hombres y dinero, y se apresuró á hacerse á la vela luego de obtenidos. Lafayette fué recibido en Boston con entusiasmo; anunció la llegada del general Rochambeau, y marchó al ejército. En 1780 mandó la vanguardia de Washington, y se libró de las consecuencias de la defeccion del general Arnold. En 1781 estuvo encargado de la defensa de la Virginia; tenia solo 5,000 hombres, faltos la mayor parte del tiempo de vestuario, víveres y pagas; pero á pesar de aquella escasez y lo reducido de sus medios, resistió durante cinco meses á todas las fuerzas de Cornwallis, á quien hacian considerar como el terror de América sus anteriores triunfos. Este general habia dicho en un principio, con imprudente burla, *que el muchacho no se le podía escapar*; pero pronto desmintieron los sucesos el pronóstico, y de repente se encontró el mismo bloqueado por mar y tierra. Lafayette acababa de contribuir á aquella operacion con un refuerzo de 5,000 hombres, y estaba seguro de que el enemigo no podia escapar, y á pesar de las instancias del almirante francés, conde de Grasse, prefirió el ahorrar sangre á una victoria cierta. Esperó el ejército de Washington y de Rochambeau, verificóse despues el ataque, y desplegó en él una rara intrepidez, tomando á la bayoneta un reducto erizado de cañones, siendo el primero en arrojar-se á él. El resultado de la victoria fue la capitulacion de Cornwallis en York-Town. Es de observar que Lafayette con un valor enteramente francés, no se dejaba arrastrar por la impetuosidad de sus pocos años, y que al contrario, se parecia en algo al contemporizador Washington. En él era juicio del entendimiento, moderacion de carácter; pero era tambien al mismo tiempo ausencia de aquel genio guerrero que crea inauditos triunfos, y proporciona tambien los grandes desas-

tres, cuando el conquistador ha bebido con demasiada frecuencia en la copa de la prosperidad, que embriaga como un licor encantado.

Lafayette regresó entonces á Francia para apresurar el envío de nuevos refuerzos. Iba á darse á la vela con el conde de Estaing, á quien se había unido en Cádiz con 9,000 hombres, cuando fue interrumpida la marcha con la noticia de la paz. La guerra de América había popularizado extraordinariamente á Lafayette en Francia, y aun en la corte, donde la benevolencia hacía los compatriotas de Washington y Franklin, dominaba en todos. La reina misma, llena de entusiasmo hacía su joven émulo, dícese que le aplicó en una representación pública, los dos siguientes versos de la tragedia de *Bayardo*, de Dubelloy:

Comme un jeune lion, il cherche les batailles,
Comme un vieux general, il sait les éviter.

No sería fácil adivinar las causas que enagenaron á Lafayette el corazón de aquella princesa; pero es constante que le había dispensado mucho aprecio y confianza, y que estos dos sentimientos se habían enfriado en ella mucho antes de los primeros síntomas de la revolución.

Intimamente enlazado Lafayette con Washington, y conservando siempre el interés mas tierno hacía su América querida, emprendió un nuevo viaje al país á cuya libertad había contribuido. Fueron recibidos él y su hijo con transportes de agradecimiento; adquirieron ambos los derechos de ciudadanos por una especie de adopción tan rara como honrosa; y por último el nombre de Lafayette era en todas partes un título de recomendación. El anciano Federico de Prusia, el emperador de Alemania José II, le manifestaron el mayor aprecio: hasta aprobaron muchos de sus principios, pero no su entusiasmo por la nueva república. José II decía, como es sabido: "Mi oficio es ser realista", y el filósofo Federico tenía sin duda en el corazón la misma máxima; poseía además un amor fijo y razonado al despotismo, que nada hubiera podido alterar; una voluntad de hierro, un poder sin límites.

y un gobierno bastante ilustrado para hacer todo el bien posible y administrar justicia á todos; pero sin conceder ni reconocer á nadie derecho alguno; tal era Federico II. Esta doctrina no podría agrandar á Lafayette, tan profundamente imbuido en las ideas de libertad. La libertad de los negros era uno de sus pensamientos favoritos; pero queria que fuese gradual, á fin de evitar los peligros de un cambio repentino en la condicion de una raza esclava. Animado de igual simpatía por la causa de los pueblos, abrazó con ardor la de los patriotas bátavos, y hubiera querido poderles prestar el apoyo de su espada, como á los Americanos.

Nombrado miembro de la asamblea de notables en 1787, Lafayette pidió la supresion de los mandatos de encierro (*lettres de cachet*) y de las prisiones de Estado; obtuvo una disposicion favorable á la condicion civil de los protestantes, y habló él el primero de la necesidad de consultar á la nacion. Admirado el conde de Artois de semejante proposicion, le dijo: "Lo que pedís son los Estados generales." — "Mas todavia, contestó el general, es una Asamblea nacional." No tardó en realizarse aquel deseo, y siendo Lafayette miembro de la Asamblea constituyente, propuso la primera declaracion de los derechos del hombre, que consideraba como el programa de la libertad universal. Oyósele apoyar la peticion de Mirabeau para que se alejáran las tropas que el gobierno habia aproximado á la capital para violentar á los representantes de la nacion. En las sesiones del 13 y 14 de julio de 1789 presidia la asamblea constituyente, y enviado el 15 á París, despues del triunfo del pueblo, y nombrado comandante de la guardia nacional, hizo en aquel importante destino servicios inmensos á la pública tranquilidad: muchas personas amenazadas de una muerte, al parecer inevitable, en medio del furor popular, debieron la vida á su valor y ascendiente: su posicion era de las mas difíciles, en medio de la efervescencia de toda clase de pasiones, y de los movimientos de un pueblo siempre dispuesto al tumulto. Las imprudencias de la corte y el banquete de los guardias de corps ocasionaron los sucesos del 5 y 6 de octubre, en cu-

esos días, la guardia nacional, precedida de una turba de mugeres insurreccionadas dirigidas por el faccioso Maillard, arrastraron á Lafayette á Versailles. Habiase resistido por mucho tiempo, pero cedió al fin, y dió con semejante debilidad, el mal ejemplo de un gefe de la fuerza armada que se deja violentar por sus soldados: del mismo modo que en el tránsito de París á Versailles, manifestaba los mas vivos recelos, y se justificaba con los dos comisionados de la municipalidad que iban á su lado, con la pureza de sus intenciones. Defensor del orden y hombre de la ley, no podia dejar de conocer profundamente cuan contraria era su posicion á sus principios y deberes. Al presentarse ante el rey con los comisarios, su primeras palabras fueron: "Señor, no sé cómo me atrevo á presentarme ante V. M.—Qué quereis! contestó Luis XVI, habeis hecho cuanto estaba en vuestro poder, ya lo sé." Asegurado con estas palabras y libre de un peso que oprimía su conciencia, aunque no fuese culpable, volviendo Lafayette á su acostumbrada sonrisa, se apresuró á dar una explicacion, cuyo feliz efecto preveia. "Señor, he hecho prestar juramento al ejército parisiense de ser fiel á la nacion, á la ley y al rey: V. M. puede tranquilizarse, pues será respetado." Lafayette creía entonces lo que estaba diciendo. Despues de esta conferencia, Lafayette que habia reclamado, sin poderlo obtener, se le permitiese cubrir la guardia del palacio y todas las necesarias para reponder de la vida de la familia real, arengó en la plaza de armas, en nombre de la patria y del rey, á las tropas de diferentes cuerpos; todo anunciaba la mejor disposicion en los que le escuchaban, y principalmente la guardia nacional de Versailles y Paris, contestaron al general con seguridades que le convencieron, lo mismo que á Lalli-Tollendal que se hallaba presente; de modo que ambos se retiraron llenos de seguridad. Llenado aquel deber, quiso Lafayette dar cuenta al rey de cuantas medidas habia tomado, pero se le dijo que cansado el príncipe de una jornada tan tumultuosa, acababa de acostarse, por cuya razon, rendido él mismo de fatiga, se retiró á descansar un poco. Acúsasele por esto con furor, y sin embargo. ¿cuál es su crimen? El rey, su hermano y to-

da la real familia, se recogen, y lo mismo hacen los ministros, los generales y los mas celosos defensores. El conde de Estaing, encargado entonces del mando de la guardia nacional de Versailles y su guarnición, cesa de vigilar; el duque de Guiche, jefe superior de los guardias de corps, cuyo deber es proteger de día y de noche la vida del monarca, deja su puesto y se retira tranquilamente á Triauon, sin tener la presencia de ánimo de mandar establecer patrullas y reconocer el parque. ¿Cómo puede ser culpable Lafayette por haber cedido á la necesidad de reponer sus fuerzas? ¿Cómo puede ser responsable de las desgracias que sobrevinieron despues á la familia real? Además, si se cree que Lafayette no hizo en un principio todo lo que en aquellas circunstancias se debía esperar de él, debe convenirse en que fue sublime el siguiente dia. El rey, la reina, su familia y sus guardias, le debieron su salvacion. María Antoineta, á pesar de no poderse decidir por el agradecimiento hácia Lafayette, tan profundo era su odio contra él, jamás negó aquel inmortal servicio, y Mme. Elisabet abrazó al general como á su libertador. En el tránsito de Versailles á París, hizo tambien Lafayette los mayores esfuerzos para librar al rey de los ultrajes que á cada instante le amenazaban. Sin embargo, la corte, sorprendida *in fraganti* en un delito de conspiracion y víctima de sus enormes faltas, se apresuró á acusar al duque de Orleans como autor de los sucesos del 5 y 6 de octubre; y el mismo Lafayette pareció adoptar aquella acusacion y se encargó, muy imprudentemente, de invitar en nombre del rey al duque de Orleans á pasar á Inglaterra con una mision que no era mas que un engaño. El duque hubiera podido, hubiera debido imponer silencio á Lafayette con estas palabras: "General, os habeis dejado arrastrar por vuestras tropas á faltar á vuestros deberes, y sin que lo permitiese la ley ni os lo mandasen vuestros gefes, habeis saltado los límites de vuestro mando, habeis marchado al frente de la insurreccion armada: vos sois el que despues de haber dejado correr al rey el mayor peligro, le habeis conducido por fuerza á Paris: en aquel momento, bajo cualquier nombre con que encubais

vuestro papel, le guardabais á vista en su palacio; cuando hayais contestado á estos hechos, contestaré yo á mis acusadores y á vos mismo, que participais de sus odiosas sospechas." Seguramente se hubiera visto Lafayette muy apurado para refutar tales argumentos. De todos modos, esta es la verdad sobre estos dos hombres en aquella época: el duque de Orleans no habia promovido los sucesos del 5 y 6 de octubre, y Lafayette, que vencido hubiera sido condenado á muerte por un consejo de guerra, como á rebelde, no era mas que un hombre débil que habia cedido á una prueba mas fuerte que su carácter, y un súbdito fiel dispuesto á sacrificar su vida por su rey, como lo probó el dia 6. En aquella época, lo mismo que en otras circunstancias, Lafayette queria conservar á todo precio á Luis XVI y á la reina, y afectaba ignorar ó disculpar sus tramas contra la libertad, tramas que por otra parte se consideraba con bastante habilidad y fortaleza para prevenir y reprimir. Esto explica, por qué tardé tan poco en ser sospechoso, acusado y calumniado por los ardientes y sinceros amigos de la revolucion. Su posicion fue cruel entonces. Luis y la reina, mirándole como su carcelero y el instrumento de su ruina, meditaban diariamente dentro de su corazon inflamado por el odio, su suplicio, y una parte de los patriotas le creian traidor á la causa del pueblo. Sin embargo, como hacia los mayores servicios en favor del orden, protegiendo las vidas de los ciudadanos á costa de la suya; como la guardia nacional, compuesta de propietarios y gente interesada en el sosten de la tranquilidad, habia depositado en él la mayor confianza, parecia que efectivamente obedecia Paris á su suprema influencia.

No puede negarse, que á consecuencia de una conviccion de su entendimiento, mas dispuesto entonces á temer á los revolucionarios que á los conspiradores realistas, no hubiese entrado en un sistema de reaccion, que escitaba alguna vez justos descontentos, y que no marchase, sin preverlo, á una situacion de las mas difíciles entre la corte y el pueblo. Con todo, tuvo Lafayette un admirable triunfo en la federacion de 14 de julio de 1790, que será considerado como uno

de los mas bellos dias de su vida y de la revolucion. Tuvo entonces uno de los felices pensamientos que las circunstancias le sugerian siempre á tiempo: designado por la fuerza de las cosas y por su posicion para el mando general de la guardia nacional del reino, pidió á la asamblea constituyente que decretase como un principio constitucional, que nadie pudiese tener un mando de guardias nacionales en mas de un departamento. Lafayette con mas penetracion que sospecha, hubiérase alarmado por la conducta de la corte, que durante el entusiasmo mismo de la federacion, y á pesar de los juramentos, las protestas del rey y de la reina, procuraba estraviar á los confederados, y hacerse de ellos un apoyo á espensas de la libertad. Pero dominábale entonces un pensamiento casi único, el restablecimiento del órden, y la creacion de un gobierno fuerte y de accion. Entonces Mirabeau animado del mismo pensamiento, habia entrado en tratos con la corte á peso de oro, y Lafayette, que no se habia vendido, participaba de los sentimientos del tribuno, al cual de buena gana hubiera hecho juzgar junto con el duque de Orleans, por los sucesos del 5 y 6 de octubre. Asi es como en el movimiento continuo y violento de una revolucion, se verifican inesperadas alianzas. El mismo Mirabeau, con todo su genio, no era capaz de resolver el problema de la union de la dinastía con los derechos del pueblo, y del restablecimiento de la autoridad real con la existencia de la libertad. Murió Mirabeau, y continuó Lafayette ensayando la resolucion del problema; pero ante todo hubiera sido preciso desconfiar de la corte, y asegurarse de ella con la autoridad de un gran carácter, y la promesa de un gran servicio.

Incapaz Lafayette de llenar tales condiciones, déjase sorprender por la evasion de Varennes. Aun en el dia no se concibe cómo pudo conjurar la tempestad que contra él se levantó en los jacobinos, donde Danton le dirigió un terrible apóstrofe. Despues de haber corrido el riesgo de ser inmolido como traidor por los enemigos de la revolucion, que anunciaban diariamente la fuga de Luis XVI, vióse reducido á la triste necesidad de hacer volver al rey como un prisionero

en medio de la Francia armada. Si Luis hubiese conseguido recobrar la autoridad, no hubiera habido pena bastante para espiar este segundo ultrage, que era tambien una de las fatalidades de la vida política del general. María Antonieta entró en París, lleno de rabia el corazón, y considerando á Lafayette como el genio maléfico de la corona. ¡Ah, ese mal genio era ella misma, y mas todavía Luis XVI, formando la una en la oscuridad designios temerarios y mal combinados, y engañando el otro á todo el mundo por debilidad, é incapaz de tomar una resolución atrevida en un momento decisivo! El cautiverio de Luis XVI fue mas riguroso que nunca hasta que aceptó la constitucion, y llevó al mas alto grado la enemistad del partido realista contra Lafayette. Por el mismo tiempo, aglomerábanse otras borrascas en el opuesto partido, que acusaba al general y á sus amigos, de un acto de locura y de traicion en querer entregar la constitucion, con un aumento de poder, en manos de un príncipe que habia protestado contra ella y evidentemente queria destruirla. El decreto de la asamblea constituyente que sostenia el principio de la inviolabilidad en favor de Luis XVI, y le eximia por lo tanto de toda investigación sobre su fuga, causó grande agitacion entre los jacobinos; y de ahí provino la proposición de ir á firmar en el campo de Marte, sobre el altar de la patria, una peticion dirigida á invitar á la asamblea á suspender toda decision sobre la suerte del rey, hasta que los departamentos habiesen manifestado su parecer sobre el particular. El domingo 17 de julio, reúnese un gentío inmenso en el campo de Marte, y por una fatalidad unida á todos los movimientos tumultuarios del pueblo, dos hombres ocultos bajo el altar de la patria para satisfacer allí una indecente curiosidad, son asesinados. Al saber aquellas muertes, envia la municipalidad comisionados para restablecer el orden; marchan escoltados de numerosos piquetes, y Lafayette á su frente disipa el tumulto. Un voluntario le apunta y dispara casi á quema ropa; pero no habiendo salido el tiro, se libra Lafayette de una muerte casi cierta. Arestado el voluntario, el general le perdona y manda ponerle en libertad. Sin em-

bargo, creyendo Lafayette haber restablecido el orden, abandona el campo de Marte; pero apenas se ha alejado, vuelve la muchedumbre al punto de reunion del motin, y vuelven con ella nuevas borrascas. Sabidas son las consecuencias de aquel suceso, y como atacado Lafayette y la guardia nacional á pedradas, tuvo que aplicar la ley marcial haciendo fuego contra el pueblo. Cruel necesidad era aquella para el hombre que habia proclamado en la tribuna, que la insurreccion es el mas sagrado de los derechos, y el deber mas indispensable, cuando el gobierno violaba los derechos del pueblo: pero hombre de la ley, Lafayette no podia menos de inmolarse para hacerla respetar. Mucho debió afectar su corazon semejante desgracia. En efecto; ¡qué contraste entre el entusiasmo y las aclamaciones con que le habian saludado 500,000 hombres el dia de la federacion, y la escena sangrienta que le atraia entonces las maldiciones del pueblo! Desde aquel dia estalló una funesta division entre aquel pueblo y la guardia nacional, á la cual llamaba guardia pretoriana.

Lafayette vió calmarse el furor de sus enemigos. Despues de aceptada la constitucion, aceptacion que tampoco fue mas que un engañoso manejo de Luis XVI, dejó Lafayette el mando, y se retiró á su pais. Pero no debia permanecer en él mucho tiempo. Habiendo hecho los emigrados en las fronteras demostraciones que anunciaban mas serias hostilidades y la aproximacion de los estrangeros, fue encargado Lafayette de un mando superior, y rechazó á los enemigos en varios puntos. Durante aquel tiempo, profundamente convencido París de las traiciones de la corte, preparaba una insurreccion que no podia tardar en estallar. Lafayette, que seguia ciego con respecto á los sentimientos del rey, parecia ocuparse solo en combatir á la Gironda y á los jacobinos, á los cuales imputaba todos los males de la Francia. Tal era el sentido de una carta escrita por él el 16 de junio á la asamblea nacional desde su campamento de Maubenge. Habia mas que ceguedad, habia delirio en aquella carta en que Lafayette, hablando cual pudiera hacerlo

un general austriaco de aquella época, no decía una palabra de las conspiraciones tramadas en lo interior y el exterior contra la libertad. La lectura de tan inconcebible carta causó una violenta tempestad en la asamblea; pero principalmente en París, que vió el movimiento del 20 de junio, en el cual el pueblo invadió el palacio del rey, que estuvo durante muchas horas á merced de los insurreccionados. Tan luego como tuvo Lafayette conocimiento de los sucesos de aquel día, quiso probar un nuevo esfuerzo en favor de Luis XVI y de la constitucion. Preséntase el 28 en la barra de la asamblea legislativa, pidió el castigo de las violencias cometidas en las Tullerías el 20, la destruccion de las sociedades de los jacobinos, y medidas capaces de dar seguridad al rey, y de impedir todo atentado contra la constitucion. Este paso ningun resultado tuvo, y tampoco fue mas feliz el general en su tentativa de que se le uniera la guardia nacional, para proceder con ella á la medida decisiva de cerrar el club de los jacobinos. Otra carta del general á la asamblea tuvo igual suerte, y se vió precisado á regresar á la frontera con el sentimiento de su impotencia, y el convencimiento de que habia ya pasado su reinado. La guardia nacional al verle abandonar la empresa, solo manifestó estériles pesares; la corte se complació muchísimo en ver decaer la popularidad de aquel cuyos servicios no queria aceptar, á pesar de la inmensa necesidad que de ellos tenia. Los jacobinos triunfantes, quemaron aquella misma noche en el palacio real un manequí representando al héroe de la federacion, y si hubiese permanecido en París, le esperaba una horrible catástrofe.

Aunque muy cierto de la disposicion poco favorable de la corte y del mismo rey, obstinábase Lafayette en querer salvar á aquel príncipe desdichado. Seguro del anciano Luckner, á quien habia sabido atraerse, queria que Luis le mandase llamar junto con el mariscal, para presentarse en la federacion. La presencia, decía, de los dos generales en jefe, impondrá al pueblo. Al siguiente día de la ceremonia, debía salir de París Luis XVI, bajo pretesto de ir á Compiègne, para probar á la Europa que estaba en libertad. En caso de

resistencia, Lafayette se obligaba á arrebatarse, con cincuenta ginetes la familia real. Desde Campiegne, escuadrones dispuestos al efecto debían conducir al rey en medio de los ejércitos, y desde allí hubiera manifestado el príncipe sus verdaderas intenciones. El proyecto era modificar la constitucion, establecer dos cámaras é instituciones fuertes, pero todas monárquicas. En el caso de no surtir efecto ninguno de los medios propuestos por Lafayette, estaba resuelto á marchar sobre París. Luis, aunque espantado siempre á la vista de los obstáculos, manifestábase bastante inclinado á ejecutar el proyecto propuesto por Lafayette; detúvose sin embargo, un temor mezclado de repugnancia hácia el general, y principalmente María Antonieta que deseaba el auxilio de aquel amigo fiel del trono. "Confíad en Lafayette, decían; id á unir os á él en su campo; os espera, os salvará.—Si, lo creo, contestó la reina, salvará al rey, pero no salvará la monarquía." Jamás Lafayette, con las mejores intenciones, ha manifestado menos juicio ni corrido mayores peligros para su reputacion futura, que en aquella circunstancia. Lo que quería hacer era imposible, y el éxito, lo mismo que la derrota, le hubiera perdido. En efecto, Luis y su esposa no querían ni podían querer mas que la contra-revolucion, y Lafayette se hubiera visto precisado á servir de ministro de aquella voluntad; entonces iba unido á su memoria un eterno deshonor. Si hubiese resistido, hubiera sido sacrificado, á pesar de la importancia de sus servicios, que no hubieran podido contrapesar el recuerdo de las violencias y ultrages que la corona creía haber recibido de él. Jamás se le hubiera perdonado, ni sus votos en la asamblea de los notables, ni la declaracion de derechos, ni los dias de octubre, ni la vuelta de Varennes, ni los dos cautiverios del rey en las Tullerías, ni, finalmente, su influencia y el abatimiento de la autoridad real ante el comandante de la guardia nacional parisiense. María Antonieta, y mas todavía, los emigrados y los cortesanos, le hubieran colocado el primero en la lista de los súbditos rebeldes, de quienes era necesario hacer un ejemplar; lo que no le hubiera librado de pasar por traidor á los ojos de

los amigos de la libertad, á cuya pérdida hubiera contribuido, colocando á Luis XVI al frente de un ejército. Lafayette tenia intenciones puras y amaba sinceramente la libertad que se lisongeaba hacer adoptar á Luis XVI. Apreciaba á este príncipe, le compadecía y queria salvar á la reina á pesar suyo. No comprendia que la monarquía estaba de tal modo conmovida, que nada podia aserurgarla en su base; tenia en este punto menos sentido que el último revolucionario; pero sobre todo, la resolucion y audacia para hacer un diez de agosto, era superior á su carácter y causaba horror á su entendimiento. Asi pues, cuanto se decia, cuanto en este sentido se preparaba en París, le parecia una contra-revolucion; temia y aborrecia tanto, y aun mas tal vez, á los jirondinos, y sobre todo á los jacobinos, que á las emigrados. Lafayette supo los sucesos del diez de agosto en su campamento, sentado junto á Sedan. Contaba con su estado mayor, con el afecto de los soldados y con su juramento de obediencia.

Cuando la constitucion de 1791, contaba reunir 75 departamentos, cuyos consejos generales se habian adherido á su carta de 16 de junio, que pedia se cerrasen los clubs de los jacobinos; atrevióse á levantar la bandera contra la asamblea legislativa, por medio de una proclama; hizo arrestar por la municipalidad de Sedan, á tres comisionados del cuerpo legislativo, entre los cuales estaban Kersaint y el famoso Antonelle, antiguo *maire* de Arlés. En aquel momento hizo todos los esfuerzos para sublevar su ejército en favor de Luis XVI y de la asamblea legislativa, á la cual presentaba como dominada por la violencia de los jacobinos y por la de Petion, *maire* de París. Infractores de la saludable ley que prohíbe á la fuerza armada deliberar, reuniéronse los soldados y declararon á Lafayette que, llenos de indignacion por los crímenes con que las facciones acababan de manchar la capital, no reconocian ya mas la actual asamblea legislativa, desde que con desprecio de todas las leyes, habia destruído la constitucion. Llenos de confianza en su general, estaban prontos á marchar á donde quisiese conducirles; rogarónle con instancias, que adoptara con los departamentos y demas autori-

dades, los medios de dar fuerza á las leyes, y á la nacion y al rey la libertad de que les habian despojado el crimen y la tiranía. Este triunfo de Lafayette fue de corta duracion. Llegaron nuevos comisarios de la asamblea, que lograron diestramente separar los soldados de su gefe. Los artilleros se habian negado ya á apoyar la protesta contra los decretos de la asamblea; y una revista que pasó, con el objeto de obtener de las tropas el juramento de fidelidad á la nacion, á la ley y al rey, le hizo conocer la disposicion poco favorable en que el ejército se hallaba. Por otra parte, Dumourier, cuyo arresto en su campamento de Maulde, habia mandado, habia reusado prestar el antiguo juramento, y Dillon, arrastrado en un principio al partido de la resistencia, habia cambiado de opinion. Otras defecciones; la formal oposicion del departamento del Aisne, que mandó á todos los ciudadanos el arresto del general en gefe del ejército del Norte, la noticia del decreto de acusacion dado contra él, el nombramiento de su enemigo Dumourier para el mando de aquel ejército, todo hizo conocer á Lafayette que ninguna esperanza de buen éxito le quedaba. Los clubs de París vomitaban imprecaciones contra él; era preciso perseguir, arrestar, fusilar al traidor y sus cómplices ó hacerles juzgar solemnemente ante el pueblo de París, á quien vengaria su suplicio de los asesinatos del campo de Marte. Horroriza solo el pensar en la suerte que estaba reservada al amigo de Washington, á un sincero amigo de la libertad, si hubiera caido vivo en poder de sus enemigos. Mas dichoso que Bailly, pudo librarse de la suerte mas desdichada.

Lafayette salió de su campamento la noche del 19 al 20 de Agosto, acompañado de Bureau de Pusy, de Latour-Maubourg y de Alejandro de Lameth. Antes de su salida, tuvo cuidado de adoptar todas las medidas convenientes para que el ejército, á cubierto de una sorpresa, estuviera pronto, en caso de ataque, á rechazar al enemigo en cualquier punto que se presentase. Al llegar á Bouillon, despidió la escolta de 25 caballos que le acompañaba. La esperanza del general, reducido á huir, era atravesar de incógnito las avanzadas ene-

migas, y llegar al territorio de la república Báltava; pero fue detenido en Rochefort por el teniente coronel conde de Har-noncourt, el cual dió parte al comandante de Namur. El 21 condujeron á esta alta ciudad á los prisioneros, y en ella fue donde tuvo Lafayette una entrevista con el príncipe Carlos, desconocido todavía de la gloria, pero adornado de un cora-zon generoso. La conducta de Lafayette y de sus amigos, fue digna de sus desgracias, é inspiró respecto á sus adver-sarios. Conducidos á Nivelles, tuvieron que sufrir los prisio-neros un interrogatorio ante un mayor austriaco, encargado de recibir el tesoro del ejército, que sin duda Lafayette se ha-bia llevado consigo. "Lo único que comprendo en tan estrá-ña comision, contestó Lafayette, es que el duque de Sajonia-Teschen, puesto en mi lugar, habria robado el tesoro del ejército." Elevados á Luxemburgo, allí permanecieron du-rante tres semanas los cuatro miembros de la asamblea cons-tituyente. Furiosos los emigrados contra unos nobles que ha-bian abrazado la causa del pueblo, intentaron inmolar á su venganza al autor de la proclamacion de los derechos del hom-bre y del ciudadano. Pásose á los prisioneros desde Wesel á Magdeburgo y á Reisse, y finalmente de Reisse á Olnutz, donde les esperaban horribles calabozos. Todo el genio inqui-sitorial, toda la fria barbarie de la política austriaca, agotó su funesta ciencia para desesperar y dar tortura á Lafayette; con solo retraerse de una de sus opiniones, por ejemplo, de la rela-tiva á la supresion de la nobleza, hubiera visto romperse sus cadenas; pero jamás quiso consentir en renegar ni ligeramente de sus principios. Estuvo durante mucho tiempo solo en un calabozo, privado de la compañía de sus compañeros de in-fortunio, de quienes nada sabia, lo mismo que de sus amigos de Francia con quienes no podia corresponder. Tantas des-gracias y privaciones no pudieron abatir su ánimo ni turbar un solo instante la serenidad de su alma. Por último, el án-gel de la ternura conyugal, bajo la forma de Mma. de Lafa-yette, bajó al calabozo del mártir por la libertad. ¡Qué cele-stiales consuelos disfrutó! Todos los verdaderos amigos de la libertad reclamaron en vano en favor del ilustre prisionero;

en vano emplearon los Estados-Unidos de América su inter-
vencion en favor suyo. Fueron menester en Europa para con-
seguir la libertad de Lafayette y sus compañeros, las victo-
rias de Italia, y la voluntad de Bonaparte, quien avisado por
Regnaud-de-St.-Jean-d' Angelij, la estableció como condicion
particular é imperativa, cuando las negociaciones que termi-
naron una guerra de prodigios. Libre el prisionero de Ol-
mutz de sus cadenas, ninguna parte quiso tomar en la revolu-
cion del 18 fructidor, y por lo mismo se vió precisado á
detenerse en Hamburgo; pero adoptó la escarapela tricolor, lo
mismo que sus amigos, y entró en Francia cuando la revolu-
cion del 18 brumario. Aunque animado de una viva gratitud
hácia Bonaparte, reusó Lafayette mezclarse en la menor cosa
de su gobierno; no quiso aceptar una plaza en el senado con-
servador, y votó contra el consulado por vida, accion estraña
cuando menos en un hombre que todo lo habia arriesgado,
hasta su reputacion de amigo de la libertad, por salvar el
principio monárquico; pero luchaba entonces entre sus anti-
guas opiniones y sus inclinaciones republicanas. Mr. de La-
fayette, consecuente con una de sus doctrinas favoritas, pedia
á Bonaparte el restablecimiento de la libertad de imprenta;
el cónsul le contestó: "Si concediese á Mr. de Lafayette lo
que con tanta instancia solicita, ni él, ni yo estaríamos aquí
dentro de tres meses:" y salva la brevedad del término, que
hubiera podido prolongarse algunos meses, Bonaparte juzga-
ba bien la naturaleza de las cosas. En aquella época no era
todavía posible un gobierno, con veinte ó treinta periódicos
que le habieran batido en brecha todas las mañanas. Lafa-
yette, á pesar de sus terribles pruebas de los calabozos de
Olmütz, no hubiera tardado en ver su proceso político ante
la opinion pública: hubiera perdido toda su popularidad, y
se hubiera visto abandonado ó proscripto. Las revoluciones
ofendidas nunca perdonan. El papel que representó Lafa-
yette durante el imperio, no dejó de ser honroso, probaba la
sinceridad de sentimientos de aquel que preferia el retiro y
la oscuridad, á las mas brillantes situaciones ofrecidas por
el dueño de la Europa.

(Se concluirá.)

LITERATURA ESPAÑOLA.



POEMA DEL CID.-CRÓNICA DEL CID. -ROMANCERO DEL CID.

I.

Dos objetos principalmente se pueden llevar al emprender el exámen de la literatura de un pueblo: hallar en ella aquellas grandes producciones que recrean el ánimo, dulcifican nuestras pasiones, elevan el alma, y conmueven los afectos que reposan en el fondo del corazon humano, ó estudiar en las producciones literarias el espíritu y la índole de cada pueblo y de cada época, y descubrir por este medio las máximas y sentimientos que en ellos dominaban y prevalecían. El primero es el estudio del literato; el segundo el del historiador y el filósofo: el uno busca bellezas artísticas, el otro indicaciones preciosas para la historia y conocimiento del género humano. Bajo el primer punto de vista el literato solo se fija en aquellas épocas brillantes, en que se muestra con mas pompa y esplendidez el ingenio, y en aquellos monumentos que marcan la mayor altura de su vuelo: desdeña por lo mismo los primeros ensayos, prescinde de los lentos y embarazosos progresos del arte, y sin detenerse en las épocas de decadencia y de mal gusto, ni en las obras que no llegan á cierta perfeccion, busca solamente como objeto de sus meditaciones y estudios, como pasto de su imaginacion y de su alma, las producciones literarias mas distinguidas y

eminentes. No procede así el que mira la literatura bajo el otro de los aspectos indicados: considerándola como la expresión mas pronunciada de las ideas, sentimientos y creencias de la época á que se refiere; como el reflejo mas exacto de los hábitos, de las costumbres y de la índole del pueblo á que pertenece, el investigador filósofo observa con cuidado é interés los primeros albores del ingenio, los objetos de que primero se apodera, el desarrollo progresivo de los pensamientos, la sucesiva perfección de las formas con que se visten, y las causas, por último, de las variaciones y vicisitudes que en este importante ramo del saber humano con tanta frecuencia sobrevienen.

Considerada bajo este aspecto la literatura, su estudio toma una grande importancia, y conduce á muy útiles y provechosos resultados. Los monumentos literarios ya no se estiman y aprecian precisamente por su mérito intrínseco y por sus perfecciones artísticas, si no por lo mas ó menos que nos revelan é indican el espíritu y la índole del siglo á que pertenecen, por la mayor ó menor consonancia que han tenido con el modo comun de sentir y de pensar del pueblo y de la época á que corresponden. Un canto, un romance, un cuento popular puede valer bajo este aspecto mucho mas, que la epopeya mas clásica y perfecta: en el primero vemos tal vez lo que el pueblo ensalzaba, lo que apreciaba, lo que le afectaba y conmovía; en la segunda quizá no vemos otra cosa que el modo de sentir del literato ó del poeta, y la altura á que ha llegado su ingenio.

Por eso en esta clase de investigaciones no se debe parar tanto la vista y fijar la atención en los monumentos literarios dignos de aplauso y de aceptación, como en aquellos que con justicia ó sin ella la hayan merecido: por eso entre todas las producciones literarias son y deben ser principalmente estudiadas las que pertenecen á la literatura popular, ya sea como producción natural y espontánea del pueblo, ya como expresión, aceptada por él, de sus sentimientos y afectos.

Débase con todo observar que cuando una composición cualquiera llega á ser aceptada por una nación, de necesidad

hay en ella grande mérito literario. Podrá sin duda tener graves defectos, podrá estar en una completa disonancia con nuestro modo comun de ver y de pensar, y podrá en fin parecernos llena de impropiedades é imperfecciones; pero no hay que dudarle, á poco que se profundice y estudie se hallará que los defectos están por lo general compensados con grandes bellezas; que la disonancia no suele ser mas que el sello especial de la originalidad, cuyas condiciones, una vez reconocidas y aceptadas, en nada desvirtuan el mérito de la produccion; y finalmente, que las impropiedades é imperfecciones son cuando mas defectos relativos al estado actual de la literatura y del ingenio.

Pero repito que no es este el principal aspecto bajo el cual deben considerarse las producciones populares, ni el punto de vista en que mas importantes aparecen.

Asi al examinar y analizar las tres célebres producciones literarias que encabezan este artículo, no será tanto mi objeto hacer resaltar las bellezas artisticas que en ellas pueda haber, como estudiar el espíritu que les dió origen, indagar el estado moral é intelectual de la edad á que corresponden, el desarrollo á que habia llegado la sociedad que describen; y enlazando su exámen bajo un punto de vista mas genérico con el movimiento social é intelectual de nuestra patria, manifestar las relaciones y puntos de contacto que con él han tenido en sus diversas vicisitudes, derivaciones y progresos. Esto podrá alejarme á veces de mi propósito ostensible, y hacerme divagar hácia objetos con que tal vez no aparecerá tener grandes afinidades; pero ya digo cuál es mi intento y mi plan.

Hechas estas observaciones, paso á ocuparme del POEMA DEL CID, de la CRÓNICA DEL CID, del ROMANCEO DEL CID.

II.

El Cid es el Aquiles de nuestra patria; su historia nuestra Iliada, nuestra Epopeya; no tenemos otra. Esta epopeya, como todas las verdaderas epopeyas, no son la creación

del poeta ni del historiador, son la creacion del pueblo.—Seguramente ha existido en Castilla un guerrero ilustre, que descolló sobre todos los demas de su tiempo, y llegó á alzarse á la altura de los reyes (1); seguramente este guerrero emprendió grandes hechos, llevó á cabo dificultosos empeños, acaudilló con fortuna á nuestros soldados, obtuvo sobre los moros señaladas victorias, y afectó profundamente la imaginacion de sus contemporáneos. Pero seguramente tambien este Cid histórico, es muy diferente del Cid poético, del Cid del Romancero y de la Crónica. Sobre los hechos verdaderos de aquel personage aglomeraron la admiracion y el afecto popular todos los que les parecieron á propósito para la gran apoteosis de su favorito; le dotaron de todas las cualidades que entonces se admiraban y aplaudian, y le atribuyeron todas las hazañas que creyeron propias á engrandecerle y sublimarle (2).

Y en esto precisamente consiste la importancia histórica y filosófica del personage poético del Cid. El Cid no es ya un guerrero, un caballero particular; es el tipo, el modelo ideal de los guerreros de aquella época; es el caballero perfecto y sin tacha como en aquella edad se concebía. No es un individuo, es una personificacion; y como el autor de esta personificacion es todo un pueblo, ya se concibe cuánta mas importancia é interés debe tener su estudio, que el de un personage real y efectivo por grande y notable que fuese. En

(1) El abate Masden ha hecho, en el tomo 20 de su *Historia Crítica*, los mayores esfuerzos para probar que de Rodrigo Diaz el Campeador, nada absolutamente sabemos con probabilidad, ni aun su mismo ser ó existencia. Fue esta una de las muchas singularidades de aquel escritor, que llegó hasta poner en duda la existencia del Códice de Leon, que publicó Risco, solamente por no haberle él hallado cuando estuvo en aquella ciudad, donde tantos le habian visto. Pero hasta este pequesísimo fundamento ha desaparecido ya; el Códice se ha vuelto á encontrar, y tenemos ya de él, no solo la descripcion circunstanciada que Masden hechaba de menos, sino grabados los cinco primeros renglones con el mismo carácter de letra antigua que tienen en el original. Estas noticias y grabado se hallan en el tomo 1.º de la traduccion de la *Historia de la literatura española* de Boutervvec pág. 254. Es escusado decir que los historiadores árabes que extracta Conde en la *historia* que ha publicado en 1820 hablan del Cid y de la conquista que hizo de la ciudad de Valencia.—Adoptando las reglas de crítica de Masden, es muy fácil reducir á la nada la historia de las visiones.

(2) Conócese notoriamente (decía el juicioso Zurita) que el vulgo fue siempre añadiendo á sus hechos muy señalados, cosas que fuesen de admiracion en sus cantares.—*Anál. lib. 1. cap. 22.*

la obra, en la creacion popular hallamos á su autor, le sorprendemos, le oimos hablar, le vemos discurrir y obrar, gobernar y combatir. Se nos presenta en fin con toda su verdad y original sencillez, y nos pone patentes los afectos mas ocultos de su alma.

Pero como los hechos atribuidos al Cid por la tradicion, y por el cariño y la admiracion popular eran maravillosos y relativos á la gran lucha empeñada á la sazón con los moros; como estaban en armonía y consonancia con las ideas y sentimientos dominantes, y como no eran en fin, mas que la expresion de los afectos y deseos populares, estos hechos eran el objeto de las *fablas*, narraciones y cuentos con que se saciaba la ardiente curiosidad de las damas encerradas en los castillos, y la sencilla credulidad de nuestros antepasados. Estas narraciones y cuentos se convirtieron muy luego en cantares y canciones populares, y bien pronto el Cid, formado y creado por el pueblo, el Cid poético sustituyó al Cid histórico, y le hizo desaparecer de la escena.

Entonces sus hazañas y hechos prodigiosos comenzaron á formar un todo, una epopeya en que lo cierto andaba mezclado con lo inventado y supuesto, lo natural con lo maravilloso; y en esta epopeya depositó el pueblo castellano todas las ideas grandes y elevadas de aquella época en que el punto de honor, la caballería, la independencia personal y el sentimiento monárquico y el religioso, dominaban y agitaban á la vez á la sociedad, que pugnaba por salir del caos moral que de la exageracion de aquellos principios y de su continua lucha resultaba.

La historia poética del Cid existió, pues, mucho antes en la imaginacion del pueblo, en sus cuentos, *fablas* y cantares que en una narracion cualquiera, escrita en prosa ó en verso.

Pero esta narracion escrita no podia hacerse mucho tiempo desear, y efectivamente apareció bien pronto. Podia aparecer de tres maneras, á saber: en verso, en prosa y en forma de coleccion de los cantares y romances populares, y bajo las tres formas apareció sucesivamente en el *Poema*, en la *Crónica* y en el *Romancero*.

Por eso son tan parecidas en la esencia y principales accidentes estas tres producciones; por eso, aunque de diferente procedencia y origen, parecen una cosa enteramente idéntica y conforme. Así debía suceder; las tres producciones no eran mas que la traducción de la epopeya creada y formada por el pueblo. Nadie podía ya alterarla, ni cambiarla sustancialmente con éxito.

Nuestros historiadores y eruditos deploran con amargura esta invasión de la fábula en la historia, y afectan mirar con el mayor desprecio estos antiguos monumentos de nuestra literatura. No tienen razón. Prescindiendo del aspecto literario, bajo el cual pueden ser consideradas estas producciones, prescindiendo de las luces que como monumentos de tradición puedan dar á la misma historia, debieran considerar que por el mero hecho de ser obras y creaciones populares, hay en el fondo de ellas mucha verdad, si no precisamente en los sucesos, en los cuadros y pinturas de sociedad y de costumbres, y que en ellas se halla reflejado el verdadero carácter y fisonomía de nuestros mayores, mejor que en esos descarnados cronicones, tumbos, y becerros en que tanto se complacen y deleitan.

El POEMA DEL CID, que generalmente se reputa por el mas antiguo monumento de la habla y poesía castellana, debió escribirse á mediados del siglo XII, es decir, á los 50 años de la muerte de aquel guerrero. Así opina su editor D. Tomás Sanchez; pero Floranes, citado por Risco, supone que no pudo escribirse hasta el primer tercio del siglo XIII, y que su autor fue *Pero Abad, chantre de la clerecía real* como se le nombra en el *Repartimiento de Sevilla* del año de 1253 (1). Los fundamentos de esta asercion me parecen

(1) Risco, *Historia del Cid*, pág. 69.—En los versos 3013 y 3014 del poema hay una indicación cronológica: el poeta nombra á D. Alonso VII con el título de *buen Emperador*, y como este dictado no le tomó hasta el año de 1135, es evidente que el poema es posterior á esta fecha.—El Sr. Tapia en la *Historia de la civilización española* que acaba de publicar, repite lo que ya habia dicho en un opúsculo sobre los árabes, que es muy notable que de asuntos trataron de la antigüedad del poema, ninguno reparase en los versos citados: el Señor Tapia se equivoca: mucho antes que él, habia hecho la misma observacion el académico D. Manuel Uriarte, segun nos dice el mismo D. Tomás Sanchez en la pág. 1.^a del 2.^o tomo de su *Coleccion*.—Por lo demas que el poema es

muy frívolos; pero creo fuera de mi actual propósito el detenerme á impugnarlos. Para el objeto del presente escrito basta saber, que este antiguo poema pertenece á los últimos años del siglo XII ó á los primeros del XIII cuando menos.

La CRÓNICA DEL CID es aun de época mas incierta. Publicóla por primera vez en 1512 el P. Fr. Juan Lopez de Velorado, abad del monasterio de San Pedro de Cardena, conforme se hallaba en los archivos de aquella comunidad. El motivo de la publicacion, el mismo editor nos le refiere en el *Prohemio* que le puso; he aqui sus palabras: «Estando el «Ilustrisimo y muy esclarecido Sr. Infante D. Fernando, hijo «de los muy altos y muy poderosos Sres. el Rey D. Phelipe «y la Reina Doña Juana, Reyes de estos reinos de Castilla, «en el monasterio y casa de S. Pedro de Cardena, adonde «está enterrado el cuerpo del muy noble y valiente caballero, «vencedor de batallas, el Cid Ruy Diez de Vivar, vista allí «su chrónica original, que en el tiempo de su vida se hizo «y ordenó, y los muy señalados hechos que en su tiempo «hizo, y los muchos milagros que en acrescentamiento de «nuestra Santa Fé Católica en aquellos tiempos sucedieron; «que deno se haber publicado, ni trasladado la dicha chrónica, estaban ya tan olvidados, que si en ello no se pudiese «remedio, segun la chrónica estaba caduca, muy presto no se «pudiera remediar, y en breve se perderia..... mandó á mi «D. Frey Juan de Velorado, abad de esta casa de S. Pedro «de Cardena, que la hiciese imprimir, y aun suplico al Rey «D. Fernando nuestro Señor, su agüelo, que ansi mesmo lo «mandase y aun con privilegio al impresor, y consultado «con su Alteza y con los de su muy alto Consejo, se hizo «ansi y se imprimió.»

muy anterior á la época que supone Florantes, se deduce de la simple comparacion de sus versos con los de *Berceo*. En los del poema no solo se ve mucha mas rudeza en la expresion y en el lenguaje, sino lo que es mas notable, que no habia aun una versificacion determinada y regular, ni en la medida, ni en la rima. En *Berceo* la versificacion no solo se ve ya fijada en la medida de los versos alexandrinos ó de 14 sílabas, sino en la rima acousonantada y en las estancias de cuatro versos pareados. Este adelanto en la lengua y en la versificacion no se hace en pocos años, y *Berceo* nació por los de 1198 segun la probada Sanchez, t. 3.º, pág. LIV. El poema del *Cid* por lo mismo no puede ser, quando mas, posterior á los primeros años del siglo XIII: y yo me inclino, como Sanchez, á que pertenece á mediados del siglo XII.

Pero á pesar del anterior relato y del crédito que debiera darle la importancia de los personajes á que se refiere, no puede ser cierto que la Crónica del Cid se escribiese ni ordenase en el tiempo en que aquel guerrero vivia. La Crónica en su estado actual es del siglo XIII como se comprueba, entre otras cosas, por las citas que hace de las historias del arzobispo D. Rodrigo y D. Lucas de Tuy, que florecieron por los años de 1200 al 1250. Esta Crónica del Cid por otra parte es casi un extracto de la famosa *Crónica general de España* escrita por D. Alonso el Sábio, ó á lo menos en su tiempo y por su mandado; aunque tal vez no es fácil determinar si la Crónica particular se tomó de los capítulos de la general que hablan del Cid, ó si la general copió á la particular al hablar de aquel guerrero, pues por lo comun son idénticas, no solo en la narracion de los hechos, sino hasta en lo literal de la espresion (1). Cuéntase que un moro valenciano, servidor y privado del Cid, llamado *Alfazati*, y despues de su conversion *Gil Diaz*, escribió la historia de su señor, y que despues fue continuada por un sobrino suyo. Quizá hay algo de cierto en esta tradicion, consignada tanto en las Crónicas general y particular, como en otros documentos antiguos, y quizá esta historia árabe sirvió para la formacion de las Crónicas: pero lo que parece indudable es que la del Cid es posterior al poema, y escrita con presencia de él, como ha demostrado D. Tomás Sanchez, haciendo notar las muchas veces en que la Crónica copia las espresiones y hasta los versos enteros del poema. Despues haré ver que ha debido tambien copiar á los cantos y romances populares.

El origen del ROMANCERO DEL CID es aun de mas difícil averiguacion. Los romances que en él se contienen han sido

(1) Nuestros eruditos tienen efectivamente por lo general esta duda, pero á mí me parece que la Crónica general se compuso sobre la particular del Cid, en lo que habla de aquel guerrero. Entre otras observaciones que lo acreditan, haré solo una. En la Crónica general están á veces abreviados los sucesos, y se omiten constantemente los pasajes y palabras de la Crónica del Cid, en que el poder real aparece mas abatido ó desairado. Todos saben que el Rey D. Alonso entrado con las máximas del derecho romano, llevaba á mal la anarquía é insubordinacion feudal de los grandes, y que no le gustaba consignarla en sus obras.

compuestos en diferentes tiempos y por poetas muy diversos: el pueblo los cantaba, la tradicion oral los conservaba, aunque acomodándolos al lenguaje é ideas de cada siglo, y asi han llegado hasta la época en que comenzaron entre nosotros á publicarse las colecciones de romances y cantares, los Cancioneros y Romanceros. Sobre cada hecho del Cid se escribían ó se componian una multitud de romances; los que hablaban aplauso y aceptacion se conservaban en el cántico y en la tradicion oral; los demas perecían en el olvido: en el actual Romancero hay de esto aun grandes muestras, pues hay á veces dos, tres y aun mas romances para un solo hecho.

Que en los tiempos mismos del Cid, ó en los muy cercanos á su muerte, se empezaron ya á cantar por el pueblo sus proezas y hazañas, lo comprueba entre otros muchos un insigne monumento. El autor del poema latino sobre la conquista de Almería, que publicó *Sandoval* (1) al comparar á uno de los caballeros que celebra, con el Cid, menciona ya los cantares acerca de sus hazañas.

Ipse Rodericus, Mio Cid semper vocatus
De quo CANTATUR, quod ab hostibus haud superatus.

Y este monumento, segun *Berganza* (2), no puede ser posterior al Cid arriba de cuarenta años. Despues continuaron estos cantares en los siglos sucesivos, se perfeccionaron y acomodaron á las formas de un género de metro exclusivamente español, que se alzó con la denominacion de *romance*, comun antes á toda composicion en lengua vulgar, y andando el tiempo los recogió y ordenó *Juan de Escobar*, formando con ellos una narracion seguida, ó una *Historia*, como él la llamó, de los hechos del Cid Campeador. Pero todo esto requiere alguna mas explicacion.

Ademas de la poesia latina, y ademas tambien de la poesia vulgar, escrita por los sabios de aquellos tiempos para lectura y entretenimiento de la gente culta y entendida;

(1) Crónica de Alonso VII.

(2) Antigüedades de España, tom. 1.º pág. 457.

había otra poesía popular ó plebeya, si puedo espresarme así, compuesta por los *juglares*, y cantada por ellos en las calles y en las plazas para el recreo y diversion del vulgo, era en aquella edad, lo que en la nuestra son las coplas y romances de los ciegos. Digo mal, estas coplas y romances actuales, no son otra cosa mas que la no interrumpida sucesion de aquellas antiguas canciones. El *Arcipreste de Hita* confiesa ya en el siglo XIV haber compuesto cantares para los ciegos (1); y es de creer que estos infelices, tan dignos de la pública compasion, sucedieron á los *juglares*, que debían ir sucesivamente desapareciendo bajo el peso del desprecio con que los miraban los trovadores y poetas de mas elevada clase, y bajo la infamia á que la opinion y la ley civil los habian condenado (2). Con los ciegos no podia ejercerse con justicia semejante severidad, ni hubiera nunca producido el mismo efecto en hombres imposibilitados de ganar la vida de otra manera.

Esta poesía popular y plebeya era en su origen como sigue aun siéndolo, esencialmente histórica, y como ahora canta las proezas de los guapetones y bandidos, héroes del vulgo en tiempos regulares y tranquilos; entonces celebraba las hazañas y hechos de armas de los guerreros que defendian la tierra contra los moros, y las historias trágicas y novelescas tan comunes en aquellos tiempos de feudalismo y de anarquía social. En estos cantares se consignaban por lo mismo, aunque frecuentemente alterados y desfigurados, los grandes hechos de nuestra historia; y los historiadores los consultaban despues y los seguian como monumentos de tradicion, preciosos en unos siglos en que era tan poco lo que por otra parte se escribía (3).

(1) Cantares fis algunos de los que disen los ciegos;

Et para escolares que andan nocherniegos;

E para muchos otros por puertas andaciegos,

Cazurros et de burlas, non cabrian en diez priegos. Pág. 245.

(2) Ley 4, lib. VI, Partida 7. Otrosi (son enfamados) los que son *juglares*,... que públicamente andan por el pueblo ó cantan ó facen juegos por precio. Esto es porque se envilecen ante todos por aquel precio que les dan.—Véase tambien la ley 3 del tit. XIV de la misma Partida.

(3) La *Crónica general* del rey D. Alonso, hace frecuente mención de los

Pero si estos cantares eran estimados y apreciados bajo el aspecto tradicional, bajo el poético ó literario eran completamente despreciados: les alcanzaba gran parte del descrédito de sus autores los tan vituperados juglares, y en una palabra, eran por lo general mirados como aun hoy miramos los romances de los ciegos. No se les contaba ni reputaba entre los géneros de poesía; el *Marqués de Santillana* no habla una sola palabra de los cantares y romances populares en su *carta al Condestable de Portugal* sobre el origen y estado de la poesía: el *Arcipreste de Hita*, aunque confiesa haber compuesto muchos, uno tan solo inserta en la coleccion de sus obras: y el buén *Lorenzo Segura de Astorga*, al comenzar su *Poema de Alejandro*, tiene buen cuidado de decirnos que su *mester* hermoso, y sus metros *de grant maestría*, no serán como los de los *juglares*, sino como los de los *clérigos* ó gente culta y entendida.

Mester trago fremoso, non es de ioglaría
 Mester es seu peccado, ca es de clerecía;
 Fablar curso rimado per la quaderna via
 A sillabas cuntadas, ca es grant maestría.

No es pues de admirar que no se halle apenas un solo romance en las antiguas colecciones de poetas españoles, ni en el *Cancionero de Buena*, ni en otros á él semejantes. Los romances no se escribían, se conservaban en la tradicion oral, de donde, aun hoy mismo, se pudieran recoger muchos, y algunos sumamente interesantes que nunca se han impreso y ni aun quizá escrito. Esto no es decir con todo que no se hallen aun muestras de romances muy antiguos; en nuestros romanceros se conservan algunos antiquísimos, como lo indica la rusticidad de su language, y *Berganza* y *Sarmiento*

hechos consignados en los cantares; y en la formalidad con que á veces los refuta, manifiesta el aprecio que hacia de su testimonio. Hablando de Bernardo del Carpio (fol. ccxxvi) dice: *E algunos dicen en sus cantares de gesta que fue este D. Bernaldo fijo de Doña Tiber.... Mas esto non podría ser, por ende non son de creer todas las cosas que los omes dicen en sus cantares; é la verdad es assí como avemos ya dicho, segun que fallamos en las estórias verdaderas, las que hicieron los sábios.*—En el fol. ccxxvii dice asimismo: *E agora sabed los que esta estoria oides, que maguer que los juglares cantan en sus cantares, é dícen en sus fablas que Carlos el Emperador conquistó en España muchos castiellos é muchas cibdades.... é lo al que chufan ende, non es de creer.*

mencionan otros de larga y anticuada fecha. Pero siempre es cierto que la especie de desden con que se los miraba, impedía que se tuviese cuidado en recogerlos y conservarlos.

Mas llegó un tiempo en que robustecida y perfeccionada esta poesía vulgar que afectaba y conmovia á nuestro pueblo, se la empezó á mirar con mas cuidado y atención; los mejores poetas, primero por solaz y descanso de mayores empresas, y despues con alguna mas aplicacion y esmero, escribian á veces romances de que inmediatamente se apoderaba el vulgo, que los repetia y cantaba sin saber el nombre de su autor, el que tampoco manifestaba deseos de que supiesen que era suya una obra escrita para el pueblo y aplaudida solamente por él (1). Entonces, sin embargo, fue cuando el romance llegó á tener toda su estimacion, y cuando se empezaron á formar esas colecciones ó romanceros tan apreciados, tan buscados y tan caramente pagados en la actualidad, y entonces fue cuando se compiló el famoso *Romancero del Cid* (2).

Este Romancero se publicó la primera vez en Alcalá en 1612. Su compilador *Escobar*, reunió en él la mayor parte de los romances relativos al Cid, que andaban en boca del pueblo, ó se habian ya impreso en los Romanceros generales; pero al recogerlos se creyó autorizado para hacer en ellos las variaciones y enmiendas que bien le parecieron. Unas veces acomodó el antiguo language que aun conservaban, al que entonces se hablaba; otras añadió, suprimió ó enmendó muchos pasages, y finalmente, trató la obra como si fuese suya (3).

(1) En los cancioneros y colecciones de cualquier otro género de poesía, casi siempre se conserva el nombre de los autores respectivos. En los Romanceros es muy raro que se verifique esta circunstancia.

(2) El que desee mas amplia y completa informacion sobre el origen, progresos, mérito é importancia de nuestros romances, lea el excelente *Discurso preliminar* que el Sr. D. Agustín Durán ha puesto al frente de su *Romancero de Romances Caballerescos é Históricos*, que forma los tomos IV y V de su apreciable coleccion. Allí hallará tratado con novedad, inteligencia y erudicion este importante punto de nuestra historia literaria, y esplanadas muchas ideas que yo no he podido hacer mas que apuntar.

(3) Para poder formar alguna idea de las alteraciones hechas por Escobar, cójese el romance primero de su Romancero, tal como él le imprimió, con el mismo romance conforme se halla en el Romancero general, parte IX; y eso que no es de los que mas correccion necesitaban. He aquí este romance segun se halla en el Romancero general.

Escobar sin embargo, procedió en su colección con mucha más inteligencia y buena elección que la mayor parte de los demás compiladores de romances y cantares, y su Romancero ha tenido siempre tanta boga y crédito, que se ha impreso repetidísimas veces en España y en los países extranjeros, donde goza en la actualidad de grande fama y estimación.

Espuesto ya el origen de estas producciones literarias relativas al *Cid*, correspondía proceder á su análisis y examen, y á la esposición del espíritu que las ha producido y dictado. Pero esto sería imposible hacerlo debidamente sin parar antes la atención sobre el gran cambio experimentado en la literatura, durante los siglos de la edad media, á cuya época corresponden aquellas composiciones. Entre la literatu-

Cuidando Diego Lainez
por las menguas de su casa,
fidalga, rica, y antigua
antes de Iñigo y Abarca.

Y viendo que le fallecen
fuerzas para la venganza,
y que por sus luengos días
por sí no puede tomalla;

Y que el de Orgaz se patea
libre y esento en la plaza,
sin que nadie se lo impida,
lozano en el nombre y gala.

No puede dormir de noche
ni gustar de las viandas,
ni alzar del suelo los ojos
ni osa salir de la sala.

Nin habla con los amigos,
antes les niega la fábula
temiendo no les ofenda
el aliento de su infamia.

Estando pues combatiendo
con estas honrosas baseas,
quiso hacer una esperiencia
que no le salió contraria.

Mandó llamar sus tres hijos,
y sin fálalles palabra,
les apretára uno á uno
las fidalgas tiernas palmas.

Noó para mirar en ellas
las chirománticas rayas,
que aquel lechizero abusó
no éra nacido en España.

Y poniendo el honor fuerza,
é pesar del tiempo y canas,
é la fria sangre y venas
nervios y arterias heladas,

Les apretó de manera
que dijeron: señor, basta,

que íntentas ó qué pretendes?
déjanos ya, que nos matas.

Mas cuando llegó á Rodrigo,
casi muerta la esperanza
del fruto que pretendía,
que do no piensa se halla.

Encarnizados los ojos
cual fiera tigre de Hircania,
con tal semblante y denuedo
que atemoriza y espanta,

Sacando atrás el pie izquierdo,
la mano diestra sacára,
y al viejo padre le dice
que asaz miráodole estaba:

Soltedes, padre, en mal hora,
solteís, padre, en hora mala,
que á no sello, non fizera
satisfacción con palabra;

Antes con mis propias manos
vos sacára las eptrañas,
faciendo lugar mi tirazo
en vez de puñal ó daga.

El padre llora de gozo,
dice: Fijo de mi alma,
tu enojo me desenoja
y tu indignación me agrada.

Esa fiereza asegura
con abonada fianza,
el agravio á mí fecho
en tu esfuerzo y hechos de armas.

Esos bríos, mi Rodrigo,
muéstralos en la venganza
de mi honor, que está perdido
si en tí no se cobra y halla.

Contóle su agravio, y dióle
su bendición, y la espada
con que dió la muerte al Conde
y principio á sus fazañas.

ra de los antiguos y la vulgar, nacida en los siglos medios, es inmensa la distancia, no solo en las formas exteriores y accidentales, sino en el fondo mismo de las ideas, de los sentimientos y de los afectos que en una y otra respectivamente predominan: pero como esta variación no pudo haberse verificado sin preceder un cambio igualmente profundo en los fundamentos de la sociedad, menester es detenerse también algún tanto, aunque muy ligeramente, sobre una materia cuyo estudio presenta por otra parte la mayor importancia é interés.

III.

De los diversos gérmenes que en las grandes invasiones septentrionales de los siglos V y VI se habían entremezclado en las diferentes provincias del Imperio, habían resultado primero violentos choques y sacudimientos, luchas encarnizadas, grandes destrozos y esterminios. Después, cuando se fueron ya calmando las mas rúas y opuestas antipatías, amansándose los odios de las razas, y amalgamándose entre sí los mas encontrados intereses, se empezó en el fondo de las sociedades un trabajo lento é interior, que debia, andando los siglos, producir grandes resultados, dar nacimiento á esta Europa tan adelantada, tan fuerte, tan emprendedora y tan superior en todo al resto de las otras partes de la tierra. Al ponerse en contacto el principio social germánico con el que servia entonces de base á las naciones romanas; al aproximarse las dos tan opuestas civilizaciones, la una ruda, áspera, violenta y salvaje, pero enérgica, fuerte y llena de vida y de porvenir; culta la otra, adelantada, refinada, pero caduca ya, sin vigor ni energía, y aun sin fuerza para sostenerse y subsistir; al tener que combinarse por la fuerza de los acontecimientos tan opuestos y encontrados principios é intereses; el choque, el estremecimiento debió ser por precisión fuerte y terrible. La aproximación de tan contrarios elementos, semejante á la de los cuerpos eléctricos, produjo una espantosa esplosión, y ruinas y estragos de que hay en

la Historia pocos ó ningunos ejemplares. El resultado debió ser también proporcionado á la magnitud é intension del choque. La Europa cambió de faz, de leyes, de costumbres y de organizacion política y social. Desapareció la magnífica, aunque decrepita unidad del Imperio romano, y surgieron en su lugar por todas partes gobiernos informes y bárbaras monarquías.—Pero en medio de estos cambios y trastornos, y por el efecto mismo del choque y roce continuo de vencedores y vencidos, el estado moral é intelectual de los unos y de los otros, debía padecer por precision notables y profundas alteraciones. Los germanos perdieron parte de su barbarie; y del modo que les fue posible adoptaron la lengua, las instituciones y las artes de los vencidos: los romanos ó habitantes antiguos se contagiaron de la rudeza de los conquistadores, adquirieron sucesivamente parte de su energía y fiereza, y adoptaron muchos de sus hábitos, leyes y costumbres. Los dos pueblos se fueron de esta manera lentamente aproximando, hasta que borrada la línea divisoria que los separaba, llegaron á formar una sola nacion, una sola raza.

A esta obra de concentracion, á este gran paso hácia la mejora y adelantos de la sociedad, contribuyó en gran manera la Iglesia. El cristianismo fue, por decirlo así, el *fundente* de pueblos tan diversos, de intereses tan encontrados y antipáticos. En el caos que sucedió á la invasion, todas las instituciones políticas, todos los antiguos poderes públicos habian desaparecido. En semejante horfandad los pueblos se agruparon como por instinto, al rededor de los templos y de los sacerdotes. Los obispos fueron entonces los representantes, los gefes y los apoderados de los pueblos vencidos: la Iglesia y la sociedad abandonadas á sí mismas, se unieron, se identificaron; y privadas las provincias por el hecho de la conquista de todo género de organizacion política, se acogieron y sometieron á la religiosa. Los prelados por esto solo debian adquirir un gran poder social y una poderosa influencia sobre los pueblos conquistados; pero habia ademas otra circunstancia que aumentaba aquella influencia y poder. Los prelados eran entonces elegidos por sus diocesanos; y á la autoridad religio-

sa, y á la que debia darles la nueva situacion, se allegaba la que necesariamente resultaba de la eleccion y de la confianza pública que los habia elevado á sus puestos. La sociedad, pues, se organizaba, pero dejando fuera de su seno al gobierno, al poder político importado y establecido por los bárbaros. Esta situacion, sin embargo, no podia ser muy duradera; y cuando los septentrionales cansados de destrozos, pensaron ya en fijarse en las provincias conquistadas, y en gobernarlas de alguna manera, para tratar con los pueblos tuvieron que entenderse con sus gefes y representantes, con los prelados y los sacerdotes. La Iglesia, hablando entonces á aquellos hombres rudos y salvages, no solo en nombre de las naciones, sino en nombre del cielo, representaba á la verdad un magnífico papel: obligados los bárbaros á escucharla, no podian resistir por mucho tiempo á la influencia que le daba su autoridad en los pueblos, su ciencia y aventajado saber, y la pureza de la moral y del dogma que les predicaba. Los bárbaros se hicieron cristianos; la Iglesia conquistó, por decirlo así, al Estado, y ocupó en él un lugar muy preeminente. Los dogmas y principios del cristianismo, comunes ya á los dos pueblos, los aproximaron y estrecharon cada vez mas, y llegaron por último á fundirlos y á amalgamarlos en uno solo.

En algunas partes, y señaladamente en nuestra patria, tardó algo mas en establecerse la unidad de religion; los godos eran cristianos, pero *arrianos*, y por otra parte su larga permanencia entre los romanos les habia dado ya cierto género de cultura, que los hacia menos inferiores respecto de los antiguos habitantes. Estas circunstancias retardaron el momento de la reunion, y dieron mas tiempo á la sociedad y á la Iglesia para aunarse y estrecharse, y para hacer mas fuerte é indisoluble su recíproco enlace. Así su influencia, al verificarse la inevitable *conversión* de los godos, debia ser mucho mayor y mas duradera; y cuando el gobierno y la raza dominante, despues de haberlo resistido tenazmente, tuvieron por fin que someterse á la Iglesia victoriosa, fue fácil calcular que el poder de los obispos y prelados en el Estado, se levantaria al nivel de la influencia que habian adquirido en la

sociedad, y al de la que debía darles la disputada victoria que acababan de obtener.—Toco ligeramente estos hechos, sin embargo de que en ellos se encuentra ya una de las causas históricas que han contribuido á que el catolicismo se *encarnase* mas en España, que en otra nacion cualquiera, y á que su espíritu haya desplegado entre nosotros toda su fuerza y expansion. Materia grave y fecunda, pero que en este momento me veo precisado á abandonar por no entrar en mi propósito, ni en el objeto de este escrito. Algun dia volveré tal vez á ocuparme exprofeso de ella.

Con el gran cambio de la sociedad habia cambiado tambien la literatura. La literatura antigua, la literatura clásica romana, habia desaparecido y muerto casi enteramente, degradada su grandeza en miserables y pueriles imitaciones. Habia tambien decaído la grandiosa y elevada literatura cristiano-latina de los primeros siglos de la Iglesia: los antiguos santos padres tenian pocos imitadores, y las controversias teológicas y dogmáticas se resentian ya del nuevo giro de las ideas, y de la rudeza de los tiempos. En vano se esforzaban algunos monges y clérigos eruditos en sostener las formas de la antigua literatura en sus imitaciones: trabajo perdido. La sociedad habia cambiado; los nuevos elementos iban adquiriendo su completo desarrollo, y prevalecian nuevas ideas, nuevos sentimientos y afectos. Mas rudos si se quiere é incultos, pero sin disputa mas conformes á la índole de la nueva civilizacion.—Ademas las lenguas vulgares se iban ya lentamente formando, y esta circunstancia, bajo muchos aspectos tan notable, era un síntoma inequívoco de que las nuevas ideas, los nuevos sentimientos y afectos se robustecian, adquirian preponderancia, y demandaban un medio de expresion nuevo tambien, y nuevas formas con que producirse y brillar.

La formacion de las lenguas vulgares es un fenómeno, en mi concepto, aun no bien estudiado ni comprendido: nos contentamos en general con decir que son el resultado de la corrupcion del latin, y de su mezcla con las lenguas germánicas. Será así, pero ¿por qué causa los pueblos que ha-

Maron el latin por tantos siglos como lengua vulgar y corriente, le fueron abandonando y perdiendo? ¿Qué ventajas tenian las nuevas hablas, qué inconvenientes la antigua? ¿Por qué se verificó esta mudanza casi en toda Europa en los siglos XI, XII y XIII? ¿Por qué, si fue el producto natural de la mezcla del latin con las lenguas del Norte, se verificó el cambio cinco ó seis siglos despues que aquellas habian completamente desaparecido? ¿Por qué el pueblo, que siempre recibe la lengua de las clases mas influyentes é ilustradas, fue en esta circunstancia el que impuso la suya á los sábios y á los gobiernos? No sé, pero me parece que hay en la formacion de las lenguas vulgares, en la época en que aparecen respectivamente en las naciones, y en la clase de objetos en que primero se ocupan y emplean, grande materia á consideraciones de mucha gravedad é importancia para los que se dediquen al exámen y estudio de los progresos de la humanidad, y del desarrollo de su espíritu y su tendencia.

Pero prescindiendo de estas consideraciones, la formacion de las nuevas lenguas y la aparicion de la nueva literatura, era un fenómeno que se verificaba á la vez en todas partes, pero casi en todas de una manera diferente, ó mas bien análoga á las circunstancias especiales de cada pueblo y á los elementos que habian entrado en su composicion. La literatura vulgar crecia en proporcion que desaparecia la latina: se secaba el árbol antiguo, pero conforme iba secando brotaban á su pie nuevos y vigorosos retoños. La literatura en general, y en especial la poesia, son una necesidad del alma; ningun pueblo puede estar sin ella, y cuando iba desapareciendo la antigua, por su incapacidad de satisfacer á las nuevas exigencias, preciso era ver levantarse por otro lado á la que la habia de reemplazar y sustituir.

Esta transicion sin embargo, no podia hacerse de repente; y las dos literaturas debian coexistir y coexistieron efectivamente á la vez por bastante tiempo. Habia, pues, dos literaturas, la latina ó de los sábios, último resto del espíritu de la antigua sociedad, agonizante, estéril y sin brio, y

sin calor, pero con todas sus pretensiones y su afectada superioridad: la vulgar ó popular, destello de la nueva civilizacion, que á grandes pasos se adelantaba y crecia, obra del pueblo, modesta, desconfiada, pero, sin saberlo ella, original, fecunda, robusta, acomodada á las nuevas ideas, y que habia de llegar despues á tanta altura.

Asi el buen *Gonzalo Berceo*, al empezar sus versos castellanos en elogio de Santo Domingo, reconocia y confesaba la inferioridad de su poesia respecto de la latina:

Quiero fer una prosa en *roman* paladino,
 en cual suele el home hablar á su vecino,
 ca non so tan *letrado* por fer otro *latino*.

Existian, pues, las dos literaturas, la latina y la vulgar, y lo que es mas importante, existian en ellas los dos elementos que habian entrado en la composicion de las sociedades europeas, el romano y el germánico; enlazados, fundidos por el cristianismo, que á su vez era tambien otro elemento poderoso y en gran manera dominante. Pero en nuestra patria habia ademas de estos elementos comunes á todas las naciones europeas, otro elemento especial y privativo; el elemento *oriental*, el elemento árabe traído por los moros en su gran movimiento sobre el Occidente, y depositado por su larga permanencia entre nosotros.

Esta circunstancia, que imprime un sello de originalidad y dá un tinte oriental á nuestra España, es, ademas, muy digna de atencion y exámen, por su gran influencia en el espíritu y costumbres de la Europa. Algunos sábios-nacionales y extranjeros han hecho ya consideraciones muy importantes sobre este punto tan interesante de la historia de la moderna civilizacion europea, pero aun resta por indagar y esponer la manera con que el espíritu oriental se aclimató en España, se combinó en ella con el occidental, se amoldó á las exigencias y condiciones políticas y religiosas de los pueblos, y cómo elaborado de esta manera, se infiltró en las sociedades cristianas y se estendió con rapidéz por todas las naciones europeas. La España fue el gran laboratorio donde se hizo aquella admirable amalgama de dos tan opuestas

civilizaciones, donde se depuró la parte del espíritu oriental, que podía entrar en la composición de las naciones del Occidente.

La Europa recibía estas inspiraciones directamente de la España cristiana, y por su medio adquiría también las ciencias, las artes y la cultura de la España árabe.

Porque sabido es, que cuando todas las naciones del Occidente estaban sumidas en las tinieblas de la barbarie, brillaban entre los árabes las ciencias y el saber. Los califas de Bagdad habían hecho de esta ciudad el emporio de las letras; en aquella corte se reunían los sábios de todo el mundo civilizado, donde encontraban premios, honores y estimación. Los nombres de Aaroun-al-Raschid y de Al-mamoun su hijo, brillan al lado de los de Pericles, Augusto y los Médicis, y quizá son celebrados bajo este aspecto con mayores fundamentos y motivos. "Al-mamoun, dice *Sismondi*, apenas subió al trono (en 813) hizo de Bagdad la metrópoli de las ciencias. El estudio, los libros y los sábios, eran el objeto casi esclusivo de su atención: sus favoritos eran los literatos; sus ministros apenas se ocupaban de otra cosa que de los adelantos de la literatura, y parecía que el trono de los califas había sido levantado para servir de sólio á las musas. Llamaba á su corte de todas las partes del mundo á los sábios cuya existencia llegaba á su noticia, y los retenía á su lado con recompensas, honores y distinciones de todas clases; en las provincias conquistadas, en la Siria, en la Armenia y en el Egipto reunía todos los libros importantes que se podían descubrir, y los reputaba como el más precioso tributo. Los gobernadores de las provincias y todos los demas empleados de la administracion, tenían especial encargo de recoger las riquezas literarias de los países conquistados y de llevarlas á los pies del trono. Centenares de camellos, cargados únicamente de papeles y de libros, entraban de continuo en Bagdad... y cuando el califa, vencedor, concedió la paz al emperador griego, Miguel el Balbo, le pidió como tributo una coleccion de libros griegos... Los progresos de la nacion en las ciencias fueron propor-

• cionados á los esfuerzos y celo de su gefe; en todas partes,
 • en todas las ciudades, se erigian escuelas, colegios y aca-
 • demias, y por todos lados se veian salir sábios y literatos.
 • Bagdad era á la vez la capital de los califas y la de las le-
 • tras: pero Basora y Cufa casi la igualaban en celebridad y
 • producian tantas obras distinguidas en prosa, y tantos poe-
 • mas de fama. Balkh, Ispahan y Samarcanda, eran asi-
 • mismo focos de saber, y el mismo celo en favor de las cien-
 • cias, habia sido llevado por los árabes fuera de las fronte-
 • teras del Asia. El judío Benjamín de Tudela, cuenta en su
 • Itinerario, que en Alejandría halló mas de veinte escuelas
 • para la enseñanza de la filosofía. El Cairo contenia tam-
 • bien un gran número de colegios. En las ciudades de Fez
 • y de Marruecos, se habian destinado para estudios los mas
 • suntuosos edificios; y las ricas bibliotecas de Fez y de Lara-
 • che, conservaron á la Europa un gran número de libros
 • preciosos, que no se hallaban ya en otra ninguna parte.
 • Pero la España, continúa Sismondi, fue sobre todo el
 • asiento principal de las ciencias árabes; allí fue donde
 • brillaron con mas vivo esplendor, y donde hicieron los mas
 • rápidos progresos. Córdoba, Granada, Sevilla y todas las de-
 • mas ciudades de la Península, disputaban entre sí sobre la
 • mayor magnificencia de sus escuelas, de sus colegios, de sus
 • academias y de sus bibliotecas; y en diferentes ciudades de
 • España estaban abiertas para uso del público, setenta bi-
 • bliotecas, precisamente en la época en que todo el resto de
 • Europa, sin libros, sin ciencia y sin cultura, estaba su-
 • mido en la mas vergonzosa ignorancia (1). "Casi todas
 • las naciones, dice Conde, eran bárbaras, cuando los árabes
 • eran doctos, y los de España doctísimos (2)."

La España cristiana recibia naturalmente la primera el
 reflejo de esta gran masa de luces; y aunque no hubiera sido

(1) Sismondi, *De la littérature du Midi, t. II.* — Cito con gusto y predilec-
 cion en este punto á un escritor extranjero; el testimonio de los españoles pu-
 diera parecer á algunos apasionado y sospechoso. Quien desee sobre esto mas
 pormenores, lea la historia general de la literatura del Abate Andrés.

(2) Conde, *Prologo á la traducción del Nubius.*

mas que por su vecindad con el Imperio árabe, debía adquirir por necesidad cierta tintura oriental. Pero nuestro suelo fue además el elegido por la Providencia para servir de campo á la gran colision de la sociedad oriental con la occidental. La España fue durante ochocientos años el palenque, donde las dos civilizaciones rivales lidiaron sin cesar, no solo con las armas, sino con todos los géneros de superioridad de que podian respectivamente disponer; y esta gran contienda no podia menos de ejercer una grande y especial influencia en la nacion, y de dejar marcadas en ella profundas señales. La invasion y el establecimiento de los árabes en España, su saber, sus artes y costumbres, la decadencia de su Imperio, y el poder proporcionalmente ascendente de las monarquías cristianas, erigidas á principios del siglo VIII en los últimos confines de la Península, al mismo tiempo que forman un cuadro espléndido y lleno de poesía y de interés, abrazan uno de los períodos históricos mas dignos de fijar la atención del filósofo observador, y de los mas fecundos en nuevas é importantes consideraciones. Es un campo, en mi concepto, aun por cultivar, y pocos merecen serlo mas. El espectáculo de dos civilizaciones, de dos creencias, de dos espíritus tan diferentes y contrarios entre sí, lidiando en una contienda de ocho siglos: la singularidad de ver por primera vez á la edad media frente á frente con un pueblo de otras condiciones y de otra manera de existir; los singulares fenómenos que no podia menos de producir la humanidad en esta situacion tan nueva y escepcional, y sobre todo la profunda huella que aquella lucha y aquellas circunstancias especiales debieron imprimir en la índole del pueblo vencedor, que tanta influencia ejerció despues en los destinos del mundo, son asuntos de la mayor importancia y del mayor interés; pero cuya esposicion y exámen no entran, sino bajo un aspecto muy general, en el propósito de este escrito.

El elemento oriental, combinado con los antiguos elementos, produjo en los dos pueblos alteraciones notables. El árabe español adquirió, en cuanto era compatible con las formas políticas de su gobierno, parte de la fiereza é indepen-

dencia personal de las naciones del Norte; adoptó con entusiasmo y exageracion el punto de honor y los principios que sirvieron despues de base á las instituciones caballerescas; y desarrollándose los gérmenes arábigos y combinándose con los germánicos y católicos, produjeron entre nosotros aquella sin igual galantería, aquel culto de las mugeres, que tan contrario parecia al espíritu oriental, y á las máximas de la religion predicada por Mahoma, y que tan general se hizo despues entre las naciones europeas.—Los españoles cristianos, rudos al principio y semibárbaros, mezclándose continuamente y aliándose con los moros, estudiaron luego sus artes y sus ciencias; tomaron su espíritu, aprendieron su lengua, acomodaron en gran parte á ella la vulgar que se iba formando, y dieron á la sociedad y á la literatura un sabor y un tinte oriental, que aun hoy las distingue entre todas las de la Europa, á pesar de que todas ellas se hallan tambien mas ó menos impregnadas del mismo espíritu, como he dicho ya mas arriba.

«El genio árabe, dice *Villemain* (1), se reflejó en el genio español, y desde él se comunicó al resto de la Europa. Muchos ingenios en la edad media recibieron la influencia de la literatura y de las invenciones árabes, sin conocer su procedencia original. El genio oriental se les aparecía al través de la España y del cristianismo.” Esta observacion de *Villemain* es exactísima, y el hecho á que se refiere ha sido y es generalmente reconocido para que nos detengamos mas en su esposicion y exámen.

Pero no se puede desconocer que para que la España cristiana pudiese reflejar de esta manera el genio oriental sobre la Europa, necesitaba estar ella misma muy iluminada por él; y así sucedia en efecto. Todo habia entre nosotros tomado una espresion mas viva, mas pronunciada, mas exagerada si se quiere; en todo se mezclaba el espíritu árabe con toda su pompa, su exuberancia y su idealidad.

Las ideas caballerescas, la poesia del honor y de la fide-

(1) *Cours de littérature française.—Tableau du Moyen âge, leçon 1.*

lidad, la cortesía y generosidad con los mas encarnizados enemigos (1), el respeto á las mugeres (2), la abnegacion personal, y la independencia individual y tantos otros rasgos como distinguen á las sociedades de los siglos medios, todo

(1) Nuestras historias están llenas, respecto de esto, de rasgos tan poéticos y románticos, que al que de ellos tenga noticia, no podrá parecerle exagerada el señalo en sus célebres versos:

Oh gran bontá del cavalleri antiqui
 Eran rivali, eran di sé diversi,
 E si sentian degli aspri colpi iniqui
 Per tutta la persona anco dolersi;
 E pur per selva oscura e calli obliqui
 Insieme van senza sospetto aversi.

Citaré un solo pasage. Alfonso XI, uno de los reyes mas fatales á los moros, estrechaba de cerca á Gibraltar, próximo ya á sucumbir, cuando la gran mortandad, el cólera morbo del siglo XIV le privó repentinamente de la vida, y vino á dar una esperanza de salvacion á los sitiados. Los caudillos castellanos deciden levantar el cerco, y temiendo, con razón, ser acometidos en la retirada por los moros, toman las disposiciones oportunas para rechazarlos, pero los moros (dice la Crónica de aquel Rey) desque supieron que el rey don Alonso era muerto, ordenaron entre sí que ninguno non fuese usado de hacer ningun movimiento contra los cristianos, nin mover pelea contra ellos. Estilieron todos quedos, et dician entre ellos que aquel día moriese un noble Rey et Principe del mundo, por el qual non solamente los cristianos eran por él honrados, mas aun los caballeros moros por él habian ganado grandes honras, et eran presciados de sus reyes. Et el día que los cristianos partí non de su real sobre Gibraltar, con el cuerpo del rey D. Alonso, todos los maros de la villa de Gibraltar salieron fuera de la villa, et estidiéron muy quedos, et non consintieron que ninguno dellos fuese á pelear, salva que miraban como partían dende los cristianos. Cap. 342.

(2) He aquí otro rasgo insigne de aquellos antiguos tiempos. Alfonso VII, llamado el Emperador, enlhesta con todas sus fuerzas el castillo de Aurelia ú Oreja, entonces de grande importancia; los moros juntan un grande ejército para impedir la rendicion de la plaza; pero no creyendo oportuno atacar al Emperador en sus reales, marchan sobre Toledo destruyendo y devastando el país, para que Alfonso levantara el sitio y viniese á la defenza de la capital, á la que estrechan muy de cerca, destruyendo algunas de sus torres. Entonces la Emperatriz, que se hallaba en Toledo, manda á decir á los moros que no se portan como caballeros viniendo á pelear con una dama, cuando el emperador los aguarda laje los muros de Oreja. Y los moros avergonzados, se retiran haciendo acatamientos á la Emperatriz, que acompaña de sus damas se presenta en lo alto del Alcázar. He aquí la narracion poética y semi-oriental, que en su cuento latino hace de este singular suceso, referido á los cuentos de las *Kity una noche*, la crónica contemporánea de Alfonso VII.—*Eae videns Imperatrix, misit nuncios regibus Maohitarum, qui dixerunt eis: hoc dicit vobis Imperatrix; vxor Imperatoris: nonne videtis quia contra me pugnat, quae sum lamina, et non est vobis in honorem? Sed si vultis pugnare, ite in Aureliam, et pugnate cum Imperatore, qui cum armis et paratis viribus vos expectat. Hoc audientes Reges, et Principes, et Duces, et omnis exercitus eleverunt oculos suos et viderunt Imperatricem sedentem in solio regali, et in convenienti loco super excelsam turrem, quam nostra lingua dicitur Alcázar; et ornatae tanquam uxorem Imperatoris, et in circuitu ejus magna turba honestarum mulierum, constantes in tympanis, et cytharis, et vmbalis, et psalteriis. Sed Reges et Principes, et duces, et omnis exercitus postquam eam viderunt, mirati sunt, et nimium sunt verecundati, et humiliaverunt capita sua ante faciem Imperatricis, et abierunt retrorsum, et deinde nullam rem laxerunt, et reversi sunt in terram suam sine honore et victoria.*—Núm. 142.

estaba entre nosotros, moros ó cristianos, mas arraigado, mas pronunciado y subido de tono.

El espíritu religioso, aquella gran palanca de la edad media, tenia entre nosotros la misma fuerza y tension, digo mal, la tenia aun mucho mayor que los demas elementos. La religion era en España el alma de todo: á las causas generales que en toda Europa hacian tan preponderante é influyente el principio religioso, se añadía entre nosotros una causa especial, grande, inmensa, y cuyos efectos fueron diarios y continuos por espacio de ochocientos años; la guerra contra los infieles. La religion era casi el único motivo de disidencia entre los árabes y los antiguos españoles; sin aquel motivo, los dos pueblos se hubieran amalgamado, como se amalgamaron con los primitivos habitantes los romanos y los godos. Pero, la diversidad de creencias, levantó una insuperable barrera entre unos y otros, y suscitó una lucha, que no podia tener mas término, que la ruina y espulsion de uno de los dos pueblos combatientes. Todo estaba significando, que el espíritu religioso era el motor de aquella gran contienda: los combatientes no se llamaban árabes y españoles, sino *moros y cristianos*; el pendon era la *Cruz*, y el grito de guerra la invocacion de *Santiago*. Como el grande y perenne objeto de la sociedad española era la guerra contra los infieles, todo en ella se organizó bajo este principio, y todas sus instituciones, todos sus establecimientos tomaron desde luego un carácter religioso, y crecieron y se robustecieron bajo aquel espíritu, bajo aquella tendencia y dirección.

Estos elementos sociales, eran á la vez elementos literarios; su huella y su reflejo, debia por necesidad encontrarse en las producciones de la literatura; y señaladamente en aquellas mas libres, originales y espontáneas. Las producciones latinas, aunque bárbaras, ya en la forma y en el fondo, todavia afectaban imitar á los grandes modelos de la antigüedad, y conservaban cierto reflejo pálido y moribundo de la sociedad romana. Escritas por otra parte y por punto general, por monges y personas que vivian en la soledad y

que frecuentaban mas los libros que los hombres, no podian nunca ser la expresion fiel de la sociedad contemporánea, que no conocian sus autores. La literatura vulgar, al contrario fruto natural y espontáneo de la nueva sociedad, produccion libre de los caballeros, poetas, trovadores y juglares que se agitaban y vivian en medio del herbor de las pasiones é intereses contemporáneos; órgano de la irritacion y pasiones de los partidos, del calor y encarnizamiento de los combates, del amor caballeresco, de los castillos, de los cantos de la plebe, de las empresas de la caballería y de los himnos de la religion; la literatura vulgar debia en aquella época, mejor que en otra ninguna, ser un traslado fiel de los intereses y pasiones que agitaban y conmovian á la sociedad, de la índole y naturaleza de las ideas y principios que en ella dominaban y prevalecian. La literatura en aquellos tiempos, no era precisamente una produccion del arte, era un hecho social como la guerra y la legislacion. Este hecho ha llegado hasta nosotros en toda su originalidad, en toda su entereza y nos convida á importantes y graves estudios.

IV.

Cuando empezaba á despuntar entre nosotros esta literatura vulgar, fue cuando se escribió el *Poema del Cid*, que publicado por Sanchez en 1779, tanto ha llamado despues la atencion de los literatos nacionales y estrangeros.

No hay que buscar en este primer cántico de la musa castellana formas perfectas, cuadros correctos, ni aun siquiera intenciones poéticas. La lengua, la versificacion, el estilo, todo es aun imperfecto, todo rudo, todo bárbaro si se quiere. Es un bosque inculto y primitivo, pero donde la naturaleza se muestra, por lo mismo, en toda su verdad y lozanía. Por eso, al mismo tiempo en que, sin querer, nos retrata al vivo la sociedad, tal como era, y nos pone de manifesto los hechos, los afectos y los sentimientos que la interesaban y la conmovian, ostenta á veces rasgos insignes de original y

robusta poesía, destellos de grandeza y aun de sublimidad, tanto mas sorprendentes y estraños, cuanto menos se aguardaban, y cuanto menos los hacia esperar el poeta, por su aire de rústica sencillez y de abandono. Asi es el poeta, porque así era la sociedad en que vivia; no habia en ella esta metafísica del sentimiento que ahora predomina. La sociedad estaba dominada por un corto número de convicciones y de afectos, sencillos y bien determinados, porque eran fuertes y enérgicos, y que no permitian la mezcla, la lucha y el contraste que distingue á nuestra sociedad actual y á nuestra literatura. Las situaciones eran entonces precisas y claras. El Cid podia amar á la hija del ofensor de su padre, pero por grande que fuese su amor, no vacilaba un momento en darle muerte. La duda, la lucha de afectos, el contraste de las pasiones, es de nuestra época: en la del Cid, un caballero sabia que vengar una ofensa hecha á su honor, era su primer deber, y ni un instante vacilaba en cumplirle. Si en ello sacrificaba un interés, una afección del alma, se resignaba al sacrificio, como á una calamidad fatal é inevitable, y marchaba resuelto á donde el sentimiento, de lo que él creia su deber, le impelia y arrastraba.

No hay, pues, que buscar en nuestro poeta del siglo XII, esta lucha de afectos y pasiones, esta metafísica del sentimiento; pero sí una pintura viva y animada de aquella época heroica y poética de nuestra historia nacional. "Anterior en siglo y medio al poema inmortal del Dante, dice Sismondi (1), el del Cid manifiesta bien el sello de esta venerable antigüedad; sin pretensiones ni arte, pero lleno enteramente de una naturaleza superior, caracteriza de lleno también á los hombres de aquel tiempo, tan diferente del nuestro: nos hace vivir con ellos y nos seduce tanto mas, cuanto que el autor no se propone pintarlos. Son de aquella manera, y el poeta nos los deja ver así; pero no nos los muestra; no se manifiesta conmovido por las circunstancias que nos conmueven, ni supone que las costumbres

(1) De la litterat. du Midi, chap. 24.

«de sus personajes, sean diferentes de las de sus lectores; y
 «la sencillez de la representacion, supliendo al talento, hace
 «aun mucho mas efecto que él.» "No hay que buscar en
 «este Romance, decia su editor *Sanchez* (1), muchas imá-
 «genes poéticas, mitología ni pensamientos brillantes, todo
 «en él es histórico, todo sencillez y naturalidad; pero estas
 «venerables prendas de rusticidad, así nos presentan las cos-
 «tumbres de aquellos tiempos y las maneras de explicarse
 «aquellos infanzones de lüenga é bellida barba, que no pa-
 «rece sino que los estamos viendo y escuchando."

En vano sería por lo mismo querer hallar en esta antigua produccion de la literatura vulgar, dotes que no son de su tiempo; lo que se encuentra en ella, y es lo principal, es una pintura fiel, natural y enérgica de los grandes hechos del famoso guerrero de Castilla: pero como estos hechos, según he manifestado al principio, son grandes, son heroicos y poéticos, la espresion del poeta, por mas sencilla que sea, se impregna fácilmente de los mismos tintes, y resulta tambien grande y poética. Pongamos un ejemplo, que al mismo tiempo que aclare estas ideas, sirva ya de muestra del estilo y poesia de esta famosa produccion de la edad media.

El Cid salia de Castilla desterrado por Alfonso VI; llega á su castillo de Vivar, y vé ya los destrozos que ha hecho en él la ira del Rey; se para á contemplarlos, y aquejado de grandes cuidados, derrama al verlos abundantes lágrimas. La religion viene entonces en su apoyo, y resignándose á la voluntad del cielo, dá gracias al ser supremo por la misma persecucion que le suscitan sus enemigos. Sigue su marcha á Burgos, encontrándolo todo siniestro; pero ve á Alvar Fañez, al compañero de sus combates y bazañas militares; entonces se renuevan en su alma las impresiones antiguas, y renace la confianza en su valor y en sus medios. Hace un ademan de noble y caballeresco orgullo, levanta la cabeza, y cuando parecía que íbamos á oír de su boca una queja ó una espresion de abatimiento, esclama:

(1) Coleccion de poesias ant. al siglo XV, tom. 2.º pag. 229.

Albricias Albar Fanez, ca echados somos de la tierra.

Este pensamiento, grande y hasta sublime; esta heroica confianza en su valor y en sus medios, manifestada por un ademán corporal de arrogancia, y por el grito de alegría, *Albricias Albar Fanez*, los espresa el autor sin descubrir la menor intención poética. Describe una situación, un hombre grande, y naturalmente se le ocurren los pensamientos análogos á lo que describe; así es que, inmediatamente sigue su rústica narración de cronista.

He aquí el pasaje á que he hecho alusión, y que es precisamente el principio del Poema en el estado en que ha llegado hasta nosotros.

De los sos oios tan fuerte mientre lorando
 Tornaba la cabeza e estábalos catando:
 Vió puértas abiértas e uzos sin cañados
 Alcandaras vacías sin pieles e sin mantos,
 E sin falcones é sin adtores mudados.
 Sospiró Mio Cid, ca mucho avie grandes cuidados:
 Fablo Mio Cid bien e tan mesurado:
 Grado ati, Señor Padre, que estas en alto,
 Esto me han huelto mios enemigos malos.
 Allí piensan de agujjar; allí sueltan las riendas:
 Ala exida de Vibar ovieron la Cornelia diestra
 E en entrando á Burgos ovieron la siniestra.
 Mezio Mio Cid los ombros e engrameó la tiesta.
 Albricias Albar Fanez ca echados somos de la tierra.
 Mio Cid Ruy Diaz por Burgos entraba &c. (1)

(1) *Mr. Fillemain* ha traducido en su *Tableau du moyen age* este y otros pasajes del Poema del Cid; pero á pesar de que se queja de la inexactitud y falta de inteligencia de otros traductores, sus versiones adolecen de defectos gravísimos. Bueno será que tengan esto presente los estrangeros para no fiarse de ellas, y para no hacer, como suelen, juicios aventurados sobre nuestras producciones literarias. El hermoso verso gráfico, descriptivo del Poema—Mezio Mio Cid los ombros e engrameó la tiesta—le traduce de este modo: *Mon Cid conduisait les hommes et levait la tete*. Traduciendo así, es imposible no dar ideas equivocadas de las obras que se analizan. El fuerte mientre del primer verso, le traduce *malgré sa force d'âme*.—Esto me han huelto (causado, rebuelto que decimos aun) *mios enemigos malos*, se convierte en *Mes ennemis méchants m'ont enlevé cela*, y así por el estilo. *Sismondi* no siempre traduce bien, pero á lo menos inserta casi siempre los textos originales.

La *Crónica del Cid*, fruto tambien de la literatura vulgar, tiene como el Poema un carácter especial y en gran manera distinto del de las Crónicas de aquella edad, escritas en latin. Estas eran obra de los eruditos de aquellos siglos, que pugnaban por imitar en cuanto podian á los antiguos historiadores romanos. Véase, por ejemplo, como principia la *Crónica latina del Cid*, publicada por *Risco*, y que se supone ser muy poco posterior á la muerte de aquel famoso guerrero.

Quonian rerum temporalium gesta immensa annorum volubilitate prætereuntia, nisi sub notificationis speculo denotentur, oblivioni proculdubio traduntur, idcirco Roderici Didaci nobillissimi, ac bellatoris viri prosapiam, et bella ab eodem viriliter peracta sub scripti luce contineri, atque haberi decrevimus. Stirpis ergo ejus origo hæc esse videtur.

Cotéjese ahora esta pedantesca entrada con la sencilla introduccion de la Crónica vulgar, y se verá desde luego la gran distancia que separaba á las dos literaturas.

Cuando fuó el Rey D. Bermudo, fincó el reyno de Leon sin Rey. Estonce el Rey D. Fernando sacó su hueste e fue allá: ca le pertenescia por razon de su muger Doña Sancha, porque D. Bermudo non dejaba heredero; e cercó la villa de Leon, empero que ellos se quisieron defender e non pudieron, porque la cibdad non fuera labrada despues que los moros destruyeron el muro de ella, e entró dentro de la cibdad con gran poder; e fue rescebido en la cibdad por Rey e por Señor. E estonce el obispo de Leon con todo el pueblo de la cibdad ayuntados en la Iglesia de Santa María de Regla, rescibiéronlo por Rey e por Señor. En este tiempo se levantaba Rodrigo de Bivar, que era manchebo mucho esforzado en armas, e de buenas costumbres; e pagábanse del mucho las gentes: ca parabase mucho a amparar la tierra de los moros. E por ende queremos que sepades onde venia, e de quales omes descendia, porque tenemos de ir por la su historia adelante.

La Crónica latina afectaba todavia imitar á los antiguos modelos; la vulgar al contrario se ve que tomaba por guía las narraciones y cantos populares, tal como corrian en los dos pueblos, moros ó cristianos. Este sello popular es precisamente lo que hace la preciosidad de esta obra, y lo que la da toda su importancia é interés. Todo en ella se describe minuciosamente, y todo con la verdad y el candor de quien

cuenta sencillamente lo que tiene ante sus ojos. Los pormenores en que tan amenudo entra, son por esta razon interesantísimos y nos proporcionan datos y conocimientos respecto de aquella edad, que en vano buscaríamos en otra parte. Serán, si se quiere, falsos ó inexactos los hechos y hazañas que atribuye al Cid; pero al referir estos mismos hechos el Cronista, pinta á los hombres de su tiempo con una verdad tal, que se conoce que ni soñaba siquiera en que pudiesen ser de otra manera; y los hace hablar, obrar y combatir con una verdad que cautiva, y con un candor y sencillez que interesa sobre manera, por lo mismo que se percibe que no ponía en ello estudio, ni intencion. Los pormenores de una conquista sobre los sarracenos, el modo de gobernar estas conquistas, los combates, la corte de nuestros Reyes, los duelos y riopetos, el punto de honor &c. &c., todo se refleja en esta obra, todo lo vemos clara y distintamente, como si lo tuviésemos delante de los ojos.—El Cronista no trata de ocultar las fuentes de donde tomó los hechos que refiere en su historia, y á poco que se medite sobre ella se descubren las huellas de las fablas, versos y cantigas populares. Sanchez ha notado ya que copia á veces versos enteros del Poema del Cid, y muchas de sus circunstancias, giros y espresiones; y que versos son tambien las palabras que, escritas como si fueran prosa, se ponen al fin de la Crónica en boca del Cid.

Cid Ruí Diaz so que yago aquí enterrado:

E vencí al Rey Bucar con treinta e seis Reys de Paganos:
 Estos treinta y seis Reys los veinte edos murieron en el campo:
 Vencilos sobre Valencia desque yo muerto encima de mi caballo:
 Con esta son setenta edos batallas que yo vencí en el campo:
 Gane a Colada e a Tizona, por ende Dios sea loado: Amen.

Pero sin atenerse á estos pasages, ¿en cuántos otros no se encuentran muchos versos en todo parecidos á los del Poema, aunque escritos como prosa y mezclados con ella?—Voy á presentar de esto una insigne muestra, así como del estilo y carácter de la Crónica, copiando la narracion del célebre pasage del juramento tomado por el Cid al Rey D. Alfonso VI, en la Iglesia de Santa Gadea de Búrgos. Copiare literalmen-

te; pero donde encuentre en la narracion versos, los escribiré como tales, aunque el Cronista los trae como prosa.—Muerto el Rey D. Sancho á traicion en el cerco de Zamora, el Rey Alfonso, refugiado entre los moros de Toledo, viene á demandar el reino; los leoneses le reconocen y reciben fácilmente por Rey; pero los castellanos, dirigidos por el Cid, y recelosos de que hubiese tenido parte en la traicion de que habia sido víctima su Rey, reusaban reconocerle. Alfonso pregunta el motivo de aquella repugnancia, y la Crónica sigue de este modo.

E el Cid se levantó e dijo: Señor quantos vos aqui vedes, han sospecha que por vuestro consejo morió el Rey D. Sancho vuestro hermano: e por ende vos digo, que si vos non ficiereis salva de ello, assi como es de derrecho, yo nunca vos besaré la mano, niu vos recevire por Señor. Estouçe dijo el Rey: Cid, mucho me place de lo que havedes dicho: E aqui juro á Dios e a Santa María, que nunca lo maté, nin fui en consejarlo, nin me plogo ende, aunque me havia quitado mi reynado. E por ende vos ruego á todos, como amigos e vasallos leales, que me aconsejedes como me salve de tal fecho. Estouçe dijeron los otros homes que hy eran; que jurase con doce caballeros de sus vasallos, de los que venian con el de Toledo, en la Iglesia de Santa Gadea de Burgos, e que dessa guisa seria salvo. E al Rey plogo desto que los omes buenos juzgaron..... Despues de esto cabalgó el Rey con todas sus compañías, e fuéronse para la ciudad de Burgos, onde habia de fazer la jura. E el dia que el Rey la ovo de fazer estando en Santa Gadea, tomó el Cid el libro en las manos de los Santos Evangelios, e písolo sobre el altar: e el Rey D. Alfonso puso las manos sobre el libro, e comenzó el Cid á preguntarlo en esta guisa: Rey D. Alfonso,

Vos venides jurar por la muerte del Rey D. Sancho, vuestro
Que nin lo matastes, nin fuestes en consejarlo: (hermano

Decid si juro vos e esos fijodalgo.

E el Rey e ellos dijeron, si juramos.

E dijo el Cid: si vos ende sopistes parte ó mandado,

Tal muerte murades como morio el Rey D. Sancho, vuestro
Villano vos mate que non sea fijodalgo: (hermano:

De otra tierra venga que non sea castellano:

Amen: Respondió el Rey e los fijodalgo que con él juraron.

Cuenta la Historia que el Cid preguntó la segunda vez al Rey D. Alfonso, e a los otros doce buenos omes diciendo:

Vos venides jurar por la muerte de mi Señor el Rey Don
Que nin lo matastes, nin fuestes en consejarlo: (Sancho

Segunda série.—TOMO III.

44

Respondió el Rey e los doce caballeros que con él juraron: Si

E dijo el Cid: si vos ende sopistes parte o mandado (juramos.

Tal muerte murades como morio mi Señor el Rey D. Sancho:

Villano vos mate, ca fijoalgo non:

De otra tierra venga, que non de Leon.

Respondió el Rey: Amen: e mudogele la color.

La tercera vez conjuró el Cid Campeador al Rey como de ante,
e a los fijoalgo que con él eran, e respondieron todos, Amen.

Pero fue muy sañudo el Rey D. Alfonso, e dijo contra el Cid:

Varon Ray Diaz, por qué me afincades tanto,

Ca oy me juramentastes e cras besaredes la mi mano.

Respondió el Cid: como me ficieredes el algo,

Ca en otra tierra sueldo dan al fijoalgo:

E así farán a mi quien me quisiere por vasallo.

E desto pesó al Rey D. Alfonso que el Cid había dicho, e desamóle de allí adelante.

Prescindamos por ahora del interesante cuadro que, en los trozos copiados, ha puesto delante de nuestros ojos el Cronista, y de la verdad que en sus mas pequeñas circunstancias ostenta; prescindamos tambien de la pintura que nos hace del orgullo de aquellos antiguos infanzones, nervio y sosten del Estado, de sus relaciones con nuestros Reyes, de la fidelidad exagerada del vasallo al Señor, significada en el reiterado juramento exigido al mismo Rey, y de tantas otras importantes observaciones como se pueden hacer sobre este interesante pasage; y limitándonos tan solo al aspecto literario, observemos las formas de la narracion, la estructura y giros del language y del estilo, los indudables restos que en ella se encuentran de los romances y versos populares, y se hallará, en mi concepto, comprobado cuanto acerca del carácter general de la literatura vulgar y del especial de la Crónica del Cid, dejó espuesto en este escrito. Parece que se pasa á un mundo nuevo al pasar de las historias latinas á estas Crónicas de los siglos medios; y así es en cierta manera, porque describen y representan dos sociedades enteramente diferentes y desconformes.—Por lo demas fácil es observar que lo que principalmente se halla escrito en verso en estos pasages, son los razonamientos del Rey y del Cid, que debían ser ya como *sacramentales* en las tradiciones y cuentos

populares. El Cronista los dejó en verso seguramente, porque no se atrevió á cambiar las espresiones de unos textos de todos conocidos y recitados (1). Pero vengamos ya al Romancero.

El Romancero no puede presentar como el Poema y la Crónica, un carácter seguido y uniforme: compuesto por partes, en diferentes épocas y por muy distintas personas, añadido, enmendado, refundido y vuelto á enmendar y añadir en los muchos siglos de existencia que deben de tener los romances y cantares que en la actualidad le componen, se resiente todo él de la singularidad de su origen. No es la obra de un poeta ó de un escritor, es la obra de un pueblo. Escobar no ha hecho mas que lo que algunos eruditos modernos suponen que ha hecho Homero. Los cantos de la Iliada y de la Odisea, no son, segun ellos, mas que una coleccion ordenada, un Cancionero de los cantos populares, de las rapsodias sobre la guerra de Troya que los ciegos y juglares de aquel tiempo cantaban ya por los pueblos de la Grecia. El ciego Homero, que ganaba su vida recitándolos tambien de pueblo en pueblo, los recogió y ordenó despues, dándoles la forma de una narracion seguida, y conservando en ellos el sello popular, significado entre otras cosas, en el uso que hace indistintamente de todos los dialectos de la lengua griega; y de esta manera tan singular y estrordinaria, se han compuesto los inmortales poemas que son la admiracion y el solaz de las naciones cultas hace veintiocho siglos.—Ni apruebo, ni impugno esta opinion, reputada por los mas como una paradoja infundada, y sostenida por algunos con grande aparato de erudicion y racionios: la cito solamente como un

(1) Esto mismo se observa en otros pasages. Quando el Rey desterró al Cid, convocó este á todos sus amigos y vasallos, y les preguntó cuáles querian ir con él y cuáles querian pagarle lo que por fuero debia dar el vasallo á su Señor quando le echaban de la tierra, y sigue la Crónica, cap. 90:

E estonce salió D. Alvar Fanez, su primo cormano,
 Con vusco yremos, Cid, por yernos e por poblados,
 Ca nunca vos falleceremos en cuanto vivos seamos:
 Con vusco despenderemos las mulas, e los caballos,
 E los haberes, e los paños,
 Siempre vos serviremos como leales amigos e vasallos &c.

simil que explica el modo con que se formó nuestro famoso Romancero, nuestra *lliada* popular.

Es increíble el aprecio y estimacion que goza en la actualidad en la Europa nuestro Romancero del Cid: las muchas ediciones, traducciones, imitaciones é ilustraciones que de él se han publicado últimamente en Alemania, en Inglaterra y en Francia, le han hecho ya un libro clásico, de cuya lectura y conocimiento ningun literato se puede decentemente dispensar, y aunque no siempre bien entendido por los estrangeros, ni en su letra, ni en su espíritu, todavía no han podido resistir á la belleza y al encanto de aquella magnífica creacion popular, de aquel gran carácter del Cid y de aquella brillante concepcion, en que se ha personificado con toda su altanería y grandeza, el espíritu y la índole del pueblo castellano. «El Romancero del Cid, dice Villemain (1), es una brillante epopeya debida al genio popular; esta multitud de romances inspirados en los siglos XIII y XIV, contienen bellezas admirables que daremos á conocer; pero no son la obra única de un grande ingenio; son la obra del espíritu español, y no la de un hombre que haya nacido en España.» Sismondi, despues de haber traducido en su obra sobre la literatura de los pueblos del medio dia de Europa, muchos trozos del Romancero, dice (2): «Si los lectores pueden dar con el pensamiento á estos romances todo el encanto de una versificacion armoniosa, toda la brillantez de la poesia en una de las lenguas mas hermosas del universo, este encanto, esta brillantez de que me veo obligado á despojarlos traduciéndolos, sin duda los colocarán en el número de las obras que mas poderosamente cautivan la fantasia y el corazon.» «Sentimos un gran placer, dice en otra parte (3), en hallar en estos primeros romances y bajo el hollin de su respetable antigüedad las escenas mas brillantes del Cid de Corneille, con frecuencia los mismos sentimientos y algunas veces hasta sus mismas palabras.» Asi se espresan respecto de nuestro Romancero los

(1) *Tableau du moyen age*. Prem. lec.

(2) Chap. 24, pág. 115.

(3) Chap. 24 pág. 105.

franceses, siempre encogidos y avaros en elogiar nuestras cosas, y toda su autoridad será menester para que nuestros literatos afrancesados se dignen quizá dirigir una desdeñosa mirada á estos cantares que formaban la delicia y escitaban el entusiasmo de nuestros padres, que valian seguramente mas que nosotros; y para distraerlos de sus traducciones é imitaciones transpirenáticas. Pero no pierdo la esperanza de ver á nuestro Romancero en grande estimacion y crédito entre ellos, merced á las recomendaciones que dejo indicadas. Calderon, Lope y Moreto, eran, no hace veinte años todavia, completamente despreciados y desdeñados; *Boileau*, entonces tan de moda, como ahora poco leido, habia pronunciado su inapelable fallo contra nuestro teatro, dándole la absurda calificación de *grosero*, y era menester someterse á él ciega y sumisamente, á pesar de la razon y del entusiasmo con que el público español seguia escuchando aquellos inmortales dramas.—Gracias á Dios, exclamaba la turba imitadora, que ya podemos salvar sin delito las monstruosas composiciones de *Lope de Vega*, *Calderon* y *Moreto*, que tenian corrompido el gusto del vulgo (1). Cambió despues la escena; de allá de Alemania primero, y despues de Inglaterra y de Francia, nos han venido diciendo que éramos unos bárbaros en despreciar nuestro teatro; que Lope, Calderon y Moreto, eran génius inmortales á quienes se debía tributar cultos y levantar estátuas; y entonces nuestra turba imitadora, no halló espresiones con que ensalzar y encomiar á aquellos grandes ingénios, y hasta se obstina en desconocer los vicios y defectos que no puede menos de ver en sus obras una crítica ilustrada é imparcial.—Sé que se me dirá que la influencia de la civilizacion y del espíritu francés en nuestra patria, es un fenómeno necesario, y que los males que de ello puedan resultar, son mas fáciles de advertir que de enmendar. Convengo hasta cierto punto en la exactitud de esta asercion; las ideas francesas han ejercido, y han debido ejercer, por su superioridad unas veces, y por causas muy diversas en otras,

(1) *Sempere*, Ensayo de una Biblioteca española del tiempo de Carlos III, tomo V, pág. 119 y 127.

un grande influjo en las sociedades modernas y en la literatura, que es siempre su reflejo; pero hay grande diferencia entre influjo y dominacion, entre ascendiente y tiranía. La Alemania ha sabido reconocer y apreciar los adelantos de la Francia, pero ha sabido tambien distinguirlos de sus extravíos; ha adoptado muchos de sus establecimientos, muchas de sus teorías, pero ha sabido conservar su originalidad, su nacionalidad histórica y tradicional, sin la cual las naciones dejan de serlo y pasan á ser copias pálidas, sin vigor, sin vida y sin porvenir, y ni tienen ni pueden tener espíritu ni literatura propia. Pero me separo de mi asunto; vuelvo al Romancero.

El Cid del Romancero, copia como he dicho ya, de las tradiciones y cantos populares como el del Poema y el de la Crónica, es casi del todo igual á ellos: algo se resiente en verdad su pintura de la diversidad de las manos que á ella han contribuido, pero el fondo del pensamiento es siempre el mismo; el mismo Cid, el mismo guerrero valiente, el mismo caballero bondadoso y honrado. El Cid del Romancero, sin embargo, me parece algo mas altivo con los reyes que el del Poema y el de la Crónica; este es el rasgo principal que distingue á estas tres pinturas, debido, ó á la exageracion popular, que siempre lo agranda y abulta todo, y que debió naturalmente tener mas parte en el Romancero que en las otras composiciones, ó á la época en que estos romances fueron tomando mas consistencia, que debió ser en los siglos XIV y XV, cuando en medio de las revueltas y bullicios de aquella época feudal, no andaba muy bien parada la autoridad de los tronos. Bajo el aspecto literario, en el Romancero hay sin disputa mas correccion, mas poesía y mas mérito que en las otras dos producciones, como en el progreso de este exámen se echará fácilmente de ver.

Aunque por el diverso origen y carácter de los romances que forman esta coleccion, quizá no se pueda presentar un rasgo que la caracterice y dé á conocer, como ha sucedido con el Poema y la Crónica, todavía creo muy oportuno insertar á continuacion uno de los romances relativos al fa-

moso pasage de la jura del rey Alfonso, para que se coteje y confronte con el pasage de la Crónica que queda mas arriba copiado.

He aqui el romance primero de los tres que trae Escobar sobre el juramento; le prefiero, aunque no es el de mas mérito poético, porque muestra en su rudeza ser el mas antiguo de ellos, y porque se ajusta mas á la narracion de la Crónica.

En Toledo estaba Alfonso
que no cuidaba reinar,
desterrárale don Sancho
por su reino le quitar;
y doña Urraca á Fernando
mensageros fue á enviar;
las nuevas que le traian
á él gran placer le dan.—
Rey Alfonso, Rey Alfonso
que te envian á llamar,
castellanos y leoneses
por Rey alzado te han,
por la muerte de don Sancho
que Bellido fue á matar.
Solo quedará Rodrigo
que no lo quiere acetar.
Porque amaba mucho al rey,
quiere que hayas de jurar,
que en la su muerte, señor,
no tuviste que culpar.—
Bien vengais los mensageros,
secretos querais estar,
que si el rey moro lo sabe
él aqui nos detendrá.—
El Conde don Peranzules
un consejo le fue á dar,
que caballos bien herrados
al revés habian de herrar.
Descuélganse por el muro,
sálense de la ciudad,
fueron á dar á Castilla
do esperándolos están.
Al Rey le besan la mano,
el Cid no quiere besar,
sus parientes castellanos

todos juntado se han.—
Herederó sois, Alfonso,
nadie os lo quiere negar,
pero si os place, señor,
non vos debe de pesar
que nos fagais juramento
cual vos lo quieran tomar;
vos y doce de los vuessos
cuales vos querais juntar,
que de la muerte del Rey
non tenedes que culpar.—
Pláceme, los castellanos,
todo os lo quiero otorgar.—
En Santa Gadea de Burgos
allí el Rey se vá á jurar.
Rodrigo toma la jura,
el cual quiere razonar:
en un cerrojo bendito
le comienza á conjurar:—
Don Alfonso y los leoneses
venios vos á salvar,
que en la muerte de don Sancho
non tuvisteis que culpar;
ni tampoco de ella os plugo
ni á ella disteis lugar.
Mala muerte hayais, Alfonso,
si non dijerdes verdad,
villanos sean en ella
non fidalgos de solar,
que non sean castellanos
por mas deshónra vos dar,
si non de Asturias de Oviedo
que non tenian piedad.—
Amen, amen dijo el Rey
que nunca fui en tal maldad.

Tres veces tomó la jura,
 tantas le vá á preguntar.
 El Rey viéndose afucado
 contra el Cid se fue á airar.—
 Mucho me fincaís, Rodrigo,
 en lo que no hay que dudar;
 cras besarme heis la mano
 si agora me haceis jurar.—
 Si señor, dijera el Cid,
 si el sueldo me habeis de dar,

que en la tierra de otros reyes
 á fijosdalgo les dan:
 cuyo vasallo yo fuere
 también me lo ha de pagar.
 Si vos dárme lo quisiéredes
 á mi placer me vendrá.—
 El Rey por tales razones
 contra el Cid se fue á enojar:
 siempre desde allí adelante
 gran tiempo le quiso mal.

Espuesto ya el carácter y la índole especial de estas tres producciones de nuestra antigua literatura vulgar, relativas al Cid, resta proceder á su análisis y exámen, bajo el aspecto que, segun he dicho, ofrecen mayor interés, y proporcionan mas datos para el estudio importantísimo de los afectos y pasiones de la humanidad, y para la historia del desenvolvimiento y progresos de la sociedad y de la civilización. Pero este exámen será el objeto de otro artículo.

P. J. PIDAL.

EXÁMEN

del

JUICIO CRÍTICO DE LOS PRINCIPALES POETAS ESPAÑOLES DE LA ÚLTIMA ERA, OBRA PÓSTUMA DE D. JOSÉ GÓMEZ HERMOSILLA, DADA A LUZ POR DON VICENTE SALVÁ, EN VALENCIA, AÑO DE 1840.

(Conclusion.)

SALVÁ.=Aquí me tiene V. puntualísimo y dispuesto á llevar á cabo la demostracion.....

HERMOSILLA.=No me rompa V. la cabeza con mas demostraciones: diga de una vez si quiere encargarse de la impresion de mi obra, que es el punto que dejamos pendiente.

S.=¿Con que segun eso, insiste V. en el propósito de echarla á volar por esos mundos de Dios con su nombre y apellido en la portada?

H.=Si señor; con mi nombre y apellido. ¿No vé V. que una crítica anónima tiene visos de sátira, y yo quiero dar á mi obra la apariencia de doctrinal, y como un complemento práctico de mi Arte de hablar en prosa y verso?

S.=Ya veo amigo, que es V. incorregible. Yo creí haber convencido á V. en nuestra pasada conferencia de que sus juicios son apasionados é injustos, y de que esta ciega parcialidad aparece clara en cada página, en cada línea de

su Juicio crítico. ¿Y aun tiene V. el empeño de que esa mala fé se haga pública, y caiga sobre V. una lluvia de folletos, donde salgan á relucir el Arte de hablar, la traduccion de Homero y el Jacobinismo, que felizmente gozan de profundo descanso en los almacenes de la imprenta? Yo suponía que despues de nuestra conversacion, hubiera hecho V. algunas enmiendas, reformando aquellos juicios de mas palpable injusticia, y suprimiendo muchos de los reparos pueriles con que tizna á Melendez, y que V. se vió obligado á confesar por tales.

H.= Enmendar y suprimir? Nada menos que eso: no pienso quitar ni una coma. Verdad es que convine con V. en que á veces anduve algun tanto escrupuloso; pero tambien lo confieso en mi obra, y doy en seguida mis descargos.

S.= Ah, pecador impenitente! ¿Donde está esa confession, que no recuerdo haber leído?

H.= Véala V. aqui (pág. 249).

S.= A ver, (leyendo) «ELISA ENVIDIOSA (Melendez)

Cuiden de realzar su lustre.

* Contraccion durísima de las dos vocales *e-a*, que deben pronunciarse con separacion. Pará que haya verso, es necesario leerle como si estuviese escrito.

Cuiden de realzar su lustre."

Déjeme V. suspender por un momento la lectura, que quiero salir con un tapaboca al encuentro de este reparo.

Leucónoe, ni los números caldeos:.....

Este es un verso de Moratin, en el cual, si ha de merecer tal nombre, hay que hacer una violenta contraccion de las vocales *o-e*; de manera que es preciso leerlo asi:

Leucone, si los números caldeos:.....

Pregunto: ¿es igual el caso?

H.= De modo..... que..... sí..... parece.....

S.= No tiene V. que cansarse: los ejemplos son idénticos. Ahora sigo leyendo.

» Tal vez me dirá alguno: V. es demasiado rígido. Si
 » los poetas no se toman esas licencias, ¿ cómo han de hacer
 » buenos versos? Respuesta: como los hizo Moratin, en cu-
 » yas obras no se encuentra *una sola* de las innumerables in-
 » correcciones y licencias de prosodia que se permitió Melen-
 » dez. Y este es el gran mérito de aquel insigne poeta. Ha-
 » cer sonoros versos atropellando las leyes de la gramática, y
 » alterando arbitrariamente la prosodia usual de las voces, no
 » es ciertamente difícil. La dificultad consiste en hacerlos mag-
 » níficos, llenos de grandes ideas, sin rípios, en un lenguaje
 » purísimo, correcto, propio y verdaderamente poético, y sin
 » tomarse una sola licencia, que no esté autorizada por el uso
 » de los buenos escritores."

Conque esta es la confesion y los descargos? ¿ Conque Moratin es el modelo de los modelos, y el tipo de la perfeccion, en que no se encuentra ni un solo pecado venial en órden al rigor prosódico, á la pureza y correccion del lenguaje, á la magnificencia de la versificacion, y á cuantas dotes constituyen la excelencia de la mas alta y sublime poesia? Amigo, no hay paciencia para leer encomios semejantes. A ellos solo pueda contestar que vaya V. respondiendo á estas preguntas:

¿ Hacer á *Leucónoe* voz de tres sílabas no es la misma licencia de prosodia, que la de Melendez cuando hace de dos á *realza*?

Es lenguaje purísimo el de: *Mas difíciles somos &c?*
 ¿ Es locucion propia decir

*la ciudad famosa
 A quien del Ebro la corriente baña,*

en vez de *la cual*, como prescribe la gramática?

¿ Son versos magníficos

*Y á Diomedes, mas fuerte que su padre.....
De los suyos. O Dios Omnipotente?.....*

¿No es un ripio miserable el del Olimpo y *sus centellas*?
¿No es prosa ramplona

Habiéndole comido el patrimonio?.....

¿No atropella las leyes de la gramática el que hace concertar adjetivos masculinos con un sustantivo femenino?

H.=¿Dónde? ¿Cuándo?

S.=En un epigrama, cuyos primeros versos son los siguientes:

*Ves esa repugnante criatura,
Chato, pelon, sin dientes, estevado &c.*

¿Una criatura *chato*, una criatura *pelon*, no son por ventura concordancias mas que vizcainas?

¿Es idea grandiosa llamar á un sucio coche *simon* de los tiempos pasados *máquina opulenta*?.....

H.=Eso ya lo adviertò yo en su lugar, y digo que la voz *opulenta* vino allí arrastrada por el consonante. (pág. 29.)

S.=No era muy difícil dar con el adjetivo *mugrienta* que le venia pintiparado. Fuera de eso, el que V. lo advierta no abona el desatino.

H.=No; pero prueba mi imparcialidad.

S.=Esa, no hay duda, es admirable. Vamos siguiendo.

¿No es language, no solo incorrecto, sino absurdo, el de esta copla en que termina uno de sus romances:

*Y cuando mi patria logre
La felicidad que espera,
Su nuevo Augusto hallará
Marones que le celebran?*

en lugar de decir *que le celebren*, de modo que el pícaro asonante le obligó á estampar que los Marones, que todavía no han venido al mundo, le están ya celebrando?

H.= También ese disparate y falta gramatical estan anotadas por mí terminantemente. (pág. 80.)

S.= ¿Con que en suma, V. advirtió y censuró la impropiedad en la máquina opulenta, y la no menos grave de los futuros Marones?

H.= Sí señor, y sino, vea V. las páginas citadas.

S.= ¿Pues de ese modo cómo tiene V. valor para decirnos que en las obras de Moratin no se encuentra *una sola incorreccion, licencia, ni ripio, y que en todo es purísimo, magnífico y correcto?* ¿No es esto contradecirse V. groseramente?

H.= No por cierto; una ú otra escepcion no destruyen la regla general, y pocos lunares no afean un rostro hermoso.

S.= Podrá ser así; pero de un rostro que tiene pocos lunares, no se puede decir que no tiene ninguno. Bien es verdad que para V. sus lunares son primores y las composiciones mas triviales, no solo las elogia como portentos del arte, sino que las encarece como empresas de suma dificultad, columbrando en ellas misterios recónditos, que solo existen en su alucinada fantasia. Tal es, por ejemplo, la oda á Jovellanos, obra de muy corto mérito, reducida á una docena de expresiones cortesananas, y escrita en un metro facilísimo y de poca gracia, el cual supone V. que es una invencion peregrina con que aumentó Moratin una nueva cuerda á la lira española.

H.= Si V. es de esa opinion, tendrá á bien permitirme que yo prefiera la del mismo Inarco, quien lo dice terminantemente en una nota, añadiendo que aquel metro de invencion suya, es una imitacion de otro latino.

S.= ¿De cuál de ellos?

H.= Eso no lo espresa Moratin; pero yo presumo que del asclepiadéo ó mas bien del exámetro. (pág. 38.)

S.= Para examinar ese punto, será preciso que copiemos un trozo de la oda susodicha. Dice así:

*Id en las alas del ráudo céfiro
 Humildes versos, de las floridas
 Vegas, que diáfano fecunda el Arlas,
 Adonde lento mi patrio río
 Vé los alcázares de Mántua excelsa.
 Id y al ilustre Jovino, tanto
 de vos amigo, caro á las Musas,
 Para mí siempre númen benévolo,
 Id, rudos versos y veneradle.*

A. V. Estos son los versos desconocidos, con los cuales dá á entender su autor que ha aumentado una cuerda á nuestra lira, imitando no sé qué especie de metro romano. Estos, lo que V. presentá como una invencion singular, ponderando *la facilidad con qué manejaba Moratin la lengua y cómo jugaba con las dificultades que de intento buscaba y sin esfuerzo vencía.*

H.= Lo dije y lo repito.

S.= Luego veremos qué gran invencion esta y qué dificultades ofrece. Entretanto diremos algo sobre la versificación latina, á que mas se asemeja.—V. se inclinó al verso asclepiadóo, y en efecto, si tienen semejanza con alguno, es con este! Los versos

Id en las alas del raudo céfiro...

Mœccenas, atavis edite regibus...

forman á nuestro oído una cadencia, sino idéntica, muy aproximada. Así, no alcanzo cómo reformó V. su opinion, diciendo que remedaba mas bien el exámetro latino.

H.= Lo dije, porque el mismo verso castellano, careado con el segundo de Horacio:

¡O et præsidium et dulce decus meum!

no me sonaba ya de igual modo!

S.= Por disonante que á V. le pareciese, no sé como pudo V. descubrir la mas leve conformidad entre el verso de Moratin y el exámetro, cuando para echar de ver la enorme diferencia que media entre uno y otro, no hay necesidad de acudir ni á las reglas prosódicas ni al testimonio del oido, pues basta la simple vista.

Id en las alas del ráudo céfiro.... (Verso de Moratin.)

Oye pío, responde grato, censura severo... (Exámetro.)

A fin de que se note mas palpablemente la desproporcion, he puesto un exámetro castellano; pero compuesto de voces tan latinas, que sin mas que una leve alteracion en las desinencias, se convierte en un verdadero exámetro latino.

H.= Ya veo que el uno es mucho mas largo que el otro.

S.= No lo ha de ser? El primero no tiene en rigor mas de diez sílabas y el segundo quince: y si los medimos por pies, como lo hacian los romanos, el exámetro tiene seis y el asclepiadéo cuatro.

H.= No se cause V. mas: ya veo que dije un disparate; però mi equivocacion nada tiene que ver, ni con el mérito de la invencion, ni con la dificultad de la estructura, que, como dije, supo vencer Moratin sin esfuerzo:

S.= Para esclarecer ese punto, quisiera que me dijese usted si tiene por difícil el verso de cinco sílabas, como los de aquella fábula de Iriarte:

Vió en una huerta

Dos lagartijas

Cierto curioso

Naturalista.

H.= No me parece de una gran dificultad.

S.= Y si fuesen sueltos ó libres?

H.= Oh! Estando exentos de la traba del asonante, los considero facilísimos.

S.= Pues para que lo estén los cuatro citados, convertiremos las lagartijas en alacranes, y diremos:

*Vió en una huerta
 Dos alacranes
 Cierta curioso
 Naturalista.*

H.= Bien; ¿pero qué tiene eso que ver con el punto que ventilamos?

S.= Una friolera: como que toda la invencion de Moratin está reducida á escribir en un renglon dos versos de cinco sílabas, convirtiéndolos en uno de diez.

*Vió en una huerta dos alacranes
 Cierta curioso naturalista....
 Id en las alas del raudo céfiro
 Humildes versos de las floridas....*

Le parece á V., si con tan peregrina invencion le quedarían hirviendo los sesos, y tendría que comerse las uñas para vencer las dificultades que presenta?

H.= Hombre.... sí... hasta cierto punto.....; pero no acabo de convencerme de la perfecta conformidad de esos cuatro versos. El primero de Moratin, veo que termina en una voz esdrújula que no existe en ninguno de los otros.

S.= Creí que no ignoraba V. que un esdrújulo al fin de verso, no altera su naturaleza ni se toma en cuenta el aumento de la última sílaba.

H.= Es verdad, no me acordaba.

S.= De todos modos, para que aparezca mas patente la identidad, pondremos en lugar de *alacranes* una voz esdrújula; v. g.

VERSOS DE CINCO SÍLABAS.

*Vió en una huerta
 Varios cernicalos
 Cierta curioso
 Naturalista.*

*Id en las alas
 Del raudo céfiro,
 Humildes versos
 De las floridas.....*

INVENCION DE MORATIN.

*Id en las alas del raudo céfiro,
Humildes versos, de las floridas...
Vió en una huerta varios cernícalos
Cierta curioso naturalista.*

Está V. convencido?

H.=Iguales parecen. Vea V. quién habia de imaginar que todo el misterio estaba reducido á poner en un renglon dos versos de cinco sílabas, que son tan antiguos y manoseados. Toma! Como que Moratin mismo tradujo en ellos la oda de Horacio *Integer vitæ*, diciendo:

*El que inocente
Su vida pasa,
No necesita
Morisca lanza.*

S.=Cierta; ahí lo tiene V., ponga esos cuatro versos en dos líneas, quiteles el asonante y está todo hecho.

El que inocente su vida pasa
No necesita morisco dardo.

Dígame V. ahora, si esto es haber añadido una cuerda á la lira castellana y si resplandece la modestia de Moratin en la indicada nota.

H.=En efecto, ya no me parece tan admirable la invencion, aunque me tomaré tiempo á fin de meditar sobre la exactitud de las observaciones de V.

S.=Pues para eso, y para ensayarse V., si gusta, en hacer versos iguales, le daré á V. la receta que de intento traigo en el bolsillo.

RECETA.

Toma dos versos de cinco sílabas
 De aquellos mismos que el buen Iriarte
 Hizo en su fábula lagartijera.
 Forma de entrambos un solo verso,
 Y esto repítelo, según te plazca.
 Mezcla si quieres, que es fácil cosa,
 Algun esdrújulo de cuando en cuando.
 Con esto solo, sin mas fatiga,
 Harás á cientos versos magníficos,
 Como estos míos, que estás leyendo.
 Así algun día los sábios todos,
 Los Hermosillas del siglo próximo,
 Darán elogios al digno invento,
 Ora diciendo que son exámetros,
 O asclepiadéos, ora que aumentas
 Con nueva cuerda la patria lira,
 No hallando en Córdoba laurel bastante,
 Con que enramarte las doctas sienas.

H.= Poco á poco, Sr. D. Vicente. Eso es ya burlarse de mí, y por muchos ensanches que se den á la amistad que nos une, no creo que deba V. emplear, ni yo sufrir, semejantes bufonadas. Aquí dió fin nuestra conversacion y venga mi manuscrito.

S.= Vamos, no se enfade V., que esto es una broma, y á fin de desenojarle voy á referirle un chasco gracioso que me sucedió hace pocos dias con uno de mis chicos. Estando este leyendo la traduccion, que V. acaba de recordarme, de la oda de Horacio, *Integer vitæ*, me dijo con mucha formalidad: Papá, ¿qué especie de arma antigua era la que los romanos llamaban *fusco*? Hombre, le contesté, yo no tengo noticia de tal arma. Yo imagino, me replicó, que *el fusco* vendría á ser á manera de un tridente, ó acaso de un charote. —Pero en qué te fundas? ¿Dónde se hace mencion de

ese instrumento? — Aquí, en la primera estrofa de una oda de Horacio, traducida por Moratin:

*El que inocente
Su vida pasa,
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos, ni aljaba
Llena de flechas
Envenenadas.*

Majadero, le dije yo, ¿no ves que ese *Fusco* es el nombre propio del sugeto á quien Horacio dedicó la oda? — «¿Y yo, en qué lo podía conocer? Metido entre las armas, lo tuve por una de ellas, y si ciento lo leen, otros tantos lo interpretarán del propio modo.» Entonces volví á leer la estrofa, y viendo el lugar que ocupa aquel nombre, conocí que el muchacho tenia razon.

H. = ¿Y qué quiere V. decir con eso?

S. = Que Moratin no acertó á colocar el tal vocativo en términos que apareciese con la debida claridad su pensamiento.

H. = Cierto, que el reparo es de importancia. Ya se ve, á falta de otros mas graves, tiene V. que acudir á fruslerías, que pueden llamarse muy bien escrúpulos de monja.

S. = ¿Y no es de monja el escrúpulo de V., cuando aparenta escandalizarse de los besos, de que habla Melendez en la oda ó idilio *al sueño*, dados ¿á quién? ¿á una rosa? (página 270). Fuera de eso, tenga V. por seguro que si nos pusiéramos á examinar una por una las obras de Moratin con la detención y malignidad con que V. repasa las de Melendez, descubriríamos defectos de mas bulto.

H. = A fé que no encontraria V. ni arcaismos, ni trasposiciones violentas, como en Melendez y sus secuaces, que desfiguran el idioma sembrándole de voces anticuadas.

S.=También Moratín las emplea cuando le acosa la necesidad, como allá: *No vos ofende*, y despues

Suele el cultor acumular los frutos.... (p. 112)

Ya ve V. que ahora decimos: *No os ofende*, y él lo hubiera dicho también, sino quedára manco el verso. En órden á la voz *cultor* en lugar de agricultor, sucede lo mismo: se valió de la primera (que es anticuada y como tal la califica la Academia) por no haber podido acomodar la segunda. Por lo relativo á trasposiciones, no hay quizá ninguno de nuestros poetas, que las haya usado mas violentas, ni con profusion mas destemplada.

H.=¿Qué es lo que V. dice? ¿Hay acaso escritor, cuya dición sea mas natural y cástiza, ni que mas respete las leyes gramaticales? Es cuanto me quedaba que oír.

S.=No hay que acalorarse. V. sabe muy bien que una de las excelencias de la lengua castellana es la gran facilidad que permite para alterar y combinar de mil modos la colocacion de las palabras; pero tampoco ignora V. que hay algunas que forzosamente han de ocupar un lugar determinado, y no pueden trasponerse.

H.=Eso es clarísimo: por ejemplo el relativo *cuyo*, como que siempre se ha de aplicar al sustantivo que mas próximamente le precede, no sufre trasposicion que le aleje del mismo.

S.=Es muy cierto: y tenga V. presente esa observacion, porque mas adelante tendremos que recordarla. Entre las voces que no admiten trasposicion se encuentran en primer lugar los títulos ó dictados que anteceden á los nombres propios, como *Fr. Pedro ha muerto*, *D. Juan está en Segovia*.

H.=Así es, no se puede decir, *Fr. ha muerto Pedro*, *D. está en Segovia Juan*.

S.=En la misma regla se comprenden los artículos, los adjetivos numerales, los demostrativos y algunos mas: v. g. *El paño es bueno*, *un terno me ha caído*, *este caballo relincha*.

H.= En efecto: nadie puede decir; *el es bueno paño, un me ha caído terno, este relincha caballo*. Hasta aquí estamos acordes.

S.= Bien está: pues sin embargo algunos de nuestros poetas han solido divorciar las indicadas voces intercalando otras palabras y aun frases enteras; pero lo han hecho rarísima vez, y en ocasiones en que un sentimiento profundo autorizaba esta licencia, pues ya sabe V. que la pasión se explica en frases cortadas, é interrumpidas con exclamaciones, las cuales en cualquier lugar del período tienen entrada libre y colocacion oportuna. Así lo hizo Rioja, ó sea Rodrigo Caro, al empezar su canción á las Ruinas de Itálica, diciendo:

Estos, *Fabio*, ¡ó dolor! que ves ahora
Campos de soledad.....

Tan notable osadía contra las leyes del buen lenguaje, no solo merece disculpa en este caso, sino elogio, por ser oportunísima para infundir desde luego en el lector el mismo sentimiento que inspiró al poeta la vista de la destruccion de aquel gran pueblo.

H.= Es mucha verdad, y ahora me acuerdo de que Moratin suele emplear la misma trasposicion alguna que otra vez.

S.= ¿Cómo alguna que otra vez? Le cayó tan en gracia, que acaso no hay una sola composicion suya, en que no se encuentre, llegando á tal extremo el abuso de esta licencia, que suele usar de ella dos y mas veces en un centenar de versos.

H.= Vamos, vamos: eso ya es mucho exagerar.

S.= Para que vea V. que no exagero, citaré las que me ocurren.

Si ya depuesto el que vibró indignada
Rayo fulminador.... (Al nacim. de la cond. de Chinch.)

Cuantas debe gozar la patria un dia
Mercedes altas..... (Ibid.)

Los que el furor de sus voraces monstruos
No deformó, cadáveres desnudos. (Oda á Trafalgar.)

ó los que al mundo
Naturaleza dió males crueles... (Epíst. á Rodrig. Laso.)

Y los que devastó furor impío
Feraces campos... (Oda á Suchet.)

En la que vá á crecer floresta umbría. (Ibid.)

Del que guardaste
Con cien candados Cécubo oloroso... (A Póstumo.)

Si alguna inflama
Pura centella del poder divino. (Al nac. de la cond. de Chin.)

Y la que osada desde el Nilo al Bétis
Sus águilas llevó prole de Marte... (Ep. á Jovellanos.)

A los que ya de estrellas se coronan
Abuelos suyos... (A la marquesa de Villafranca.)

Esé que aduermes en ebúrnea cuna
Pequeño infante.... (Ibid.)

Estos que formo de primor desnudos
No castigados de tu docta lima,
Fáciles versos... (Ibid.)

Esa que veis llegar máquina lenta... (Son. á Clori.)

Esta que me inspiró fácil Talía
Moral ficción... (Ded. al príncipe de la Paz.)

Estos que levantó de mármol duro
Sacros altares la ciudad famosa. (Soneto al Pilar.)

Me parece que bastan los ejemplos apuntados para probar á V. que no ha sido ponderación mia; que el empleo frecuente de unas mismas formas y giros poéticos, arguye pobreza y hace amanerado el estilo; y sobre todo, que ese respeto á los fueros del idioma, esa correccion esmerada, esa sobriedad en el uso de licencias y trasposiciones atrevidas, no son tales como V. las encarece.

H.= Del modo con que V. presenta sus citas, reuniéndolas todas en un monton, es claro que han de producir mal efecto en el oido; pero en su propio lugar le hacen muy bueno, y hasta ahora no he oido que hayan chocado á nadie.

S.= Sí señor; han chocado, y yo tengo bien presentes los malos ratos que dieron los críticos á Moratin cuando publicó su composicion á la batalla de Trafalgar, burlándose del citado hiperbáton.

*Los que el furor de sus voraces monstruos
No deformó cadáveres desnudos.*

Entonces le aplicaron, y no sin causa, la sabida zumba que hace de semejante licencia el autor de la Gatomaquia, diciendo:

En una de fregar cayó caldera.

Y digo que no sin causa, porque en este verso median solo tres palabras entre el numeral y el sustantivo, y en los de Moratin se intercalan nada menos que nueve entre el artículo y el nombre, número que suele llegar á once, como sucede en uno de los contenidos en la epístola á Jovellanos.

H.=; Qué cuentas tan menudas! Eso es lo que se llama hilar delgado.

S.= V. me obliga á ello con sus encarecidos elogios de Moratin. Déjele V. gozar del honorífico puesto que dignamente ocupa en el Parnaso español, y no se empeñe en encaramarle á la cumbre á par del mismo Apolo.

H.= No tanto, amigo, no tanto.

S.=¿ Con qué no tanto? La oda al Plantío de la alameda de Valencia sienta V. (pág. 52) que la dictó el mismo Apolo. De otra composición á los Padres del Limbo, dice usted que *parece escrita por un ángel, y que no solo en nuestro Parnaso, sino en cuanto V. conoce de la literatura moderna, no hay un trozo de tan sublime poesía.* (pág. 34.)

H.=No puedo negar que me embelesa la lectura de sus obras, y que cuando las leo se me van las horas sin sentir y no me acuerdo de nada ni de nadie.

S.=Que entonces no se acuerda V. de nadie, estoy tan distante de creerlo, que no titubeo en asegurar que se acuerda de todo el mundo, y que los encomios de aquel, no tanto proceden de la predilección con que le mira, cuanto del odio á sus rivales.

H.=Esa es una de las ofensas gratuitas é infundadas con que V. acostumbra favorecerme.

S.=¿ Infundada? Si V. está tan ciego que lo cree así, me obligará á demostrárselo con repetidos ejemplos.

Después de alabar V. el soneto á CLORI EN COCHE SIMON (la máquina opulenta), diciendo *que no le hay igual en los mismos italianos, siendo los inventores del soneto*, añade V. que esta composición sola bastaría para probar que Moratin era, *cual ninguno de sus contemporáneos*, lo que se llama un poeta; y mas abajo añade: *¿Quién de ellos hubiera sabido pintar con decorosas expresiones la pesadez del coche, la mala calidad de las mulas que tiran, los inútiles esfuerzos del cochero?*

Elogiando V. el soneto titulado: LA DESPEDIDA, y después de encarecer la ternura con que admiró á su autor, y el entusiasmo con que le admiró, vuelve á hablar de *sus contemporáneos*, encumbrándole sobre todos ellos.

Hablando V. del cántico: A LOS PADRES DEL LIMBO, se le va la cabeza en términos que no encuentra frases con que encarecerlo. Algunas quedan apuntadas, por lo cual solo expresaré las últimas, que son las que se refieren á mi actual propósito. «¿Y oscuros pedantuelos se atreverán todavía á *descidir ex tripode que Moratin no fue poeta lírico?* De modo

que jamás pierde V. de vista á los contemporáneos, deprimiéndolos con adjetivos de malquerencia y menosprecio. ¿Y qué dire á V. del adverbio *todavía* que está rebosando presuncion y jactancia por todas sus letras? Borrelo V. cuanto antes, sino quiere que los pedantuelos se rian de su fatuidad.

H.=Por qué se han de reir?

S.=Porque diciendo V., (no probando) que aquella composicion es magnífica, inimitable y divina, la pregunta si *todavía* se atreverán á decir que Moratin no es poeta lírico, equivale á esta otra: ¿Diciendo yo que es excelentísimo, habrá quien tenga la audacia de dudarlo?

H.=Yo no he querido dar á entender eso; lo que quiero decir es, si despues de leer esa composicion, se atreverán á negar que Moratin fue poeta lírico.

S.=Eso fuera bueno, si ahora se publicará el tal Cántico por primera vez; pero sigo adelante.

Habla V. de la oda A NISIDA, y despues del turbion de elogios consiguientes, dice que estas son las verdaderas odas horacianas, introducidas en nuestra poesia por Garcilaso, Camoens, Fr. Luis de Leon, Francisco de la Torre y otros, y llevadas al mas alto grado de perfeccion por Moratin, y concluye dando una dentellada á los que por desgracia han confundido las odas con las canciones pindáricas y petrarquescas, designando en esto á los contemporáneos. Prescindiendo, por no ser mi objeto en esta ocasion, de la peregrina idea de separar las odas de Pindaro de las de Horacio, y asociarlas con las canciones de Petrarca, como composiciones de igual naturaleza y artificio.

Viene despues la epístola A UN MINISTRO sobre la utilidad de la Historia; empiezan de nuevo los arrebatos de admiracion, y acaba V. su panegírico, diciendo: *Esto si que es hacer hablar á las Musas el lenguaje de la filosofia y de la moral. ¿Y las bárbaras catervas que están atrincheradas en nuestro Parnaso, dirán todavía que Moratin solo fue poeta cómico?* Estas bárbaras catervas, que son los contemporáneos, no dejarán de agradecer á V. la cortesania con que las trata.

Al fin del alto elogio de *la epístola lagartijera*, y despues de ponderar *las dificultades que de intento buscaba Moratin*, y *sin esfuerzo vencia*, añade V.: *Compáresele con los canijos versificadores, que tanto sudan para componer una estrofa mediana.*

Por último, maravillado V. de la excelencia de los dos sonetos de Moratin, uno A LA MEMORIA DE MELENDEZ, y otro A LA MUERTE DE MAIQUEZ, dice del primero que no le hizo mejor, ni tan bueno, el elogiado, y termina los encomios del segundo con estas espresiones: *esto se llama ser poeta, y lo que á esto no se parece, se llama ser coplero.*

Inútil es aglomerar otras citas para convencer á V. de que en sus elogios de Moratin tiene tanta parte por lo menos su ojeriza contra los rivales de este poeta, como el alto concepto que le merece. Así las mayores alabanzas le parecen á V. insípidas y frias, sino las sazona con la mostaza de la injuria y desprecio de los que juzga émulos de su gloria.

H.—Será lo que V. quisiere; pero mientras no me haga ver que no tengo razon, y que los tales sonetos y demas composiciones son defectuosas, y no merecen el alto concepto en que las tengo, podrá V. tachar mis elogios de algo exagerados, pero no de injustos.

S.—Para eso fuera preciso ir las desmenuzando como V. desmenuza las de Melendez, y ya tengo dicho á V. que no apruebo ese método de juzgar á los poetas; pero si V. quiere que por via de ensayo demos un repaso á algunas de las que V. reputa por mas acabadas, verá como no falta que decir sobre ellas.

H.—Mucho me complaceria ver qué defectos les encuentra el Sr. Salvá.

S.—Si? pues daré á V. gusto con dos condiciones: 1.^a que el examen sea breve, y recaiga sobre dos ó tres cosas de las mas notables, pues para hacer lo mismo con todas sus obras, fuera forzoso emplear demasiado tiempo. 2.^a Que esto se entienda dejando á salvo mis principios en la materia, que no son ciertamente los de criticar con solo el fin de encontrar defectos. Téngase, pues, entendido que yo voy á hacer en esta

ocasion con las poesías de Moratin lo que V. haría si las hubiese escrito Melendez.

H.=Enhorabuena.

S.=Empecemos por el soneto A MAIQUEZ. Dice V. que es *magnífico*, y pondera lo bien expresado que está el objeto de la tragedia, que es *el de robustecer el alma para que resista al vicio y desprecie los riesgos, que puede ofrecer la práctica de la virtud.* ¿No es esto?

H.=En efecto, eso es lo que digo.

S.=Pues yo creo que en ambas cosas padece V. equivocacion. Para probarlo no es menester pasar del primer cuarteto. Dice así:

Tú solo el arte adivinar sapiste
 Que los afectos acalora y calma:
 Tú la virtud robustecer del alma,
 Que al oro, al hierro, á la opresion resiste.

Si á cualquiera, sin otra prevencion ni antecedentes, se le pregunta, cuál es el arte, el agente, el móvil que tiene eficacia bastante para excitar los afectos humanos, restituyendo la calma al hombre irritado, y encendiendo en ira al que está sereno, contestará que la *Elocuencia*, ya sea en prosa, ya en verso, y alguno dirá tal vez que la *Música*; pero ninguno que la *Declamacion*. Esta se limita á expresar con toda propiedad en voz, gesto y accion, las palabras y afectos que el poeta atribuye á sus personajes. Por tanto si á este le falta el necesario talento para pintarlos con la naturalidad y el sentimiento, propios de su situacion y carácter, no podrá el cómico, por mas que se esfuerce, excitar en el ánimo de los espectadores los afectos que se propuso, y no supo expresar el autor. La elocuencia, pues, es la fuente verdadera y única, el manantial, puro ó impuro: el cómico viene á ser el conducto que dá paso á sus aguas, turbias ó cristalinas. No quiero decir con esto que sea

un vehículo simple y máquinal de los sentimientos y expresiones del poeta: confieso, por el contrario, que la declamación es arte difícil, y que de la perfección ó imperfección con que se ejerza, depende en gran parte el bien ó mal efecto que la obra de aquel produce en los espectadores; pero el fuego central, la fuerza mágica está en ella: la declamación no es mas que un auxiliar suyo.

Aun es mucho menos exacta la idea contenida en los dos segundos versos, á saber: *que Maiquez supo robustecer la virtud del alma, que resiste al oro, al hierro y á la opresion*. V. dice que en estos versos está bien definido el objeto de la tragedia, y Moratin no habla de la tragedia y su objeto, sino del trágico y su habilidad: *Tú solo supiste &c.* Ahora bien: si se pregunta, como arriba indiqué, cuál es el agente, el poder mágico, capaz de infundir en el alma del hombre tal valor y esfuerzo que haga frente al hierro y al oro, y desprecie la muerte y todo género de amarguras y peligros, ¿dirá nadie que es el cómico Maiquez, ni la declamación, ni la tragedia? ¿No dirá que es la exaltación de alguno de los sentimientos ó pasiones humanas, especialmente de las nobles y generosas? ¿No dirá que es el entusiasmo guerrero, patriótico ó religioso? ¿Quién llevó á Régulo á Cartago, á S. Lorenzo á la hoguera, á Colon al Nuevo-Mundo? ¿Decir que tan prodigiosos efectos los sabe producir un cómico, no es decir un solemne desatino?

Pasando ahora á los versos que V. gradua de *magníficos*, solo observaré que no pueden merecer este concepto los de un soneto, en que se encuentran rimando cuatro verbos, tres de los cuales están en segunda persona de un tiempo mismo, y son *supiste, conseguiste, dividiste*. Rimar, de este modo, prueba esterilidad y pobreza; pero en cambio estaba seguro el autor de que hasta apurar todos los verbos en *er* y en *ir* de la lengua castellana, no le podían faltar consonantes.

H.=Pues yo estoy cansado de ver emplear tales rimas á los poetas de gran renombre, entre ellos al mismo Garcilaso.

S.=Es mucha verdad; así están rimados los tercetos de

uno de sus sonetos (*); mas en esto no debe ser imitado, y si en ellos se fundára la gloria del cisne del Tajo, no hubiera llegado su nombre hasta nosotros. Bien seguro estoy de que no hay mediano versificador en España, que no se avergonzára de que pasasen por suyos. Pero demos una ojeada al soneto A LA MEMORIA DE MELENDEZ, del cual dice V. que es superior en mérito á cuantos compuso este poeta.

Ninfas, la lira es esta, que algun día
 Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
 Del Tormes; cuya voz armoniosa
 El curso de las ondas detenía.
 Quede pendiente en esta selva fria
 Del lauro mismo &c.

En este primer cuarteto se echa de ver una incorreccion notable en el uso del pronombre *cuyo*, que el autor quiso aplicar á Batilo, y en ley de buena gramática se refiere al Tormes.

H.=; Al Tormes? Y por qué?

S.=Por ser el sustantivo que le precede, y con arreglo á la doctrina que V. sentó, hablando de las trasposiciones, no es posible entenderlo de otro modo.

H.=Ya; pero á fin de salvar esa ambigüedad, despues del Tormes se pone punto y coma.

S.=Aunque V. le ponga una pared maestra, y al recitar el verso se detenga en Tormes diez minutos, siempre estas palabras:

*Del Tormes; cuya voz armoniosa
 El curso de las ondas detenía,*

Quieren decir que la voz armoniosa del Tormes era quien detenía el curso de las ondas. Ya vé V. que no es esto lo que el poeta quiso dar á entender.

(*) Pues en un hora junto me llevastes
 Todo el bien que por términos me distes,
 Literadme junto el mal que me dejastes &c.

H.= Ese reparo no es mas que una quisquilla despreciable.

S.= Algo de eso podrá haber, ¿pero no es quisquilla reparar, por ejemplo, en que Melendez no debió decir *Anacreon*, sino *Anacreonte*? Prosigamos.

*Intacta y muda entre la pompa verde,
Solo en sus fibras resonando el viento,
El claro nombre de su dueño acuerde.*

¿Quiere V. hacerme favor de decir qué *fibras* son estas?

H.= ¿Qué *fibras* han de ser? Las cuerdas de la lira.

H.= Jamás he visto á ningun escritor castellano, de prosa ni de verso, llamar *fibras* á las cuerdas, ni en cuantos diccionarios he podido registrar, se encuentra semejante voz en ese sentido.

H.= La habrá tomado Moratin del idioma latino, y bien sabe V. que es lícito españolizar voces de la lengua madre.

S.= Mucho hay que decir sobre eso; pero es el caso que en tal acepcion jamás he visto empleada aquella palabra por los autores latinos del buen tiempo, ni se halla en los vocabularios de este idioma. ¿La ha visto V. por ventura?

H.= Yo solo recuerdo haberla leído en un himno del oficio de S. Juan Bautista.

S.= Cierto: en el de visperas:

Ut queant laxis resonare fibris &c.

pero no ignora V. que el autor de este himno fue el diácono Paulo, que floreció á fines del siglo VIII; es decir, en los tiempos de la ínfima latinidad.

H.= Lo que sé muy bien es que los latinos conocian dos especies de cuerdas en los instrumentos músicos, las de metal y las de tripa. A todas en general las llamaban *chordæ* y aun *fides*; pero con este nombre solian designar particularmente á las segundas, á las cuales daban tambien el de *nervi*. Ciceron dice que los griegos consideraban como parte

esencial de una educación esmerada, la destreza *in nervorum vocumque cantibus*.

S.=En eso no hay duda. También Horacio en su oda A MERCURIO, llama *nervi* á las cuerdas de la lira,

*Tuque testudo resonare septem
Callida nervis;*

mas ninguno las llama *fibræ*, y siendo cierto, como lo es, que ni en latín ni en castellano, se conoce esta voz, ¿quién dió facultad á Moratin para usarla? ¿Hay en esto la acrisolada correccion y propiedad que V. le atribuye?

H.=Yo presumo que Moratin usó el nombre de *fibras* en el sentido de *nervi*; esto es, de cuerdas fabricadas de intestinos de animales.

S.=Es muy posible, porque en realidad entre *nervios* y *fibras* alguna semejanza se advierte, pero siempre fue sobrada libertad. Por otra parte, ¿no era mas propio y honorífico para Melendez, dar á su lira cuerdas doradas? Así podría resonar el viento en ellas, en vez de que, pendiente la lira de un laurel en la *selva fría* del Tórmes, poco tiempo resonarian siendo de tripa, pues estarian podridas y rotas en menos de una semana.

H.=Eso ya es mucho sutilizar; y lo que yo le digo á usted es, que cuando Moratin puso *fibras*, pudiendo escribir *cuerdas*, que cabe en el verso perfectamente, motivos tendria para hacerlo.

S.=Quién lo duda? Los tuvo muy grandes, y yo le diré á V. cuáles fueron. Escribió:

*Solo en sus cuerdas resonando el viento,
El claro nombre de su dueño acuerde.*

Esto de *cuerdas* y *acuerde* le sonó mal, y con harta razon. Entonces, no sabiendo cómo salir del apuro, encajó *fibras*, pegase ó no pegase.

H.=Ya se vé; en empeñándose en tropezar en pelillos...

S.= A fé que V. no necesita de eso para sus censuras. ¿En qué pelillos tropezó V. para decir que los romances de Melendez eran buenos en general, pero tenían el defecto de ser demasiados. ¿A quién, sino á V., le ha ocurrido la especie de que es defecto de *lo bueno* el ser *mucho*? Por fin reconoce V. que hay pelillos en qué tropezar, y eso que no quiero meterme con el último terceto por no ser pesado, pues aquello de la *ignorancia feroz* de la patria no se aviene muy bien con *el lamento de la misma*, y presta materia para algunos reparos. Mas en cambio, daremos un vistazo á la famosa composicion A LA MUERTE DE CONDE, que en el dictámen de V. *no tiene igual en nuestro Parnaso*, y se complace en insertarla íntegra á fin de que los contemporáneos *aprendan á ser poetas*. Empieza así:

H.= Dios nos la depare buena.

S.= *¡Te vas, ó dulce amigo,
La luz huyendo al día!
¡Te vás, y no conmigo!*

Lo primero que me ocurre, es la incorrección de la segunda frase, pues en buen castellano no se dice *huir la luz al día*, sino *la luz del día*, y así lo hubiera dicho Moratin si le hubiese cabido en el verso.

Otra impropiedad se advierte en la misma locucion respecto á su sentido, y consiste en que el *huir* es acto voluntario. ¿No es así?

H.= Ciertamente, porque aun cuando el mal de que se huye sea gravísimo, en mano del hombre está el arrostrarle si le prefiere á la fuga. Esto es lo que enseña el axioma: *Voluntas, etiam coacta, voluntas est.*

S.= Lo ha explicado V. perfectamente. Pues bien; en eso me fundo yo para afirmar que solo se dirá con propiedad *que huye la luz del día* el que se mata á sí mismo. Del que no se halla en este caso, deberemos decir, *que la luz del día es la que huye de él*. Hé aquí por qué es impropia aquella locucion, pues es de presumir que Conde muriese contra su gusto.

H.= En punto á sutilezas veo que puede V. apostárselas al mismo Escoto.

S.= Vamos al tercer verso, que en mi sentir adolece de otra impropiedad.

¡Te vás y no conmigo!

Moratin debió decir: *¡Te vás sin mí! ¡Te vás y no me llevas! ¡Te vás y no voy yo contigo!*

H.= ¿Pues no es lo mismo?

S.= No señor; *Te vás y no conmigo*, supone que Moratin trataba de hacer algun viaje, y esto no es verdad. Nadie se vá con el que se está quieto. Veamos otra estancia.

*Las nueve de Helicon
Sus diáfanos cristales
Te dieron, y benévolas
Su lira de marfil*

Estas donaciones están un poco oscuras. Cuando en la oracion hay una série de posesivos iguales y sin interrupcion alguna, se refieren todos en buena gramática al mismo sugeto. Si decimos: Juan me dió *sus* guantes, *su* capa y *su* sombrero, damos á entender que estas prendas pertenecian á Juan. *Las nueve de Helicon* dieron á Conde *sus* diáfanos cristales y *su* lira de marfil. Si estos dos *sus* hacen relacion á *Helicon*, viene muy bien en orden á los cristales, pero muy mal en orden á la lira, porque la fuente Helicon no tiene lira que dar. Si dichos dos posesivos se refieren á las Musas, pase la donacion de la lira, pero los cristales son de Helicon y no de estas. Ademas hay no poca duda respecto á *su* lira. ¿Tenian las Musas una sola lira para las nueve y se la dieron á Conde? ¿O tenian cada cual *su* lira y le regalaron *nueve* liras? Fuerza es convenir en que todo este pasaje está confuso y embrollado.

*Y te cedió Teócrito
La caña pastoril.*

La *caña pastoril* no significa un instrumento músico, como sin duda quiso darlo á entender Moratin. ¿Por qué no dijo *flauta* y mejor *avena*? Ni en las varias acepciones que trae el Diccionario de la voz *caña*, ni en ningun poeta antiguo ni moderno, recuerdo haber hallado semejante voz en el sentido de gaita ó zampona.

H.= Qué tacha tan pueril!

S.= Como muchas de las de V. Vamos adelante.

*El ritmo y afluencia,
Que usaron elocuentes
Arabia, Roma y Atica
Supiste declarar.*

El verbo *declarar* significa en este caso lo mismo que *aclarar*; es decir, poner en claro lo que está oscuro y confuso. Por lo mismo estará bien dicho que Conde supo *declarar el ritmo* que usaron los griegos, los romanos y los árabes, por ser para nosotros materia confusa ó intrincada; pero aquello de que *supo declarar la afluencia de dichas naciones*, no lo entiendo. *Afluencia* se llama *la facilidad de explicarse con abundancia de palabras y expresiones*. Donde hay *afluencia* no es menester aclaracion, porque *afluencia sin claridad* no se concibe. Lo que tal vez suele necesitar de aclaraciones es lo que se refiere en términos muy lacónicos. Hay por tanto en la espresion de Moratin falta de propiedad.

H.= Ya escampa.

S.= *La Historia alzando el velo
Que lo pasado oculta,
Entregó á tu desvelo
Bronces que el arte abulta,
Y códices y mármoles
Amiga te mostró.*

¿Quiere V. decirme qué *bronces abultados* son estos?

H.= ¿No está bien claro? Medallas, bajos relieves, está-

tñas, como la de Marco Aurelio, los caballos de Venecia &c., &c., &c.

S.=Pues siendo así, encuentro en esta estrofa una palpable impropiedad. Aquí tenemos dos verbos, que son *entregar* y *mostrar*. El primero significa *pasar ó trasladar una cosa de la mano ó del poder de quien la tenía á la mano ó al poder de otro sugeto*. Por consiguiente lo que *se entrega* es siempre un objeto manejable. El verbo *mostrar* quiere decir *exponer una cosa á la vista de alguno, enseñársela con el dedo ó de otra manera*. De estas definiciones, cuya exactitud es innegable, se deduce que Moratin trocó los frenos, diciendo que la Musa de la Historia *entregó* á Conde bronces abultados, y *le mostró* códices. Mas natural sería que le *entregase los códices, y le mostrase los bronces*.

Hay además otra idea falsa ó mal expresada, pues dice que le *entregó*

Bronces que el arte abulta.

Lo que hace el arte es *animar* los bronces, darles forma, expresion y vida. Esto fue sin duda lo que quiso, y no supo decir Moratin. No es objeto del arte *abultar los bronces*, que harto abultados son de suyo.

H.=Basta, basta. Ya veo yo que criticando de ese modo, no hay en el mundo composicion sin defecto.

S.=Quién lo niega? Así es como V. critica á Melendez.

H.=Vea V. qué impertinentes reparos, tratándose de una composicion que Tinco alaba con encarecimiento, y á la cual dió no menos elogios en el número 3o del Censor mi amigo D. Alberto Lista.

S.=Por lo que hace á Tinco repito á V. que en mi estimacion tienen poco peso sus encomios. No diré lo mismo de D. Alberto Lista, cuya idoneidad, ó por mejor decir, cuya superioridad en tales materias reconozco y respeto, como la reconoce y respeta toda España. Alabaría, no lo dudo, la oda elegiaca á la muerte de Conde, tanto por ser propio de

su carácter honrar á todo el mundo, cuanto porque para formar su juicio procedería con benévola intencion, considerando en aquella obra, ya en su totalidad, ya en cada una de sus partes, la armonía de sus estrofas, la oportunidad y el orden de sus pensamientos é imágenes; la naturalidad, viveza y expresion de los afectos, y en fin la impresion que deja su lectura en el ánimo de los lectores imparciales, que es la piedra de toque mas legitima y segura. Pero no descenderia á desentrañar malignamente y por ápices su estructura, vocablo por vocablo y sílaba por sílaba, como V. ha hecho con el pobre Melendez, ó como yo lo hago ahora con Moratin. Proceder de este modo, es lo mismo que si para juzgar de la belleza y fragancia de una rosa, fuésemos examinando y arrancando sus hojas una por una.

Basta con lo dicho para hacer ver que nadie hay perfecto; que Moratin no puede presentarse á la juventud como un modelo sin tacha; que la crítica maligna rara vez deja de encontrar donde hincar el diente con mas ó menos razon; y por último, que del mismo modo que estamos obligados á ser indulgentes con el prójimo en orden á sus defectos morales, debemos serlo respecto á sus flaquezas literarias, teniendo presente aquella copla de Quevedo:

Todos somos concebidos
 En cosquilla original;
 Quien no las tiene en los lados
 Las tiene en el espaldar.

H.—Todo eso está muy bien, pero vamos á lo que importa: ¿imprime V. mi obra, ó no la imprime?

S.—Sin enmiendas?

H.—Sin enmiendas: *quod scripsi, scripsi*.

S.—La imprimiré, pero será poniéndole un prólogo, en que declare paladinamente *que disiento de la opinion de V. en el juicio que forma de Moratin; que los elogios de V. y de Tinco son parciales y exagerados; que los tributan á su ídolo con ciego entusiasmo y repeticion empalagosa, y*

que estoy muy distante de tenerle por el mejor y mas perfecto de todos los poetas que han escrito desde Rioja hasta nuestros dias en cuantos géneros ejercitó su pluma. ¿Le acomoda á V. asi?

H.= Qué disparate! Lo dice V. de veras? Si asi sucediese, sería V. el primer editor del mundo que desacreditase de propósito la obra que tratára de publicar.

S.= Pues lo seré, no le quede á V. duda, porque no quiero aventurar mi reputacion literaria, tal cual ella sea (*).

H.= ¿Y se figura V. que he de ser yo tan necio que entregue mi manuscrito á quien se propone desautorizarle y rebajar su mérito?

S.= Está bien: aguardaré para publicarlo á que V. se muera.

H.= En tal caso haga V. lo que guste, pues como dicen los fanceses, *après moi le déluge*.

JUAN NICASIO GALLEGÓ.

(*) En efecto el editor ha cumplido puntualmente su palabra.

POESIA.

A LA FORTUNA.

Mucho te temen, Fortuna,
y no sin razon tal vez,
que eres doblemente vária
por fortuna, y por muger.
Como muger mientes risas
al que dá en quererte bien,
y cautelosa le muestras
vanas sombras de placer.
Mas apenas las alcanza,
apenas tocarlas cree,
como fortuna le abates
derribándole á tus pies,
Pero pienso que te sobra
tu nombre, fortuna, á fé;
pues para mentir sonrisas
que oculten amarga hiel,
para ensalzar esperanzas
y derribarlas despues,
para ser mudable y falsa
te basta con ser muger.

Mas tú me dirás acaso,
fortuna, que mal sabrá
calcular de tus vaivenes
la asombrosa rapidez,
si á lo de muger no junto
tu *afortunado* poder.
Oh! tienes razon; los hombres
hacen en temerte bien,
que eres doblemente falsa
por fortuna y por muger.
Tú te ries de sus lágrimas,
y de sus dichas tambien,
de su esperanza y temores,
de su angustia y su placer;
y haciendo juego de todo,
gozas viendo, que á la vez,
unos lloran, otros rien,
cientos nacen, mueren cien,
unos suben, otros bajan,
y en tan confuso Babel
se truecan, cambian y mudan
destinos á tu placer.
Rien los que antes lloraban,
hoy nace el que ayer no fué,
los que antes subieron bajan,
quien bajó sube otra vez;
y asi en eterna inconstancia,
y asi en eterno vaiven,
ni la dicha satisface,
ni mata el dolor cruel.
Los hombres locos pretenden
sujetarte á su poder,
sin pensar que eres, fortuna,
loca, como ellos tambien.
Pero yo que te conozco,
y que tus locuras sé,
de ellos y de tí me río;

y sin tratar de oponer
á tu influjo resistencia,
me dejo llevar por él;
y ni en tus grandezas creo,
ni temo de tí un rebés.

Desde ahora te desafío:
veremos quien vence á quien;
si con tus engaños, tú,
ó yo con mi poca fé.

Y porque no digas luego,
fortuna, que te engañé,
voy á mostrarte los lados
por donde mi pecho es
impenetrable á tus tiros
por mas que le apuntes bien.

En amor no hay que esperar
que me llegues á vencer,
porque si ensayas rigores
para mirarme á tus pies,
sabe tengo el corazon
hecho á prueba de desden.

Y si de dicha y favores
tiendes acaso la red,
para alzándome primero
hacerme luego caer;
mala andanza te prometo,
fortunilla, aquesta vez,
pues me cansa de las bellas
el amor mas que el desden,
y si me lo quitas, haces
lo que yo he de hacer despues.

De suerte, que lograrás
tan solo darme placer,
y gozando los favores
y no las penas, sabré
sin que me piquen abejas
comerme todà la miel.

Riqueza y poder son cosas
que aunque pródiga me des,
no me las podrás quitar,
si no las quiero tener.

La pobreza no me espanta:
soy poeta, y como ves,
la pobreza y el poeta
ambos empiezan con *p*;
y siendo hermanos carnales
desde al arcá de Noé,
no puedes hacer desgracia
lo que ya costumbre es.

Aun mucho mas te diria,
pero no es justo, á mi ver,
presentarme sin reserva
en lucha de tanta prez.

Ahora bien, pronto al combate!

prepara la astuta red:

lisonjas, bienes, desdichas,

que yo rechazar sabré,

con firmeza tus agravios,

con desprecio tu oropel.

Y dando pecho á tus males,

y á tus venturas de pie:

tú mudando, y yo riendo,

veremos quien vence á quien.

LO VALLADARES

Y GARRIGA.

CATON.

El hierro agudo en la cansada mano,
 Fija la vista en el *Phedon* divino....
 Miradle, ese es CATON: fatal destino
 Por doblegarle se impacienta en vano.

Su patria ha perecido: ya el romano
 de la antigua virtud perdió el camino:
 Ya el PUEBLO-REY al templo de Quirino
 Corre á incensar al vencedor tirano.

¿Sucumbirá CATON?—Con voz sublime,
 Alto el puñal, "aun libre soy" esclama,
 Y el pecho rompe con valiente ejemplo.

El crimen coronado tiembla y jime:
 La libertad á su mansion le llama;
 Y la inmortalidad le abre su templo.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.



COLECCION DE CÓRTESES DE LOS REINOS DE LEON Y DE CASTILLA. *Dada á luz por la Real Academia de la Historia.* (Madrid, librería de Sojo.)—Esta importantísima publicacion, que ha empezado á ver la luz hace cuatro años, continua saliendo por cuadernos sueltos, en 4.^o mayor, de esmerada y correcta impresion. La Academia ha conocido toda la importancia de la empresa que ha tomado á su cargo, y procede en su desempeño con el mayor detenimiento y circunspeccion, al elegir los códices que le han de servir de testo, al cotejarlos con otros mas ó menos auténticos, y al anotar las variantes sustanciales que de semejantes cotejos resultan. Hé aqui como se espresa la Academia en su *prólogo* acerca del objeto de la *Coleccion de Córtes*, y de los medios con que cuenta para llevarla á cabo.

La Real Academia de la Historia (dice) hace tiempo que concibió el pensamiento de publicar una coleccion de Córtes, como el monumento mas señalado de nuestras leyes antiguas, usos y costumbres de la nacion. Moviale á ello no solo el objeto de su instituto, sino tambien el generoso deseo de que el público disfrutase

la reunión de sucesos memorables de tantos reinados, el conjunto de instituciones fundamentales, civiles y políticas en que España se adelantó á los demás países, y el cuadro y perspectiva de un largo período, que encierra cuanto hay de grande y de noble en nuestros anales por la dilatada serie de muchos siglos.

Fácil hubiera sido la empresa, si la Academia se contentara con dar á luz algunas de las copias que andan en manos de los aficionados, incorrectas unas, incompletas otras, y desautorizadas todas; pero no le era lícito comprometer su nombre poniéndole al frente de una copia falta de autoridad, no suficientemente examinada, y en que por otra parte no hubiera tenido otro mérito que el de la simple impresión. Así pues ha sido necesario buscar en los archivos y bibliotecas del reino códices fehacientes, compararlos entre sí, y escoger un texto el más genuino y auténtico que fuese posible, por donde los eruditos y juriscónsultos pudiesen conocer el verdadero espíritu de la legislación española discutida en las juntas nacionales, y sancionada por los Monarcas. Porque si en alguna cosa interesa la puntualidad y diligencia, es sin duda en el exámen de las antiguas Cortes, por cuyas leyes se gobernaron nuestros antepasados, y de las cuales muchas están vigentes todavía en puntos esenciales á la Constitución del Estado.

A la Academia no se oculta que esta empresa es vasta y difícil de llevar á cabo. Por esto guiada del anhelo de acertar, empezó pidiendo noticias á los individuos correspondientes de las provincias y á otras personas respetables, que por su posición se hallaban en estado de facilitarlas. De ellos espera la mas noble cooperación, aunque hasta ahora no han podido realizarla á pesar de su buena voluntad, bien sea por las circunstancias de los tiempos, ó bien porque para un escrupuloso registro, cual se necesita, de los códices que sin duda se hallan en los monasterios, catedrales y archivos de las ciudades de voto en Cortes, escasean los aficionados al estudio de nuestras antigüedades que quieran ó sepan dedicarse á semejante trabajo de suyo prolijo, enojoso y mal premiado. Los prelados de algunas órdenes monásticas con quienes se ha seguido correspondencia, al paso que se han mostrado deseosos de complacer á la Academia; sólo han dado á conocer el gran número de manuscritos que se echan de menos en sus archivos despues de la guerra de la independencia, y los copiosos cuadernos de Cortes que existieron en Sabagun, Cardena y San Martin de Galicia, cuyos raros documentos quizá se han perdido para siempre en daño de la jurisprudencia ó historia nacional. Puede presumirse con fundamento que muchas actas de las Cortes que se celebraron en los siglos XI y XII, y que mencionan nuestros historiadores y cronistas, serán difíciles de encontrarse íntegras á pesar de la mas esquisita diligencia. Por tanto la Academia anuncia á todos los literatos de España que agradecerá muy particularmente cualquiera noticia, instrumento ó copia autorizada que se sirvan remitirle acerca del interesante objeto en que se ocupa.

La presente colección se limita por ahora á las Cortes de Castilla, sin perjuicio de estenderla despues á las de Aragon, Cataluña y Navarra.

Al escritor filósofo toca examinar el influjo que tuvieron nuestras Cortes en la suerte de la nación, las vicisitudes por donde pasaron, las causas de su grandeza y decadencia, y su importancia en el órden legal, económico y civil. La Academia, atendida puramente á los hechos, solo debe presentar materiales para la historia.

Hasta el dia van publicados 31 cuadernos de la *Colección*, y en ellos se contienen las Cortes celebradas en los años, lugares y ciudades siguientes:

Años en que se celebraron las Córtes.	Lugar de su reunion.	Reyes que las presidieron.
Año 1020	Leon.....	Alfonso V.
1050	Coyanza.....	Fernando I.
1258	Valladolid.....	} Alonso X.
1274	Zamora.....	
1315	Burgos.....	} Alonso XI.
1325	Valladolid.....	
1328	Medina del Campo..	
1329	Madrid.....	
1348	Alcalá.....	
1349	Leon.....	
1367	Burgos.....	} Enrique II.
1369	Toro.....	
1371	Toro (1).....	
1373	Burgos.....	
1374	Burgos (2).....	
1377	Burgos.....	} Juan I.
1379	Burgos.....	
1380	Soria (3).....	
1385	Valladolid.....	
1386	Segovia.....	
1387	Bribiesca (4).....	} Juan I.
1388	Palencia.....	
1390	Guadalajara (5).....	

(1) Al cuaderno de estas Córtes, acompañan otros tres que comprenden los ordenamientos hechos en ellas; á saber: uno sobre la administración de justicia,—el de Prelados—y la Respuesta á las peticiones de Sevilla.

(2) Este cuaderno no comprende las Córtes de Burgos, sino el ordenamiento de Cancillería formado en ellas.

(3) A estas Córtes acompaña el ordenamiento sobre judíos y sobre lutos, hecho en ellas.

(4) A estas Córtes corresponden, por haberse hecho en ellas, el ordenamiento de leyes dividido en tres tratados,—el ordenamiento sobre la baja de la moneda de los Blancos—y el ordenamiento sobre el servicio extraordinario de las doblas.

(5) A estas Córtes acompaña el ordenamiento de preladós, que se hizo en ellas.

Cuanto se pudiera decir sobre la grande utilidad que de la publicacion de estos antiguos monumentos de nuestra historia y de nuestra legislacion se debe necesariamente seguir, seria de lo mas escusado; sobre esto no puede haber duda. A últimos del siglo pasado, ya todos nuestros hombres de letras y magistrados mas distinguidos, procuraban con ardor proporcionarse colecciones manuscritas de Córtes, fueros y ordenamientos, persuadidos de que sin un estudio meditado de su contenido, jamás seria posible comprender bien la índole de nuestra legislacion ni la historia de la monarquía. Distinguíronse en este empeño los eruditos *Burriel*, *Flornes*, *Asso*, *Manuel*, y los ilustres magistrados conde de *Campomanes*, y *Jovellanos*; y á sus trabajos se deben las colecciones de Córtes mas ó menos completas y correctas que andan en manos de los curiosos. Despues se quiso dar á estos estudios una tendencia política, y ya no se emprendieron para descubrir y desentrañar el espíritu y la índole de los siglos á que respectivamente se referian, sino para fundar teorías nuevas de gobierno, y hacer ver que ciertas instituciones eran idénticas á las que habian regido á la nacion en los mejores y mas prósperos períodos de su historia.—Este nuevo interés dado á esta clase de estudios, despertó mayor aficion hacia los monumentos que nos restan de nuestra antiguas Córtes, y produjo varias obras sobre la naturaleza, atribuciones é importancia política de aquellas asambleas; pero en el calor de los debates políticos, era muy difícil que los hechos históricos y los monumentos en que se hallan consignados, no fuesen forzados, con mas ó menos violencia, á apoyar la tésis que cada escritor se habia propuesto de antemano sostener. Asi, para unos las Córtes antiguas de Castilla eran casi las árbitras del gobierno y las depositarias de la autoridad suprema, mientras que para otros, solo habian sido unas asambleas embarazosas, inútiles é insignificantes. Sostuvo la primera de estas opiniones con grande aparato de erudición y con gran copia de monumentos históricos y legales, el canónigo *Martinez Marnia* en su célebre tratado de la *Teoría de las Córtes*, publicado en 1813; y la se-

gunda halló un no menos ilustrado defensor en el magistrado *Sempere y Guarinos*, que en su *Histoire des Cortès d' Espagne*, publicada en París en 1815, se propuso refutar á Marnia y rebajar el crédito y la importancia de aquellas antiguas asambleas.—Ambas opiniones eran estremadas y falsas, y la verdad que en esto, como en otras muchas cosas, se suele hallar en un término medio, razonable y equitativo, distaba tanto de la exageracion *liberal*, como de la *realista*. Pero como no todos podian ver y consultar los monumentos que los escritores *políticos* presentaban generalmente por el lado favorable á su sistema, se han formado, y se siguen aun formando sobre este particular los juicios mas inexactos y erróneos. Los monumentos de la edad media presentan por lo general, un carácter de confusion y de irregularidad, que con dificultad pueden ser debidamente apreciados por trozos ó fragmentos; es preciso estudiarlos en su totalidad y considerarlos en su tendencia, mas bien que en la materialidad de una espresion ó de una cláusula aislada. No hay cosa mas comun, que hallar en estos monumentos las especies, á primera vista, mas contradictorias y opuestas, y al lado de un párrafo que respíra independencia y anarquía feudal ó el espíritu mas exagerado de libertad comunal, encontrar otro en que se profesa y proclama el poderío libre y absoluto de los reyes. Son por lo comun un arsenal donde los partidos políticos encuentran siempre armas acomodadas á la defensa de sus intereses y doctrinas, cuando se proponen rebuscar y entresacar lo que favorece á sus miras. Por eso es menester consultar los originales y por eso seria tan apreciable y tan útil el trabajo de la Academia de la Historia, aunque no estuvieran recomendándole otra multitud de circunstancias y de consideraciones que creo inútil enumerar. P. J. P.

REVISTA DE MADRID.

BIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA.

LAFAYETTE (*Gilberto-Moitié*, marqués de)

(*Conclusion.*)

Volvieron los Borbones en 1814, y Lafayette se presentó nuevamente en la escena política con la imperturbable constancia de sus principios. Era esta tan conocida, que el conde de Artois, que había permanecido fiel al espíritu de la contrarrevolucion, decía: "Solo Lafayette y yo, no hemos cambiado." Pero véase un hecho singular: Lafayette era menos hostil á Carlos X, el rey de la emigracion, que á Luis XVIII, el autor de la Carta. Consideraba al primero de estos príncipes como un hombre extraviado, pero de buena fé, y sin maldad ninguna en el corazon: por el contrario tenia el mas desventajoso concepto del carácter y sentimientos de Luis XVIII. Semejante antipatía tenia relacion con un resto de interés por Luis XVI y Maria Antonieta, con-

Segunda serie.—Tomo III. 50

tra quienes creía que su hermano había estado animado de las peores intenciones. En efecto, Luis XVIII, conde de Provenza, odiaba á la reina, y no tenía aprecio ni benevolencia hácia Luis XVI, y puede dudarse que sus desgracias le hayan causado un pesar: este príncipe tenía además sed de reinar, y estaba convencido de que moriria rey; creía igualmente que Cárlos X no podia conservar la corona, y había pronosticado este suceso, cuando estaba todavía en Hartwel, en Inglaterra.

Durante los cien dias, apareció Lafayette de nuevo en la cámara de los representantes, y dirigido por la fijesa de sus principios, apreciando mal la situacion y las cosas, y confundiendo la época de 1815 en la cual ante todo era preciso salvar el territorio, con la de 1789, en que se había de conquistar la libertad, dió un golpe mortal al Emperador, vencido en la funesta batalla de Waterloo, con una proposicion muy bella y saludable en apariencia, pero en el fondo impolítica y peligrosa. En lugar de desarmar al grande hombre, preciso era volverle á colocar con todo su genio, entero todavia, al frente de los ejércitos, y ayudarle á exterminar primero á los prusianos, que se habían aventurado de manera que no podian salir de la posicion en que se hallaban. He conocido bastante á Lafayette, y estoy convencido de que solo siguió entonces el impulso de su conciencia, y de que jamás se ha reprochado su falta; pero no por eso dejó de causar á su país un mal irremediable. Lafayette no tenía las luces de un hombre de Estado, y su entendimiento no era con mucho tan bueno como su corazon: de ahí proviene, que á pesar de la influencia que ha conseguido en muchas épocas de su vida, ha sido siempre inferior á las situaciones en que se había colocado, ó que le había marcado la opinion: las cosas grandes abortaron siempre en sus manos.

Lafayette hizo tambien un perjuicio á la Francia apresurando la abdicacion de Napoleon; pero sobre todo manifestó cuán poco conocía su propia posicion con respecto á los estrangeros, haciéndose nombrar uno de los comisionados cerca de los aliados para negociar una suspension de armas.

Nadie menos á propósito que él para salir bien de semejante mision, á causa de su complicidad en el gran crimen de dar libertad á 25 millones de almas, por su participacion é inalterable adhesion á los principios de la revolucion de 1789. Como era de preveer, nada pudo conseguir; y á su vuelta, que diserió el enemigo cuanto pudo, tuvo el sentimiento de saber la capitulacion de París y la retirada del ejército sobre el Loira. Entonces debió conocer la enormidad de su falta, y sobre todo sentir el pesar de no haberse quedado en París para defender el honor de la capital, que no habia sido violado desde la traicion de Isabel de Baviera. ¡Qué papel tan brillante el suyo, si en vez de dedicarse á derribar á Napoleón, le hubiese dicho: "General, me pongo á vuestras órdenes, vamos á arrojar á los enemigos que circundan á París, y despues trataremos juntos de los grandes intereses del pueblo y de la libertad!"

— Un dicho noble y feliz salió á lo menos entonces de la boca de Lafayette: habiendo tenido el embajador inglés la villanía de pedirle que Napoleón fuese entregado á los aliados: "Me admira, respondió, que para proponer tal vileza, os dirijais al prisionero de Olmoutz." En 6 de julio, dió cuenta á la asamblea de las conferencias de Haquenau, y aseguró que los departamentos que habia recorrido participaban de los sentimientos espresados en el manifiesto del dia anterior, al cual se adherió en su nombre y en el de los diputados D'Argenson y Sebastiani..... El 8 encontraron los diputados las puertas del cuerpo legislativo cerradas y guardadas por un piquete prusiano. Lafayette los condujo á su casa, y de allí se dirigió una gran parte de ellos á la de Lanjunais, presidente de la Cámara, redactando los miembros presentes el acta que atestigua la violencia hecha á los derechos de los representantes de un gran pueblo. Es posible que en aquella época fuese engañado Lafayette por el doble papel que representaba Fouché, en correspondencia, secretamente con Luis y Wellington. Despues del triste suceso de la segunda ocupacion y vuelta de los Borbones, que entraron con los bagages de los ejércitos aliados, pasó Lafayette á la Grange, donde

vivió retirado hasta las elecciones de 1817. El gobierno consiguió entonces impedir su eleccion; pero en 1818, el veterano de la libertad triunfó de todos los obstáculos. Durante el curso de su nueva carrera legislativa, mostróse constantemente al frente de la oposicion, y jamás abandonó la causa popular en los momentos importantes y peligrosos. Manifestaba sin cesar sus principios de 1789, y parecía representar él solo la asamblea constituyente, de la cual era un glorioso resto, que permanecia en pie sobre la tumba de tantos hombres generosos, que habiendo empezado con él su carrera, la terminaron en su mayor parte de un modo cruel. Lafayette conservaba de ellos un religioso recuerdo, y en especial de Bailly, cuyo busto tenia siempre á la vista al lado del de Francklin. Lafayette, fuerza es decirlo, tomó parte en muchas conspiraciones contra los Borbones, cuya antipatia contra la revolucion, y su deslealtad á pesar de los mas solemnes juramentos, le parecian probados; pero una espresion que le he oído á él mismo, probará que tenia siempre los mismos sentimientos que en 1790, y en caso de necesidad arrostraría, si fuese preciso, los peligros de la familia real. "Lo que me atormenta, decia, es saber como hemos de salvar á estos desdichados que corren á su perdicion; porque al fin, será preciso salvarlos."

Sospechoso al poder, y dando ocasion por todos lados en el descuido de sus espresiones y su confianza ilimitada, cosa verdaderamente estraña en un hombre político, hubiérasele podido prender, juzgar, convencer y condenar: en nada le alteraba este peligro, y conservaba toda su serenidad. Tal vez no hubiera sentido mucho la desgracia de perecer en un cadalso como Sidney. Da lugar á creerlo la siguiente anécdota: "Sois, le decia un día su colega Laffitte, una estatua que busca su pedestal, y poco os importaria, aunque este fuese un cadalso. — Es verdad, contestó Lafayette." En un momento crítico estuvo muy tentado Luis XVIII de hacerlo arrestar, é instruido Lafayette de aquella ligereza del príncipe, subió á la tribuna, y dijo sustancialmente: "Háblase de poner en juicio; no pido otra cosa que presentarme ante un

tribunal, pues cuando esté allí, diré ciertas cosas que guardamos en el corazón un personaje y yo." Aquellas palabras impusieron á Luis XVIII, que no quiso correr el riesgo de tener que sufrir frente á frente las revelaciones de un hombre incapaz de reservar nada; y Lafayette nada tuvo ya que temer de su real enemigo; pero si el sentimiento de la pérdida de varios hombres que le habian adoptado por bandera. Como hubiera muerto sin pestañear, contaba con igual firmeza en los demas, y no parecia que le conmovian mucho sus desgracias. A pesar de ser bueno y adorado de su familia, tal vez no se vió asomar jamás una lágrima á sus ojos; tampoco tal vez manifestó jamás la menor señal de alteracion en su semblante, que permaneció tranquilo y frío en medio de los mayores peligros. Uno de sus mas fuertes enemigos, me decia un dia: "Lafayette tiene dos grandes virtudes: desprecia severamente la muerte, y no tiene amor al dinero."

Hay un suceso en la vida de Lafayette que Alejandro, César y Bonaparte, hubieran comprado por cuantos sacrificios puede hacer el genio ó la pasion de la gloria, es decir, su último viage á América: un mundo entero que saluda á un hombre proclamándole su libertador; un mundo entero que le aplaude en presencia del cielo, y en un tiempo en que ningun hecho memorable puede ocultarse á la memoria de los siglos, es una cosa única en los anales del género humano. ¡Qué elogio del tiempo que vió tributar tal recompensa á una virtud grande y útil, el amor sincero de la libertad!

La pasion dominante de Lafayette fue siempre la popularidad; nada, pues, podia causarle una especie de delirio como los trasportes de tantos millones de hombres que de todas partes corrian presurosos á verle; permaneció inalterable y tranquilo y regresó á Francia sin advertirse alteracion alguna en su conducta. Ningun orgullo, ninguna jactancia, ningun alucinamiento; volvió á su vida acostumbrada y continuó como antes, sirviendo la causa de su pueblo. Hechos son estos, que no hubiera despreciado Plutarco. Lafayette tenia respeto á la revolucion, y aunque enemigo declarado

de sus excesos, no le gustaba hablar mal de ella ni hacia violencia á la opinion de persona alguna. Veia con placer á los hijos de los de la Montaña ó de los Girondinos sus antiguos enemigos, y con tal que se amase la libertad y se persistiese en su fé política, todo el mundo era bien recibido en su casa. Lafayette queria el orden, y en los últimos tiempos de su vida, se le vió todavia apresurarse á restablecerlo; pero no le disgustaban los movimientos, porque anuncian que el pueblo conserva su energía, y Lafayette no queria que el pueblo hiciese dimision. En Francia vivia en medio de los representantes de su amada América, cuyo gobierno era segun su corazon. Italianos, rusos, suecos, alemanes, ingleses, prusianos, cuantos querian la libertad, se apeaban en su casa y recibian una favorable acogida, consejos, promesas y servicios si eran posibles. En cuanto á la libertad general, la esperanza de Lafayette era tan estensa como la de César por la gloria; aquella esperanza sobresalia de su corazon y se esparcia como un inagotable manantial por el corazon de los demas. Era la propaganda encarnada, la propaganda hecha hombre. En los grandes momentos ofreciase Lafayette en holocausto á la libertad, y cuanto entonces decidia, era generoso y sin mezcla alguna de interés personal. Necesitaba sin embargo, una recompensa para su virtud; la popularidad le daba la vida; la amaba, la conquistaba en buena lucha ó la atraia con arte y la conservaba con cuidado. Lafayette esperaba las palmas del porvenir, pero necesitaba de los aplausos del siglo. El sueño de este hombre, único en nuestra época, era no morir antes de haber visto la libertad del mundo; alegrábase de verla marchar á paso tan apresurado y esperaba la realizacion de sus ardientes deseos.

Existen demasiados actores del drama de 1830, en el cual ha representado Lafayette uno de los principales papeles; con motivo de esta revolucion se han conmovido demasiadas pasiones, para que me atreva á presentar su historia ni aun en compendio, y señalar la parte que tomó Lafayette en aquellos sucesos; pero habiendo visto con frecuencia y de cerca, al general en aquella época, me atrevo á asegurar que

era el mismo de siempre, solo que su complacencia en las demostraciones activas de la opinion pública, en presencia del gobierno, se habia acrecentado con la edad; aplaudia gustoso el entusiasmo de la juventud y pensaba utilizarlo como un elemento de buen éxito en las conquistas que anhelaba por la libertad. En las salones de su casa, alagaba un tanto al motin que estaba resuelto á reprimir al siguiente dia, para que no saltara sus límites. En cuanto á gobierno, ningun adelanto parecia que hubiese hecho desde 1789; tampoco habia adquirido mayor conocimiento de los hombres, y era fácil engañarle con tal que se adoptase el language de la libertad y se le hiciese esperar alguna mejora inmediata en la suerte del pueblo. Lafayette era compasivo con los desgraciados, y en sus tierras de Lagrange, no era señor sino para hacer bien, pasando una vida patriarcal. Jamás hombre alguno ha llevado más allá el desinterés y la providad; pero á pesar de su mucha rectitud, su política ha parecido dudosa, y llena de contradicciones su conducta, y aun de devianciones en ciertas épocas; esto consiste en que las circunstancias eran muy difíciles, y que la política, á nombre de la necesidad, aconseja muchas veces muy mal á los hombres mas honrados. Lafayette no tenia ninguna de las proporciones de los grandes hombres, pero su nombre durará como los de ellos, porque su vida vá enlazada con un suceso del mundo, la revolución francesa. Ningun actor de aquella revolución se le parece. Es entre todos de una naturaleza particular; y el solo que no cambió desde su regreso de America, hasta su muerte acaecida el 20 de mayo de 1834. Escusado es decir que un hombre semejante, honró sus últimos instantes con un valor tranquilo, y que ni un momento desmintió su carácter, sus principios y opiniones. Sus funerales, dignos en verdad de él, si se hubiesen celebrado un poco antes, habieran sido parecidos á los de Mirabeau y del general Foy, que fueron acompañados de todas las demostraciones de un luto público. Sus cenizas merecian mas honras, y mas pesar su pérdida. = P. F. Tissot.

G. G.

UNAS POCAS PALABRAS

SOBRE LITERATURA DRAMÁTICA.

Apenas poseyó España por una centuria la gloria que le habian adquirido tantos valientes soldados, tantos sabios famosos y tantos célebres artistas, cuando pareció ya aquel triste período en que la literatura, las artes y las ciencias caminaron á su ruina, al mismo paso acelerado que la riqueza, el poder y la gloria del imperio español.

G. M. DE JOVELLANOS.

Cuando vemos que Lope de Vega, Calderon, Tirso, Moreto, Alarcon, Montalvan, Rojas, Solís, Cubillo, Matos Fragoso, Cañizares, Zamora, Candamo, Zárate, Mira de Amescua, Velez de Guevara, y tal cual otro ingenio menos conocido de entonces, se dieron á la poesía dramática con toda la novedad del genio consagrado al espíritu de aquellos tiempos de costumbres puramente españolas, no podemos menos de decir que el teatro antiguo español es indígena, á la manera que los padres de la nueva escuela llamada romántica dieron á la Francia un teatro nacional por emblema de su independendencia política. Examinemos este punto.

Hasta el tiempo en que florecieron nuestros poetas ya citados, reducido el teatro español á mezquinas farsas, y algunos pocos dramas áridos y amanerados de Lupericio de Argensola, Cervantes, Juan de la Cueva, Cetina, Virués, Guevara, Cisneros, Morales, Artieda, Saldaña etc., era en

vano que buscase la gloria con que andando el tiempo deslumbrára á los teatros estrangeros. Los hombres de letras, por efecto de las doctrinas que habian mamado en nuestras aulas peripatéticas, achacaban el origen del mal á la parte mas remota. Estaban en la ciega creencia de que por falta y desuso de las reglas escolástico-elementales no subian de punto las glorias del teatro español. Mas no es extraño que asi pensasen los hombres mas doctos, cuando asimismo pensaron despues Cervantes y despues Morafin, y tantos otros pasados y presentes, secuaces escrupulosos del clasicismo; porque, espresándonos con las terminantes palabras de un escritor francés: "Las impresiones que se reciben en el colegio, llegan á convertirse en una especie de preocupacion, de la cual suelen no librarse enteramente aun los mas privilegiados talentos (1)."

Con efecto, todos los hombres, todas las clases de la sociedad tienen sus creencias, sus preocupaciones; y no es por cierto entre los que se dan á las letras donde menos cunde el contagio. Siempre ha sido propension y empeño del sabio reducir á reglas generales, ó axiomas irrevocables y precisos, los diversos fenómenos de la naturaleza, con el grande y laudable objeto de explicarlos; pero que solo han tenido el resultado de hacer patente su pobre y limitada comprension del mecanismo de esta máquina misteriosa.—Siguiendo este principio, vemos que todos nuestros maestros, en la investigacion de los resortes que mueven la pluma del hombre que acierta á trazar los excelentes rasgos de su imaginacion, se han esforzado por imponer el duro freno del arte, al libre cuanto ilimitado vuelo del genio. Y hé aqui reasumida la explicacion del origen de todas las escuelas clásico-elementales. Por tanto se ha visto que los preceptistas con la comun arrogancia del que se tiene porque sabe mas, en mas que el comun de los hombres, se han esforzado, como todo el que se permite probar una creencia sistemática, á persuadir (que eso de hacer ver toca ya en lo imposible)

(1) Mr. Viardot.

por medio de gruesos volúmenes, que hay arte para la poesía, y que hay arte para escribir buenos dramas, y que hay arte de pensar; han hecho creer á los gobiernos, sin que deje por tanto de resaltar la ridiculidad del absurdo.

..... No nos detendremos, lo que descáramos en las causas y origen de este método de enseñanza, de este abuso, de esta opresion de las facultades del genio y buen gusto de las letras, por no tocar muy de cerca en el objeto principal de este escrito. Mas por decir algo sobre el origen que tuvo este fenómeno contagioso de la literatura, contentémonos con citar el siguiente párrafo de un informe que dirigió al gran Carlos III su célebre ministro D. G. M. de Jovellanos. "Vino el tiempo, dice, de las herejías y las sectas, tanto mas ominosas á los estudios, cuanto entrándose á discurrir sobre los derechos de los príncipes y los pueblos, parecian atacar la autoridad pública, y presentar la horrible imágen de la anarquía y del desorden..... Desde entonces las ciencias eclesiásticas merecieron todo su cuidado..... Nacieron entonces nuestras universidades formadas para el mismo objeto.... En la renovacion de los estudios (siguiendo el único método de enseñanza conocido) el mundo fué peripatético; y el método escolástico, su hijo mal nacido, fijó en todo el la enseñanza. Mas ó menos tarde fueron las naciones sacudiendo su yugo..... la nuestra lo siente todavía."

Mas no son los citados escritores solos, ni los que ahora pensamos como ellos, los que condenan por engañoso é impracticable ese mezquino sistema de enseñar, ese suplicio vergonzoso donde, por decirlo así, se da garrote á las bellas letras, y mas señaladamente á la literatura dramática; que muchos sabios de la época en que reinaba con mas fuerza tal fanatismo literario, conocedores del buen gusto, sobrepujaron á toda preocupacion, falsearon de hecho una ley general, y tocando los resortes armoniosos del genio, derribaron los ruinosos cimientos del Areopago, donde se levantára por tantos siglos el ídolo de fanatismo (1).

(1) Aristóteles, para que todo el mundo lo entienda.

Lope de Vega fué el primero que, despreciando por inútiles rancias doctrinas, acometió la árdua empresa de fijar la época gloriosa de nuestro teatro. De entonces el ingenio entregado á su fecundidad, sembraba de innumerables flores el Parnaso español, que fué el mas digno ornato de la espléndida y brillante Corte de Madrid, y el único rezuerdo glorioso que nos dejaron los últimos vástagos de la casa de Austria.

Crecia entonces y cundia por toda Europa la fama del teatro español, y los mejores ingenios estrangeros no le desdénaban, que se apresuraban á imitarle. La Francia fué su mas entusiasta admiradora; y lo fué tanto, que los primeros dramáticos franceses diéronse con tal ansia al estudio de nuestrás producciones, que estas les sirvieron de norma para escribir las suyas. "La primera comedia, dice un francés (1), la que abrió por decirlo así la segunda senda dramática, El Embustero en fin, es hijo del teatro español; como el mismo Corneille lo confiesa cuando dice, que El Embustero no es mas que la copia de un escélenete original.... este asunto, prosigue, me ha parecido tan ingenioso y tan bien tratado, que daria dos de mis mejores obras porque fuese de mi invencion." Además, la segunda parte del Embustero, tomada de la comedia de Lope de Vega Amar sin saber á quien; La Princesa de Elide, de la de Moreto El desden con el desden; Le festin de Pierre, de la de Zamora El Convidado de Piedra (2); L' Ecole de Maris, de la Discreta enamorada y de No puede ser de Moreto; Les fames savantes, de la de Calderon No hay burlas con el Amor, y de la Presumida y la hermosa; Le Medecin malgré lui; de El acero de Madrid, y otras muchas que en obsequio á la brevedad no citamos, prueban hasta la evidencia, que los mas sólidos cimientos del teatro francés se construyeron á espensas del teatro español.

Mas el teatro español, como hijo legítimo del génio original de Lope, debió su engrandecimiento á sí mismo, como

(1) Bosquejo histórico sobre el teatro antiguo español por Mr. Viardot.

(2) El Convidado de Piedra ha sido tambien imitado por uno de los mas célebres ingenios de la escuela moderna francesa. Pero debemos confesar ingenuamente que Victor Hugo en su Juan de Marana ha quedado inferior á Zamora.

lo confiesa Voltaire diciendo que "ningun español tradujo ni imitó á los franceses hasta el reinado de Felipe V. Nosotros por el contrario, desde los tiempos de Luis XIII y Luis XIV hemos tomado de los españoles mas de cuarenta composiciones dramáticas;" y en este mas pueden caer aun mas de otras tantas; pero en obsequio y consideracion al noble orgullo patrio, puede disimularse á Voltaire que no haya sido en este punto mas explícito.

¿Y tanta gloria, y tanta fama ganada por nuestros antiguos dramáticos, será, pues, debida á los tratados elementales, ó á los impulsos libres del génio? Cuestion es esta que esperamos resolver en pocas líneas, sirviéndonos para el caso de las armas de nuestros contrarios.

Nuestros grandes ingenios dramáticos no hubieran adquirido en Europa tan justo renombre, á no respirar en sus obras el don del acierto y del buen gusto que poseian, precisamente sin sujetarse á las leyes de la escuela (llamada clásica no sé por qué), á esa inquisicion del génio, donde el hombre de una grande imaginacion, conducido por un oscuro laberinto, no vé otra cosa que el rigor de la intolerancia y la tortura.

"El medio, dice el arte de hablar de Hermosilla, de estudiar las reglas del arte, está en la observacion atenta del modo con que obran nuestras facultades intelectuales, y del efecto que todas las maneras imaginables de explicarnos producen en nuestros semejantes." Consiguientes son en verdad á esta infalible observacion, los efectos maravillosos y sorprendentes que siempre han producido en nuestros semejantes las libres composiciones de los grandes poetas *no clásicos* de aquende y allende los Pirineos. Porque el ingenio, sin necesidad de trabas ridículas" (como dice Sanchez Barbero en su Retórica, hablando de la accion de lugar y tiempo), lleva en sí mismo el don del acierto, el germen del buen gusto. En corroboracion de lo que sentimos, se observa que los grandes ingenios dramáticos se curan bien poco de eso que llaman los clásicos, *unidades de lugar y tiempo*, de cuya conveniencia tal vez pueda persuadir algun docto con es-

crupulosos razonamientos, pero que por más que predique á la fantasía, barómetro infalible del placer que comunica toda producción de buen gusto, aquella no podrá jamás convencerse de esa realidad ilusoria, de esa *semi-verdad* que tanto se ha preconizado en el verosímil. La grata ilusión de la verosimilitud de un drama, ora dure tres horas, ora un día ó sea un año, se realiza de hecho cuando el drama ostenta las imágenes de la *bella naturaleza*. "Por bella naturaleza, dice Sanchez Barbero en su Retórica, que es sin duda la mejor obra elemental escrita hasta el día en España, se entiende el mundo ideal donde los seres existen únicamente en sus generalidades, el poeta recoge los rasgos mas hermosos dispersos en la naturaleza..., por esta razon se llama creador...; y aquel que abunda en ideas sublimes y en invenciones ingeniosas, aquel cuya imaginacion rica y seductora presta á la materia formas y propiedades sensibles, es el verdadero poeta." — Así lo comprendieron los hombres de entonces en España y así lo comprenden los de ahora en la vecina Francia. Ellos conocieron que sin necesidad de unidades ni verosimilitudes características, inspiraban el continuo placer del bello ideal, aborto feliz de una imaginacion rica y grande, que al manifestarse por medio del diálogo declamatorio, hace creer todo cuanto quiere al espectador, encantado en el suceso de las escenas, embebido en la novedad de los pensamientos. Y obtiene entonces, por este medio, el triunfo mas admirable y meritorio, el triunfo de la persuasion y el consentimiento, el efecto satisfactorio de una crédula realidad, llamémoste así, por ser un hecho irresistible y forzoso á la sensibilidad esquisita del corazon poseido de placer y entusiasmo. Y el espectador vá en pos del poeta abandonado y confiado, como el amante en brazos de su dueño, y entonces cree sin violencia, y se traslada á los tiempos mas remotos, á las escenas mas diversas, y acaba por hallar el *útil dulce* del poeta.

Así es como escribieron nuestros primeros ingenios dramáticos, y así es como, no pudiendo obrar de otro modo, sin desmentir el privilegio del ingenio, se cñieron el lauro

de la inmortalidad. Con efecto, si observamos el carácter impreso en los escritos de todo hombre grande, y buscamos en él la cualidad que le distingue entre todos, que mas resalta y brilla, hallaremos precisamente un fenómeno bien notable por cierto, y es que el genio no puede tomar otro camino que el que se traza por sí mismo. Así es que, la originalidad é independencia son constitutivos del genio, y cuando á este falta un campo abierto y espacioso donde pueda á su salvo desplegar sus inmensos recursos, se reduce entonces, se oprime, se ahoga y muere, como el pez estraído de la inmensa laguna muere en el estrecho fanal medido.—Aun mas diremos sobre este punto, sin que por tanto creamos aventurado nuestro juicio. Siempre que los hombres célebres han querido reducir sus obras á estraños sistemas, siempre que han intentado torcer el vuelo á su imaginacion rápida y desembarazada, reduciéndola al mezquino círculo de las alambicadas reglas del arte, solo han conseguido seguir y á lo sumo acercarse mas ó menos al estilo vulgar, ajustarse á las formas comunes, y osetecer insensiblemente el mágico brillo de sus creaciones sublimes. Es fama comun que el divino Rafael manchó la pureza de sus admirables cartones (1) cuando trató de ajustarlos á las reglas estremas del arte. Cervantes por ajustarse buenamente en sus novelas *El Pérsiles* y *La Galatea* á la regularidad de la fábula, refrenando sin duda, el impetu arrebatador de sus originales escenas, con el cuidado y el recelo de todo el que escribe bajo el método sistemático, hizo desconocer hasta cierto punto el brillo original del que produjo la rara historia caballeresca de *D. Quijote de la Mancha*. Y es regla general, establecida por la ob-

(1) Estos cartones fueron ejecutados por Rafael de Urbino, por orden del Papa Leon X, para que los trasladase en tapices de Bruselas el director de aquella famosa fábrica Bernardo Van Orlay, por precio de mas de millon y medio de reales. Representaban estos veinte y cinco asuntos.—S. Pablo predicando á los atenienses.—La muerte de Ananias.—El mago Elymas.—Jesucristo entregando á San Pedro las llaves.—El sacrificio de Lystra.—Los apóstoles curando en el templo.—La pesca milagrosa.—La conversion de S. Pablo.—El nacimiento del Señor.—La adoracion de los magos.—Jesucristo cenando en Emsus con sus discípulos.—La presentacion en el templo.—Bajada de Jesucristo al Limbo.—La resurreccion.—La Ascension.—Noli me tangere.—El Pentecostes.—Martirio de S. Esteban.—El terremoto.—Grupos de niños.—La justicia.

servacion del que se ha dedicado á las letras, que el mayor número de altas producciones, está escrito con cierto desaliño, sin cálculo estudiado y como entregado el autor con desenfreno á los impulsos naturales de su imaginacion, constituido, por decirlo así, en una especie de anarquía literaria.

Largo sería, y por demas oficioso, enumerar aqui las obras notables sobre que pudiera recaer esta disimulable inculpacion, cuando los aficionados á la lectura tropezarán frecuentemente con tal cual lunar en los libros mas escogidos. Pero no debiendo perder de vista nuestro primer objeto, nos contentamos con recordar que las producciones del teatro antiguo español adolecen de la misma tacha.

Y tal es el espíritu de independencia que constantemente se presenta en todos los matices del genio, tal es su originalidad misma, que siempre que le hemos visto esforzarse por tocar en la imitacion, le ha faltado el tino. Ademas que no poco dejan de estorvar este loco empeño las diversas costumbres y siglos en que se escribe. Porque la habitual memoria de lo presente, nunca cedió el puesto á la imagen de lo pasado, que por incierta y débil, es tan solo el pálido reflejo de una luz lejana, que no llega á herir completamente nuestros sentidos. "La diferencia de las edades y los pueblos, dice el abate Delille hablando del poema de Virgilio que intentó imitar el de Homero, y aun mas el genio, debieron dar un carácter nuevo á aquellos rasgos imitados. La imaginacion desea salvar la distancia que ha puesto entre las mismas ideas, una ejecucion que ha venido á ser diferente por tantas causas y circunstancias; sucediendo que Virgilio nunca ha estado mas original que en esta imitacion." Tan difícil es hallar dos genios parecidos, como dos rostros semejantes. Y hay la misma diferencia en el carácter de las naciones, que en las costumbres de los siglos. Por esta razon los escritores, al poner la pluma sobre el papel, no pueden menos de manifestar la época en que viven y el país en que escriben. Por eso el teatro de Luis XIII y Luis XIV, que afectaba alguna tendencia á imitar el de la corte de Madrid, fué siempre teatro francés. Y el gran Moliere y el gran Cor-

neille nunca se parecieron á Lope, ni á Moreto, ni á otro alguno de nuestro teatro. Y los héroes que figuraron en antiguas épocas gloriosas de las repúblicas y de los imperios del mundo, aparecerán siempre en ambos teatros desfigurados y distintos.—No obstante la notable diferencia y variedad que presentan los autores dramáticos de diferentes épocas y naciones, no dejan los grandes ingenios de tener entre sí un punto fijo de semejanza. Esto es, el modo de aparecer en la escena del mundo: los pasos uniformes con que se abren el camino de la inmortalidad. Su originalidad, su independencia, su usadía.

A propósito vamos á dar fin á este trabajo, manifestando el punto de semejanza en que se tocan los teatros francés y español de distinto y diverso género. Vamos á apuntar algo de la época mas gloriosa, la época genuina del teatro francés, la época del *Romanticismo*, comparada con nuestros siglos de capa y espada.

El teatro es la crónica de las naciones, porque es el mas fiel traslado de las costumbres de los pueblos en sus distintas épocas. Cuando en fuerza de grandes acontecimientos mueren las sociedades ya decrepitas, y renacen comenzando una nueva era política, marchitanse los laureles de su antiguo teatro, y mueren y renacen con un nuevo verdor. De aquí la revolucion, la nueva escuela del teatro francés.

La Francia en su célebre revolucion, trastornada espantosamente por los mas furiosos choques de encontrados sucesos, presentó al mundo una nueva faz con formas desconocidas, y distintas de lo que fué. Desde entonces aprendiendo á repeler todo influjo estrangero, desbordando sus pasiones y desechando preocupaciones y prestigios, el espíritu nacional la caracteriza independiente, y el teatro francés del siglo XIX, es, como no puede menos de ser, hijo de las costumbres ingénitas en aquella época de luto.... Época que, *preparando á la Francia el feliz evento* de sus mas gloriosa y mas diabolosa restauracion, la hizo crecer y levantarse, como el gigante salido del centro oscuro de la tierra. Así que, el moderno teatro francés abunda en producciones ricas, grandes como la

Francia; y este teatro francés ejerce sobre el español la misma influencia que ejercía en otro tiempo la corte de Carlos sobre la de Francisco.....

Los mismos pasos siguió nuestro teatro para levantarse y caer.—Cuando despues de continuados triunfos y conquistas, henchidas las naciones con el rico botín de una larga dominacion, yacen adormecidas en los placeres que ofrecen la paz, la civilizacion y la abundancia, suele aparecer el siglo de oro de su literatura dramática. Nuestra España trabajada con tantas guerras estrangeras, con tantas revueltas intestinas, merced al celo religioso-fanático, merced al genio emprendedor, y al espíritu hazañero y caballeresco de sus monarcas y señores, halló especialmente en el siglo XVI un tanto de descanso en premio de tantos afanes. La corte de Castilla y Leon en sus primeros tiempos ambulante y oscura, brilló despues con toda la dignidad y esplendor de la que dominára en ambos mundos. Solo faltaba á sus glorias quien las cantase y celebrase, quien las recordase á las generaciones futuras, y en el siglo XVI, valiéndonos de la expresion de un francés, florecieron los grandes escritores de España.

Y unos mismos son los obstáculos que se han opuesto á las glorias de ambos teatros, y una misma es la marcha seguida por los antiguos dramáticos españoles y modernos franceses. Los mas acreditados maestros, los mas terribles escritores, al ver quebrantadas y holladas las ajustadas leyes de la escuela mas antigua y mas respetable; al ver rasgadas las doradas páginas de Aristóteles y de Horacio, combatieron furiosamente el nuevo cisma literario, vertiendo por sus plumas la hiel de un mal reprimido disgusto. La lucha de derecho, sino de hecho, se presentaba muy desigual. Los preceptistas se ponian de parte de un bando tan numeroso, tan fuerte, cuanto que sus doctrinas se habian formado, se habian reglado y cimentado de mucho tiempo en todas las escuelas de Europa, y desde la mas tierna edad en todos los corazones. La aristocrácia del saber, poseida ademas de las razones que alegaba por justas, robustecida con la fuerza del

mayor número, y confiada en el prestigio de sus antiguos blasones, daba por segura la derrota de los innovadores. Mas el espectador acojiéndolos con numerosas aclamaciones, levantolos radiantes de la oscuridad y los coronó con eternos laureles.

Hechos incontestables que indican el rumbo que deben seguir los buenos dramáticos de todos siglos y naciones, ambiciosos de gloria.

6 de agosto de 1840.

N. SICILIA.

Del Hombre

Y DE LAS REVOLUCIONES.

Cuando tratamos de investigar el origen de las revoluciones, no podemos menos de advertir la existencia de algunas causas generales, eternas y profundas que á todos son comunes, puesto que vemos entre ellas muchos puntos de contacto y semejanza, á pesar de lo remoto de los siglos y de lo apartado de los pueblos. Para conocerlas es forzoso penetrar en el abismo de la humana naturaleza, buscarlas en el hombre y sondear su corazón; empresa árdua y penosa, y en la que no suele bastar á veces la mas esquisita diligencia para coronar nuestros esfuerzos.

No es obra de un artículo el exámen detallado del corazón humano. En muchos volúmenes se hallan esparcidos cuantos juicios han emitido los filósofos en materia tan interesante, y bien puede decirse, que si no se han sorprendido los secretos, al menos se ha levantado un poco el velo que á

la naturaleza encubre. La escuela del siglo XVIII fue grande y muy fecunda. Su espíritu de investigación, que llamó á exámen á todas las instituciones y creencias, el filosófico que dominó exclusivamente en esta época, el anhelo del saber que con tanta fuerza ejerció su imperio, fueron motivos poderosos para que avanzase la inteligencia humana hácia una mejora positiva. Las verdades se hicieron mas patentes, los sistemas se analizaron, y desde entonces han tenido los pensadores un punto de apoyo en ciertos principios de cuya exactitud ya no se duda.

Mas si hubo conformidad en algunas bases, se levantaron sin embargo sistemas muy diversos; y de unos mismos antecedentes se infirieron consecuencias variadas, erróneas, contradictorias. No es difícil reconocer en nosotros el origen de tanta divergencia. La celebridad es grata al hombre; lisongera la idea de manifestarse superior á los demas bajo cualquier aspecto; y ambas estan tan arraigadas en nuestra alma, que parece formar parte de nuestra existencia. Si estos deseos se estinguen, es por la imposibilidad de satisfacerlos. Nuestra propia esperiencia nos enseña que al anunciarnos en el mundo intelectual, los hombres prestarán su atencion; unos por el noble deseo de saber, otros para vengarse de la superioridad á que aspiramos, teniendo el medio de ejercer una crítica severa, y la mayor parte por curiosidad; de modo que los sistemas serán conocidos tan pronto como anunciados, y nuestra vanidad recibirá un tributo que siempre es agradable.

En las ciencias filosóficas, políticas y morales, el error se desliza con mucha facilidad, porque las palabras que en ellas se emplean, tienen diverso significado entre los hombres. De esta imposibilidad en establecer un centro comun, resulta que siempre aparecen nuevas. Las proposiciones que por siglos se han creído demostradas, hoy dia están sujetas á controversia; los sistemas que en un tiempo dominaron, en el siguiente fueron destruidos, declarados falsos y perjudiciales; otros nuevos tuvieron igual suerte, y á su vez tambien aparecieron ridiculos é impotentes. Parece que el hombre se

hallá destinado á errar entre tinieblas é ignorar lo mas necesario á su ventura.

A pesar de esto, no ha sido la verdad desconocida para todos. Algunos la encontraron, mas para enseñarla tuvieron que luchar con mil obstáculos en su propagacion. Acogida por un escaso número, se vió rechazada por la mayor parte, ya por oponerse á hábitos inveterados difíciles de destruir, ya por chocar con preocupaciones que tanto imperio egercen sobre el hombre, y hasta la timidez en unos para admitir principios que envolian consecuencias, á su modo de ver, peligrosas, fueron motivos poderosos para ocultarla como á los misterios de Isis entre sus sacerdotes. Los que se pagan de palabras, se alarmaron al oír ciertos nombres; su sonido causó en ellos el efecto de un conjuro; en vez de buscar su significado, levantaron su infernal vocería, y despues de apagar la antorcha con la cual el sábio deseaba iluminarlos, procuraron su esterminio.

La historia de la filosofia abunda en hechos de esta naturaleza. Ninguna palabra fecunda en principios ha sido pronunciada, sin sublevar contra su autor la multitud. Rara vez la contradiccion ha sido hija del deseo de buscar lo cierto y producto del convencimiento. Por esto el infortunio ha sido el patrimonio del genio, y los laureles que planta sirven para adornar su sepulcro.

Cuando se anunció por primera vez el dogma del interés, los tímidos é ignorantes se alarmaron, porque ni unos ni otros lo comprendieron; el horror con que esta palabra fue escuchada, no dió lugar á exámen y mucho menos á esperar las pruebas de su certeza. ¿Y qué mas cierto que esta verdad metafisica? Grande, fecunda, de incalculables resultados; enclavada en nuestro corazon, y amalgamada en nuestro ser; madre de nuestras pasiones, y por consiguiente de la virtud y del vicio, que en Roma produjo Cincinatos y al mismo tiempo Silas y Neronés; Leonidas en Lacedaemonia, Peláyo en España; que en manos de un legislador virtuoso es el instrumento que labra la dicha de las naciones y en las de un tirano feroz las convierte en escombros. Semelhante al

árbol del paraíso, sus ramas producen frutos que encierran el bien y el mal.

En efecto, ¿qué es interés y qué amor propio? El instinto del hombre y su tendencia á buscar el bien y evitar el mal. La naturaleza nos ha entregado al placer y al dolor. Estos seguros guías nos conducen por el camino de la vida y nos dirigen hácia el bien ó hácia el mal, segun las leyes de la sociedad en que vivimos, que ligan nuestro interés al general ó lo segregan. Pero esta palabra se ha tomado en su acepcion vulgar, no en la filosófica, y rechazada de este modo, se han creído dispensados de su exámen, el cual pudiera dar ventaja á la sociedad, mostrarla la base en que estriba, proporcionar al legislador los medios únicos y seguros de guiar á las naciones á una mejora cierta, y perfeccionar la moral, que segun la ha definido un filósofo, no es mas que la ciencia de vivir los hombres entre sí lo menos mal posible.

Entendido de este modo el amor propio, y admitido su principio, hagamos, con la brevedad posible, las convenientes esplicaciones.

El hombre al nacer es un ser sensible, y nada mas. Su inteligencia es esta misma sensibilidad, diversamente modificada. Facultad de recibir impresiones, de retenerlas, y voluntad para combinarlas, es lo que constituye la teoría del pensamiento; de consiguiente en el hombre todo es sentir. Esta es la obra de la naturaleza, y aqui fija unos límites que jamás retira. Si el hombre nace sin ideas, le sucede lo mismo con sus pasiones ficticias, que es necesario no confundir con las necesidades, si bien son emanacion de estas. Un deseo, llevado á un alto grado de vehemencia, es lo que se llama una pasion, y como para ello es necesario que el objeto nos sea conocido para poder amarle, hé aqui la necesidad de una série de juicios anteriores y de ideas. No habiéndolas innatas, tanto estas como los deseos, serán hijos de las varias impresiones que recibimos, y por consiguiente, de la educacion, tomada esta palabra en su mayor latitud.

De diversos modos ha sido examinada esta importantísima cuestión, y en verdad que no hay ninguna que mas deba interesarnos y merezca estudiarse mas detenidamente. La opinion contraria tambien tiene infinitos partidarios; pero, al menos en mi concepto, ningun sistema está tan sujeto á demostraciones, y dá consecuencias tan útiles como el que hemos anunciado. La razon es clara. Si el talento y las pasiones naciesen ya pronunciados en el hombre, seguiríamos ciegamente el impulso de la naturaleza; y la sociedad con sus leyes, castigos y recompensas, en vano intentaría doblegarla á sus esfuerzos, por ser tan imposible al hombre el cambiar su esencia, como á los cuerpos el carecer de extension y gravedad. Admitamos, por el contrario, el sistema de la sensibilidad física; las consecuencias son muy diversas: considérense nuestros deseos como modificaciones del amor propio, y en este caso la sociedad reina y el hombre obedece; ella podrá hacer que se inañestren las pasiones que la son mas útiles y convenientes, llevarlas al mas alto grado, hasta al heroismo, y obligarle á ser feliz contribuyendo á la dicha de los asociados.

Tal es la teoría de las pasiones. Su origen se encuentra en la sensibilidad física. El hombre se ama con preferencia á todos los seres que le rodean. Corre tras el placer, ó de lo que considera como tal, desde que el primer grito del dolor anuncia su venida al mundo. Las variás situaciones en que se halla colocado durante el curso de su vida, las diferentes impresiones que recibe, muchas de ellas debidas á la casualidad, forman su educacion, determinan sus gustos, y cuando han llegado á repetirse muchas de una misma especie, quedan constituidos sus hábitos y pronunciado su carácter. La avaricia, el orgullo, la vanidad, el valor y cuantas afecciones nos dominan, no son mas que el amor propio diversamente modificado, y un constante anhelar por la felicidad. Un hombre sin deseos, seria el aborto de la creacion. La naturaleza le ha sujetado á necesidades, la sociedad le dá las pasiones.

Entre todas descuella la primera, el amor al poder. Este

sentimiento arraigado en nuestra alma, no la abandona jamás. En todos los estados y condiciones, como quiera que examinemos al hombre, siempre se observa en él esta aspiración constante al mando; tendencia que no tendría límites, si el mismo deseo no estuviese generalizado en los demás y paralizase sus efectos en el individuo, como la reunión de fuerzas iguales y encontradas equilibra la balanza.

Con estos antecedentes, fácil nos será encontrar en la misma naturaleza humana, la causa de los grandes trastornos sociales en que abunda la historia, y de las revoluciones continuas que han conmovido al globo. Veremos en su examen, que la ambición, cuando las leyes no la han puesto en armonía con las necesidades de los pueblos, ha sido la causa de tantos males; y que la misma es el medio mas poderoso de que pueden valerse los legisladores para obligar á los hombres al bien.

El estado natural del hombre es el de sociedad. Así lo exige su interés empezando por el de su propia conservación. La misma naturaleza le obliga á ello dándole al nacer una madre que le alimente, un padre que le defienda, y haciéndole necesaria por muchos años esta preciosa sociedad. Su duración llega á formar un hábito, y de aquí han inferido algunos que el hombre es sociable por inclinación é instinto y no por intereses. Esta opinión no está acorde con la experiencia. Si tuviésemos los medios de darnos aislados las ventajas que la reunión con los demás nos proporciona, no nos sujetaríamos á leyes ciertamente, y viviríamos en una total abstracción de los demás hombres. Poco nos interesaría la humanidad no viendo en ella un instrumento de nuestra dicha; y aunque cause dolor el decirlo, preciso es convenir en que el hombre no vacilaría en sacrificar á un pequeño placer la dicha de los que le rodean, si impunemente pudiera hacerlo. Tales eran los romanos asolando la tierra para engrandecer su patria.

Mas si las necesidades naturales han dado nacimiento á la de reunirse, esta misma comunidad las ha multiplicado: Generalizáronse los deseos; los hombres se pusieron en pugna

por satisfacerlos, hubo precision de establecer infinidad de leyes, y confiar su custodia á algunos que de simples guardadores aspiraron á establecer las que á sus miras convenian, transformando en instrumento de opresion la fuerza que la sociedad puso en sus manos para que la protegiesen. Unos lograron su objeto; otros perecieron al intentarlo, y al conocer los mas que era posible convertir á los hombres en máquinas destinadas á su servicio, renació en todos el deseo de ser déspotas, y no se escasearon los medios de conseguirlo.

He aqui la causa de las revoluciones; el amor al despotismo. En vano querrá ocultarse, é inútil será darle otro nombre. Medítese sobre la historia, buscando el origen de tantas guerras como han cubierto la tierra de cadáveres, y siempre aparecerá en el fondo esta tendencia á egercer el mando arbitrario y omnimodo; porque es el anhelo constante de los hombres. Si alguna vez se oculta este deseo, no por ello es menos cierto; mas ó su logro es difícil, ó los que sufren su pesado yugo aspiran primero á sacudirlo y despues á imponerlo.

Desde que la sociedad existe, solo han regido dos clases de gobiernos: buenos, aquellos que han dado mas ventajas al mayor número de gobernados, y malos, los que han servido para el bienestar de unos pocos. Los nombres no hacen al caso para la felicidad de los pueblos. Mas libres y dichosos fueron los romanos bajo el cetro de Marco Aurelio y de Trajano, que en su república en tiempo de las proscripciones de Sila. Los venecianos tampoco tuvieron libertad: esta era incompatible con la inquisicion del Estado, y viéndose el pueblo circundado de delatores. No pretendo deducir de estos ejemplos la bondad del gobierno absoluto. Sería el mejor de todos egerciendo el poder aquellos seres, escasos en verdad, á quienes un concurso feliz de circunstancias ha formado un alma pura y un corazon honrado y virtuoso. Estos son bien raros, y por lo mismo es forzoso que los que mandan esten encadenados para el mal, y obligados al bien. La garantía de la virtud está en la imposibilidad de ser vicioso.

De este conocimiento han nacido las diversas formas de

gobierno, que rigen á las naciones ilustradas. Los pueblos no han tenido mas objeto que su bienestar, y por esta razon es una verdad comprobada por la historia, que la libertad es antigua, y el despotismo moderno. Los primeros gobiernos fueron libres, porque al formar su contrato social los individuos, se buscó el bien de las mayorías y no otra cosa. Establecida la libertad, fueron su consecuencia los bienes que de ella emanan, y los pueblos creyendo aquella asegurada, se entregaron á estos sin cautela, y se adormecieron entre los placeres. El amor á nuevos goces se sustituyó al deseo de ser libres; mas cuando se vieron oprimidos, conocieron su desgracia y procuraron de nuevo adquirir su dignidad.

Ya llegado este caso, les fué fácil á algunos ambiciosos, á quienes sus pasiones dieron medios de elevarse sobre la multitud, presentarse á los pueblos como sus libertadores, ofrecerse por caudillos para reconquistar la libertad, hacerse revestir del poder que para ello es necesario, y emplearlo en derribar los tiranos: pero concluida su obra se sentaron tambien sobre el trono de la tiranía, y los oprimidos continuaron siéndolo por otros déspotas. Los nombres desaparecieron, mas los cosas quedaron como estaban.

Cada uno de los siglos al través de los cuales han pasado las naciones en su larga vida, ha tenido su particular tendencia. Algunos han dicho que todos llevan en su seno el gérmen del que le sigue, lo que equivale á asegurar que cada principio encierra su consecuencia. La esperiencia confirma la verdad de esta asercion. La infancia de las sociedades es la época de la libertad; con ella está enlazada la gloria de las armas, precursora de la de las artes y ciencias. A medida que la ilustracion avanza, y se forma el espíritu mercantil, aparece el siglo de las leyes que enlaza los diversos intereses que van naciendo, y por último, las mismas causas que llevan las sociedades á su perfeccion, las impulsan á su término que es el de la corrupcion y envilecimiento. Semejantes al cuerpo humano, lo mismo que le da vida y robustez, le destruye y anonada.

En esta marcha lenta, pero progresiva y constante, si

las revoluciones violentas han estallado, culpa ha sido de los gobiernos, no de los pueblos: porque ó han tratado de oponerse á satisfacer justas demandas hijas de los intereses creados, ó se han adelantado á plantear mejoras cuando no eran oportunas, ó han permanecido tranquilos espectadores de los males que á todos agoviaban, sin acudir al remedio, dejando huérfanos á los pueblos y entregados á sí mismos. Si lo primero, estos han roto la valla de la obediencia á las leyes y á sus ejecutores, han puesto en su lugar á otros que supieron ganar su confianza fingiendo un amor sin límites por el bien público. Cuando tuvo cabida lo segundo, no se plantearon las mejoras; su inoportunidad las hizo mirar con desconfianza: los ánimos no preparados para admitirlas, las rechazaron como innovaciones peligrosas, y aquellos á quienes los abusos eran favorables, tuvieron la ocasion de adquirir una fuerza terrible en la opinion pública para resistirlas, invocando el respeto á la antigüedad: voz que siempre tiene ecos cuando las costumbres están arraigadas y se las mira con apego. Si los gobiernos fueron indiferentes á las necesidades de la sociedad, sino procuraron conocerlas, si abandonaron á las naciones á su suerte, estas á falta de un centro comun se han agitado inútilmente en un gran vacío, buscando un asidero en que fijarse; han sufrido desgracias que con el tiempo han ido en progresión, y por último se han arrojado, en los brazos del que les ha ofrecido quietud y tranquilidad, sin atender siquiera á las condiciones; de modo que muchas veces han hallado el reposo de un cadáver. Toda accion tiene su reaccion proporcionada.

Por esta causa todas las revoluciones que han estallado con la prontitud del rayo, han desquiciado á las naciones por muchos años, presentando por largo tiempo la imágen del caos. Felices si despues de un largo padecer no han retrocedido en su carrera, volviendo nuevamente al primer punto de partida. Lentas en formarse, con raices profundas y extendidas, si llegan á manifestarse, ya no es posible el contenerlas, porque son mas fuertes que el poder de los hombres.

Las revoluciones solo tienen cabida cuando existen abu-

tos, y el mal se hace sensible á la mayor parte. La naturaleza del hombre le inclina al reposo, mientras pasiones fuertes no le mueven. Los males que levantan á los pueblos deben ser muy grandes, y las revoluciones siempre son á ellos proporcionadas. El primer paso que marca su carrera, es destruir todo lo existente y vengarse de los que se miran como á enemigos; despues se atiende á lo que ha de sustituirse. En este período de transición se forma un gran vacío. El gobierno, si cuando no tiene bríos merece este nombre, está en la impotencia; las leyes no rigen; las masas se agitan sin saber por qué; las pretensiones nacen y se multiplican; los intereses de los individuos se ponen en perpétua lucha; no hay una fuerza que los contenga ó reuna en su centro, porque todas son escentricas y obran en la circunferencia. Los pueblos aunque aspiran á mejorar, son sus deseos vagos, porque en este trastorno y confusión, ni conocen ni pueden fijarse en los medios de obtener aquellas. Por esta causa mientras una revolución está en pie, cada mudanza trae consigo la necesidad de otra, y el reposo por el cual se anhela, parece alejarse mas de cada día.

El hombre es naturalmente crédulo, porque la pereza le impide meditar, y es además muy fácil persuadirle de aquello que desea. Para el hombre de talentos y ambición no es difícil en las revoluciones formarse un partido y tener prosélitos: basta para esto conocer la altura á que ellas se encuentran. Si bien es cierto que los pueblos las principian, no lo es menos que los partidos se las apropian, pues la misma falta de dirección y guía que tienen las naciones, es la causa de que cualquiera les inspire suficiente confianza para entregarse á él. Sin saberlo degeneran en instrumentos del mas osado.

Por esta razón se muestran las revoluciones bajo tan diversos aspectos, que parecen contradictorios y caminando al fin opuesto. Cuando los males tienen su origen en la desobediencia á las leyes, porque el poder que han adquirido ciertas clases las hace enmudecer, se suele perdonar á estas y se atacan aquellas. Otras veces residiendo el vicio en la misma

organización del Estado, se atribuye lo que es efecto de las masas á los hombres: entonces se persigue á estos y el mal permanece por necesidad el mismo. En algunas ocasiones se mezclan diversos incidentes enteramente ajenos de la principal cuestión, y acontece el que se derriba lo único que pudiera servir de punto de apoyo; en otras se echa la culpa á las instituciones precisamente cuando la falta de su observancia es la que da origen al trastorno, y siempre se marcha con duda, zozobra é incertidumbre.

La prueba más terminante de que una vez empeñadas las revoluciones, las masas no toman mas parte activa que seguir el impulso de sus gefes y ser sus dóciles instrumentos, se encuentra en la observacion de las mismas. Aparezcan bajo cualquiera forma y carácter, ya sea político, ya religioso, se observa con admiracion que hasta el mas ignorante quiere resolver las cuestiones de gobierno mas difíciles, y que no pueden ser tratadas con acierto, sin un fondo de saber poco comun, producto de penosísimos estudios. El joven apenas libró de su ayo, el artesano que no aprendió mas que su oficio, el que jamás salió de su aldea ni pudo conocer prácticamente otra cosa mas que su ayuntamiento, ni sentir influencia que no fuese la de su alcalde ó regidor, todos se creen aptos para salvar en momentos de crisis un Estado; proponen medios, forman planes, y acusan de estupidez ó de maldad al hombre instruido que los tolera y compadece. ¿Y qué se infiere de esto? Que en las revoluciones, como hemos apuntado, si al estallar son la obra de los pueblos, una vez pronunciadas se convierten en patrimonio de unos pocos, que hacen á la multitud esclava de sus intereses, la dirigen, la mandan y avasallan, hasta que una costosa esperiencia enseña á las naciones.

Los medios que se emplean para ello son bastantemente conocidos. A los de buena fé se les presentan las cosas con otros nombres que no sean los propios. Si el tránsito es de un gobierno libre al despotismo, se llama al primero anarquía y desconcierto, y al segundo tranquilidad y orden. Añadamos á esto que como es tan difícil asegurarnos de los ver-

daderos sentimientos que determinan nuestras acciones, muchos creen de buena fé un puro patriotismo lo que bien analizado solo es un interés personal ó una afeccion que tomó su origen en la fé de un amigo, en el odio á enemigos que militan en el opuesto bando, ó producto de varias circunstancias difíciles de encontrar y conocer, y de que muchas veces tendríamos vergüenza si descubriéramos se lograra.

El amor de la patria no es un sentimiento que se adquiere en un día, y sin una educacion que lo inspire de antemano. El cambio de un gobierno no le improvisa é infunde de repente, y hasta que terminada la revolucion, el nuevo orden de cosas se arraigue en los corazones y forme buenos hábitos, es difícil tan noble sentimiento: los que antiguamente dominaban eran los de la corrupcion que dió lugar al trastorno. Es necesario que todo esté en armonía, lo contrario es imposible.

En efecto: supongamos una nacion que ha vivido por muchos años bajo un gobierno libre, acostumbrada á la lucha de partidos, y con el orgullo é independéncia que estas instituciones infunden: examinémosla en el caso en que por la fuerza de las armas ó de otro cualquier modo violento cambie su gobierno y sea presa del despotismo, ¿qué acontecería? Que por mucho tiempo conservaría su resorte y vida, que las conspiraciones serian frecuentes, los tumultos repetidos, la existencia del déspota se veria de continuo amenazada, y hasta que los suplicios y verdugos la aterrassen, y los placeres enerváran su alma, no podría haber estabilidad, ni el cambio quedaria asegurado. Solo por la sancion del tiempo se afianzan los gobiernos.

Por el contrario, cuando el despotismo ha pesado por mucho tiempo sobre una nacion, y su mano de hierro la ha oprimido, nada queda mas que el fanatismo de la esclavitud. La obediencia es la primera de las virtudes, ó mejor dicho, se la dá este nombre. El honor consiste en la sumision, y no hay mas idea de la justicia que la voluntad del déspota. La ilustracion huye, las pasiones nobles desaparecen, y una ambicion mezquina, que no puede dar grandeza

al alma, porque se satisface solamente por medio de la humillacion y oprobio, es la única que resta. El pueblo ya no es capaz de nada cuando llega á este caso de postracion; en vano sería ofrecerle la libertad; la miraría como el don mas funesto, y con mas horror que á la caja de Pandora. Hé aqui por qué las naciones, en las que llega á arraigarse un gobierno como el de Turquía, antes que cambiarle desaparecen del mapa político. En ellas no es posible una revolucion gloriosa.

Empero dejando los gobiernos estremos, veamos lo que sucede en los que son mas templados, como la monarquía absoluta. En estas, si el despotismo existe en el fondo, se procura ocultar en las formas. Las leyes son el producto de la voluntad del príncipe, pero esta voluntad no aparece como hija del capricho, sino de las necesidades de los pueblos; háy algunas ilusiones que en los gobiernos asiáticos desaparecen del todo, y ellas hacen que los gobernados olviden que están sujetos al dominio de un hombre, y se crean con alguna dignidad. Si la casualidad sienta en el trono algun príncipe justo, su virtud contrapesa la viciosa forma del gobierno; y los pueblos entonces son felices, disfrutan bienes materiales, pueden engrandecerse y tener energía. Se fomentan las ciencias y artes, el anhelo de saber se difunde, nacen pasiones útiles al bien público, y ciertas virtudes que, cuando llegan á prender y germinar, disponen los ánimos para mayores cosas.

Mas, como es muy difícil en los que ocupan el trono absoluto, ser virtuosos é ilustrados, desde el momento en que los pueblos sienten el peso de la tiranía, aspiran á mejorar y desean entrar en un nuevo sendero. La revolucion se pronuncia y siempre es de buena fé en su principio, pero entre este y su término, hay un largo intermedio que no pertenece á los pueblos sino á sus aduladores. Esta es la época de la incertidumbre, de las pretensiones; la facilidad con que se adquiere el poder, multiplica los ambiciosos; los que lo obtienen quieren egercerlo como si viviesen en el antiguo régimen y con la misma arbitrariedad: el recuerdo de la omnipotencia, que dá un mando absoluto, no se horra de su

memoria; con la máscara de la ambición, se encubre el amor á las riquezas y el deseo de adquirirlas á cualquier costa; y como una multitud de exigencias hace que los mandos sean tan precarios y no se llegue á ellos por el mérito, el individualismo viene á ser el sentimiento dominante y de ello resulta que los partidos que se formaron con el fin de obtener la victoria, una vez alcanzada se dividen en su seno, se multiplican, transforman, y si aparece algún hombre capaz de dominar la situación, sus mismos asociados le hunden y aniquilan. Se olvida el triunfo de principios y sólo se considera el de las personas.

Todas las revoluciones de esta especie, han llevado el mismo sello, porque la naturaleza del hombre ha sido y es la misma en todos los siglos y países. Los que atribuyen al génio particular de una nación esta clase de sucesos, se equivocan grandemente por no consultar la historia. Las leyes morales que rigen al universo son unas é invariables, no se forman para este ó aquel pueblo, porque en su generalidad á todos los abrazan.

En efecto, cuando esta especie de anarquía llega á pesar sobre una nación, no se vence en un momento. Las causas que la producen, son antiguas, de raíces profundas y de siglos de arraigo. Mientras han permanecido ocultas han sido semejantes á las aguas detenidas en pantanos; claras y cristalinas en su superficie, hasta que una casualidad remueve el fondo y se enturbian. Hé aquí la razón porque no debe nunca atribuirse un trastorno social á un suceso único, aislado y reciente, sino á causas antiguas y poderosas, descuidadas por los gobiernos ó no previstas. Observa muy bien Montesquieu, que los romanos no podían menos de arrojar á Tarquino y extinguir el trono en la época en que lo efectuaron; porque un pueblo (dice) orgulloso, emprendedor y atrevido, encerrado en sus murallas, debía necesariamente sacudir el yugo ó suavizar sus costumbres. De este modo puede explicarse el por qué vemos que los pueblos sufren mucho en algunas ocasiones, y en otras el mas leve mal los conmueve y los levanta.

A falta de tener esto presente y de examinar al hombre en el curso de las revoluciones, se han sacado torcidas consecuencias, tanto por algunos partidarios de la libertad, cuanto por los prosélitos del despotismo. Los primeros han creído que el árbol, que es su emblema, se regaba con sangre; infiriendo de aquí, que para hacer felices á los pueblos, se debía empezar por esterminarlos. Los segundos han intentado probar que un sistema libre no es compatible con el orden, y que las naciones para vivir tranquilas y dichosas, debían estar esclavizadas y embrutecidas. Unos y otros pretenden apoyarse en la experiencia de las revoluciones; mas por no meditar sobre ellas, han confundido las causas con los efectos. La libertad no se alimenta con sangre. ¡Desgraciado el género humano si solo á tanta costa pudiera disfrutarla! Si las revoluciones son sangrientas, lo son por causas anteriores; la falta de ilustracion, virtudes, patriotismo y la educacion que corrompe á los pueblos cuando se ven regidos por la arbitrariedad, son motivos poderosos para demoralizarlos; esta escuela produce tan funestos hábitos, é inútil es el querer que desaparezcan en un día y por medio de un código, cuando solo el tiempo puede hacer que se modifiquen y mejoren. A los partidarios del despotismo les diremos que no hablen contra la libertad y la acusen cuando existe una revolución, porque entonces no hay de aquella mas que el nombre; ni miren como gobierno cimentado lo que no es otra cosa que una lucha entre intereses que espiran é intereses que se crean. Mientras dura una revolución, solo hay un vacío que todos procuran llenar de escombros. Aguarden á que el nuevo orden se establezca sobre sólidos cimientos, y entonces podrán juzgar con acierto.

Presentada de este modo la teoría de las revoluciones con la pequeñez y brevedad indispensables para encerrarla en los estrechos límites de un artículo, concluiremos, para que no sea mas enojoso, con las siguientes reflexiones. Si la naturaleza humana no varía, si las pasiones en el hombre son útiles ó perjudiciales, segun la organizacion de la sociedad en que vive, los gobiernos tienen en su mano los medios de

obligarla al bien, y su falta de tino será siempre la causa de los trastornos que conmueven los estados. A aquellos corresponde el evitarlos, infundiendo costumbres á los pueblos y ejerciendo una presión saludable, semejante á la atmosférica; en todas partes pesa y en ninguna se siente; no oprime y dá la vida.

Mediten mucho los gobiernos tan importante materia: dedíquense con conato á dar educacion á los pueblos. Ella es la base de la felicidad, porque forma las costumbres que son mas fuertes que las leyes. Una nacion que tiene buenos hábitos, encontrará seguramente en ellos un abrigo contra la tempestad de las revoluciones. La educacion lo hace todo; donde se descuida, nada puede establecerse que sea útil, permanente y que conduzca al bienestar. En las mismas pasiones de los hombres reside el secreto para gobernarlos; en vano se intentaria apagarlas, ni es posible, ni aun cuando lo fuera sería conveniente. Sustituir unas á otras es la grande obra de la legislacion. De este modo las revoluciones no tendrán cabida, porque las mejoras se harán insensiblemente y al compás que muden los intereses de los pueblos. Las ambiciones serán provechosas, y el amor al poder, el medio mas seguro para la prosperidad de los estados, pues no habiendo mas medio de adquirirlo que el mérito efectivo, y las virtudes sociales, estas se verán multiplicarse y á los pueblos ser felices con sus benéficas instituciones.

JOSÉ MARÍA PALLARÉS.

DE LA ORGANIZACION SOCIAL

EN LOS PUEBLOS ANTIGUOS (*).



La cuna del mundo, está en el oriente. Allí ha tenido principio la civilizacion: el occidente estaba todavía sumergido en la mas profunda barbarie, cuando ya en el oriente existian imperios estensos, ilustrados, ricos y poderosos. Mas ¿cuándo empezó esta civilizacion? ¿Cómo tuvo su origen? ¿Quiénes fueron los primeros hombres que hicieron este beneficio al género humano? ¿Qué nacion tuvo la gloria de preceder á las demas en la carrera del saber y de adocrinarlas? Esto es lo que de todo punto ignoramos. Solo vemos que por mas que queramos ascender en la serie de los siglos que nos precedieron, llegamos á una época en que ya encontramos muchos estados constituidos, con cierto grado de civilizacion, y esta civilizacion casi en todos ellos la misma. Mas allá todo es confusion, oscuridad, ignorancia. Si consultamos las historias de cada uno de ellos, veremos que se

(*) Este artículo está sacado de las lecciones de Historia dadas por su autor D. Antonio Gil de Zárate en el Liceo de Madrid en 1839, que preparadas ya para la prensa, saldrán á luz muy en breve.

atribuyen la primacía y aspiran á una antigüedad prodigiosa, apoyando esta antigüedad y su temprana civilización en observaciones astronómicas. Los chinos, por ejemplo, presentan una serie de eclipses que ascienden hasta el año 3,000 antes de J. C. Los caldeos otra que llega al año 2,234 antes de la misma era. Los indios, los egipcios se envanecen con otras no menos dilatadas; pero examinados estos documentos á la luz de la ciencia, han sido reconocidos falsos, y las únicas observaciones fidedignas no pasan de la época de Tales, es decir, unos 800 años antes de la era cristiana.

Lo cierto es, que sea de esto lo que fuere, la antigüedad de la civilización en oriente debe ser muy remota. Si se considera por una parte que en los tiempos de que ya tenemos noticias fidedignas, aparece aquella civilización en un grado ya muy avanzado, por otra la lentitud de los progresos del hombre, sobre todo en la infancia de las sociedades, en que sus necesidades son pocas y sus medios de adelantar muy escasos é imperfectos; por otra, en fin, la tendencia que han mostrado siempre las naciones orientales á permanecer estacionarias, no se podrá menos de confesar que sus pretensiones á una remotísima antigüedad deben ser fundadas, si bien inciertas en cuanto á fijar el punto de partida. Los documentos para esto faltan: las revoluciones los han destruido en los países que hemos recorrido y examinado, como son el Egipto, la Siria y la Persia; y los otros, donde acaso existirán, como la China y la India, nos son casi del todo desconocidos. Esta última región, sin embargo, abierta desde fines del siglo anterior á las indagaciones de los europeos, ha empezado á suministrar datos preciosísimos que indican una civilización acaso mas antigua que todo lo que conocíamos, mas avanzada de lo que podíamos presumir, y que podrá muy bien ser la primera de todas, aquella de que las demas dimanar.

Como quiera que sea, esto no es para nosotros ahora mas que una cuestión de curiosidad. Lo que nos interesa es fijar el carácter de aquella antigua civilización, y ver la influencia que ha debido tener en los destinos del mundo.

Lo primero que llama la atención, es la identidad de esa civilización en todos los países orientales, hasta los mas apartados entre sí, y que menos comunicación parecen haber tenido. Estrañeza causa ciertamente el ver cuán parecidos son en muchas cosas los chinos modernos y los antiguos egipcios; y la división de castas, tal cual existía entre estos, subsiste todavía en la India. ¿Provendrá esta semejanza de que todas estas civilizaciones proceden de un mismo origen, ó bien serán debidas á causas generales y permanentes que han ejercido y ejercerán siempre su influencia sobre todos aquellos países? Uno y otro podrá ser. Ya he insinuado antes que por lo que indican los últimos descubrimientos, debió existir en tiempos remotísimos, en el centro del Asia, en el Tibet, una civilización muy adelantada; pero sin negar yo este origen, cuando veo que á tan largas distancias, al través de tantos siglos y de tantas revoluciones, subsisten siempre unos mismos efectos, no puedo menos de reconocer la influencia poderosa de las causas que he indicado.

Y á la verdad, al paso que advertimos esta identidad de civilización en las naciones de que hablamos, es decir, en las situadas al sur del Cáucaso y del Tibet, ¿no hallamos otra civilización idéntica y permanente tambien, aunque de diversa índole, en los pueblos situados en la misma parte del mundo al norte de las mencionadas cordilleras? ¿No vemos á dichos pueblos, á pesar de su frecuente trato con otros, permanecer siempre en el estado de pueblos nómadas, haciendo la vida pastoril, y sin sujetarse jamás á habitaciones fijas? ¿Ha salido nunca el Africa, salvo la orilla cercana al mediterráneo, de cierto grado tambien de civilización? La de los pueblos europeos ¿no tiene igualmente su carácter peculiar? ¿No hay, en fin, en América naciones á quienes no se puede hacer tomar otro género de vida de la que desde muy antiguo conservan? Y estos caracteres distintivos ¿no van siempre acompañados de caracteres asimismo iguales y permanentes en la figura y en el clima, es decir, que no parece sino que á cada raza, á cada parte del mundo le ha señalado de antemano el Criador el grado y el carácter de civiliza-

cion á que le será dado llegar? Pues bien, séanos permitido creerlo así, y decir por lo tanto que Dios concedió á las naciones del Asia meridional ser, por un efecto de su organizacion y de su clima, las primeras en la carrera de la civilizacion, poniendo á la suya unos límites que al cabo de algunos siglos alcanzaron, y señalándola con un carácter particular que en todas ellas se presentó mas ó menos marcado, produjo casi unas mismas instituciones, y aun se ha perpetuado hasta nuestros dias á pesar de las revoluciones que han procurado alterarlo.

Y ¿cuál es este carácter? Subordinada semejante civilizacion á la naturaleza de aquellas regiones, es grandiosa, rica, muelle, voluptuosa, y poco variable como ella. Allí se ostentan inmensas llanuras, rios caudalosos, vejetacion gigantesca; y allí es el terreno de los grandes imperios, de las dilatadas conquistas, de los monumentos colosales: allí se respira un ambiente caluroso y embalsamado que debilita el ánimo y le hace solo anhelar los placeres; y allí es donde la tiranía tiene su imperio, contentos los hombres con ser esclavos, con tal de que los dejen en paz entregarse al deleite: allí la naturaleza ha derramado á manos llenas las piedras y metales preciosos, las producciones mas esquisitas; y allí ha reinado siempre el lujo y la magnificencia, llegando á su mas alto punto de perfeccion las artes que contribuyen á sostenerlos: allí, en fin, ofrece el clima pocas variaciones, ostentándose casi siempre igual y sereno; en muchos puntos el cielo no se ve nunca manchado con una nube; y allí es donde se han conservado con mas constancia las mismas instituciones, los mismos usos, observándose un horror invencible á toda variacion y mudanza.

Y en unos países tan favorecidos por la naturaleza, que convidan á la paz, á la contemplacion, ¿podrian los hombres dejar de elevar su alma al dispensador de tantos bienes, y de humillarse ante su omnipotencia? No por cierto; y antes bien, esencialmente religiosos, la idea del Ser supremo ha estado siempre profundamente grabada en el corazón de sus habitantes, y esta idea ha sido grande, magnífica, sublime,

como todos los objetos que los rodeaban, ardiente como el clima en que vivian. Asi, pues, se humillaron ante la divinidad, y creyeron que jamás harian bastante para probar su gratitud y veneracion. El Asia es la cuna de todas las religiones, de todas las sectas, de todos los institutos ascéticos, de todas las supersticiones.

Y teniendo tanto poder sobre aquellos pueblos la idea de la divinidad, ¿dejarían de referir á ella tambien su civilizacion? ó más bien, ¿dejaría la religion de tener parte en esta? No por cierto; y lo que sabemos de sus anales prueba lo contrario. Las historias de Brama en la India, de Isis y Osiris en Egipto, de Belo en Asiria, de Fò en China, de Moisés entre los israelitas, indican bastante que sus leyes y su organizacion social primitiva les fueron dadas en nombre de la divinidad. La religion se apoderó por consiguiente desde luego de aquellas sociedades; y como su respeto por la divinidad era inmenso, fue tambien inmensa su sumision á los preceptos de la religion, ó á lo que se les mandaba y enseñaba en nombre de ella. Por consiguiente, toda la civilizacion asiática se fundó sobre principios teocráticos.

Y ¿qué principios podian ser estos sino los del despotismo? Quien obedece ó cree obedecer á Dios, ¿qué otro sentimiento puede abrigar sino el de una obediencia sin límites? Cuando manda la omnipotencia, ¿habrá uno tan loco que piense en resistirla? Cuando dicta leyes la suprema inteligencia, la suma sabiduría, ¿quién no las respeta y acata? Cuando pronuncia sus sentencias la infalible justicia, ¿será posible no someterse á ella? No por cierto, y ante el supremo Hacedor todo se humilla y anonada. No hay resistir, no hay dudar, no hay reflexionar siquiera. No hay mas que obediencia, y obediencia ciega.

Tal ha sido la civilizacion oriental. El principio teocrático, principio de obediencia, de esclavitud, ha organizado allí las sociedades. Asi como en el mundo físico existen dos fuerzas contrarias, la de atraccion y la de repulsion, que combinadas producen su armonía, asi en el mundo político existen tambien otras dos fuerzas de diferente índole que se

combaten y producen con su mayor ó menor predominio las diferentes clases de gobiernos. Estas son la fuerza comprensiva, que tiende á reunir, enlazar, esclavizar todos los elementos sociales; y la fuerza disolvente, que tiende al contrario á separarlos y destruir toda union entre ellos. Ahora bien, por lo dicho se conocerá que de estas dos fuerzas la que predominó en los gobiernos orientales fue la primera, y predominó con toda la energía de que es susceptible, puesto que se apoyaba en un origen tan poderoso como el cielo, dejando apenas la menor influencia á la fuerza disolvente.

El principio teocrático es el principio compresivo ó absorbente por excelencia; pero si es principio de opresion, tambien lo es en alto grado de organizacion y de orden. Así es, que examinense bien todas las antiguas monarquías orientales, todas sobresalen por esa organizacion interior sorprendente, que todo lo tiene combinado y dispuesto de antemano, estableciendo por todas partes clasificaciones y métodos invariables. ¿Se trata de los hombres? Todos están divididos en castas que jamás se mezclan ni confunden. ¿Se trata de profesiones? Todas se encuentran ya asignadas á diferentes tribus ó familias, á quienes no les es dado dedicarse á otras. ¿Se trata de ocupaciones? La ley prefija las que han de ser para cada dia y cada hora del dia. ¿Se trata, en fin, de usos y costumbres? La misma ley prescribe los trages, los colores que se han de gastar, y hasta se introduce en el interior de las familias para presidir á los actos mas íntimos y secretos. Así el hombre se halla circunscripto en un círculo de que no puede salir. El dia en que nace ya tiene contados los pasos que ha de dar en este mundo, y puede leer anticipadamente la historia entera de su vida, en el libro de la ley inmutable como el cielo. Y no se crea que esto sucede solo á los que nacieron para ser vasallos, no; que alcanza á todas las clases, y la ley que encadena todas las acciones de la vida, sube y se estiende de gerarquía en gerarquía hasta el mismo trono. Allí no hay uno que deje de ser esclavo. El mismo soberano está mas que nadie sujeto á esta dura opresion. No hay un solo movimiento suyo que no le esté prescripto, que

no sea el resultado de un mandato de la ley. Objeto de adoraciones, lo es solo como esas imágenes sagradas á que el vulgo atribuye un poder milagroso, pero que sin embargo no se mueven sino por el impulso ageno, á las que se guarda con escrupuloso cuidado, se cubre de rica pedrería, y se saca en procesion para no recorrer mas que una carrera determinada y volver luego al nicho donde estan aprisionadas.

Ved ahí las sociedades orientales. Todo se ha organizado en ellas pronto, porque todo obedecia á un principio fuerte, poderoso, eminentemente organizador; pero todo se paralizó tambien en ellas muy en breve, porque el mismo principio creó los lazos que habian de encadenar el movimiento civilizador. Ese principio es á la verdad, principio de orden, pero es á la par principio de muerte. En las sociedades donde predomina no se ven revoluciones, es cierto, pero tampoco se nota movimiento; existe regularidad, pero no hay que esperar progreso.

Pero al propio tiempo que esto sucedia en Asia, el principio contrario fijaba su imperio y se desenvolvia en el occidente. La naturaleza habia dispuesto las regiones de esta parte del mundo para que así sucediese. Ya no se veian allí las dilatadas llanuras que en el oriente facilitaban la comunicacion y reunion de los hombres, las grandes conquistas y la formacion de dilatados imperios. Un terreno irregular, atravesado por numerosos rios, erizado de montañas, cubierto de bosques y malezas, y en gran parte sumérgido todavia entre lagunas, interrumpia las comunicaciones, suministraba medios de defensa, y mantenia la independenciam de sus diferentes partes. Ya no se encontraba aquel clima suave, aquel suelo fértil, aquellas ricas producciones que formaban la delicia y la riqueza del Asia. El hombre no alcanzaba su alimento sino con el sudor de su frente ó con peligro de su vida. Activo, ágil, fuerte, trabajador, se acostumbró á confiar mas en sí mismo que en la sociedad, y conociendo mejor lo que valia, se estimaba en mas, y miraba con horror toda clase de vasallage. Debiendo al parecer menos al cielo que á sus propios esfuerzos, la idea de la divinidad tuvo sobre él

menos poder que la de su propio valor, y así se hizo menos religioso que egoísta. De aquí el no reconocer subordinación alguna, ni más regla que su voluntad. Esta era el móvil de sus acciones, y así se llegó á aislar en su propia individualidad, adquiriendo en él cada vez más fuerza el principio disolvente que se oponía á toda sociedad, á toda civilización.

Así es, que estas regiones tardaron mucho más en civilizarse, y todavía se hallaban entregadas á la más espantosa barbarie, cuando ya el oriente presentaba sociedades ricas y poderosas. Acaso entregadas á sí mismas, nunca salieran de su estado salvaje, á no recibir el impulso desde fuera, y así lo confirma la historia. Todos los países europeos han necesitado este impulso para aceptar el beneficio de la civilización. Grecia lo recibió de los egipcios y fenicios, Italia de los griegos, España, la Galia, la Bretaña, de los romanos, y posteriormente las naciones germánicas y escandinavas de las que residen en el mediodía de Europa.

No es de este lugar el detenerme en referir los diferentes pasos por donde la Grecia caminó á su civilización. Básteme señalar el carácter peculiar de esta, y lo que conduce más á mi objeto, el principio que la animaba, diferente en todo del que había presidido á la civilización oriental. En ella dominaba, pues, el principio de libertad absoluta, como en la primera, se sobrepuso á todo el de dominación sin límites. En Grecia, pues, jamás se pudieron formar grandes estados, sino pequeñas repúblicas independientes, repúblicas reducidas cada una casi al término de una ciudad; pues si alguna vez se hallaban reunidas varias poblaciones, la fuerza de repulsión era tan poderosa, que al fin se separaban y se regían por sus propias leyes. Aun hay más; cada república ó ciudad, más bien que una sociedad, parecía un campo de batalla, en que los ciudadanos, obedeciendo al mismo principio de disolución que animaba al todo, se hacían la guerra unos á otros. Donde quiera se peleaba por la libertad, por la independencia, y el movimiento, ó más bien la anarquía no cesaba.

Vemos, pues, á los dos principios que hemos señalado

antes, apoderados cada uno de cierta parte del mundo, y dando origen cada cual á la especie de civilizacion que le era peculiar. Estas dos civilizaciones tan contrarias, se hallaron al fin enfrente una de otra, tocando á los mismos límites, y por lo tanto, á fuer de enemigas, no podian menos de librarse cruda guerra. Asi sucedió con efecto.

Todos conocen la larga lucha entre griegos y persas, y fuera inútil recordar ahora los diferentes sucesos de aquella guerra memorable. Pues bien, los combates que se libraron aquellos dos pueblos rivales, fueron combates entre los dos principios reguladores de la sociedad, fueron la lucha en que una y otra civilizacion pugnaron por dominar. Quedó vencido el principio de la civilizacion oriental, y la libertad cantó victoria. Las huestes de Darío y Gerges perecieron en los campos de Maraton y Platea, y mas tarde, la expedicion de Alejandro destruyó la unidad oriental, é hirió de muerte el principio teocrático, así en las dilatadas llanuras que baña el Eufrates, como en el pais que inunda el Nilo. Victoria esclarecida, debida á la mayor energía que conservaba el principio de la libertad; pero victoria funesta á este mismo principio, pues pereció tambien encima de sus laureles. La expedicion de Alejandro fue una revolución que trastornó el sistema de gobierno de una gran parte del mundo. Las monarquías que de aquella revolucion se formaron no tenian en sí ningun germen de vitalidad ni de fuerza. Productos de una guerra entre dos principios contrarios, no quedaron bajo la influencia esclusiva de ninguno, y en ellas por lo tanto no se encontró ni fuerte organizacion social, ni energía republicana. La sociedad se hallaba tan débil como el individuo, y así es que aquellas monarquías no podian menos de perecer, como perecieron; porque los dos principios, al encontrarse, no lo hicieron para hermanarse, sino para estorbarse mutuamente; y así como cada uno de ellos solo, no puede producir una sociedad perfecta, así tampoco la pueden organizar cuando permanecen juntos, pero enemigos; es preciso que se equilibren, se armonicen, y en hallar este equilibrio, esta armonía, consiste el verdadero problema social.

La debilidad, ó mas bien postracion en que quedaron las sociedades griega y oriental despues de tan rudos combates, las hizo presas fáciles de una nacion en cuyo seno se habian librado igualmente larga y porfiada lucha los dos mismos principios para perecer tambien, porque tambien fue imposible el que se conciliasen, á fin de formar una organizacion social perfecta. Hablo de la república romana.

Roma, debió á la Grecia y al Asia los gérmenes de su civilizacion, y por lo tanto los dos principios de dominacion y de libertad, ó sea de contraccion y de disolucion, presidieron á la formacion de aquella sociedad. Tuvo, pues, la dicha de gozar desde luego de las ventajas de ambas civilizaciones; y mientras estas se arruinaban en los países donde cada una habia dominado esclusivamente, contribuian por su union á dar fuerza y prosperidad á aquella famosa república. Una organizacion social bastante bien entendida para la epoca, una administracion fuerte, se combinaban con el amor, ó mas bien, el entusiasmo de la libertad; y al paso que esta daba energía y ardor á los ánimos, inspirándoles valor, heroismo, y arrojándolos á altos hechos, las primeras dirigian estos sentimientos, sacaban partido de ellos, y los encaminaban á un fin grande y provechoso. Si estos dos principios, que por fortuna de Roma se hallaron juntos desde su cuna, hubieran podido armonizarse debidamente, acaso ella y el mundo les hubieran debido su felicidad; mas esto no era posible en el atraso en que se hallaban entonces las ciencias políticas, y así es que desde los primeros tiempos se mostraron rivales. Representados el uno por el senado, el otro por el pueblo, se hicieron cruda guerra; y cuando ya con la asombrosa prosperidad de la república adquirieron cada uno fuerzas colosales, cuando abrazaron el mundo con sus contiendas, y cuando, en fin, no tuvieron en las conquistas objeto en que ocupar su actividad y saciar su rabia, se encarnizaron á tal punto el uno contra el otro, que ambos sucumbieron á la vez y quedaron sepultados en el mismo sepulcro. La sociedad entonces quedó hecha un cadáver, y la civilizacion, despues de haber permanecido algun tiempo estacionaria, no encon-

trando ya nada que la animase é hiciese progresar, retrocedió hácia la barbarie.

En tal estado era preciso que nuevos elementos acudiesen á dar nueva vida á esta sociedad exánime, ya que los antiguos habian perdido todo su vigor y permanecian infecundos. Estos nuevos elementos fueron primero el cristianismo, y despues las instituciones germánicas, que obraron en la caduca sociedad romana una revolucion completa.

Para conocer bien cuál fue esta revolucion, es preciso conocer primero cuál era esa sociedad romana al tiempo de introducirse en ella aquellos dos elementos. Ya he anunciado que entraré en este exámen; mas antes no me parece fuera de propósito el terminar este artículo con algunas reflexiones relativas al género de libertad de que gozaron los antiguos, las cuales servirán para completar la teoría que hemos explicado.

Cuando dos fuerzas contrarias coexisten y obran á la vez sobre un mismo objeto, por mucho que prepondere la una, jamás llega la otra á desaparecer del todo. Luego cuando al hablar de las naciones de oriente y occidente he dicho que las sociedades de cada una de estas partes del mundo estaban dominadas, las primeras por la fuerza de cohesion y las segundas por la disolvente, no he querido hacer creer que ese dominio fuese tan esclusivo que no ejerciesen influencia alguna respectivamente las fuerzas contrarias. A ser asi, ninguna de dichas sociedades hubiera subsistido, porque la presencia única de una de aquellas fuerzas seria necesariamente destructora y mortal. Así, pues, como la idea ó por lo menos el instinto de la libertad no perece nunca en el hombre, por mas que predominase en la civilizacion asiática el principio teocrático, siempre encontraba alguna resistencia, y esto podria demostrarse con algunas prácticas. Asi tambien las naciones occidentales entregadas al principio disolvente, hubieran vuelto á la barbarie á no haber sido contrarestado aquel por alguna fuerza de compresion. ¿Cuál fue esta fuerza?

Ya he dicho que el estado primitivo de estos pueblos

fue causa de que tuviese menos poder sobre su ánimo la idea de la divinidad, y que al contrario creciera la que tenían de sí mismos; es decir, que se concentráran casi todos sus pensamientos en su propia individualidad. El lazo teocrático no era, pues, bastante fuerte para establecer entre ellos la necesaria union, ni para crear un orden firme y estable. Asi como necesitaron que los extranjeros les trageran de fuera las ciencias y las artes, asi fue preciso igualmente que les importasen la religion, y ninguna religion importada tiene la fuerza de la que por un sentimiento profundo, irresistible, está grabada en el corazon. Fuera de esto, mas bien que religion, aprendieron los primeros griegos prácticas supersticiosas, y la unidad de Dios, necesaria para comprender y acatar su omnipotencia, fue un dogma que no se les reveló sino ya muy tarde, cuando su civilizacion habia llegado al complemento, y no lo recibieron de manos de los ministros del cielo, sino de los filósofos. Estos filósofos fueron tambien los que tuvieron á su cargo el organizar la sociedad; pero al emprender esta obra se hallaron con el grande obstáculo de la individualidad que se oponia á toda organizacion. Les fue por lo tanto preciso buscar un objeto de gran prestigio, para hacer emanar de él la fuerza de compresion que habia de refrenar aquella individualidad rebelde, y neutralizar los efectos del principio de disolucion. Este objeto no pudo ser otro que la misma sociedad en cuyo nombre hablaron; y todos sus esfuerzos se dirigieron á inculcar la gran máxima de que la sociedad es el todo, y que ante este supremo todo deben humillarse los individuos. Como, lejos ya del estado de naturaleza, los hombres conocian los beneficios y la necesidad de las sociedades, adoptaron por fin el principio. Créose la voz patria, y la patria vino á ser el talisman poderoso que reducía á la nulidad las fuerzas individuales que antes aspiraban á ser independientes. La voluntad del individuo se sujetó á la voluntad de la comunidad, y asi como aquella habia sido antes enérgica, imperiosa, absoluta en su aislamiento, asi como conservaba los mismos caracteres en las relaciones de hombre á hombre, asi se consintió en

revestir con ellos la voluntad social; de suerte que el despotismo que para los orientales tenía su origen en el cielo, para los occidentales vino á localizarse en la sociedad misma.

De aquí resultó que bajo cierto punto de vista los efectos fueron los mismos en ambas especies de sociedades. Una y otra reconocieron un poder superior, poder al que las voluntades individuales debían humillarse, y á quien correspondía dictar leyes de un modo absoluto. Este poder no fue menos exigente y opresor que el despotismo teocrático, y dictó leyes análogas á las que este habia dictado. Así es que esclavizó igualmente al hombre hasta en sus menores acciones, relativamente á la vida privada. Todas estas acciones estaban sometidas á una severa vigilancia; nada se concedía á la independencia individual, ni bajo el concepto de opiniones, ni del de industria, ni de los goces sociales. En las cosas que ahora nos parecen las mas libres, la autoridad del cuerpo social se interponía y mortificaba la voluntad de los particulares. Terpandro no pudo entre los espartanos añadir una cuerda á su lira, sin que los éforos se diesen por ofendidos; un joven lacedemonio no podía visitar libremente á su reciente esposa, y en Roma los censores escudriñaban hasta lo interior de la familia.

Pero una diferencia muy esencial existía bajo otro punto de vista entre estos dos despotismos. La teocracia oriental aniquilaba todos los derechos del hombre, de cualquier especie que fuesen: el despotismo social de griegos y romanos, al paso que esclavizaba al hombre en sus relaciones particulares, le dejaba libre en sus relaciones políticas. En Asia se suponía á Dios legislador de la sociedad; en occidente la sociedad se legislaba á sí misma. Allí el hombre no habia contribuido para nada á la formación de la ley, y por lo tanto no le correspondía mas que acatarla y obedecerla; aquí al contrario, no siendo la sociedad mas que la reunion de los hombres que la componen, estos tenían su parte en la formación de la ley, y por lo tanto se creían con derecho á examinarla, criticarla, promover su enmienda ó vigilar sobre su observancia. Por lo tanto si el individuo consentía en su-



jetarse á la voluntad de la sociedad, era á condicion de conservar en esta su influencia como parte integrante de ella. La sociedad era soberana, pero el participaba de esta soberanía y la ejercia colectivamente con los demas ciudadanos. Deliberaba en la plaza pública sobre la guerra y la paz; concluía con los estrangeros tratados de alianza; votaba las leyes, pronunciaba sentencias, examinaba los actos, las cuentas de los magistrados, nombraba á estos, y los enjuiciaba para condenarlos ó absolverlos.

Ved aquí al republicano de los antiguos esclavo y libre á un mismo tiempo; esclavo en la vida privada, libre en la vida pública; esclavo como hombre, libre como ciudadano; y ved aquí tambien la diferencia enorme que existe entre la libertad de los antiguos y la que anhelamos los modernos. Nosotros queremos ser libres como hombres y como ciudadanos; queremos no solo el ejercicio de los derechos políticos, sino tambien el goce de todos los derechos civiles. La libertad antigua era una participacion de la soberanía: la moderna es una proteccion de la felicidad y de la independencia del hombre: aquella era una libertad activa; esta es una libertad pasiva. Los antiguos daban á todo gobierno republicano el nombre de libre; mas en aquellas repúblicas solo un corto número de personas gozaba de la libertad activa: la pasiva no existia para nadie. Los modernos, al contrario, han fundado todas las teorías de la libertad en la conservacion de la monarquía, y han examinado de qué modo puede contribuir á la dicha, porque segun ellos todo hombre tiene derecho á la felicidad. Para ellos la libertad solo es un medio de felicidad, mientras para los antiguos solo era un derecho, sin que se cuidasen de si contribuia ó no á hacerlos desgraciados. Nosotros queremos que el gobierno proteja la felicidad de las personas, su honor, su propiedad, sus sentimientos morales, y que ademas respete nuestros pensamientos y nuestra conciencia. Sin estas condiciones todo gobierno, sea cual fuere su origen ó su forma, nos parece tiránico. Pero los antiguos miraban solo el origen y la forma, y desatendian todas estas condiciones de la libertad moderna. La li-

hertad, pues, de los antiguos sería para nosotros la esclavitud mas odiosa; y ved aquí, por fin, cuán grande ha sido el error de los que en las sociedades modernas han pretendido resucitar las repúblicas antiguas. En nombre de la libertad nos ofrecían el mas insufrible despotismo.

Pero si los antiguos cometieron el error de renunciar á una parte tan preciosa de la libertad del hombre, incurrieron en otro todavía mas trascendental que les hizo al fin perder la parte que se reservaban. Al conceder á la sociedad el poder de que hemos hablado, lo comprendieron mal, y le localizaron en la voluntad social, entendiéndose por esta voluntad el resultado de las voluntades de todos los individuos que componian la misma sociedad. Error funesto, error que no ha sido peculiar de los antiguos, sino que se ha transmitido hasta nuestros días, y cuyos efectos no creo que sea fuera del caso el que aquí los demostremos.

Los antiguos y los modernos han reconocido la soberanía social, entendiéndose por tal la voluntad de la sociedad, y por esta voluntad la reunion de las voluntades individuales, pero con esta diferencia; que los antiguos creyeron que la voluntad individual era inenagenable, intransmisibles, y los modernos han establecido al contrario que puede y debe transmitirse ó depositar en otros para obrar conforme á esa misma voluntad. De este diverso modo de ver han resultado dos diferencias muy notables en los gobiernos. Los antiguos, al negar que la voluntad fuese inagenable, imponian al individuo la obligacion de concurrir personalmente á espresar su voluntad para formar la voluntad general. Esto hacia desde luego imposibles los grandes estados, y con efecto, las repúblicas antiguas fueron siempre de estension muy limitada, reducidas casi todas á los muros de una ciudad.

Pero si la voluntad del individuo es inenagenable, lo cierto es que no siempre prevalece. Y ¿por qué no prevalece? Yo quiero, y sin embargo es inútil mi querer. ¿Quién me lo impide? Claro está que una fuerza contraria: la fuerza de otros hombres. Luego no hay otro remedio, ó hacer yo mi voluntad y ser libre, independiente, conservar la so-

beranía de mí mismo, ó humillarme á otra fuerza que comprime mi voluntad, que me hace esclavo. Si lo primero, establezco la anarquía: si lo segundo, consiento el despotismo.

Entre estos dos extremos se halló colocado el hombre de los antiguos de resultas de un falso principio. ¿Por cuál de ellos decidirse? La necesidad de la sociedad se hacia sentir de un modo demasiado imperioso para adoptar el primero: fue preciso arrojarse al segundo con todas sus consecuencias.

Y estas consecuencias fueron fatales. Porque de aquí nació, en primer lugar, la esclavitud personal ó doméstica, mengua de los antiguos tiempos. Hé aquí el raciocinio que se hicieron: Para formar la voluntad social, es preciso que se reúnan las voluntades individuales; pero esto es imposible; luego solo cierto número de voluntades debe entrar á componer la sociedad; las demas quedarán aniquiladas; y ¿cuáles serán éstas? ¿Cuáles han de ser? las de los débiles, porque solo la fuerza puede hacer que se renuncie á un derecho tan precioso. Y con efecto, la voluntad del débil cedió á la del fuerte, y la guerra decidió de la soberanía. Para reunirse en la plaza solo quedaba un corto número de ciudadanos; los demas hombres eran esclavos, á no evitar con la emigracion la tiranía; y esta suerte no solo les cabía á los individuos, sino á los pueblos. Estos, ó bien huían de su patria á fundar colonias en estrañas tierras, ó quedaban en la clase de miseros ilotas.

Tal fue la consecuencia primera del principio: la segunda fue que cuando un hombre, por maña ó por fuerza, se substituía á la voluntad social, hallábase de hecho establecido el absolutismo, la tiranía. Las historias antiguas nos ofrecen numerosos ejemplos de esto mismo, y pruebas de cuán fácil era que sucediese en la multitud de precauciones establecidas para impedirlo, precauciones las mas veces injustas y arbitrarias, como el ostracismo. Pero la sociedad antigua no podia sustraerse á la consecuencia terrible é inevitable del principio. Llevaba en su seno el germen del despotismo, y el despotismo tenia que establecerse á la larga; y como la

soberanía estaba malamente localizada en la fuerza, tenía que ir á parar adonde en realidad reside la fuerza, es decir, al ejército. Tal fue con efecto la suerte de Roma y del mundo. La soberanía pasó de la sociedad á una soldadesca desenfrenada, que daba y quitaba el poder á su antojo y tiranizaba todo el imperio. Los siglos y los hombres habian trabajado solo en provecho de la guardia pretoriana.

Los modernos han creído evitar estos inconvenientes siguiendo otro rumbo opuesto. Han convenido en que la voluntad fuese transmitible, capaz de ser depositada en otro hombre; y han creado la representacion de las voluntades. Pero aun así no han hecho mas que evitar una parte de los males y ensanchar el espacio de las sociedades posibles. La representacion permite los grandes estados y hace inútil la esclavitud personal. Desde el momento en que las voluntades pueden ser representadas, no hay necesidad de que todos los ciudadanos se reúnan para deliberar en un mismo sitio, ni es preciso escluir á tantas gentes del derecho de concurrir con su voluntad á la formacion de la voluntad general; al contrario, por lo mismo que es tan fácil consultar la voluntad de todos, todos deben ser admitidos á manifestar la suya; y el sufragio universal es en este caso justo y necesario; es la consecuencia inevitable del sistema.

Pero el vicio principal queda siempre en pie. Al cabo es preciso que prevalezca la voluntad de unos sobre la voluntad de otros; y siendo el derecho el mismo, solo la fuerza puede decidir en último resultado; es decir, que prevalece el imperio de la fuerza, el despotismo.

El mal está en el principio: en localizar la soberanía en una cosa que no debe ser soberana, en la voluntad.

Ni considerándose al hombre aisladamente, ni mucho menos en sociedad, puede la voluntad ser el árbitro único de sus acciones, su soberano.

Cuando los filósofos han considerado al hombre en sí mismo, y entregado á la sola accion de sus facultades, ninguno se ha atrevido á sostener que su voluntad fuese para él la única ley legítima, es decir, que toda accion fuese ra-

zonal y justa por el mero hecho de ser libre y voluntaria. ¿Por qué, pues, cuando se le saca de su aislamiento y se le considera en relacion con sus semejantes, se habrá de querer faltar á tan reconocida doctrina? ¿Deberá servir de fundamento en la política lo que en moral no puede admitirse? ¿Será que la voluntad que en el individuo aislado no puede servir de regla legítima, se encuentre de repente revestida con tan sagrado carácter cuando el individuo se ve colocado en presencia de otros individuos de su misma especie?

¿Cuál es, pues, el error que han cometido los políticos cuando han localizado la soberanía en la voluntad? Uno muy trascendental: haber truncado al hombre; haberle considerado imperfecto; porque la voluntad no es todo el hombre, no es más que una parte de él, una de sus facultades, y la más ciega, la menos susceptible de dirigirse con acierto.

Desde nuestra infancia se nos enseña que las facultades del hombre son tres: memoria, entendimiento y voluntad. ¿Por qué, pues, en la ciencia más interesante hemos de olvidar dos de estas facultades para no tener cuenta más que con una sola? ¿Por qué no hemos de dar su parte al entendimiento, es decir, á esa luz que nos ha concedido Dios para alumbrarnos en todas nuestras indagaciones, esa segura guía para conocer lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto; única regla que debe servir á la voluntad en sus decisiones? ¿Por qué no hemos de dar también su parte á la memoria, es decir, á la experiencia, pues recordándonos los sucesos que han ocurrido, la memoria nos los presenta para que aprendamos en ellos lo que debemos temer y evitar?

Es por consiguiente falso todo sistema de gobierno que estriba solo en la voluntad, porque es sistema incompleto, porque en último resultado se viene á reducir al gobierno de la fuerza, al despotismo. La soberanía social no puede entonces consistir en la voluntad de la sociedad, ó en la reunión de las voluntades de todos sus individuos. Nadie está obligado á obedecer á una voluntad, sea la que fuere, por el mero hecho de ser voluntad. La misma sociedad no tiene el derecho de imponer su voluntad á sus individuos, y cuan-

do se proclama soberana, es necesario que justifique esta soberanía.

La sociedad justifica su soberanía del mismo modo que el hombre, considerado aisladamente, justifica sus acciones. Haciendo ver que no se ha entregado á una voluntad ciega y caprichosa, sino que ha consultado la razon, ha conocido la verdad y se ha sujetado á la justicia. Porque la razon, la verdad y la justicia, hé aqui la suprema ley de los hombres y de las sociedades, su verdadero soberano.

Y ¿qué medios empleará la sociedad para conocer la razon, la verdad y la justicia, para justificar su soberanía? Reunir á los hombres capaces de conocerlas y señalarlas; y hé aqui, el verdadero gobierno representativo. Este gobierno no es una máquina aritmética destinada á recoger y numerar las voluntades individuales: es un procedimiento natural y seguro para estraer del seno de la sociedad la razon pública, que es la que solo tiene derecho para gobernarnos. Por eso no confia esta operacion á todos los hombres sin escepcion alguna, sino á aquellos que tienen la capacidad suficiente para indagar y conocer la verdad, la razon y la justicia, origen de las buenas leyes.

A eso se reduce el famoso principio de la soberanía nacional que tanto se ha debatido. ¿Se entiende por esta palabra la reunion numérica de las voluntades individuales, sin atender á otra consideracion mas que al hecho solo de ser voluntades? Principio falso, funesto: falso, porque no considera al hombre en el goce completo de sus facultades, y atiende solo á una de ellas, la mas ciega y caprichosa: funesto, porque reduce la soberanía á la fuerza y sanciona el despotismo. Pero si se considera esa misma soberanía como el resultado que da de sí la combinacion de todas las ideas justas, razonables y verdaderas que existen desparramadas en la sociedad y repartidas con desigualdad entre los individuos que la componen por razon de las infinitas causas que influyen en el desarrollo intelectual y moral de los hombres, entonces es un principio cierto, benéfico, y en extremo organizador. Los antiguos, entendieron su soberanía del primer modo,

y por eso, despues de estar batallando durante siglos con las inconsecuencias y absurdos que á cada paso resultaban de su aplicacion, perdieron toda libertad y cayeron bajo el yugo del mas afrentosó despotismo. Los modernos han empezado por esplicarla del mismo modo; pero al fin han venido á conocer que no se puede entender sino de la segunda manera, y por lo tanto van fundando gobiernos que á la facultad de perfeccionarse indefinidamente reunen la eterna garantía de todas las libertades.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

POESIA.

RODRIGO DIAZ DE VIVAR.

I.

RODRIGO.

Muy galan viene Rodrigo
cabalgando á la ginetá,
á pasar ante su dama
la incomparable Jimena.

Viene el rapáz de lucirse
jugando la espada negra,
y de romper cuatro lanzas
con valor y gentileza.

Que en tales ocupaciones
por pasatiempo se emplea,
en la paz echando menos
los laureles de la guerra.

La dama, que ya impaciente
á la ventana le espera,
porque sabe que á tal hora
suele venir de la tela;

Al verle torcer la calle
se muestra muy placentera,
dando señales bien claras
del amor que le profesa.

Conocído lo ha Rui-Díaz,
y á la yegua incando espuelas,
por mostrar su habilidad
hízola hacer mil corbetas.

Mas la dama temerosa,
para que se contuviera,
fingiéndola descuidada
su pañizuelo caer deja.

Al advertirlo el doncel
ha bajado de la yegua,
y alegre con el pañuelo
sube á saltos la escalera.

II.

JIMENA.

Mi bella señora,
la dice Rodrigo,
mi llanto es testigo
que el pecho te adora,
que si Vivar llora
cáusalo el amor.

No mas te desdenes
de escuchar mi llanto.
Por el cielo santo
mis males aluñes,
y no mas me enseñes
tu duro rigor.

Si el ser Rica fembra
te obliga al desden,
que illustre tambien

yo soy te remembra,
y que no desmembra
mi amor á tu honor.

Si tu padre el Conde
ganó mil laureles
en guerra de infieles,
mi amor te responde
que hoy vine de donde
conseguí loor.

Y por la esperanza
regido mi acero,
indómito y fiero,
con grande pujanza
el moro mi lanza
ya probó, traidor.

¡Ay, pero en tus ojos
las lágrimas miro!
Feliz, ya respiro,
y á tus pies de hinojos,
el alma en despojos
te ofrece mi ardor.

Calló Ruy por un momento,
la dama se sonrió,
tomando su pañizuelo
le puso en el corazon,
al galan arrodillado,
risueña, se lo volvió,
y enrojecido su rostro
de este modo respondió:

Al amor
no resisto,
que ya he visto
su poder;
Y mi padre
su licencia,

sin violencia
nos dará.

Que él tan solo
de mi mano,
puede llano
disponer.

Demandadlo,
que á tu ruego,
y junto luego
el mio irá.

Respondiera
asi Rodrigo:
si consigo
tu beldad,

De felices
en el mundo
yo segundo
no tendré.

A pedirte,
sin sosiego,
corro luego,
sin parar.

¡Dios del cielo,
mi esperanza
me la afianza
tu bondad!

III.

DIEGO LAINEZ.

Asi diciendo el doncel
baja aprisa la escalera,
sin poner pie en el estribo
ya cabalga en la su yegua.

Por esas calles de Burgos
camina á toda carrera,

y veloz mas que el relámpago
alegre á su casa llega.

A su padre Diego Lainez
hablar quiere con gran priesa,
búscalé en toda la casa
y en un retrete le encuentra.

Aflijido estaba el viejo,
con indicios de gran pena
mil lamentos y suspiros
angustiado al aire suelta.

Llamóle entonces su hijo,
pues de verlo no dió seña,
y tornando hácia él su vista
apareció mas serena.

La mano pide Rodrigo
y su padre se la niega,
pero alzándole del suelo
entré sus brazos le estrecha.

Y desciñendo la espada,
con que mil veces venciera,
armó con ella al mancebo
y dirigióle esta arenga:

Hubo un tiempo, Rodrigo, en que tu padre,
con orgullo la frente levantada,
pudo ostentar en ella mil laureles
conquistados al moro en las batallas;
y su nombre acátado en todas partes
con gloria trasmitirle por su raza.

Mas, ¡oh mengua! ¡oh baldon! cuando el sepulcro
ya abierto, sin mancilla me esperaba,
un atrevido mozo ha deshojado
cuanto escelso laurel cortó mi espada.

El delante del Rey y de su corte
puso, ¡oh rabia! su mano en estas canas,
en oprobio y en mengua convirtiendo
noventa años de glorias y de hazañas.....

En vano quiso mi impotente brazo
tomar de tal ultrage la venganza,
pues caduco y sin fuerzas, ni aun el peso
resistir pudo de mi inútil arma.

¡Ah! callad por piedad, dice Rodrigo,
¿quién el bárbaro fué que tal infamia
contra vos cometió? Su nombre al punto,
su nombre declarad; ya ardiendo en saña
impaciente le espero, y en mi mano
hecho menos el peso de la lanza.

¡Y aun sabiendo la afrenta de mi padre
no he muerto á su ofensor en la batalla!
decidme por piedad, ¿dónde se encuentra?
¿quién el bárbaro fue? Muerte ó venganza
os juro por los manes de Lain Calvo
antes que deje el sol hoy á la España.

Quando así dijera con furia el mancebo,
al guarnés á armarse veloz acudió,
Cambió por el casco su rojo bonete,
por cota acerada su rico jubon.

El corcel mas diestro manda que le ensillen,
la lanza nudosa valiente empuñó,
y del pié al cabello de acero cubierto
al lado del padre furioso volvió.

Al verle así Lainez reluce en su frente
alegre esperanza de cobrar su honor;
estrecha en sus brazos al hijo esforzado
y al cielo mirando, le dá bendicion.

Quiera Jesucristo por quien tantas veces
las huestes moriscas mi mano venció,
valerte, hijo mio, contra este enemigo
que es el mas tremendo que Castilla vió.

Su furia el mancebo ya apenas contiene,
su pecho oprimido palpita velóz,
su ojos brillaban cual brilla en el polo
en noche serena la estrella mayor.

Oír el fatal nombre ya solo esperaba
que tan justa saña en él encendió,
vacila su padre, temiendo por su hijo,
pero el Conde es, dice, de Gormáz Señor.

Si del cielo airado un rayo cayendo
le hubiera abrasado hasta el corazón,
no tantos tormentos causára al mancebo
como en este instante su pecho probó.

Su padre admirado se indigna y le dice:
¿el qué de Lain Calvo la sangre heredó
posible es que tiemble lidiar con un hombre?
¿El cielo esta afrenta también me guardó?

En tanto el mancebo que apenas respira
inmóvil cual mármol y helado quedó,
mas luego corrido de que tal sospecha
tuviera su padre contra su valor,

Echándose al rostro la espesa visera
sus húmedos ojos con ella ocultó,
y al padre indignado dice de esta suerte
haciendo un esfuerzo con trémula voz:

¡Oh padre! al cielo pluguiera
que otro fuera tu ofensor,
que no me falta valor
para lidiar con cualquiera.

Pero al padre de Jimena,
de quien depende mi suerte.....,

¡haberle de dar la muerte!

¿yo la causaré tal pena?

¿Mas si te quitó el honor
como la hé de pretender?

Pues si la debo perder

cobre la honra mi valor.

¡Adios, Jimena querida,
mi padre voy á vengar,
y el tuyo voy á matar
aunque me cueste la vida.

Proseguir no pudo ya,
de la cámara salió,
en un caballo montó
y á buscar al conde vá,

EL CONDE DE GORMAZ.

De Arlanzon en la orilla frondosa,
dos guerreros cubiertos de acero,
se acometen con ánimo fiero,
vése al choque sus armas chispear.

Del penacho las plumas hondeantes
unas yacen en tierra rompidas,
otras vagan del aire movidas
y ya el casco dejaron de ornar.

De las lanzas nudosas y fuertes
solo quedan partidas astillas,
y cortadas las fuertes evillas
el arnés en pedazos saltó.

Al mirarse los miembros desnudos
mas su furia se nota encendida,
cada herida les cuesta otra herida
y ya á mares la sangre brotó.

Ya las rotas celadas descubren
de uno y otro guerrero la faz;
es el uno un imberbe rapáz,
es el otro un robusto infanzon.

El primero mas listo y osado,
el segundo mas fuerte y prudente,
uno y otro esforzado y valiente,
uno y otro de gran corazon.

Largo tiempo el combate duraba

y ventaja ninguno sentia,
ya pasara gran parte del dia
cuando al joven murióse el corcel.

Saltó en tierra el valiente mancebo,
generoso el contrario le imita,
y al combate de nuevo le incita
y sangriento le embistió el doncel.

De repente con rápido vuelo
la corneja los aire rompió,
y siniestro graznido se oyera
infundiendo en los pechos pavor.

Mas le escuchan impávidos ambos
continuando su asiduo pelear,
la corneja volviendo á gráznar
diera un giro del conde al redor.

Generoso el mancebo se para
y resuelto al contrario le dice:
Advertid cual el cielo predice
vuestra muerte en agüero fatal.

Mas aun tiempo teneis de evitarla,
demandando á mi padre perdón,
Jóven, grita furioso el campeón,
uno baje al momento al fosal.

Y se embisten y corre la sangre,
y su furia por puntos se aumenta,
mas ¡ay! vése la espada sangrienta
en la mano del joven vibrar.

Y del pecho salir del contrario
un torrente de sangre espumosa,
y turbarse su vista rabiosa,
y su cuerpo en la tierra posar.

Y.

EL REY.

Dentro del alcázar real
 en una gótica estancia,
 vése un tallado sitial
 cubierto con elegancia
 con pabellon imperial.

Están guardando esta silla
 diez lucidos caballeros,
 en la mano la cuchilla,
 que allí juzgá por sus fueros
 Fernando á la fiel Castilla.

En la antesala esperando
 encuéntrase mucha gente,
 y una dama hay que llorando
 se muestra muy impaciente
 por hablar pronto á Fernando.

Oculto su rostro un velo,
 y el negro lato que viste
 publica su desconuelo;
 gran servidumbre la asiste
 de embayetado herreruero.

A otro extremo de la sala
 de pie se encuentra un doncel,
 vestido todo de gala,
 mas algo se advierte en él
 que acerba tristeza exhala.

A su lado está un anciano
 de cabellera nevada,
 que al doncel pone la mano
 en el puño de la espada
 y le mira muy ufano.

Y siete moros sentados
 en el suelo tambien hay,
 de oro y perlas adornados,

con turbantes de Cambray
de diademas coronados.

Corto rato fue pasado
cuando Fernando ocupó
su régio sitial dorado,
y el faraute lo anunció
á los del cercano estrado.

A la sala de la audiencia
todos fueron al momento,
alli ostentando clemencia
estaba el rey en su asiento
y de hablar les dió licencia.

La dama se adelantó
y levantando su velo,
ante el rey se arrodilló
y con triste desconsuelo
de este modo prorumpió.:

Escelso monarca,
señor de Castilla,
A tus pies Jimena,
del de Gormaz hija,
de luto cubierta
demanda justicia.
A mi padre el conde,
con mano atrevida
matóle un mancebo
que impune aun respira;
te mató al vasallo
mejor que tenias;
al que por sus venas
tu sangre corria;
al que tu corona
mejor defendia,
á aquel cuya espada
los moros temian,
y cuyo consejo

tanto te valia,
 dejándome huérfana,
 sola y aflijida.
 De homecillo el fuero,
 antiguo en Castilla,
 suplico que cumplas,
 pues soy fembra rica,
 y al rapaz me entregues
 para hacer justicia.

Luego que esta arenga oyera,
 al mancebo el rey mandó
 que alguna disculpa diera;
 y si al de Gormaz mató
 qué razon tuvo digera.

El anciano adelantóse
 á disculpar al doncel,
 ante el rey afinójóse,
 quedando inmóvil aquel
 y de este modo esplicóse.

El conde con furia loca
 puso su atrevida mano
 en mi faz, y ¡triste anciano!
 afrentado me dejó.

Mas la sangre de Lain Calvo,
 aunque en mis venas helada,
 alienta en Rodrigo honrada
 y venganza consiguió.

Y si te quitó un vasallo
 atrevido é insolente,
 tambien su lanza valiente
 siete reyes dá por él.

Estos moros valerosos
 y sus reinos y riqueza,
 dan vasallage á tu alteza
 y Cid llaman al doncel.

Alzad, anciano, del suelo,
el rey dijo con mesura;
ser justo me ordena el cielo,
y á esa afligida hermosura
se la debe algun consuelo.

Y vos, joven adalid,
que siete reyes vencistes
en vuestra primera lid,
pues por eso merecistes
que te llamen ellos Cid;

Yo te confirmo el dictado
y de rico-home en Castilla
te otorgo fuero y estado;
mas la ley fuerza es cumplilla
que habeis un hombre matado;

Su huérfana desvalida
tu persona me pidió,
fue por tu mano ofendida,
tu mano la entrego yo
por dejar la ley cumplida.

R. M. BOULET.

LITERATURA ALEMANA.



Ha dicho Guillermo Schlegel que le parecia que los alemanes no tienen siquiera una literatura, y que solo están inmediatos á tenerla. Pero este crítico al espresarse de este modo, se encerraba en el sentido reducido que en francés tiene la palabra literatura, sin comprender las obras de erudicion y ciencia que sin embargo no dejan por eso de hacer parte de la literatura de un pueblo. "Si se entiende por literatura, prosigue el mismo, una desordenada é incoherente acumulacion de libros que no están animados de un espíritu comun, que ni siquiera presentan entre sí la unidad de una determinada direccion nacional, en los cuales los vestigios y los presentimientos de un porvenir mas dichoso se pierden casi enteramente en un caos de esfuerzos frustrados ó mal emprendidos, de absurdidades y pobreza de espíritu mal disfrazadas, y de manías informemente ambiciosas, en lugar de una poesia determinada por la nacionalidad, y llevada á la perfeccion en un considerable número de obras de todos géneros, de este modo tenemos sin duda una literatura, pues se ha observado con razon, que los alemanes eran uno de los principales poderes *escribientes* de Europa." Como estas palabras llegan hasta á negar la existencia de una unidad nacional en las producciones intelectuales de Alemania, la cuestion de saber, "si los alemanes poseen una literatura en este sentido, esto es,

cierto número de obras que se completan unas con otras, formando en su conjunto una especie de sistema, y en las cuales encuentra una nación espuestas sus ideas y sus mas apreciados sentimientos," esta cuestion, decimos, dimana de otra, tantas veces agitada, á saber: ¿Tienen los alemanes un carácter nacional? Pues la condicion que añade Schlegel, de que, "sus escritos satisfagan de tal modo todas las necesidades intelectuales de la nacion, que despues de generaciones y de siglos enteros, vuelva á ellos sin cesar con nuevo amor," esta condicion se modifica poderosamente por las faces de la civilizacion y los destinos que una nacion experimenta; de otro modo, ni siquiera podria hablarse de una literatura francesa en general (lo que no quiere admitir sin embargo Schlegel) sino á lo mas tal vez de una literatura francesa del siglo de Luis XIV. Dichosamente recordamos sobre este punto otro juicio notable sobre los alemanes, del hermano del escritor citado, de Federico Schlegel, que los compara á los romanos. "Lo que distingue, dice, á los alemanes de este último pueblo, es un amor mas profundo á la libertad; no consiste únicamente entre ellos, en una palabra, en una máxima, sino que es un sentimiento innato. Han pensado con demasiada nobleza para querer imponer á todas las naciones sus costumbres y su carácter; pero este último no dejó de echar raíces por do quiera que el suelo no le fue enteramente contrario, y entonces se vió al momento un espíritu de honor y de amor, de denuedo y fidelidad, desarrollarse de un modo admirable. Con aquella libertad originaria del pais, que es una señal indestructible en el carácter de la nacion, conservó esta hasta en los tiempos de inaccion y reposo aparente, cierto aspecto mas primitivo y mas constantemente romántico, que lo que nos presenta hasta el mundo fabuloso del oriente. Su entusiasmo fue mas festivo, mas inocente y desinteresado; menos esclusivo y destructor, que el de los admirables fanáticos que abrazaron la tierra con mayor rapidez y universalidad que los romanos. Una sentida providad, que es mas que la justicia de la ley y del honor, una fidelidad y bondad de alma sincera, inalterable como la de los

niños, forman el fondo mas íntimo, y espero que sea el mas indestructible del carácter alemán." Estas señales, que se encuentran en las obras de los alemanes, y que seria fácil hacer ver, han debido bastar para imprimir á su literatura un sello de unidad, y señalarle un puesto aparte, aunque por otro lado sin duda, las producciones intelectuales de los diferentes períodos de la civilizacion alemana parece que presentan con frecuencia tan poca semejanza entre sí, como las literaturas de naciones diferentes. El mismo espíritu de libertad, que tan favorable fue al desarrollo natural de las individualidades y de las corporaciones, engendró tambien la variedad de direcciones, con la cual la literatura alemana, adoptando y sabiendo apropiarse los tesoros y los resultados de las extranjeras, se elevó á un punto de vista universal en todas las esferas del saber humano. Donde reina la libertad, ella procura penetrar en todas las facetas de la vida, así intelectual como moral, y darse una base profunda y estendida. Así es que nación alguna ha trabajado como la alemana con igual ardor y solidez en todos los ramos de la ciencia; ninguna ha espuesto bajo formas claras y lógicas miras tan diversas sobre la vida humana; ninguna ha mostrado una cultura de espíritu tan generalmente sistemática, ni ha satisfecho tan bien las exigencias de este espíritu en todos los ramos de los conocimientos humanos. ¿No es esta una señal característica de la literatura alemana? Y si es cierto que este espíritu de libertad haya degenerado frecuentemente en arbitrario, en licencia; y en literatura en la manía de escribir y de imitar, en confusion, en paradojas, en desarreglos de toda clase, ¿no puede responderse que las demás literaturas no se preservaron de los defectos de la alemana, sino por las direcciones exclusivas que tomaron, y por un apego estacionario á las autoridades una vez establecidas? Esta es la razon porque tienen un sello mas particular y nacional: ¿y tal vez no hay muchos pueblos que hubieran podido engañarse, como lo hicieron los alemanes? Y si por otro lado, su espíritu especulativo, que no puede sujetar forma alguna, si este espíritu que no puede despegarse de la vida y de sus

diversas situaciones sin haberlas comprendido, ha sido mucho mas favorable á las ciencias, que á la poesía y al arte, no pueden menos por eso de preguntarse con orgullo, sino tienen obras poéticas de una profundidad y de una intimidad de sentimientos tales, que no se podrian encontrar en ninguna otra nacion, y que sobrepujan en mucho cuanto una elegancia exterior de formas puede tener de seductor. Por último, si se pretende, que á pesar de la indisputable originalidad de las producciones mas escelentes de la literatura alemana, (pues toda literatura lleva consigo un enjambre de obras malas que desaparece poco á poco) carece esta literatura de originalidad é independencia, recuérdese á lo menos con qué admirable vigor se ha rejuvenecido siempre, y vuelto á florecer bajo nueva forma, despues de tantas y tan terribles guerras como sin cesar han devastado la Alemania, é impedido los desarrollos de la civilizacion; y como á pesar de los obstáculos que encontraba en la desunion politica de la Alemania, llegó en la última mitad del siglo XVIII, y principio de XIX, á tal altura, que puede decirse con el periódico que contiene el juicio antes citado de Augusto Guillermo Schlegel (1), "Que las producciones literarias mas importantes asi en poesía como en ciencias, constituyen en el dia en Alemania un conjunto tan variado, tan inmenso, y al mismo tiempo tan armónico, que en vano se buscaria, no solo en los tiempos modernos sino aun en la antigüedad, un ejemplo de esa actividad incansable, y de esa influencia recíproca, universal, que reina en todas las artes y en todas las ciencias, cuyo objeto único, ó principal por lo menos, es conducir al hombre á su destino divino, y hacerle mas digno de él." Es ademas preciso no olvidar que cada literatura depende tambien de los destinos y de las acciones de un pueblo; en ella se refleja en cierto modo la vida nacional; los periodos literarios reflejan como una imagen del carácter y situacion moral del pueblo, y aun bajo este aspecto, tampoco puede dejar la literatura alemana de formar un todo lleno de unidad, por mas difícil que sea

(1) *La Europa*, t. 1.^o, art. 1.^o

muchas veces descubrir los hilos que enlazan las partes de tan inmenso tejido. La literatura se divide en poesía y en prosa; trataremos especialmente de cada una de estas divisiones en artículos separados, limitándonos ahora á una sucinta esposicion del conjunto de la literatura del pueblo alemán.

Como la literatura supone necesariamente monumentos escritos, se concibe por qué no podemos buscar, antes de la época de Carlo Magno, el principio de la literatura alemana. Solo despues de los tempestuosos tiempos de la grande emigracion de los pueblos, fue cuando las relaciones sociales de las tribus alemanas se hicieron mas estables, entouccés se fijaron sus habitaciones: pueblos venidos de otras comarcas les comunicaron su civilizacion mezclándose con ellas; redactáronse leyes, cuyas recopilaciones (sobre todo la de los burguñones, de los alemanes, bábaros, frisones y sajones) forman parte de los primeros documentos de la cultura intelectual alemana. En el siglo VIII, se propagó mas y mas el cristianismo, gracias principalmente á la noble actividad de S. Bonifacio. Los primeros maestros y los conservadores al mismo tiempo de la civilización en Alemania, fueron los eclesiásticos; ellos los primeros, ensayaron el escribir en un idioma rudo todavía, y escogieron al efecto el alfabeto latino que les era familiar. Asi, pues, los cuatro evangelistas traducidos por el obispo Ulphilas en el idioma de los Meso-Godos (hácia el año 360) son el monumento escrito mas antiguo de la lengua germánica. Los francos establecidos en las Galias fundaron desde el siglo VI escuelas en las que se instruyeron los eclesiásticos, y que fueron imitadas en seguida en las demas tribus alemanas. Aquella educacion, es verdad, se reducía comunmente á la lectura, escritura y un poco de mal latin; pero es digno de atencion el que la lengua alemana ha sido de todas las de Europa moderna, la primera á desarrollarse en lengua escrita, y que ella sola posee principios de prosa anteriores á Carlo Magno (1). Sin embargo, los monumentos

(1) Véase Koch's *compendium der deutschen Literaturgeschichte*, tom. 1.º 2.ª edicion, páginas 27 y siguientes.

mas antiguos de esta clase no son, en su mayor parte, sino traducciones de la lengua latina, que siendo, por decirlo así, el órgano de la religion y el idioma de que los eclesiásticos, únicos depositarios del entonces de todo el saber, se servian con preferencia para escribir, retardó considerablemente el desarrollo de las lenguas indígenas. Los antiguos y preciosos ritos reasumidos en el canto de los Nibelungen (*Nibelungenlied*) y en el libro de los héroes (*Heldenbuch*), no se habian recogido todavia antes de Carlo Magno. Perpetuábase antes de aquella época de boca en boca, y de consiguiente no hubo aun literatura en el sentido que hemos dado á esta palabra.

I. El primer período de la literatura de que hablamos, principia en Carlo Magno y puede cerrarse en la época de los emperadores de la casa de Suabia ó en la de los cantores de amor, (*minnesaenger*), que comprende, segun las divisiones hechas por Koch, el intervalo de 768 á 1137. Carlo Magno fundó un gran número de escuelas eclesiásticas, como por ejemplo, las de Tulde, Corvey etc., de las cuales salieron los hombres mas distinguidos y los prácticos mas hábiles de aquella época. Empeñóse en propagar mas generalmente la civilizacion, y para el efecto quiso que los legos disfrutasen igualmente los beneficios de la instruccion en las escuelas de su dilatado imperio. Estableció en su corte, siguiendo los consejos de Alcuin, una especie de sociedad científica, de la que formó él mismo parte. Hizo ademas recoger muchos documentos sobre la lengua alemana, principalmente leyes y cantares; dispuso que se predicara en aleman, y mandó hacer traducciones del latin para la enseñanza del pueblo. De desear hubiera sido que sus sucesores continuasen su obra. Sin embargo, la separacion política del imperio franco, no dejó de ser favorable al desarrollo original de la lengua y de la civilizacion de los alemanes. Hicieron los mas rápidos progresos desde el advenimiento de la dinastía de Sajonia (919) principalmente bajo el reinado de los tres Othones, y despues bajo el de los emperadores de Franconia (1024). Muchas escuelas de obispados y de conventos, dota-

das con bibliotecas, adquirieron fama. Fue el período de los cronistas Eginhard, Witichind, Dithmar, Lambert, Bruno; fué igualmente de los polimáthos filósofos como Alcuin y Rhaban-Maur (de 776 á 856), y sobre todo de los autores que escribieron en lengua alemana, como Otfried, de Weeisenburgo, cuya traducción métrica de los cuatro evangelistas, admirable por su fidelidad y concision, puede considerarse como el verdadero principio de la literatura alemana, como Notker (abate de San Gall, muerto en 1022), Willeram (abate de Ebersberg en Baviera, muerto en 1085) etc. (1); y por último, el de los autores del canto en honor de San Anno.

II. El segundo período de la literatura alemana, principia en los emperadores de la casa de Suabia (1138) y continúa hasta la reforma de Lutero (principio del siglo XVI). La Alemania no era ya entonces el país salvaje de los germanos de Tácito; habíanse desecado las lagunas, y los bosques estaban aclarados ó quemados; el aire y el sol habían penetrado en ellos, y el clima y los habitantes se habían dulcificado. Las continuas relaciones de los alemanes con la Italia y demás países de Europa por medio de los frecuentes viajes que á ellos hacian, principalmente á Roma, con motivo de la coronacion de los emperadores; las costumbres extranjeras que se habían conocido con las cruzadas, y la noble emulacion de igualar cuanto bueno y laudable se había visto en las otras naciones, todo esto no tardó en causar una feliz revolucion en el espíritu de los alemanes. Las costumbres y los modales se pulieron con el brillante desarrollo de la caballería; la masa de las ideas se engrandeció, los sentimientos adquirieron mas nobles calores, mas intelectuales, si así puede decirse, y como la lengua va siempre en pos del perfeccionamiento, y los progresos que se operan en el modo de pensar, la parte mas adelantada de la Alemania, había llegado de este modo á poseer poco á poco todos los elementos necesarios para fundar una literatura nacional. Su

(1) Véase á Koch, que ha indicado los títulos de sus obras, tom. 1.^o página 22-33.

aurora no tardó en despuntar, sobre todo en Alemania, denominacion que comprendia la Suabia y una gran parte de la Suiza; y el dialecto *aleman* adquirió, como idioma de la corte imperial, un desarrollo tan superior á todos los demas, que llegó á ser para la literatura, como mas adelante el *alto aleman*, la lengua universal de la Alemania. Pronto rayos benéficos de aquel foco se esparcieron por todas las demas provincias. Este fue el período de la poesía caballeresca y de los *minnesaenger*, llamado comunmente el período de *Suabia*. A los *minnesaenger* siguieron los *meistersaenger* (maestros cantores), cuyo talento fue menos brillante y anunciaba ya un decaimiento. Esta poesía romántica, rica de vigor y armonía, abrió la era de la verdadera literatura alemana. La Alemania probó al mismo tiempo un amor particular hácia sus instituciones y costumbres populares, recogiendo documentos de usos y leyes que fueron redactadas con tanto celo desde mediados del siglo XIII, y entre ellos nombraremos *El espejo de Sajonia* y *el espejo de Suabia*.

Desde el siglo XI dedicáronse tambien los alemanes al estudio del derecho romano, pero por desgracia lo introdujeron con demasiada frecuencia en instituciones esencialmente indígenas. A la par que la jurisprudencia, cultivóse principalmente, y con una religiosa fidelidad, la historia especial de las diversas provincias. Tales fueron la crónica del obispo Othon de Freisingen y su historia de Federico I; los escritos de Enrique de Herford, muerto en 1370; de Galcelinus Persona (1420) y otros en latin; la crónica rimada de Ottocar de Horneck, que nació hácia el año 1264, la obra histórica de cierta estension mas antigua en lengua alemana, y las crónicas de Juan de Koenigshofen, de Juan Rothe, Juan Shurnmayer, la crónica de Lubeck por Delmar, y otras en aleman. La crónica universal de Sebastian Franke, es la primera historia universal que se encuentra en dicha literatura.

Tambien los estudios filosóficos hicieron progresos, habiéndose antes limitado en esta ciencia á traducir y copiar obras de los antiguos y de los árabes; pero en la época de

que hablamos, se unió á la teología y sirvió para la defensa de los principios de la iglesia. Distinguíéronse muchos alemanes entre los filósofos escolásticos desde el siglo XIII, y citaremos al dominico Alberto el Grande de Lauingen sobre el Danubio (muerto en 1280), que enseñó filosofía en París y en varias ciudades de Alemania é hizo importantes investigaciones sobre historia natural. El místico Juan Fauler (muerto en 1361) ocupa igualmente un lugar señalado entre los escritores teólogos. Sus sucesores en el siguiente siglo, fueron Gayler de Kaysersberg en Estrasburgo, el severo y satírico Sebastian Brandt (nació en 1458 y murió en 1520) y Tomás Murner. Las matemáticas, la astronomía, la mecánica, se cultivaron igualmente con ardor durante el fin de aquel período, y de allí datan muchos de los inventos mas importantes. Lo que hasta entonces habia impedido el desarrollo de la literatura prosáica de los alemanes, era principalmente la rareza y elevado precio de los libros, la tan defectuosa organizacion de las escuelas, y por último, el monopolio que ejercian en las ciencias los frailes y los eclesiásticos. Pero desde el siglo XIV, los institutos de enseñanza superior que se fundaron por todas partes, y desde el XV la invencion de la imprenta, tuvieron tan decisiva influencia en la marcha de la civilizacion, que debe datarse desde allí una nueva era para la literatura. Solo con el auxilio de la imprenta pudo desarrollarse esa literatura sabia que forma la gloria de la Alemania, y que necesariamente se apoya en la facilidad y universalidad del cambio de ideas y de conocimientos. Estos vastos progresos se apresuraron ademas con la caída del imperio de Oriente (1453), cuyos sabios se refugiaron á Italia y esparcieron desde allí la simiente de una nueva civilizacion propagando el antiguo saber. El espíritu de libertad que despertó en las universidades el estudio de las lenguas antiguas, contribuyó poderosamente á la direccion que tomaron las ideas religiosas. Entre los hombres que ya antes de la época de la reforma se habian distinguido en estos estudios, es preciso nombrar á R. Agrícola (nacido en 1442 y muerto en 1485) profesor de la universidad de

Heidelberg; Conrado Celtés (nacido en 1459 y muerto en 1508) el primer poeta laureado que tuvo la Alemania; y sobre todo, Reuclin (en latín *Capnio*) profesor en Tubéingen (nacido en 1462 y muerto en 1525); el historiador Juan Trithmius (nacido en 1454 y murió en 1516); Ulrico de Utten (nacido en 1458 y murió en 1523); Melanchthon, Joaquin Camerarius y el célebre Erasmo, de Rotterdam. Finalmente, el enérgico restablecimiento del orden y de la paz en el interior de la Alemania por Maximiliano I, protector celoso de las artes y ciencias, así como el afianzamiento de la Constitución del imperio y un alto grado de bienestar, contribuyeron igualmente al desarrollo de una civilización más estendida.

III. *Período de la literatura moderna desde la reforma hasta nuestros días.* 1.º Hasta el principio de la guerra de treinta años (1618). 2.º Hasta el fin de la guerra de siete años (1765). 3.º Desde aquella época hasta el día. De la Sajonia electoral, de ese país tan floreciente, fue de donde salió el impulso inmenso que había de poner en acción todas las fuerzas intelectuales. Las acaloradas disputas que tuvieron que sustentar los partidarios de la reforma, les indujeron á hacer profundos estudios, al paso que ejercitaban sus talentos. A Lutero, á ese tipo del carácter de la época, que predicó con tanto vigor la independéncia del entendimiento, con respecto á las formas y á los mandatos arbitrarios, y que reprodujo en su lengua los documentos del cristianismo con perfección tal, que se le ha llamado con razón el creador de la prosa alemana (á pesar de haber ya contribuido á formar el estilo las traducciones de los clásicos), á Lutero, decimos, se unió el discípulo de Reuclin, el sabio y amable Melanchthon, y mientras obraba el primero á la vista de todo el mundo; como hombre político trabajaba su amigo para el mismo fin, en silencio, mejorando las escuelas y propagando los buenos estudios. Los príncipes protestantes, los electores y duques de Sajonia, sobre todo, secundaron los esfuerzos de estos grandes hombres, fundando institutos de enseñanza, especialmente escuelas preparatorias pa-

ra las universidades y bibliotecas, (desde mediados del siglo XVI). Mientras que en la Alemania católica estaba obstruido el saber por las preocupaciones eclesiásticas y los jesuitas, la teología y la filosofía se daban amistosamente la mano en los países protestantes, en especial en Sajonia y en Wittenberg, que era entonces el foco científico del electorado. Solo después del establecimiento en la iglesia protestante de un dogma más positivo y reducido, fue cuando empezaron á decaer los estudios filosóficos (desde el siglo XVII), y cuando una teología escolástica y disputadora, volvió á prevalecer, contrabalanceada, sin embargo, por la teosofía y el misticismo. Melanchthon había procurado reemplazar con sus excelentes manuales el barbarismo de la filosofía de la escuela; después se procuró aproximarse á la primitiva doctrina de los peripatéticos. Los místicos se adhirieron en parte á la cabalística, de que se había ocupado mucho Reuchlin al trabajar sobre literatura hebrea, y en parte á la química y astronomía, que no eran entonces casi otra cosa que alquimia y astrología. Encuéntrase á su cabeza al célebre Paracelso, V. Weigel, Jayme Boehme y otros. Las ciencias naturales, en general, fueron cultivadas con esmero en Alemania desde el siglo XVI, y es preciso nombrar, antes que á todos, al famoso metalúrgico Jorge Agricola (de Meissen) y Conrado Gessner (muerto en 1565) el padre de la historia natural. Theofrasto Paracelso, á quien acabamos de nombrar, imprimió una nueva dirección á la química (desde 1526) aplicóla con buen éxito á la medicina, é inventó varios remedios químicos importantes, como las preparaciones mercuriales y las opiatas. La medicina hizo algunos progresos, lo mismo que las matemáticas y la mecánica. Alberto Durer escribió en lengua alemana una obra sobre perspectiva, y la astronomía cita con orgullo á Copérnico y Ticho-Brahe; siguióles después Kepler. La jurisprudencia sufrió una variación en el método de enseñar el derecho romano; aumentóse además con el derecho eclesiástico protestante, y el derecho público de Alemania empezó á debatirse en los trabajos que se hicieron sobre diversas leyes del imperio. Introdújose poco á poco la le-

gislacion en el derecho civil, y Carlos V hizo componer un código criminal que lleva su nombre (*Carolina*). En el campo de la historia, cuyo estilo tuvo trabajo en formarse, la crónica de Carion, escrita en aleman (en 1532) escitó un interés general, hasta que fue traducida en varias lenguas; y la historia universal de Sleidanus, en latín, fue todavía mas aplaudida. Pero lo que gran número de escritores cultivó mas, fue la historia especial de las provincias. Desde principios del siglo XVI, dedicáronse á recoger las crónicas y documentos de la edad media; principiósse á estudiar tambien la historia estrangera, y los *centuriadores* de Magdeburgo probaron su celo y exactitud. La historia literaria fue creada, por decirlo así, por Conrado Gessner. En 1564 apareció el primer catálogo de libros de la feria de Francfort. Las relaciones personales entre los sabios se habían hecho mas frecuentes é intimas, con el establecimiento de sociedades científicas, y sus correspondencias.

2.º La guerra de treinta años amenazó destruir toda clase de civilizacion; no obstante, los sabios, aunque envueltos en las desgracias políticas, y privados la mayor parte de todo apoyo y de su existencia pecuniaria, aun pudieron en un profundo é indigente retiro, consolarse con los placeres de la literatura. La lengua y la poesía alemana florecieron y aun se perfeccionaron durante aquel desastroso período, con el talento de los poetas llamados de la escuela silesiana; tales como Martin Opitz (1597 á 1639) Flemming, Andrés Gryphius, y otros, y con el establecimiento de varias sociedades literarias, como la de la orden de las Palmas, llamada la Fecunda, y las de la orden de los Cisnes, de la orden de las Flores de los Pastores de la Pegnitz etc., que fechan de aquel tiempo. La paz de Wesfalia, (1648) no fue menos un beneficio inmenso para la agitada Alemania. En los diversos estados, principalmente en los de la reforma, los príncipes disputaron á competencia la gloria de proteger la libertad de los estudios, y el desarrollo del pensamiento, de modo tal, que seria difícil encontrarle tan vasto y poderoso en otro pueblo alguno; no habia allí capital alguna que se erigiese

en tribunal de los progresos intelectuales. La libertad del entendimiento fue notablemente protegida en Prusia, potencia que empezaba entonces á levantarse. Pusieronse á filosofar acerca de ciencias separadas, como por ejemplo, sobre la historia, la jurisprudencia, y vióse pronto ejercer aquel modo de estudiar una influencia benéfica en el cultivo de la historia y de las ciencias accesorias, lo mismo que en el derecho de gentes y el derecho privado. Hermann Conring, Samuel Puffendorf, son nombres grandes que debemos citar aquí, lo mismo que á Othon Guericke, que brilla al frente de los filósofos alemanes. En la teología dominó el mas absoluto dogmatismo, contra el cual ejerció un saludable contrapeso el pietismo de Spenser y de algunos otros hombres piadosos.

Las circunstancias habian puesto siempre tales trabas á la literatura alemana, que en aquella misma época la prosa no habia sabido adquirir todavía cierta independenciam. Conocióse entonces sin embargo la necesidad de una gramática, y algunos sabios, principalmente el célebre David-Jorge-Morhof, (muerto en 1691) y Justo-Jorge-Schottel, se esforzaron en satisfacerla: así fue que desde Cárlos Thomassius, la lengua alemana se empleó en discursos puramente científicos; pero siempre mezclada con palabras estrangeras latinas y francesas principalmente. Cuando se acrecentó la influencia política de la Francia, subió de punto todavía la manía de mezclar el alemán con palabras francesas, y de tomar por modelos á los estrangeros. El gran genio que apareció entonces entre los alemanes, el mismo Leibnitz (1646 á 1716) gustaba mas de espresarse en francés que en su lengua materna. ¡De qué importancia, pues, no fueron los esfuerzos de Cristiano Wolf para hacer hablar á la filosofía en alemán, un language inteligible! Aquella filosofía la cultivaron gran número de partidarios y la criticaron otros, como por ejemplo Crusius; lucha que contribuyó poderosamente á secundar en la Alemania la formacion de un método mas sabio de pensar y escribir. La Academia de ciencias de Berlin, fundada bajo los auspicios de Leibnitz, hizo grandes descubrimientos en las ciencias matemáticas y naturales. Por

do quiera se formaron sociedades y reuniones literarias; el comercio de libros empezó á ser un ramo importante, y elevaronse institutos críticos como otros tantos tribunales en favor de las ciencias y de las artes. La degeneracion del sistema de Wolf en sus aplicaciones á las ciencias, no tardó en acarrear un vano amor hácia las bellas letras, y pareció entonces que los alemanes querian adquirir lo que todavía les faltaba, esto es, la pureza y el gusto en su lengua materna. Alejandro Baumgarten, el fundador de la astética, y Gottsched el purista (1700, 1766) que queria introducir el gusto francés de una poesía y una prosa ligera, pero sin genio, fueron los grandes promovedores de aquella revolucion intelectual. La escuela de Gottsched (llamada la de Leipsik) fue poderosamente combatida por la de Zurich, cuyos gefes eran Bodmer y Breitinger. Haller, Hagedorn, Gellert, J. E. Schlegel dieron á su lengua materna empuje, facilidad y gracia. Al propio tiempo, dirigióse el vigor del genio alemán al estudio de la antigüedad clásica por medio de los filólogos y los arqueólogos (Juan-Matías-Gesner, Juan-David-Michaelis, Juan-Antonio-Ernesti, Christ, y otros) en especial desde la fundacion de la universidad de Goetuingue.

3.º Todos estos esfuerzos produjeron su fruto cuando llegó la tercer época del siglo de que hablamos, con los cuidados de Lessing; de Klopstock, de Winckelmann, de Heyne, de los dos Stolberg, de Herder, de Wieland, de Voss, de Schiller, y de Goethe; nombres ilustres que deben infundir respeto á toda nacion civilizada.

El primero de estos sabios, Lessing, dotado de un entendimiento basto y de una sagacidad rara, combatió fuertemente el gusto francés, que era entonces moda, y fundó una escuela excelente de crítica. Federico Schlegel (en el tratado que hemos citado) dice de él con razon: "Su genio, su sagacidad, su dialéctica y su polémica espiritual, cuanto le pertenece y constituye su dominio literario, se conservará para nosotros como un ejemplo digno de ser imitado, tanto cuanto dure el actual estado de la literatura."

El entusiasmo de Winckelmann por la antigüedad del
Segunda serie.—TOMO III.